

EJERCITO



**REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS**
MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejército

REVISTA ILUSTRADA DE
LAS ARMAS Y SERVICIOS

NÚM. 57 • OCTUBRE • 1944

S U M A R I O

La Academia General Militar. *General Bermúdez de Castro.*—
Grupo Anticarro Divisionario Alemán. Enseñanzas de su em-
pleo. *Comandante Artero.*—Ifni-Sahara. *T. Coronel Domenech.*
Nieblas de ocultación. *Capitán Pérez Cosmea.*—Campeonatos
deportivos militares. *Teniente Ortega Monasterio.*—Coopera-
ción de las Unidades de Paracaidistas y de las Unidades aero-
transportadas. *Capitán Rodríguez Rodríguez y Teniente Outei-
riño.*—Cálculos rápidos de Balística interior. *Coronel Cantero.*
Los Comandos. *Comandante Barbudo.*—El Tracoma en el
Ejército. *Comandante Médico Aznarez.*—Unidades de destruc-
ción. *Comandante Subirán.*—Pólvoras de fusil. *Teniente Iz-
quierdo.*—Información e Ideas y Reflexiones.—Bibliográfica.

Las ideas contenidas en los trabajos de esta Revista representan únicamente
la opinión del respectivo firmante y no la doctrina de los organismos oficiales.

Redacción y Administración: Alcalá, 18, 3.º - MADRID - Teléf. 25254 - Apartado de Correos 3

MINISTERIO DEL EJERCITO

Ejercito

revista ilustrada
de las armas y servicios

DIRECTOR:

ALFONSO FERNÁNDEZ, Coronel de E. M.

JEFE DE REDACCIÓN:

Coronel de E. M. D. José Díaz de Villegas, Director General de Marruecos y Colonias.

REDACTORES:

Coronel de Artillería D. José Fernández Ferrer, de la Escuela Superior del Ejército.

Coronel de Infantería D. Vicente Morales Morales, del Estado Mayor Central.

Coronel de Estado Mayor D. Rafael Alvarez Serrano, Jefe de la Milicia Universitaria.

Coronel de Infantería D. Emilio Alaman, del Estado Mayor Central.

Teniente Coronel de E. M. D. Gregorio López Muñiz, de la Escuela Superior del Ejército.

Teniente Coronel de Caballería D. Santiago Mateo Marcos, del Estado Mayor Central.

Teniente Coronel de Ingenieros D. Manuel Arias Paz, Director de la Escuela de Automovilismo.

Comandante del C. I. A. C. D. Pedro Salvador Elizondo, de la Dirección General de Industria.

Comisario de Guerra D. José Bercial, de la Escuela Superior del Ejército.

Comandante de E. M. D. Juan Priego, del Servicio Histórico Militar.

Comandante de Intendencia D. Mariano Arechederreta Martínez, de la Dirección General de Servicios.

PUBLICACIÓN MENSUAL

Redacción y Administración: MADRID, Alcalá, 18, 3.º

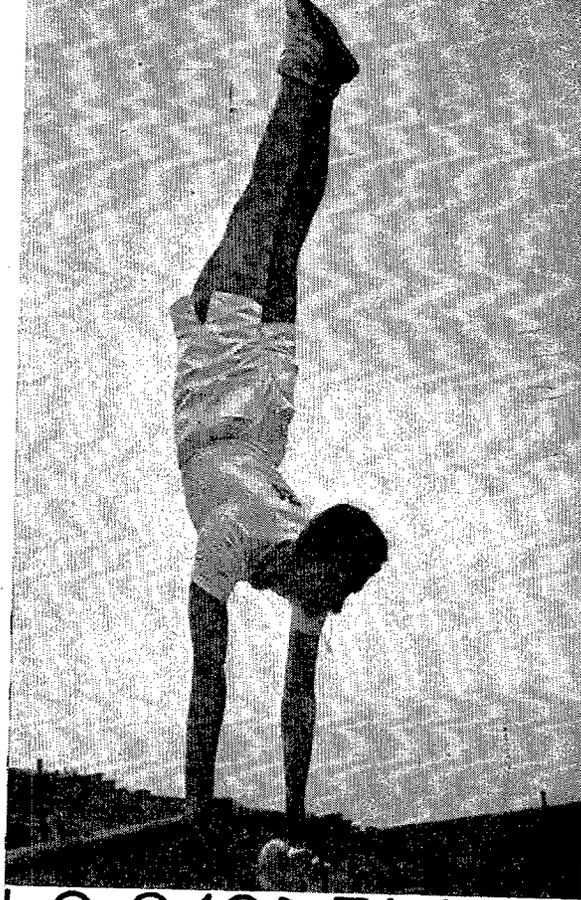
Teléfono 25254 ♦ Correspondencia, Apartado de Correos 317

PRECIOS DE ADQUISICION

	Ptas. ejemplar
Para militares, en suscripción colectiva por intermedio del Cuerpo.	3,00
Para militares, en suscripción directa (por trimestres adelantados).	3,25
Para el público en general (por semestres adelantados)	4,50
Extranjero.	6,50
Número suelto.	5,50

Correspondencia para colaboración, al Director.

Correspondencia para suscripciones y anuncios, al Administrador D. Francisco de Mata Díez,
Comandante de Infantería.



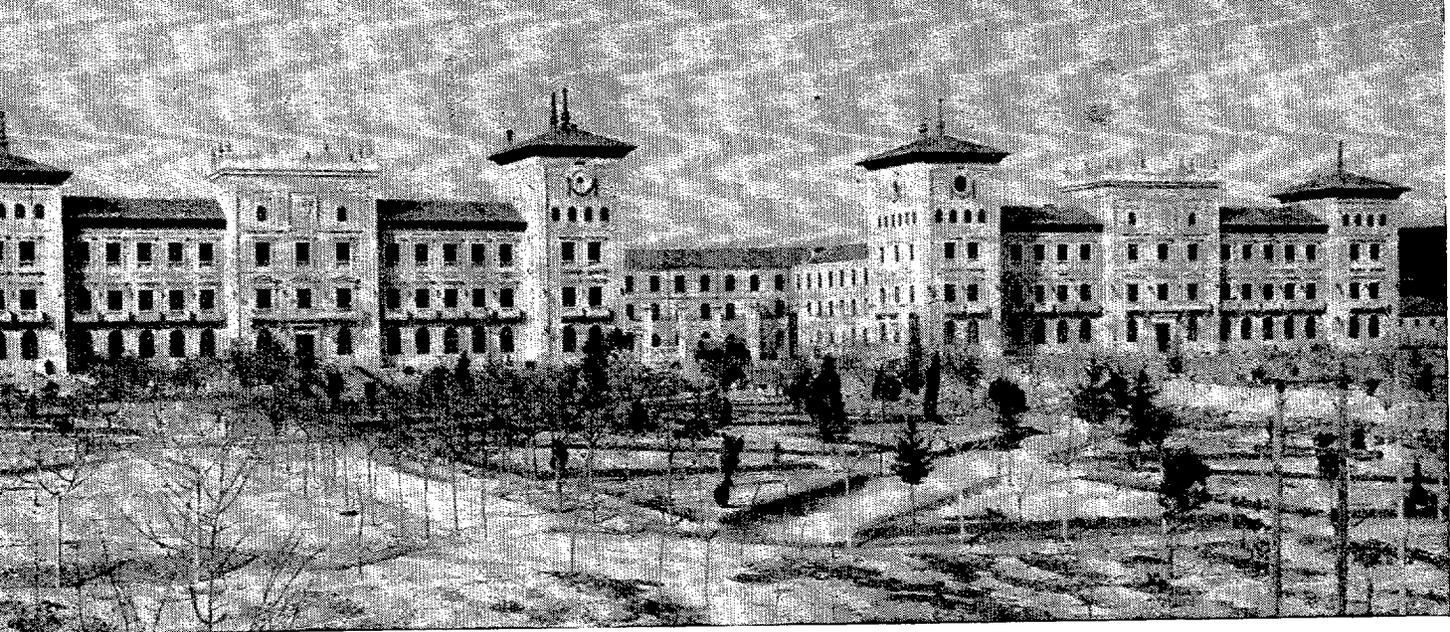
LA ACADEMIA GENERAL MILITAR

General LUIS
BERMUDEZ
DE CASTRO
Director
del Museo.

ENTRE la venerada fábrica del Pilar y el palacio del Arzobispo hay una plazoleta; en ella, un quiosco de periódicos y un banco municipal para leerlos; sírveles de sombrajo un árbol bienhechor, porque el sol aprieta; el paraje es a propósito para esperar un tranvía que viene de San Gregorio y a San Gregorio ha de llevarme; llega la carroza *di tutti*, como la llamó el Teniente Edmundo d'Amicis; vira en redondo alrededor de la plazuela, y enfila la polvorienta carretera. Es un artefacto que chirría y se bambolea, intentando salirse de los carriles; diríase de la época de Palafox, cuando no había en Zaragoza la inmortal un establecimiento fabril que construye vagones admirables. En casa del herrero, cuchara de palo.

Los viajeros son casi todos castrenses; el paisaje se encuentra lo mismo que en mis lejanos tiempos de Alférez; Zaragoza, que ha cambiado tanto y tan magníficamente, se aleja del Ebro famoso, deses-

peranzada de verlo encauzado por muelles y arboledas. Mis viejos ojos no se cansan de recordar los mismos campos secos, las mismas tierras abrasadas de sed, teniendo tan cerca el agua. Buen espacio ya fuera de la ciudad advierto el campo de maniobras y tiro que tanto frecuenté, y veo en él varios edificios y un palacete muy cuco con terrazas y toldos y tiestos de flores. El cobrador —un baturrico amable, como todos— me informa de que aquello es el cuartel y granja del Batallón de Cazadores de las Navas; nombrarme a mí Las Navas es como nombrar a Don Quijote los libros de caballería. ¿Es posible? Mis cazadores, tan pobres cuando los mandé, ¿son terratenientes y ricos? ¿Heredaron una fortuna? Me entero de que al morir el Regimiento 55 de línea pasó a sus manos aquella campesina hacienda, y propúseme visitar a los antes miserables y hoy opulentos cazadores de mi antiguo Batallón.



—Sí, señor—ratificó el baturro—; por cientos tienen las vacas lecheras y los puercos; por miles, las gallinas, y por arrobas, las legumbres y las verduras. Ya comen bien, ya, pues, los soldadicos.

Tan buenas noticias me alegran y me asombran, y dan ganas de cantar con el don Hilarión de *La verbena de la Paloma*:

*Hoy los tiempos adelantan
que es una barbaridad.*

Unas cuantas sacudidas más de proa a popa y de babor a estribor, y el tranvía se detiene con un ruido como si echase el ancla. A mi vista aparece una gran avenida, en la que forman la carrera dos alineadas filas de macizos de flores y de árboles; éstos todavía son cachorros, como diría el baturro; cuando se despabilen y crezcan, quedarán en sombra los floridos andenes, y aquello será un paseo espléndido, digno del soberbio edificio que se extiende, perpendicular al camino, en orden de batalla. A la derecha, el monumento a los infantes muertos sobre el campo en la guerra de Liberación.

Voy despacio recorriendo el terreno y buscando perspectivas, que se ofrecen magníficas; el edificio es grande en proporciones y en arquitectura; afortunadamente, nada de modernista: líneas severas y sencillas, sin rebuscamiento ni artificio en las fachadas; no tiene el menor acento extranjero y al mismo tiempo es alegre y de tonos claros; a mi entender, los edificios son como las personas; éste posee una fuerte simpatía porque parece un gran señor, pero sin pretensiones orgullosas. Penetro en el patio y me sorprende más su magnitud y su armonía y su alegre serenidad, perfectamente acorde con la profesión de las armas; no hay en él adorno superfluo ni pobreza de adorno; en su sencillez se adivina la comodidad de los interiores y la sujeción a los principios de la higiene, como corresponde a una Academia, alojamiento señorial de caballe-

ros, futuros Oficiales del Ejército español. Entro en seguida en los amplios corredores que dan la vuelta al patio; brillan los pisos; no se ve un desconchado ni en el suelo un papel; huele a limpio, que es ausencia de olor, excepto en cierta parte, adonde llegan aromas de cocina que serían alimenticios por sí solos si no resultasen aperitivos para los estómagos cadetiles, cuyo apetito tradicional jamás se cierra; todo lo más, se entorna después de comer.

Y empiezo mi curiosa visita por esta importante dependencia, porque, siendo la pitanza fragua de toda energía física y certísimo el refrán de "dime lo que comes y te diré quién eres", pareceme que merece los honores y la atención que en la Academia General se le da. Me guía, acompaña y explica un profesor; no tiene cara ni actitudes de profesor; no habla sentenciosamente ni se da la menor importancia, a pesar de hallarse en época de examen, que es cuando, en mis tiempos y tiempos después, los profesores parecían globos esféricos. En la lejanía de un largo pasillo percibo un cadete; espero que se esconda por la primera puerta, como hacíamos nosotros, y con extrañeza mía no sucede así: aguarda en posición de firmes durante nuestro largo trayecto, saluda con extraordinario brío al pasar nosotros por su frente y sigue su camino; por lo visto, este profesor no inspira ningún miedo. Pasamos en seguida por delante de unos bancos en que se hallan varios angustiados *coeficientes*, jefes del Ejército que esperan la salida de los deudos que se están examinando; el profesor no se hace el distraído ni contonea el cuerpo, sino todo lo contrario: les saluda afectuoso y naturalmente. Estoy asombrado: ¿se ha perdido la tradición profesoral?

Pero ya llegamos a las cocinas pasando por sus antesalas; aparecen sendas mesas, en cuyos tableros forman columna cerrada patillos cubiertos de

entremeses variados, batallones de pastelillos de crema, líneas de masas de conchas conteniendo helados, baterías formidables de garrafas de vino. Van y vienen los camareros transportando servicios de reluciente plata para *entradas* y para pescado; es la hora de tocar a fajina, y los preparativos se asemejan a los de una gran batalla. En vista de lo visto, pregunto si es fiesta nacional o cosa análoga, y mi acompañante dícame que no: la comida es la de todos los días. ¿Qué será cuando repiquen gordo?

Todas las estancias del departamento están barnizadas de blanco; parecen un quirófano; de blanco están también los cocineros y los pinches, cual operadores quirúrgicos. Una paella con muchos y sabrosos tropezones; solomillos rodeados de patatas fritas, color de ámbar. "La comida y el sueño de los Cadetes son una de nuestras preocupaciones", asegura mi guía, y no necesita demostrarlo.

Todos los adelantos de la culinaria moderna, desde la cámara frigorífica a los hornos eléctricos, funcionan bajo la mirada vigilante de un Teniente que debe ser un lince para estos esenciales menesteres. Mi amable profesor me amplía las noticias acerca del acto de servir las comidas; tiene algo de cátedra, no sólo por la excelente idea de leer a los comensales *La Tradición del día* (una breve efemérides, batalla, episodio de guerra o pequeña bio-

grafía de alguna ilustre figura militar), sino porque al Caballero Cadete distraído o no muy acostumbrado a las reglas sociales de la mesa—compostura, delicadeza, buenos modales—se le llama la atención y se le enseña lo que no sabe. Esto *no es menester alaballo*; al Oficial, en su hoja de servicios, el valor se le supone; la educación es necesario demostrarla practicándola.

El comedor presenta una perspectiva grandiosa por su riqueza y suntuosidad; los mejores hoteles no lo tienen mejor, en todos sus aspectos, incluso en la elegancia; de noche debe ofrecer una hermosa vista por la profusión de luces, sacando irisaciones de la plata y del cristal; de día es alegre, pues la luz entra a chorros por amplios ventanales.

Sólo quienes somos muy viejos podemos apreciar el cambio radical de las costumbres militares de estos y de los anteriores tiempos. No es que comiéramos mal los cadetes de mi época; pero no podían compararse ni la calidad de los platos, ni el tono de la mesa, ni el servicio, ni el lugar; el vino, los pasteles, los entremeses, el helado, son mimos cariñosos que jamás probábamos. ¿Variación? Ninguna: los garbanzos, los huevos con gabán, el muérdago (carne frita), la tortilla de mampostería y el batallón (guisote); una pasta flora a la comida y tres bizcochos a la cena. De ahí no se salía nunca; nuestra predilección (y yo creo que alimento fun-





damental) eran las migas del desayuno, y a ellas atribuyo, más que a los planes de estudio, el temple formidable de nuestra Infantería.

Me llaman la atención extraordinariamente la inmaculada pulcritud de los pisos, los muebles, los cristales, las paredes; pero no me extrañan cuando advierto una legión femenina frotando por doquier, y cada una provista de cepillos, paños, pulidoras, aspiradoras, recogedores y plumeros. El convento de monjas más exagerado en orden no se halla tan limpio en todos sus detalles; otras mujeres, en menor número, se afanan por planchar, coser y confeccionar prendas de ropa.

Un bar para los Caballeros Cadetes nos sale al paso; no he visto nunca bocadillos tan gigantescos, con sus rebabas de jamón o chorizo, amén de un café que me recuerda, por su fuerte perfume, el de los bohíos cubanos; el precio de la consumición está en armonía con el bolsillo cadetíl, nunca repleto.

Ya no estudian los muchachos en los dormitorios respirando la cargada atmósfera de la noche; hácenlo en aposentos a propósito; nuestras pape-leras, tan propicias a toda clase de parásitos, son ahora unos bonitos armarios metálicos muy acertadamente discurridos, pues no existe la posibilidad de desarreglo, ya que cada prenda, cada objeto, tiene su lugar único, como una joya en su estuche, sin que se pueda colocar en otro. Las camas

son de bronce, y las colchas, imitación de seda; así, el aspecto del dormitorio es verdaderamente acogedor por sus dimensiones, buena luz, ventilación, uniformidad y simpatía.

Otro acierto de importancia ha sido resucitar la adquisición del vestuario a la manera que lo hacía y practicaba el antiguo Colegio de Infantería allá por el año de 1850. Hoy se acabó el que los Cadetes se hagan el uniforme donde quieran y los sastres los confeccionen como se les antoje; se acabó también lo de metalizar las prendas, es decir, figurar compras repartiéndose el sastre y el Cadete el dinero pagado por la familia, por prendas que no se han hecho, y se acabaron las modas, de las que los mismos profesores que las inventaban daban el mal ejemplo.

El antiguo Colegio de Infantería costaba por concurso un sastre, un zapatero y un gorrero, que a la medida construían los uniformes y equipos; incluyendo la ropa interior, un Cadete se vestía completamente por 1.500 reales, o sean 750 pesetas, además del cubierto de plata, que importaba sesenta reales (un duro pieza).

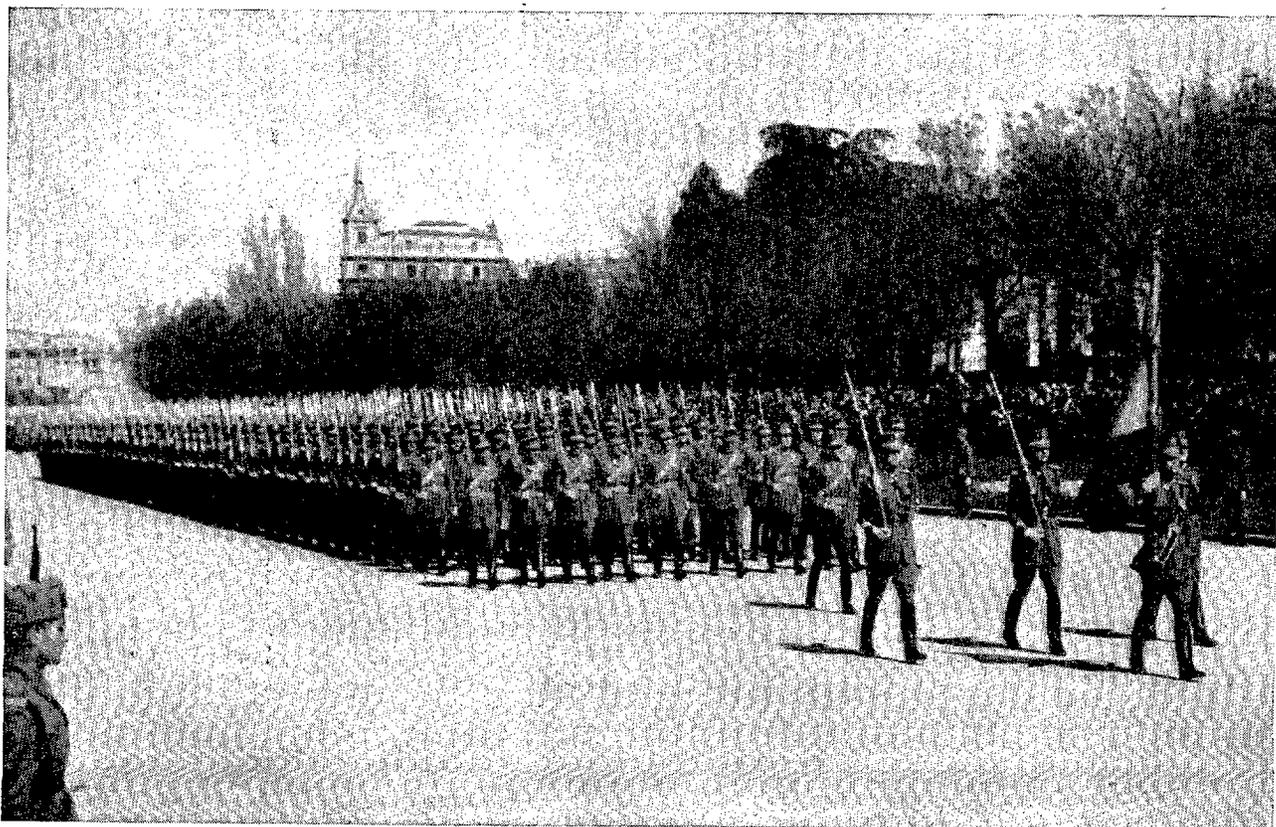
La Academia General ha resuelto mejor, y con verdadera ventaja para las familias, el grave problema de equipar a un Cadete, dados los precios que alcanzan las cosas y las dificultades para encontrarlas adecuadas; el sistema se perfecciona

cada año, porque a la primera promoción de ingreso le costó el equipo individual 4.796 pesetas, y a la segunda, 3.390,75; y cuenta que los Cadetes van irrepresiblemente vestidos y ha pasado muy cerca de un siglo desde la época del Colegio a la de la Academia.

De que en el Ejército se aquilata la administración al céntimo, no cabe dudar: díganlo los Jefes de Cuerpo de todos los tiempos; pero la de una Academia, por sus especiales condiciones, exige atención más alquitarada. La General ha entendido bien y realizado multitud de problemas: el de la alimentación y el del traje están insuperablemente resueltos; el de la salud es imposible superarlo; la enfermería posee todas las cualidades de un hospital armonizado con el efectivo presente; no es preciso evacuar enfermos ni lesionados, porque se cuenta con todo lo pertinente a cada caso, sea éste de extremada urgencia o no. El que el número de enfermos sea reducidísimo, insignificante, se debe a varias circunstancias: la primera, la higiene; condiciones magníficas del alojamiento; situación en pleno campo, lejos de la ciudad, batido por el aire del Moncayo; alimentación escogida científicamente, que proporciona cada día 4.000 calorías; ejercicio constante; gimnasia, equitación, esgrima, deportismo; no se presentan nunca enfermedades gástricas; no existe el venéreo.

Está, pues, asegurada, en la medida de lo humano, la salud del cuerpo, que importa mucho; pero la del alma importa tanto en una profesión como la de las armas, espiritual por esencia. Es cierto

que la juventud actual siente la religión con mucha mayor intensidad que las anteriores, y se comprende: cuando empezaban sus conciencias infantiles a darse cuenta de la vida, han presenciado escenas de muerte y desolación; no pocos se quedaron sin padres o sin parientes próximos, y todos han percibido el pestilente aliento de la bestia roja, de los sin Dios y sin Patria, enemigos de España y de la Fe. No es, pues, extraño que el sentimiento religioso (natural en los españoles) se haya intensificado; aunque, a decir verdad, nunca en las Academias militares de régimen de internado se descuidó la práctica del culto católico, dedicando a esta necesidad del espíritu un espacio entre las obligaciones marciales; se rezaba diariamente después de leer la orden y se cumplían los preceptos con el recogimiento y solemnidad requeridos por la Iglesia. En la General, aparte las clases de Moral y Deontología, los Caballeros Cadetes, con el ejemplo de sus profesores, reciben frecuentemente los Santos Sacramentos, y es de anotar que a la misa que diariamente se dice para las hermanitas de la enfermería diez minutos después del toque de diana, asisten no pocos Cadetes, que para ello han apresurado su personal aseo, y oyen la parte de la misa que pueden, y comulgan; y aun hay más: el padre Capellán reza el Rosario en la linda capillita de las hermanas a la hora del recreo de los Cadetes, y son muchos los que acuden voluntariamente, a pesar de que no disponen de otro momento de esparcir el ánimo, pues las obligaciones se suceden de prisa y sin interrupción.



Es evidente que ha vuelto a renacer en los soldados españoles la tradición de aquellos fieros Tercios que antes de entrar en el combate, hincados de rodillas, desnudas las espadas y abatidas las banderas, impetraban de la Virgen Purísima la victoria para las armas españolas; de ellos han heredado los futuros Oficiales del Ejército la Fe de aquellos hombres que no iban a la liza sin encomendar a Dios el alma, ni pedir el triunfo al que lo puede todo.

Lo mismo que los Tercios, con sus Maestros de Campo y sus Capitanes, Alféreces y Sargentos al frente, escuchaban las pláticas de sus sacerdotes y cumplían los mandatos de la Iglesia, la Academia General, con la presencia de su Director y sus pro-



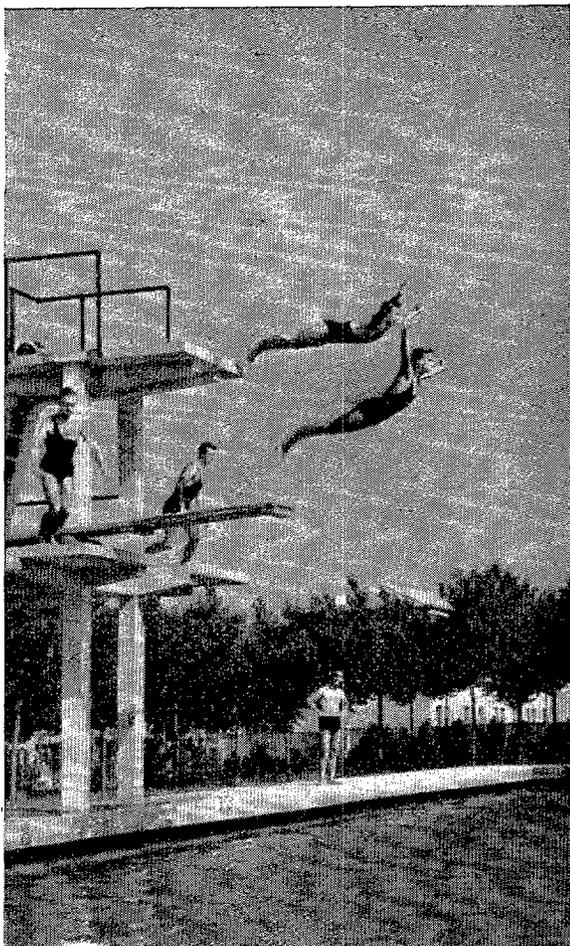
fesores, se postra para oír la voz de la religión y elevar hasta el Altísimo el pensamiento.

El conjunto de las profundas enseñanzas morales constituye la formación idealista del Oficial; sin eso, una carrera que ofrece gloria en vez de riqueza, honores en lugar de provechos, y riesgos en sustitución de comodidades, sería un silicio; este idealismo es tradicional en las filas de los Ejércitos de España; nadie ignora que la técnica, el arma-

mento, el material, el equipo, la disciplina y la instrucción son factores esenciales de la victoria; pero hay también otro elemento invisible, y por lo tanto inconmensurable, sin el cual los demás pueden disminuir, cuando no desaparecer: *la Tradición*. La tradición irradia una fuerza irresistible, arrolladora, al mismo tiempo que infunde una fortaleza a prueba de todas las fatigas, de todos los infortunios y desgracias; es la solera de los Cuerpos militares y de los pueblos por el influjo que ejerce. La tradición obliga más que el Código. Estámoslo viendo en la actual guerra, con referencia a los Generales y Jefes norteamericanos procedentes de la Academia de West-Point. En los Estados Unidos, sabido es que existen diversas academias militares particulares, como fábricas de Oficiales de todas las Armas; tienen todos los elementos para fabricarlos en serie, como los automóviles y los barcos. Estos Oficiales, una vez construídos y examinados oficialmente, van a los Regimientos y cumplen su misión; pero no tienen el prestigio de los que salen de West-Point, Escuela que vive desde hace cerca de un siglo y cuyos Oficiales saben conservar la tradición, no de ser buenos, sino de ser mejores que ninguno.

Los Generales procedentes de la Academia de West-Point inspiran a sus tropas—y al país—una confianza que no infunden los otros; la tradición hace su obra. Atender a este imperativo de la tradición con extensos horizontes y bases más hondas (porque se apoyan en la Historia), es una de las ramas de la enseñanza espiritual en la Academia de Zaragoza.

No se necesita consignar que en un Centro pedagógico de la importancia del que se trata, el material tiene que ser, y es, bueno y abundante y moderno, y el sistema de su empleo, eminentemente "facilitón". Quiero significar que los gabinetes no son allí museos, sino talleres de trabajo científico, que facilitan el aprendizaje economizando tiempo y fatiga. Yo recuerdo con terror que antiguamente se nos hacía pintar en la pizarra los mecanismos interiores del cañón Krupp y del sencillo Remington, con sus cortes por *A* y *B*, cuando unos despieces de estas armas nos las hubieran enseñado en un cuarto de hora. Estudiábamos el material de Artillería y no vimos nunca otras piezas que un Plasencia y un Vivort, que adornaban el vestíbulo del Alcázar. Pintábamos frentes abaluartados sistemas Vauban y Cormontaigne sudando tiza; con unos relieves los habríamos aprendido en cinco minutos. Aludo a estos lejanos recuerdos, porque en el gabinete de motores de la Academia General puede el Cadete darse cuenta exacta del funcionamiento de tan complicados y difíciles aparatos; allí están, con todas sus vísceras al aire, mostrando su enrevesada anatomía; una explicación mientras sus organismos marchan, ahorran un libro de muchísimas páginas. Con todos los gabi-



desarrolle y habitúe su inteligencia al raciocinio; desenvolver los estudios de marcada significación matemática común a todas las Armas, descargando de ellos a las Academias especiales o de ampliación, para que en éstas se forme exclusivamente el Oficial teórico-práctico e instructor. Ello sin perjuicio de iniciar en la General la formación del Cadete en los principios raíces de la profesión, mediante las enseñanzas que atañen a la disciplina, servicios, relaciones jerárquicas, tiro y topografía dentro de los límites elementales y del conocimiento de las Armas y sus funciones en el mecanismo del combate.

Se transparenta en tal plan de estudios la difícil labor de la Academia General, que no debe ni traspasar la meta que limita su misión preparatoria, ni dejar de alcanzarla; porque de la justa y precisa llegada al límite propuesto depende que el Cadete llegue a la Especial con todos los conocimientos y costumbres necesarios a su formación completa como Oficial de un Arma de combate. De que la dificultad está vencida no hay duda, gracias al esfuerzo del Profesorado y a las normas establecidas por la Dirección General de Enseñanza Militar; el gran organismo pedagógico castrense se desenvuelve sin el coeficiente de rozamiento peculiar a toda máquina sometida a un trabajo ímprobo e incansante.

El profesor militar moderno no es el fenecido tomalecciones áspero, rutinario, comodón, enemigo del discípulo, imitador del dómine de zurriago y palmeta, creyente de que "la letra con sangre entra". Comparar es medir; el profesor de antaño recibía a los dos años un grado; a los cuatro, una cruz, y a los seis, un ascenso; creía merecer tanta recompensa desplegando un rigor furioso en la enseñanza. En la General no hay libros de texto: el profesor explica, el discípulo toma apuntes; pero para que el profesor lleve a la cátedra la lección del día, ha tenido que espigar muchos libros, extraer su esencia útil, dar forma a la materia y exponerla con la claridad necesaria; lo que no se consigue sin una abnegación ilimitada y un amor a la profesión militar y a la enseñanza, casi sacerdotal y misionero.

Pues no se diga qué labor corresponde al Jefe

tes de la Academia ocurre igual: los de Física, armas portátiles, proyectiles, procesos de fabricación de lentes y prismas, y las salas de topografía, tienen una orientación práctica absolutamente eficaz.

Anexos al edificio de la Academia se hallan el campo de deportes y el campamento, donde el Batallón de Cadetes aprende la castrametación sin necesidad de libro alguno. Y no puede ser de otra manera, si ha de quedar tiempo para las materias científicas del plan de estudios, nunca más profundo que ahora, ya que los Cadetes han de adquirir la base matemática indispensable a los estudios que les esperan en la Academia del Arma elegida, con la mitad o menos de tiempo que antes los hacían en estas Academias especiales. La norma, el pensamiento directriz del plan de estudios es, a mi poco docto juicio, un gran acierto. Copio de un documento oficial su orientación: *Formar el espíritu militar de los futuros Oficiales; fortalecer sus aptitudes físicas; proporcionarles sólidas bases de cultura apropiada, que a la vez les capacite para posteriores estudios y*



de Estudios y a los dos Jefes de Estudios de los dos grupos en que está dividido el Plan: escoger de las obras didácticas las teorías más concretas y mejor expuestas; señalar el ritmo de la enseñanza de modo que nadie se adelante ni atrase como en una marcha en línea desplegada; presidir ponencias que a cada momento son precisas; en fin, estudiar mucho y además ejercer los mandos, como en un Cuerpo de tropa en pleno período de maniobras. Yo no hiego la modestia de ninguno de quienes intervienen y trabajan a destajo, desde la Dirección General a la clase menos importante; no hago sino comprender la diferencia enorme entre estos tiempos y los míos, en que no la había respecto a la vida muelle de los canónigos de la catedral y los profesores de la Academia de Infantería. Con decir que no teníamos instrucción más que los sábados que no lloviese y jamás vi a caballo a ningún profesor al frente del Batallón, puede colegirse el dinamismo militar de nuestros educadores.

La tarea actual merece, por lo menos, que sea conocida y apreciada por el resto del Ejército, porque no es solamente el entusiasmo que todos ponen en sus delicadas obligaciones, sino el resultado de ellas y el tono caballeresco del trato estrictamente militar de profesores y Cadetes. Saber enseñar no está al alcance de cualquiera; hombres muy sabios se desenvuelven mal en la cátedra porque les falta simpatía personal, paciencia, el don de hacerse cargo, y el acertado uso y oportunidad de la energía, que engendra respeto e infunde cariño. Del buen profesor depende que la clase sea un suplicio para los alumnos o una facilidad de comprender y de aprender. Profesores había antaño que en el período de exámenes se vanagloriaban diciendo: "Hoy me he cargado diez"; y lo decían como quien refiere una hazaña, un mérito, un motivo de satisfacción. El número de perdigones era entonces muy superior al de los que ganaban el curso; hoy, siendo el plan de estudios enormemente más difícil, no llega a la docena la cifra de los perdidosos que repiten curso.

En cuanto a la conducta de los muchachos, las

faltas son levísimas: descuidillos disculpables, pero no impunes; pues el régimen de severidad no significa persecución ni encono, como *in illo tempore*. Han pasado tantos años, que no creo vivan testigos de un dramático incidente ocurrido en la Academia de Infantería el año 1876: se hizo el trato tan insufrible e injusto, que la Academia se sublevó contra los profesores; sublevación escolar, pero con caracteres muy graves; desobediencia colectiva y silbas, negarse a formar encerrándose en los dormitorios. Acudió al Alcázar el Brigadier Iglesias, Gobernador militar de Toledo, mandó tocar llamada, y bastó su presencia para que los alumnos depusieran su actitud. La represión fué dura: una vez en el patio el Batallón, fueron diezmadas las Compañías, y esta décima parte del efectivo, quintada; cincuenta alumnos fueron expulsados en el acto, y diez castigados a servir tres años como soldados en el Regimiento disciplinario fijo de Ceuta. Yo no presencié el suceso; pero cuando me lo contaban los antiguos, se me ponía la carne de gallina. De otro episodio triste sí fuí testigo, bien a mi pesar. Fué a mitad del curso de 1879. Un profesor reprendió a un Cadete con palabras injuriosas y muy ofensivas; el Cadete le dió una bofetada; formóse causa; del profesor no volvimos a saber; díjose que le habían separado del servicio; al Cadete le condenaron a expulsión al frente de Bandera, con degradación. Era amigo mío.

Me zumbaban los oídos y no oí la lectura de la sentencia; cerré los ojos cuando el escribano empezó a arrancarle los botones de la levita; escuché el ruido de los dos pedazos de la espada al chocar con las losas, y entendí las palabras: "Indigno de llevarla con honor." La impresión imborrable que nos produjo a los Cadetes el horrendo espectáculo debió de influir también en los profesores, porque se hicieron más comedidos y prudentes; es lamentable que la condición humana exija esas ejemplaridades tan dolorosas.

Al lado de estos episodios tan tristes no faltaban los divertidos: había un Cadete llamado Araujo, poeta facilísimo, que llevaba seis años en la Academia por haber perdido los tres cursos; y temiendo perder por segunda vez el tercero y salir de *monta*, ocurriósele hacer una instancia al Rey Alfonso XII, pidiéndole el ascenso a Alférez por antigüedad; la instancia, en versos endecasílabos, tenía tal gracejo, que el Rey le concedió lo que pedía, por gracia especial, señalándole como antigüedad el último puesto de la promoción. El caso parecerá ahora extraordinario; entonces no lo era, pues la gracia de Alférez se otorgaba a muchos por méritos de sus padres y sin haber sufrido seis años de Academia, que fué el fundamento de la instancia.





Academia, repitió las palabras que fray Luis pronunciara al reanudar su cátedra de Salamanca tras largos años de amargura: *Decíamos ayer*. Que era lo mismo que continuar la orientaciones por él impresas. Es indudable que la solera de aquella Academia de Franco persiste en la nueva, y que los prejuicios y defectos de las anteriores han desaparecido ya.

Los tres cauces por donde transcurre la enseñanza en la General están marcadamente delimitados: 1.º Formación científica mucho más profunda y extensa que nunca.—2.º Formación militar, tanto más detallada cuanto que se dirige y concreta a crear el mando eficaz de las unidades menores, sin darle, como antiguamente, competencia en disquisiciones elevadas o sublimes.—3.º Formación física reforzada y aplicada exclusivamente a la guerra. Los tres cauces enlazados por un factor común: el vigor del espíritu.

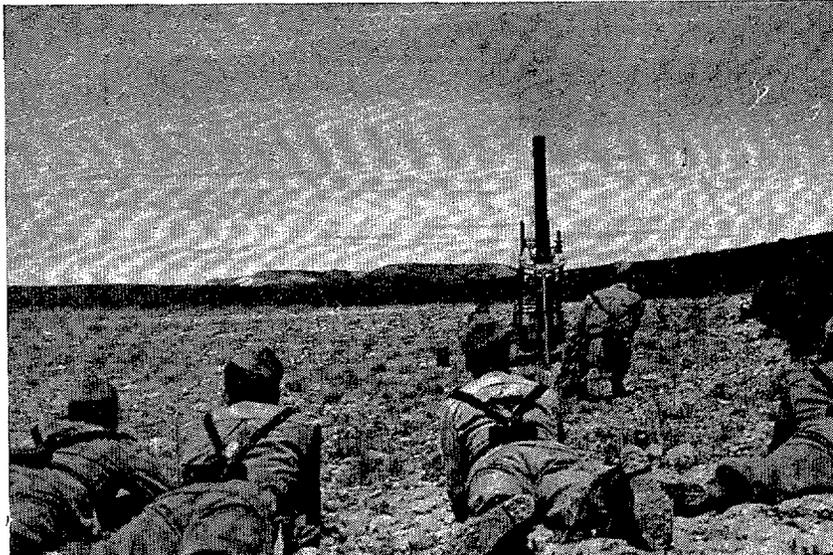
Donde este sistema aparece más claramente representado es en la realización de las prácticas generales, unidas a los cursos como si fuesen una sola pieza o prolongación de la clase; por eso cada Caballero Cadete lleva en el bolsillo, siempre que sale de las aulas camino del campo o de los campamentos, un cartoncito; véase, por ejemplo, el referente a la exploración: "Cualidades del explorador; manera de trasladarse de un punto a otro; oír y no dejarse oír; ver y no dejarse ver; no perder la orientación; saber informar."

Debajo de estos epígrafes va el modo de realizarlos; no es posible que el aprendiz de explorador dude ni se equivoque; aprende y podrá enseñar. Este nimio detalle contiene una muestra del método en todas las materias.

Las prácticas de topografía no se reducen al manejo de los aparatos sin ton ni son; forman temas de un momento militar; reconocimientos de posiciones enemigas o del terreno a vanguardia para preparación de avances o golpes de mano; es decir, empuñando el fusil, alerta el ánimo y tomando las precauciones de campaña reglamentarias.

Comparad tales prácticas con las de mi tiempo: los primerizos, alrededor del profesor y del teodolito o la plancheta; otros pocos, con miras, y los

El cambio radical de los métodos de enseñanza y del régimen educativo, no sólo en la General, sino en las de Transformación y Aplicación y en los Cuerpos de tropa, reside en un sentimiento que hoy forma parte esencial de todo programa docente: el espíritu de sacrificio. El Ejército español no careció nunca de esa cualidad indispensable de la disciplina; pero agudizada en los momentos graves, no era siempre norma de nuestra vida y directriz de nuestros actos. El espíritu de sacrificio llevado a todos los instantes del servicio constituye un lenitivo para las contrariedades y un constante estímulo en el cumplimiento del deber; forma hoy cimiento básico de la moral militar y constituye la esencia, la razón y la ley en la conducta del Oficial, desde el punto y hora en que se cuelga sobre el uniforme los honrosos cordones de Caballero Cadete. Y esto que se ve, se palpa y se respira en la Academia General, tiene su origen en el rumbo que la señalara su primer director, Francisco Franco; por eso, en la primera arenga que el hoy Jefe del Estado pronunció ante los Cadetes de la actual



demás, esparcidos por el campo, cogiendo lagartos y buscando grillos.

A todo se lleva un sentido de la realidad, que interesa más por referirse a la profesión: armar las tiendas del campamento contiguo al edificio de la Academia; practicar los servicios de seguridad en estación; efectuar las marchas preparatorias, cada vez más largas y aumentando el peso del equipo, y siempre, siempre, sin excepción, con un objetivo táctico explicado anticipadamente y con todo detalle.

Quizá la más interesante de las prácticas generales sea la que se verifica en el mismísimo riñón del Pirineo, en la frontera francoespañola; prácticas de montaña no se hicieron jamás por ninguna Academia hasta ahora; para su desarrollo se establecen temas de operaciones ofensivas o defensivas, y a ellas se acomodan los ejercicios, atendiendo a que no se trata de que el Oficial haga soldados deportistas, sino soldados aptos para vivir, marchar y combatir en todas las altitudes, todos los climas y todos los terrenos. Pretende la Academia General, y lo consigue, *crear en los Caballeros Cadetes la afición a la montaña y un sentido de placer y de alegría al encontrarse en ella.*

Subrayo estas frases, copiadas de la Memoria del último curso, porque ¿cuándo se vió a un profesorado preocuparse del placer y la alegría de los discípulos? ¿No era antes todo lo contrario, ya que la preocupación consistía en entristecer al Cadete con reprimendas, castigos y amenazas—siempre cumplidas—de perder el curso?

El primer atisbo del sentimiento de alegría en el servicio surgió en la primera Academia General de Toledo, que representaba un adelanto en los sistemas pedagógicomilitares, gracias a una dirección bien orientada, y a un profesorado elegido, nada semejante al tipo del *magister*, implacable, pero impotente, para destruir del todo la alegría juvenil desfogada en motes nada respetuosos. La segunda Academia General, encomendada a Franco, marcó nuevos progresos merced a las valientes iniciativas de su joven Director y a un profesorado

que, como él, tenía la práctica de sus campañas en África; esta Academia de ahora está vinculada al *decíamos* ayer del discurso del Caudillo. Hay un síntoma elocuente de su directriz espiritual: el castigo de privar al Caballero Cadete que incurrió en alguna falta, de usar, durante un día o varios, los honrosos cordones emblema de su honor y orgullo de sus sentimientos; ésta es la sanción que mortifica más a los Cadetes. ¿No constituye por sí sola la más clara prueba de la educación moral?

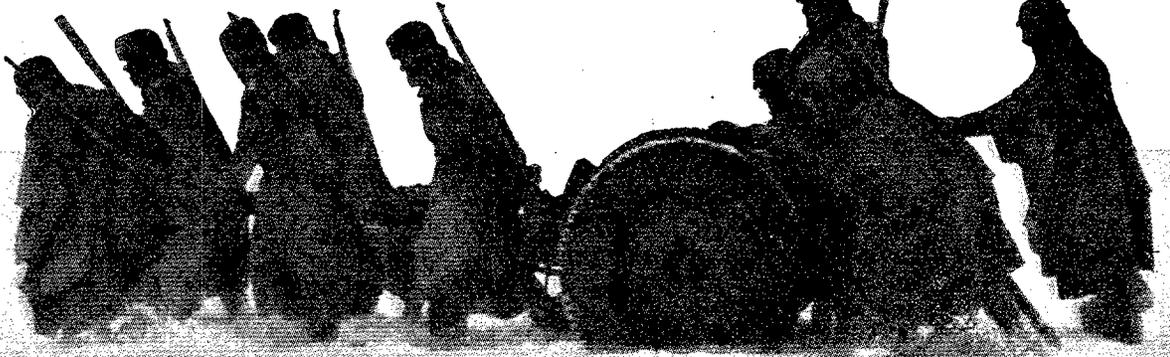
Me ha determinado a describir someramente el régimen de la Academia General, el deseo de que la Oficialidad del Ejército no desconozca el esfuerzo de sus compañeros al secundar tan admirablemente los rumbos indicados por el Ministerio. Considero que no debe ser desconocida la labor y el ritmo de nuestro más importante Centro de Instrucción, que es la base de todos, porque en este renacer de España la General no se queda atrás, sino que marcha en vanguardia de los progresos y grandezas del Ejército, camino de claros horizontes.

Las Academias especiales, los cursos y viajes de instrucción de la Escuela Superior, el avance y amplitud de la Industria militar en la fabricación de material y de armamento, la edificación de cuarteles adaptados a planes de necesidades jamás alcanzadas hasta ahora y la instrucción y disciplina de todos los Regimientos de todas las Armas, hacen un conjunto de entusiasmo y trabajo que no pueden juzgar quienes no conocieron aquel Ejército lleno de miserias y de virtudes sin eficacia, que se debatía en la impotencia, resignado a tomar el único partido digno de su espíritu y honor: el de morir sin esperanza ni posibilidad de victoria.

Si el resurgimiento español, en el que a la cabeza va el Ejército, no es un milagro, habrá que atribuirlo a la realidad de un refrán castellano, quizá el más verdadero de todos: *A Dios rogando y con el mazo dando.*

Que es lo que nuestra España viene haciendo en estos momentos históricos.





GRUPO ANTICARRO DIVISIONARIO ALEMÁN Enseñanzas de su empleo

Comandante de Infantería JOSÉ ARTERO SOTERAS, profesor de la A. G. M.

DURANTE nuestra pasada Guerra de Liberación, la defensa anticarro estuvo encomendada a las piezas de 37 mm., organizadas a base de Compañías de a dos Secciones, con un total de diez piezas, reuniéndose aquellas en grupos afectos a los diversos Ejércitos. De esta manera, existieron hasta cuatro grupos, correspondientes al Ejército del Norte, del Centro, del Sur y de Levante, así como otro de reserva, con dependencia directa del Cuartel General del Generalísimo.

Los cinco grupos constituían, como unidad superior, la Agrupación de Cañones Antitanques de 37 mm.

La actuación de las Compañías, Secciones o piezas aisladas, ya que de todo hubo durante el desarrollo de la campaña, fué verdaderamente ejemplar. De manera callada y heroica permanecieron en lucha constante contra los carros rojos, en los cuales tanto había confiado el enemigo.

Cerca de trescientos tanques rusos fueron destruidos o puestos fuera de combate; jefe de pieza hubo que contaba en su haber con más de veinticinco de estas destrucciones.

Los nombres de Cabeza de puente de Balaguer, Cabeza de puente de Serós, segunda ofensiva roja sobre Brunete, y finalmente Gandesa, quedarán unidos siempre a las actuaciones lucidas de los sirvientes de las piezas de 37 mm. que guarnecían tales posiciones; en especial, en la últimamente citada, fué el enemigo mismo quien atestiguó las proezas llevadas allí a cabo por la Batería que protegía el sector, declarando en una revista ilustrada que editaban las unidades de carros rojas la imposibilidad en que tales vehículos se vieron de entrar en el pueblo, debido a la resistencia y certero fuego de los anticarros nacionales.

Terminada la guerra, la organización autónoma de los anticarros desapareció, quedando éstos distribuidos en las unidades de Infantería, o pasando a formar parte de Regimientos Mixtos.

En el Ejército alemán, las unidades de defensa anticarro se encuentran organizadas, parte en los Regimientos de Infantería, formando la Compañía de Anticarros de a doce piezas, divididas en tres Secciones; independientemente, una gran masa de tales armas forman Grupos Divisionarios; el resto, integra la defensa de las unidades acorazadas.

Por creerlo de interés ofrezco al lector la organización y forma de actuar del Grupo Divisionario germano de anticarros.

Organización del Grupo y actuación en tiempo de paz.

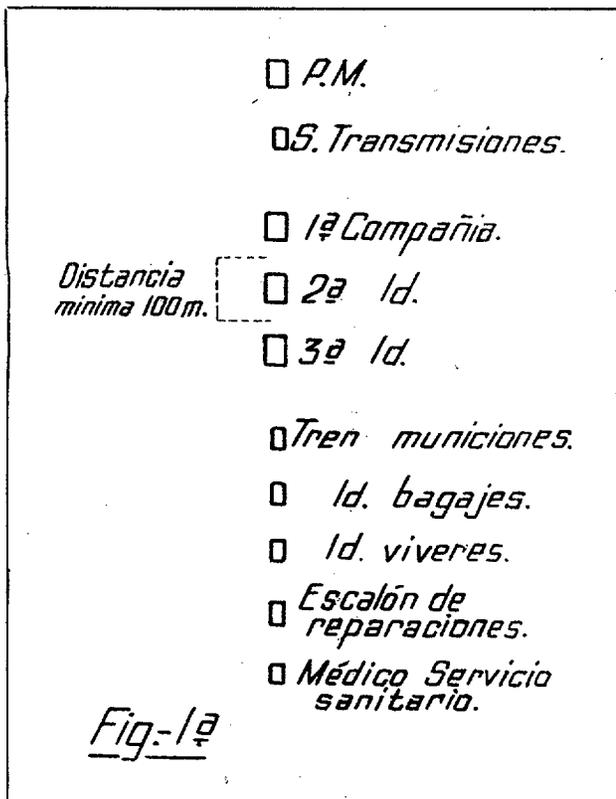
Esta unidad está constituida orgánicamente por una Plana Mayor, tres Compañías de piezas, Tren de Municiones, Tren de Bagajes, Tren de Víveres y Escalón de Reparaciones. El material va remolcado por tractores rápidos, que transportan a su vez a los sirvientes; los vehículos de la Plana Mayor son coches ligeros, estando los enlaces mantenidos por medio de motoristas. El Tren de Bagajes, el de Víveres y el Escalón de Reparaciones disponen de camiones rápidos todo terreno y normales.

Dispositivo de marcha. Los elementos del Grupo marchan colocados en el siguiente orden: Plana Mayor. Sección de Transmisiones. Primera, segunda y tercera Compañías. Tren de Municiones, el de Bagajes, el de Víveres, y Escalón de Reparaciones. El médico de la unidad con el servicio sanitario irá en su coche en último lugar; se le asigna este puesto para que pueda atender con más facilidad los accidentes, si éstos se producen (fig. 1.^a).

Distancia entre vehículos. Se regula según el terreno y la velocidad de marcha de la columna; como distancia normal se tomará la de un metro por cada kilómetro hora de velocidad. Así, con una velocidad de 30 km. por hora, los vehículos (dentro de la Compañía) irán separados entre sí por un intervalo de 30 metros.

La distancia entre Compañías será, como mínimo, de cien metros. La distancia entre coches, durante la marcha, tiene que ser tal que compense las fluctuaciones de velocidad de cada vehículo (ya que es esto lo único que en tiempo de paz interviene en la regularidad del avance de la columna); puede ser reducida en los altos a unos cinco pasos. De esta manera queda toda la formación más concentrada, y cada Jefe de Sección, Compañía, e incluso el del Grupo, pueden rápidamente revistar su unidad y estar al corriente de las incidencias que durante el recorrido hayan surgido.

Altos. Punto importante es éste, puesto que regulará el



normal desplazamiento y permitirá que tanto el personal como los vehículos obtengan el necesario descanso; los motores, principalmente, podrán ser rápidamente reparados e incluso reparadas aquellas pequeñas dificultades, que si no son obstáculo para el desplazamiento entre dos altos, sí lo serían para la marcha en conjunto. Teniendo en cuenta todo esto, se dará un descanso de quince minutos a los 40 km. de emprender la marcha; durante este alto, los conductores examinarán sus vehículos. Después de este primer descanso, los siguientes se harán cada dos horas de marcha.

Las marchas normales en tiempo de paz no rebasan los doscientos kilómetros, pero en tiempo de guerra se aumentan los recorridos, llegando a 300 ó 400 km. diarios.

Actuación en tiempo de guerra.

Marchas. En este apartado deben considerarse dos situaciones: 1.ª Cuando el Grupo marcha solo y debe montar su propio servicio de seguridad. 2.ª Cuando marcha con misión de seguridad de alguna unidad superior.

1.º caso: Seguridad en marcha. Es axioma logístico, de todos conocido, que toda fuerza que se desplaza en tiempo de guerra debe montar su servicio de seguridad. Si antes esto era importante, ahora, en que la rapidez de las unidades motorizadas permite al enemigo ataques profundos y fulminantes dentro del dispositivo defensivo propio, lo es mucho más; aumentándose este servicio con otro, que en ningún momento se debe olvidar, el de protección del espacio aéreo.

Durante la marcha aislada del Grupo, éste debe cuidar del servicio de seguridad terrestre y aérea.

El primero estará atendido por una de sus Compañías en misión de vanguardia de la columna. El orden de marcha será el siguiente (fig. 2.ª): Compañía de vanguardia, Plana

Mayor, segunda Compañía, Sección de Transmisiones, Convoyes de Munición, Bagajes y Viveres, tercera Compañía y, por último, el Escalón de Reparaciones. El Médico del Grupo irá con el Comandante Jefe del mismo.

La Compañía que va en vanguardia destaca como cabeza de la misma una Sección que marchará a una distancia de mil metros delante, debiendo ir enlazada por medio de motoristas. Esta Sección marcha en la siguiente forma: en primer lugar van dos motos con ametralladora y otra con sidecar; a continuación la primera pieza, en la cual va el Jefe de Sección; después, el resto de las mismas, a una distancia tal que no se pierda el enlace con la vista. Las motos de cabeza avanzan de colina en colina; en una de aquéllas va el Sargento observador, con pistola de señales para avisar la presencia del enemigo. Cuando la Sección de vanguardia encuentra al enemigo toma posición de fuego rápidamente, dando tiempo a que el resto del Grupo lo haga también a ambos lados de la carretera. Si el ataque enemigo viniera de flanco, se hará alto, y desde el mismo sitio se romperá el fuego, sin perder tiempo en buscar nuevas posiciones.

Los altos de la columna, en principio, se regularán como en tiempo de paz, pero siempre se buscará la protección de accidentes del terreno y bosques; con esto quedará a cubierto de la observación terrestre y aérea.

Las eventuales posiciones de parada serán determinadas por los motoristas de vanguardia; condición fundamental de ellas será la de tener una buena entrada y salida, con vistas a un posible ataque de flanco, caso de que se produzca un desbordamiento de las alas (fig. 3.ª).

Durante todo el tiempo que dure el alto, la seguridad de la columna la darán las ametralladoras; para ello se emplazarán en las alturas y puntos dominantes más próximos a la posición, estableciéndose de forma que cubran todos los posibles campos de tiro, procurando el cruzamiento de sus fuegos.

La aviación enemiga puede atacar a la columna en marcha; en ese caso deberá seguir con igual velocidad y distancia. La experiencia ha demostrado que marchando se tiene menos probabilidad de ser batidos que quedando estacionados; además, el momento de hacer alto los vehículos y echarse a tierra los sirvientes produce siempre involuntario desconcierto, fácilmente aprovechable por los pilotos enemigos, los cuales ametrallarán impunemente las figurillas que verán correr sobre la carretera, así como los coches abandonados. Solamente cuando el Grupo forma parte de una columna con infantería deberá ante el ataque aéreo detenerse, y todo el personal descenderá rápidamente de los vehículos, echándose a tierra.

Caso de tener que hacer fuego, éste se romperá con las ametralladoras desde los camiones; de este modo se ganará tiempo y se compensará el efecto de sorpresa de tales ataques, lo cual siempre constituye la parte más desagradable y difícil para quienes deben soportarlos.

2.º caso: El Grupo en misión de asegurar la marcha de una unidad superior. En este caso de dar seguridad a un flanco, vanguardia, etc., de una unidad superior (por ejemplo, División), se dividirá el Grupo, y las piezas irán a los lugares previamente señalados. Generalmente, éstos serán aquellos sitios fácilmente accesibles a los carros, como desembocaduras de valles, salidas de puentes, cruces de caminos, carreteras que discurran junto a aquella en que se encuentre la unidad propia (principalmente si surgen en sentido oblicuo), bosques, pueblecillos; en fin, todas aquellas zonas de terreno que hagan sospechar, por su situación o configuración, una posible aparición de carros o blindados enemigos.

Terminado el paso de la columna a lo largo de la zona protegida por las piezas destacadas en misión de flanqueo, éstas se incorporarán rápidamente a la unidad de donde salieron, siendo relevadas con las restantes en tal servicio; esto será tanto más necesario cuanto que el esfuerzo que exige el desplazamiento rápido y la tensión nerviosa, así como el sentido de responsabilidad, producirán una fatiga superior a la que sufran las demás fuerzas.

Para la protección próxima de las piezas destacadas, pueden ser agregadas, bajo las órdenes del Jefe de Grupo, otras fuerzas, especialmente motoristas o zapadores; éstos estarán encargados de allanar obstáculos para el paso de la columna, o bien crearlos en forma rápida para que coadyuven al servicio de las citadas piezas protegidas.

Puede darse el caso de que las Compañías de Anticarros regimentales sean las encargadas de la seguridad en marcha de la División; si esto sucede, debe marchar el Grupo al lado derecho de la carretera; con esto no obstaculiza y deja el paso libre a las citadas Compañías durante su incorporación rápida a los puntos de defensa señalados.

3.º caso: El Grupo en posición de espera. Cuando se reciba orden de alcanzar una posición de espera, lo primero que se hará será destacar el grupo explorador de una Compañía; éste irá al mando del Capitán de la misma. Cada Compañía enviará con este grupo un motorista, el cual tendrá por misión guiar a su unidad al lugar elegido.

4.º caso: Posición de fuego. El Jefe del Grupo será quien personalmente buscará esta posición; de este modo irán las Compañías a sus emplazamientos, sin pasar por la situación de espera. El Grupo, en tanto, queda al mando del Capitán más antiguo, el cual estará en todo momento preparado para ejecutar rápidamente cuantas órdenes se puedan recibir.

Cada Compañía tiene un grupo de observación, mandado por el Capitán de la misma; éste va en un coche, y constantemente le acompañan dos motos, una con sidecar y otra sin él; ambas cumplen la misión de enlace. Si el ataque se considera inmediato, pueden los motoristas citados aumentarse a tres o cuatro. Para estudiar y ver la posición de fuego, acompañan al Capitán dos Jefes de Sección, quedando el tercero al mando de la Compañía; como representante de éste irá el Sargento más antiguo de la unidad, el cual deberá tomar perfecta nota de cuantas órdenes o disposiciones se adopten en el terreno, para comunicárselos sin la menor vacilación o transformación a su Jefe respectivo.

La forma de emplear las Secciones será marcada dentro de cada Compañía por los respectivos Capitanes de las mismas.

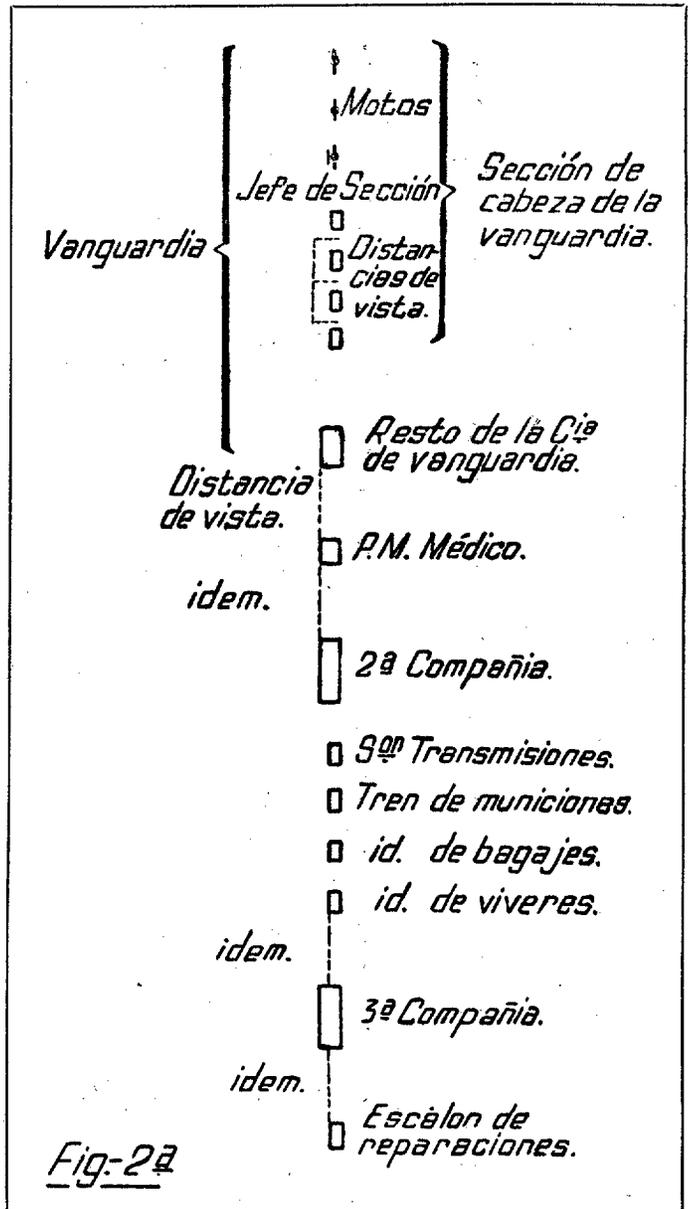
Si el sector a guarecer fuera muy extenso, no ofreciendo defensa natural alguna suficiente para poderse apoyar en ella y efectuar enérgica resistencia, se elegirán varias posiciones de fuego, señalándolas por puntos de referencia o por letras en el croquis que junto con el parte de exploración se enviará a la División, con objeto de que ésta tenga en todo momento antecedentes suficientes para poder obrar en consecuencia.

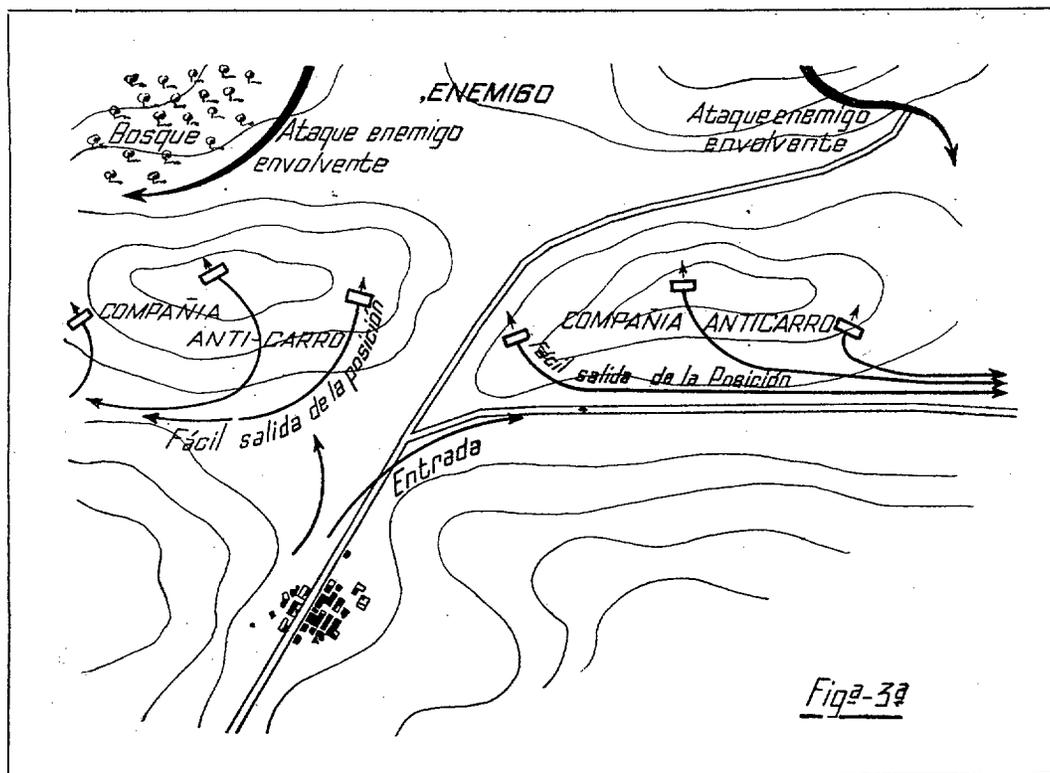
Mientras la exploración se efectúa, las Compañías tomarán una posición de espera, siendo indispensable que desde ésta se pueda llegar fácil y rápidamente a la posición de fuego, pues no debe olvidarse nunca que toda arma antitanque procurará anular el efecto

de sorpresa con que siempre se tratará de destruir su potencialidad de fuego y su rapidez de réplica.

Las posiciones de fuego deben estar elegidas de manera que, aun estando próximas a la primera línea, no corran el riesgo de que las piezas caigan bajo el fuego dirigido contra la infantería propia.

La principal misión de los Grupos Anticarros es la de evitar que los carros enemigos puedan llegar a cumplir uno de sus más fundamentales objetivos, el cual está constituido por el ataque a los emplazamientos de las baterías propias. El impedir que los carros de asalto lleguen a las primeras líneas de la infantería corresponde a las armas anticarros de las Compañías Regimentales; por esto se hallarán situadas en posiciones delante de las asignadas al Grupo Divisionario de que estamos tratando. Con esta distribución de armas se consigue también servir un principio fundamental de la defensa; éste consiste en que nunca debe establecerse aquélla en forma-





alarma; las Compañías Regimentales se bastarán para rechazarlos. Si comprendiese que el ataque era efectivo y potente, lo comunicará al Puesto de Mando del Grupo, indicando el número de los carros atacantes, potencia probable de los mismos, puntos de irrupción y dirección de marcha; de esta manera podrán estar perfectamente alertadas las zonas en que seguramente se desenvolverán los más fuertes ataques enemigos.

Cuando la posición del Grupo sea próxima a

ción lineal, dándole tanto más profundidad cuanto más enérgico y peligroso sea el posible ataque enemigo; de esta manera, los blindados atacantes irán pasando durante su continuo avance a través de diversas líneas defensivas anticarro, las cuales los irán eliminando progresivamente.

Nada decimos respecto a la importante acción de separar la infantería atacante de los carros que la protegen; tal separación debe correr a cargo de las armas de la infantería de la primera línea; ésta, en todo momento, deberá atender a tal acción, ya que de esta forma los carros que lleguen a sus proximidades podrán ser atacados fácilmente, tanto por las armas anticarro como por los grupos organizados para llevar a cabo la lucha individual contra tales vehículos.

Delante de la posición (fig. 4.ª) se establecerá el equipo de observación, y a los flancos del mismo estarán situados los correspondientes a las Compañías, los cuales irán dotados de pistolas de señales para dar aviso de la proximidad del ataque o de aquellas incidencias en las cuales se hayan puesto previamente de acuerdo. Todos estos puestos estarán enlazados por radio con el Mando del Grupo; éste lo estará a su vez por medio de teléfono y radio con el Cuartel General de la División.

En el puesto de observación deberá hallarse siempre un Oficial observador; éste hará un croquis detallado del terreno, en el que figurarán, además de los accidentes del mismo, las posibles zonas de entrada de carros, así como supuestas direcciones que los mismos puedan emprender, haciendo también especial mención de aquellos obstáculos que por su natural configuración puedan ser convenientemente utilizados para la defensa.

En caso de ataque de carros, procurará el observador diferenciar exactamente si éstos vienen a reconocer las posiciones propias y a descubrir igualmente la situación de los anticarro, o si, por el contrario, es un ataque formal y organizado con fuerzas potentes. En el primer caso, no dará la

aquella en que se encuentra el Mando divisionario, el Jefe de Grupo estará en contacto directo con el General; de esta forma conocerá rápidamente en todo momento el movimiento de carros enemigos, y podrá evitar así que la infantería sufra ataques inesperados, los cuales por su actitud de sorpresa producen siempre un efecto moral mucho más peligroso que el material a que, en realidad, pueden dar lugar.

5.º caso: Avance. El Grupo seguirá la progresión de las fuerzas a quienes acompaña "por saltos", buscando posiciones de espera próximas a las futuras de fuego que hayan de ser ocupadas.

El momento más delicado durante esta actuación del Grupo Divisionario será el paso de la posición de espera a la de fuego. Para desarrollar este movimiento se procederá de la siguiente manera: una o dos Compañías del Grupo quedarán en la posición de espera; con el resto se pasará inmediatamente al ataque; cuando se haya establecido el primer emplazamiento, entrarán las demás en acción; es decir, el movimiento deberá efectuarse escalonadamente. La inminencia del ataque graduará el que las unidades vayan directamente a la posición de fuego o pasen previamente por la de espera; sin embargo, el terreno será quien dictará principalmente los movimientos que se deban efectuar. Si la configuración y compartimentación de aquél fuese favorable, se pasará directamente a la posición de fuego; de esta forma, al producirse el ataque, el Grupo estará ya emplazado, y con esto se habrá vencido a un enemigo peligroso: "la sorpresa".

No obstante, si el sector asignado al Grupo fuese muy grande, se irá previamente a la posición de espera; desde aquí se atenderá al próximo ataque y se desplazarán las Compañías en aquellas direcciones que se sientan más próximas y directamente amenazadas por el ataque de los carros enemigos.

Las posiciones de fuego de las Compañías las marca el Jefe del Grupo. Con objeto de poder cursar rápidamente las órdenes, y mantener estrecho contacto con los Capitanes de las

Compañías, deberán reunirse éstos con el Jefe del Grupo en su Puesto de Mando, el cual habrá de hallarse situado en un punto céntrico del sector a defender.

Los soldados deben aprovechar el tiempo de permanencia en la posición de espera para reparar los motores, el armamento, etcétera; este trabajo será vigilado, dentro de cada Compañía, por el Comandante de Sección más antiguo de la misma.

Una vez que el Capitán ha recibido las órdenes pertinentes, re-

gresará a su unidad, donde le esperarán todos los Oficiales reunidos para recibir sus instrucciones y tomar nota de cuantos datos haya podido recoger aquél durante las conversaciones mantenidas con el Jefe Superior.

Toda posición de espera debe estar preparada contra posibles ataques de flanco, ataques que por su especial condición ofrecen un máximo peligro para las unidades encargadas de la defensa; para prevenir este riesgo, debe estar dotada dicha posición de una fácil salida; con esto quedará contrarrestada la sorpresa. Las piezas habrán de situarse en tal caso donde designe el Capitán de la Compañía inmediata. La reacción inmediata, en un caso de rápido ataque de flanco, es perfectamente lógico que se halle en manos de aquel Capitán, que se hallará situado precisamente en la zona ocupada por la unidad más inmediatamente amenazada y en contacto directo con ella; el citado ataque de flanco, producido siempre por desbordamiento de las líneas propias, tendrá que ser contrarrestado con rapidez fulminante, no pudiéndose perder ni un minuto en recabar órdenes del Jefe de Grupo; de esta manera, el responsable de cuantas decisiones se tomen en el primer momento, será el Capitán anteriormente dicho. Una vez adoptadas las primeras disposiciones, podrán ya recibirse órdenes del Jefe del Grupo, quien habrá sido conveniente y rápidamente informado de cuanto sucede, mediante exacto y sucinto informe cursado por el Capitán encargado de la primera acción defensiva.

Punto de capital importancia es que los avisos y señales lleguen con toda rapidez al Puesto de Mando; por ello, mientras sea posible, se emplearán algunos de los sirvientes de las piezas para contribuir al más perfecto y rápido enlace.

Puede suceder, y sucede en muchas ocasiones, que el Grupo Anticarro Divisionario se vea sorprendido por un ataque de carros enemigos cuando aun no se halle en la posición de espera; en este caso, se buscarán posiciones de alarma, siendo

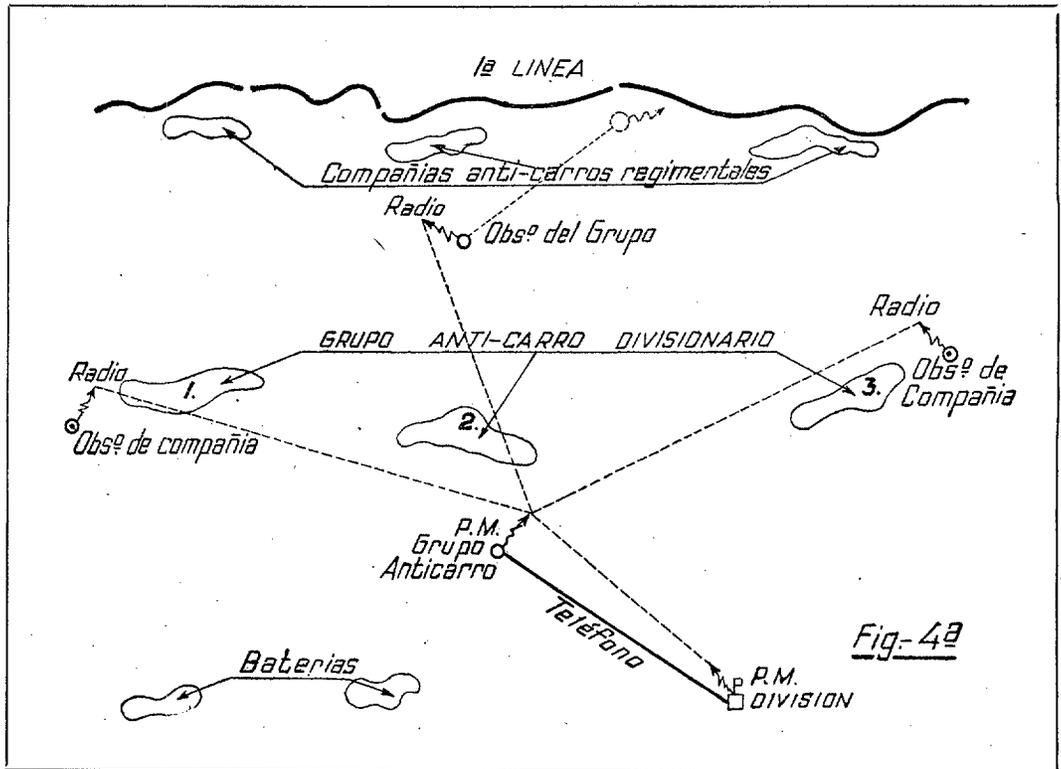


Fig. 4a

los Capitanes de Compañía quienes, junto con los Comandantes de Sección, deberán señalarlas.

Si, por ejemplo, el Grupo se hallase emplazado en un bosque, las piezas se establecerían en el lindero del mismo, constituyendo así posiciones de defensa propia.

Cuando el Comandante del Grupo dé orden a los Capitanes de ocupar la posición de fuego, las Compañías avanzarán con toda rapidez a ella; es, ante todo, preciso que éstas estén en sus puestos antes de que comience el ataque. No debe olvidarse nunca que la situación de máximo peligro se produce cuando las Compañías o Secciones son sorprendidas por el ataque en pleno y visible movimiento.

Durante el avance a la posición de fuego, marcharán las Compañías escalonadas, evitándose de esta forma, en gran parte, el peligro antes expresado; desplazándose de esta manera, siempre habrá alguna unidad que no estará en movimiento, y ella podrá apoyar a las otras si lo precisasen.

Cuando, debido a la inminencia y rapidez del ataque, comprendiese el Capitán que no podía llegar a tiempo al lugar elegido, emplazará las piezas en el mismo sitio, rompiendo el fuego en cuanto lo crea conveniente. Si el ataque no fuera tan rápido, avanzará hasta una cobertura más próxima a la posición, y allí se preparará para el fuego.

Punto fundamental será siempre que el enemigo no vea la entrada de las piezas, pues en tal caso trataría de destruirlas con el fuego de su artillería y aviación. Por otra parte, los carros, al entrar en combate, llevan como primer objetivo la destrucción de las fuerzas anticarras antes de que éstas se opongan a su avance; por tanto, tales piezas deberán huir de las vistas de los atacantes.

Para proteger el avance de los carros enemigos, su artillería actuará por el fuego; sin embargo, este fuego tiene que cesar en el momento en que aquéllos avanzan hacia nuestras posiciones; esta pausa será aprovechada por los anticarras propios para entrar rápidamente en posición, precisándose llevar

preparadas, casi, las distancias de fuego, pues el tiempo disponible para apuntar será muy reducido.

Una vez instaladas las piezas en posición, deberán flanquearse mutuamente, y lo mismo harán entre sí las unidades completas, como Secciones, e incluso Compañías.

En caso de que la Compañía esté ocupando un frente defensivo, será necesario que dos de sus piezas estén colocadas en posición avanzada; de este modo podrán rechazar, ellas solas, los pequeños ataques producidos por los carros de exploración, sin que se delate por ello la situación del resto de la Compañía.

Un buen sistema para desconcertar al enemigo en sus constantes observaciones, será el construir posiciones o emplazamientos simulados; así es posible que los carros atacantes, al dirigirse a las posiciones falsas, caigan bajo el fuego de las verdaderas.

Muy importante será que cada pieza tenga varias posiciones o emplazamientos, preparados y unidos entre sí por fáciles accesos; con esto se evitará que cualquier anticarro, después de efectuar varios disparos—que debido a sus trayectorias luminosas son muy visibles—, pueda ser destruido por aquellos carros sobre los cuales no hizo fuego, pero desde donde fueron vistos sus disparos.

De todo lo anteriormente expuesto podemos sacar un resumen o enseñanza muy útil y aplicable para la defensa anticarro en general. Todo ello se recoge en las siguientes líneas:

1.º Los anticarros tomarán parte en el servicio de seguridad de la Columna a que estén afectos, durante el desplazamiento de la misma, protegiéndola de los posibles ataques desde los flancos, a través de zonas de fácil avance de carros; igualmente podrá ser tal protección montada en la vanguardia, previniendo de esta manera los ataques de frente. Tales anticarros podrán ser los de los Regimientos de Infantería o los Divisionarios, y durante el desarrollo de su misión serán protegidos de ataques próximos por infantes o zapadores.

2.º Toda unidad anticarro deberá tener su grupo de exploración y observación; éste será quien determine, bajo el mando del Capitán, la posición de espera. Todas las observa-

ciones se pasarán a un croquis detallado en que figuren las posibles zonas de ataque, obstáculos útiles y dirección posible del avance de los carros. Este croquis se hará llegar rápidamente al Jefe Superior.

3.º En todo ataque de carros se debe procurar eliminar el factor "sorpresa"; asimismo, la posición deberá tener fáciles salidas a los flancos, para luchar contra ataques que se produzcan por desbordamiento de las alas.

4.º La detención de los ataques débiles, lanzados en muchas ocasiones con objeto de tantear las líneas propias, serán repelidos por los anticarros de las unidades regimentales de infantería de primera línea; éstas procurarán en todo momento conseguir la separación de los carros enemigos de su infantería que les acompaña.

5.º Toda posición anticarro contará con un puesto de observación, como mínimo; éste transmitirá sus observaciones al Jefe de la unidad.

6.º El avance se hará por saltos, apoyándose mutuamente, y llegando durante él hasta una cobertura próxima a la posición de fuego. Una vez suspendida la preparación artillera enemiga que precede al ataque, se aprovechará la pausa para entrar rápidamente en posición y hacer fuego sobre los carros que avanzan y

7.º En toda posición defensiva se construirán varios emplazamientos por pieza, estando éstos enlazados por medio de buenos caminos (cubiertos a ser posible). Dos piezas destacadas de la unidad en posición más avanzada serán las encargadas de resolver los primeros ataques.

Sobre todo lo antes resumido deberá tenerse en cuenta un principio casi axiomático: "los anticarros sólo harán fuego sobre blancos posibles", dependiendo esta posibilidad de las características del arma, así como del vehículo sobre el que se hace fuego. En ningún concepto deberán tener los disparos la misión de "asustar" al enemigo; como es natural, el atacante no se dejará intimidar, volviendo, con todas las probabilidades, a atacar con éxito a aquellas incautas o inocentes defensas, que por su "nervosismo o prisa" se habrán descubierto ante los incansables ojos del enemigo.

Antitanque norteamericano de 90 mm. También tiene adecuado empleo como antiaéreo.





Ifni-Sahara

Teniente Coronel de Infantería ANGEL DOMENECH LAFUENTE, del Gobierno político militar de Ifni-Sahara

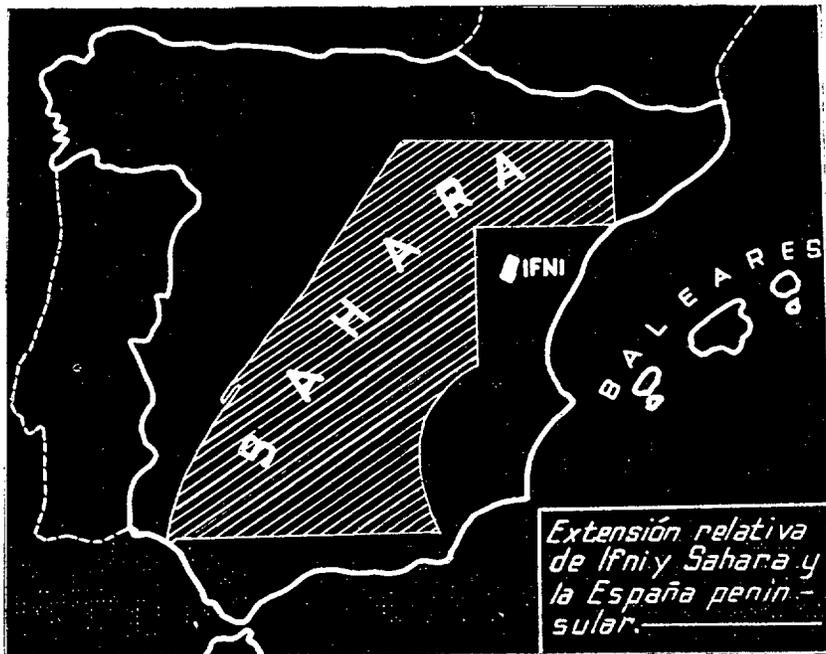
Fotos y dibujos enviados por el autor.

LOS territorios de Ifni y del Sahara (los indígenas escriben y pronuncian *Sahrá*) son dos y están separados unos 140 kilómetros a vuelo de pájaro, constituyendo el llamado oficialmente "Territorio de Ifni Sahara", que tiene un Gobernador político militar y fuerzas que dependen del Ministerio de Asuntos Exteriores y otras del Ministerio del Ejército.

Tal disposición propende y estimula al estudio, algo más amplio, de la organización y de los territorios que comprende. Precisamente de pocos meses a esta parte, desde que el Instituto de Estudios Políticos ha organizado misiones científicas, a cargo de sabios especializados que, con expediciones al Sahara, lo exploran, investigando sobre él, frecuentemente se trata—en la prensa diaria, en revistas técnicas y en las de acción

española marcadamente imperial—sobre estos territorios. Señalemos las actividades de la Sociedad de Estudios Internacionales y Coloniales, en la que un escogido grupo de africanistas se ha buscado el quehacer y la tarea de los estudios africanos. Justo es reconocer que en épocas pasadas también se escribió, y extensamente, sobre aquéllos. Pero la política amortiguaba el eco de aquellas campañas de divulgación y propaganda, y lo publicado quedaba exclusivamente como noble esfuerzo y labor paciente del particular aficionado a estos estudios con determinada orientación.

Actualmente sigue siendo necesaria la propaganda sobre los territorios del Africa Occidental Española (A. O. E.), especialmente la gráfica. Hay que meter por los ojos de los españoles la



situación de estos territorios, y presentársela enlazada con Canarias, con Marruecos, sin relación alguna con Guinea.

Decía un autor francés que "muchos españoles han olvidado la existencia de estas colonias en cuanto salieron de la escuela". Exagerada o no la expresión, con justificación o sin ella, creemos conveniente la emisión del "sello geográfico" en el que se presenten éstos territorios; la edición y propaganda del "sobre colonial", en cuyo reverso o cierre se imprima la parte de Africa en que Ifni y Sahara se hallan ubicados.

Con el mismo fin, pero en otro aspecto, sería conveniente que las unidades militares, con personal del país, que guarnecen los territorios, contaran en su plantilla con un tanto por ciento *grande* de españoles de origen (peninsulares o insulares) que, al cesar en su servicio, propagaran y difundieran cuanto hubiesen visto y aprendido sobre tales territorios del A. O. E. Conviene que los españoles salgan al mermado imperio colonial español; el servicio militar en el exterior obligará a roer los huesos del banquete colonial e incitará a mejorar el puesto en la mesa.

Se acabará así que funcionarios y particulares dirijan escritos a Ifni como parte integrante de Guinea; que se dé entrada por Ifni a quien deba dirigirse al Sahara; o se crea que para ir a determinado destacamento del interior del desierto sea lo mismo el desembarco en Villa Cisneros que en cabo Juby (protectorado); que se expidan nombramientos para funcionarios de Ifni haciendo constar que se hallan prestando servicio en las posesiones españolas del golfo de Guinea;

que lleguen cartas a cabo Juby en tránsito para Tinduf.

Naturalmente que la redacción de estas cuartillas no busca evitar la situación expuesta, por la calidad del lector a quien van dirigidas. Se pretende solamente ampliar en algo la natural concisión de los documentos militares. No es otro el fin perseguido con lo que sigue. Repitamos una vez más, pues, mucho de lo que en otras revistas ya se ha dicho, buscando incorporar los problemas africanos a las preocupaciones permanentes de la política nacional, para que la conciencia pública pueda prestar la asistencia necesaria en el desenvolvimiento y desarrollo —y la defensa, si preciso fuera— de nuestros intereses vitales.

Ifni-Sahara son los nombres de sendos territorios del Imperio español que una organización administrativa ha unido: la del Gobierno político militar de Ifni y Sahara. Este nació oficialmente cuando el *B. O. del Estado* publicó (21-IV-1940) la ley aprobatoria de los presupuestos de los territorios de Ifni o Santa Cruz de Mar Pequeña (*sic*) y del Sahara español y Río de Oro; pues en el estado letra A, referente al presupuesto de gastos del territorio de Ifni, y en la casilla con la designación de aquéllos, se fijaban (sección primera): "Gobierno político militar de Ifni y Sahara y Delegación del Alto Comisario en la Zona sur de Protectorado".

El territorio de Ifni fué fijado por el artículo 3.º del Convenio hispanofrancés de 27 de noviembre de 1912, en el que se lee:

Habiendo concedido a España el Gobierno marroquí, por el artículo 8.º del Tratado de 26 de abril de 1860, un establecimiento en Santa Cruz de Mar Pequeña (Ifni), queda entendido que el territorio de este establecimiento tendrá los límites siguientes: al Norte, el Uad Bu Sedra, desde su desembocadura; al Sur, el Uad Nun, desde su desembocadura; al Este, una línea que diste aproximadamente 25 kilómetros de la costa.

Todavía sin delimitar exactamente este territorio, como consecuencia del *statu quo* establecido en 30 de junio de 1934, y del *modus vivendi* consiguiente, existe fijado un "límite de control" que pasa, aproximadamente (véase croquis número 2): al Norte, por el *asif* (río seco o cauce) de Salgomad, poblado Meseidira y Adrar Tequen (750); al Este, por el norte del soko Had de Bifurna, poblado Turirt Igurramen (Ait Iazza); caseríos Ait Said, Ait Rhá e Id u Megait de los Ait Abdel-lah; caseríos Tanguistast y Bu Me-

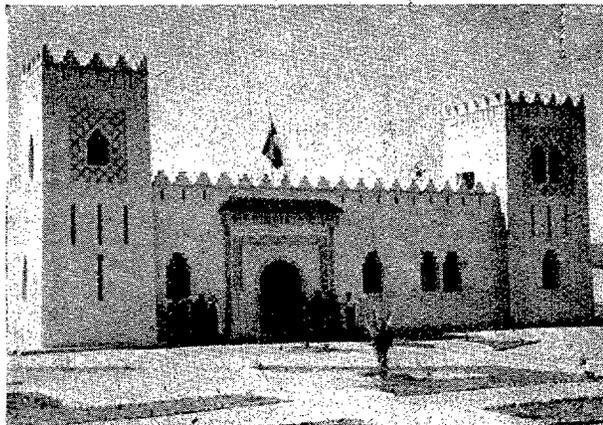
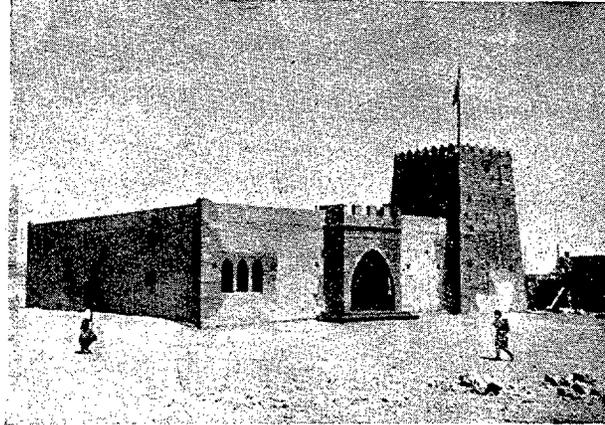
haut de los Ait el Joms, Fum Tigtan, Adrar Bu Fernut (870), monte Tiguiyidit (835), Fum Abeino y Ain Surrak (296); por el Sur, el río Asarasar, sur de Tiliuin, ríos Saiad y Asaca, hasta la desembocadura de éste.

Su situación en el sudoeste del Marruecos protegido por Francia le hace estar enclavado en la jurisdicción de la Comandancia Agadir Confines, siendo envuelto por las del círculo de Tiznit y de las circunscripciones de Bu Izacarn y de Gulimin, dependientes de los confines cuya cabecera hállase en Tiznit (véase croquis número 3).

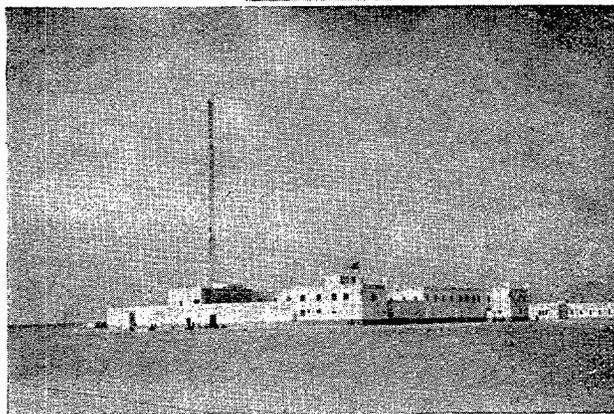
El territorio del Sahara lo componen dos zonas:

1.^a La colonia de Río de Oro, limitada, según el artículo 1.º del Convenio especial firmado en París el 27 de junio de 1900 (véase croquis número 4), en el que se lee:

En la costa del Sahara, el límite entre las posesiones españolas y francesas seguirá una línea que, partiendo del punto que se indica en la carta de detalle A, yuxtapuesta a la carta que forma el anexo 2 al presente Convenio, punto situado en la costa occidental de la península del Cabo Blanco, entre la extremidad de este cabo y la bahía del Oeste, se dirigirá por el centro de dicha península, y después, dividiendo a ésta por la mitad en cuanto el terreno lo permita, subirá hacia el Norte hasta encontrarse con el paralelo 21° 20' de latitud norte hasta la intersección de este paralelo con el meridiano 15° 20' oeste de París (13° oeste de Greenwich). Desde este punto, la línea de demarcación seguirá la dirección del nordeste, describiendo, entre los meridianos 15° 20' y 16° 20' oeste de París (13° y 14°



Tiliuin (Ifni).
Oficina de Asun-
tos indígenas.



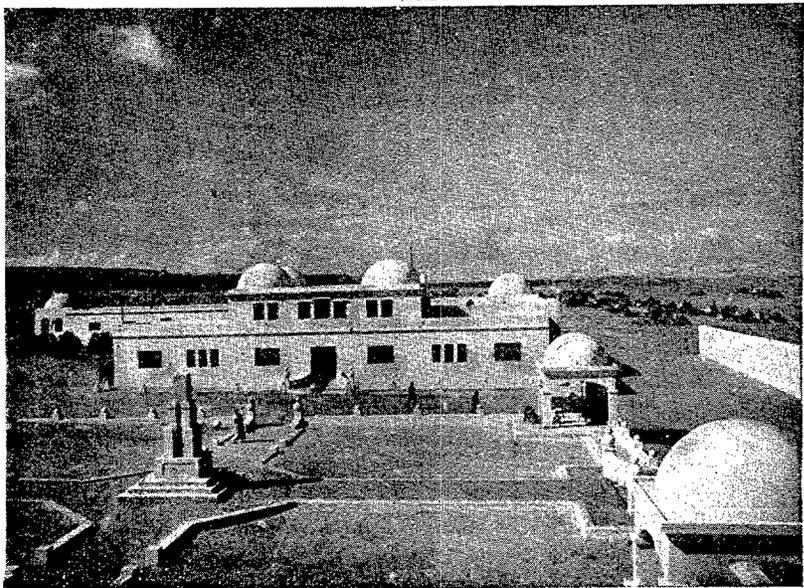
de Greenwich) una curva trazada de modo que deje a Francia las salinas de la región de Iyil, con sus dependencias, manteniéndose la frontera, por lo menos, a una distancia de 20 kilómetros del límite exterior de dichas salinas. Desde el punto de encuentro de esta curva con el meridiano

Villa Cisneros (Río de Oro).—El fuerte donde está la oficina de la Delegación.

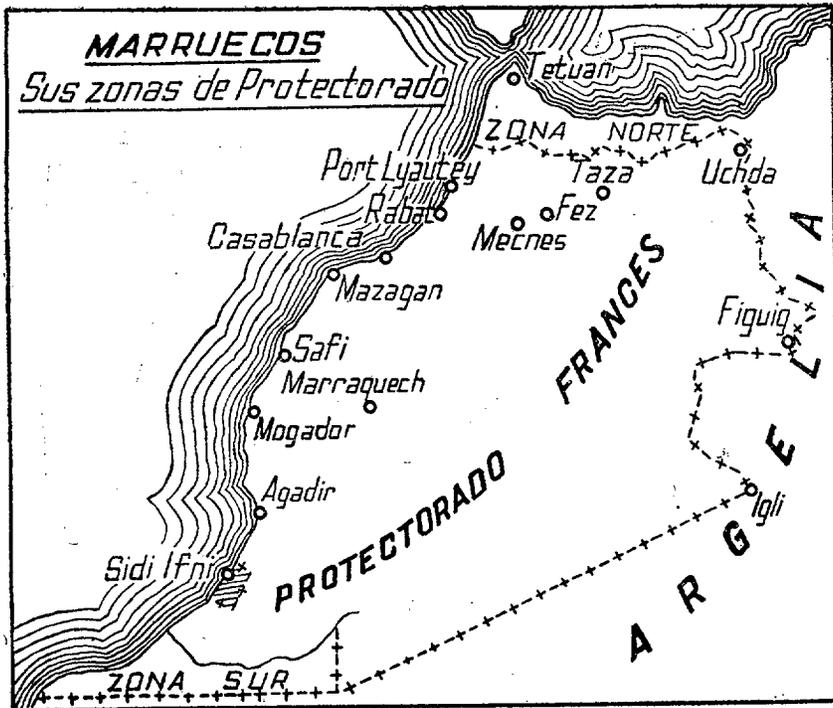
15° 20' oeste de París (13° oeste de Greenwich), la frontera se dirigirá lo más directamente posible hacia la intersección del trópico de Cáncer con el meridiano 14° 20' oeste de París (12° oeste de Greenwich), y se prolongará por este último meridiano en la dirección del Norte.

Queda entendido que en la región del Cabo Blanco la delimitación que deberá practicar la Comisión especial a que se refiere el artículo 8.º del presente Convenio se efectuará de manera que la parte occidental de la península, incluso la bahía del Oeste, se adjudique a España, y que el cabo Blanco propiamente dicho y la parte oriental de la misma península sean para Francia; y

2.^a La Saguia el Hamra, extendida inmediatamente al norte de la anterior, señalada por el último párrafo del artículo 6.º del Tratado hispa-



Aiun (Saguia el Hamra).—Oficinas de la Delegación en el Sahara.



Croquis n.º 1-a.

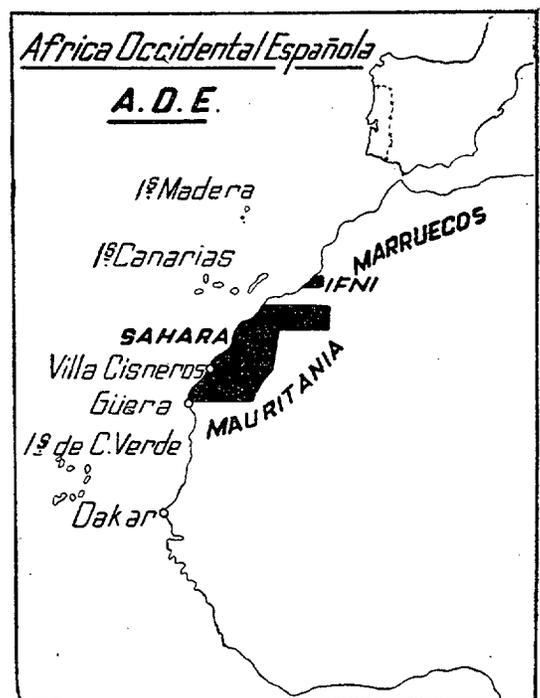
no francés de 3 de octubre de 1904, que expone:

Igualmente el Gobierno de la República Francesa reconoce, desde luego, al Gobierno español plena libertad de acción sobre la región comprendida entre los 26º y 27º 40' de latitud Norte y el meridiano 11º oeste de París, que están fuera del territorio marroquí.

Aunque todavía no están amojonados los límites fronterizos ni los interterritoriales más que en Río de Oro—en la frontera Sur, entre cabo Blanco y el paralelo 21º 20'—, pasan en éste, aproximadamente, por pozo Timazin, poco al Norte de los pozos Bu Lanuar y Ben Amira; por el pozo Chum, para, poco después, encontrar el meridiano 15º 20' Oeste de París; sube en línea recta hacia el Noroeste, dejando en Río de Oro el pozo Auadi, en Mauritania el pozo Char y la *sebja* o salina de Iyil, que contornea a 20 kilómetros por el Oeste y viene a pasar por el *galb* Azuazil (corazón de los dromedarios castrados), hasta encontrar el trópico de Cáncer (23º 27'), que sigue hacia el Este hasta el meridiano 14º 20' oeste de París, por el que va hacia el Norte, pasando aproximadamente por el este de la Daia Adam ("Charca del Hueso", en la región Areig el Feiya, o "venita que desahoga"), borde oriental de las crestas del Ichergan, por el extremo occidental de la *sebja* el Drus Gueblia (madre de las muelas, meridional) y la Um el Drus Tel-lia (septentrional), por el este del pozo Guenifa, del

gort Aidiat, y del nacimiento de los Udiat el Jiam (arroyuelos de las jaimas), que vierten en la *sebja* Umat el Ham (salina de las madres de la carne), en cuyo nacimiento se encuentra al paralelo 26º.

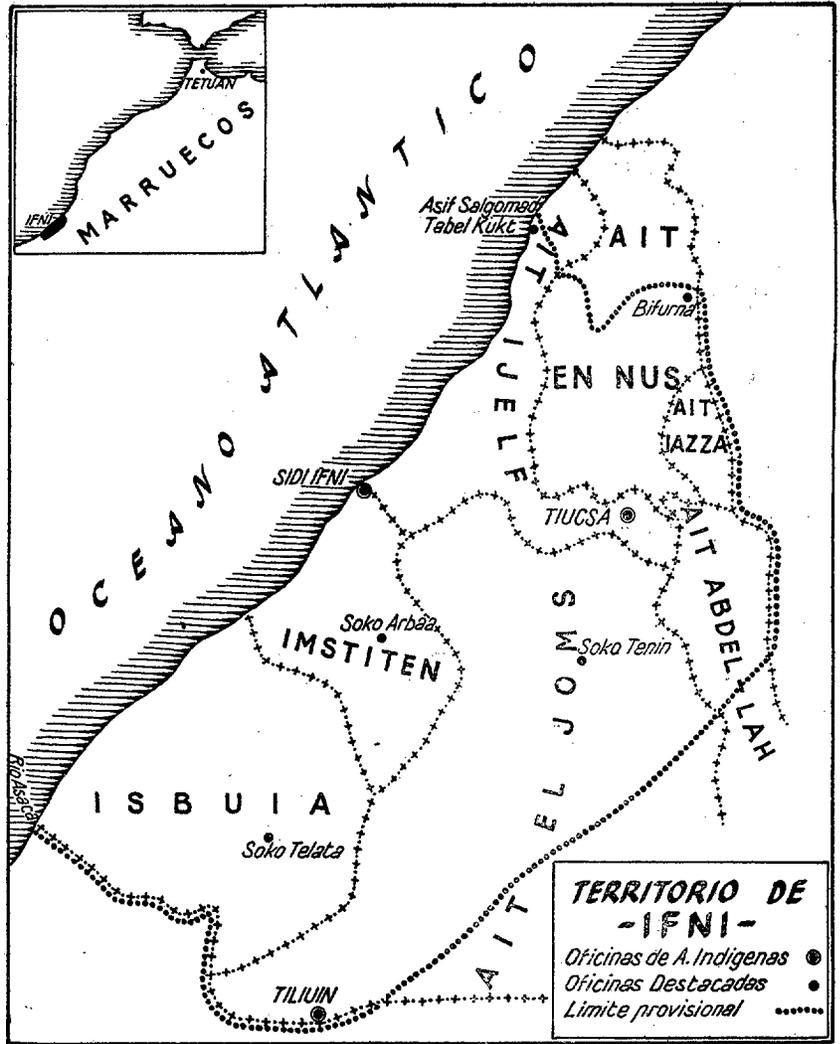
En Saguia el Hamra, el paralelo 26º pasa aproximadamente por los pozos Ausialet, Aridal y Auicha, por *galb* Temarad, sur de los pozos Nebca, Tigueret, Metlani, Hammar, Tifariti, unos 5 kilómetros al norte de Ain Ben Tili, separado unos 80 kilómetros del meridiano 11º oeste de París. Este sube por Aguadim y la Hamada, dejando en ésta los pozos Sebti, Abiar y Meguir, cruza la Betana hasta encontrar en aquélla el paralelo 27º 40', que sigue hacia el Oeste, pasando aproximadamente por la confluencia de los arroyos Guenifida y Afra, cerca y al norte del morabo Sidi Ahmed Erguibi, borde meridional del monte Janfra, el oriental del Gaada, *grava* Lehcheb, nacimiento de los arroyuelos Has-



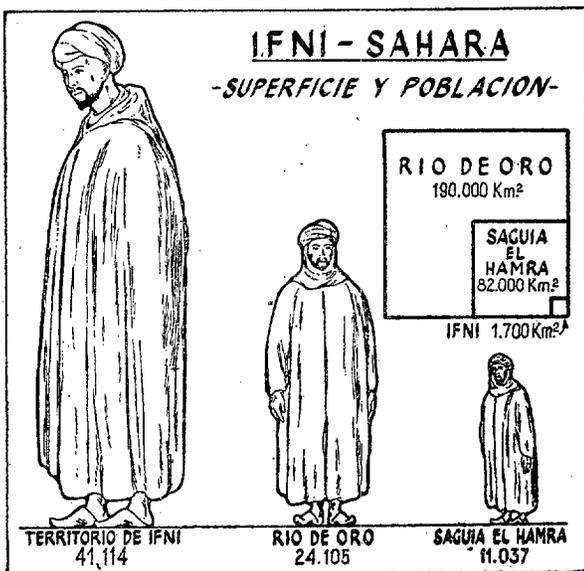
Croquis n.º 1-b.

bien (maderas secas), cruza la meseta del Gaada, pasa por unos 30 kilómetros al norte de la *kazba* Dora, de los Izarguien, por unos 2,5 kilómetros al sur del empalme de las pistas de Tarfaia (cabo Juby) a Tantan y Aiun, y por el sur de la punta meridional de la playa Amgriu (conocida por la Negrita), en el Atlántico.

Situado el territorio del Sahara entre Marruecos y la Mauritania, está envuelto por este último país francés—componente del Africa Occidental Francesa (A. O. F.)— y muy poco por una parte de terreno en que, al fijar la frontera entre Marruecos y Argelia, existe un hiato. Son los círculos del Adrar, de Akyucht y de la Bahía del Galgo—dependientes del Gobernador establecido en San Luis—, los que, con sus jurisdicciones, resultan fronterizos con nuestro Sahara. También lo son las jurisdicciones de Tinduf, Ain Ben Tili y pozo Um Grain, cuyas guarniciones pertenecen a la compañía sahariana de la Saura, siendo sus jefes mandatarios políticos del de los Confines (en la Comandancia de Agadir Confines), como puestos ubicados al norte del paralelo 25°.



Croquis n.º 2.



Ha quedado, pues, interponiéndose entre ambos territorios el Marruecos meridional: en parte, protegido por Francia, y el resto, por España. El curso inferior del río Dráa separa ambas partes, formando frontera.

Cuando se ocupó el territorio de Ifni (1934), tan sólo unos puestos costeros señalaban nuestra presencia en el desierto que nos habían concedido los Tratados. Villa Cisneros y Güera (pequeño promontorio) eran unos fuertes militares. Del primero todavía quedan restos de los fortines y la alambrada que en los pozos de Tauarta cortaba toda salida en la península (*dájala*) hacia el Norte; el segundo vivía asfixiado por la proximidad del puesto francés de Port-Etienne (*Nuadibu*, de los indígenas), por las dunas y por el mar. ¡Paisaje dantesco el de Güera!

Se inicia la ocupación del desierto cuando llegó la mía de camellos de cabo Juby (Protectorado)

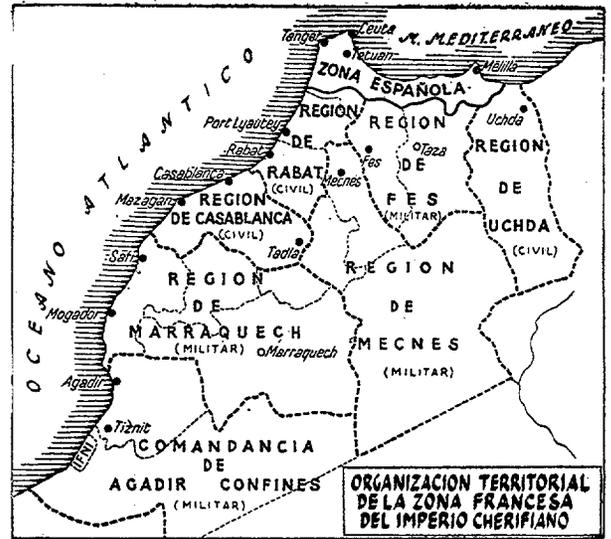
hasta Smara (15 de julio de 1934). Es durante nuestro Movimiento liberador cuando España desparrama sus escasas fuerzas por todo el desierto occidental. En las zonas del Sahara se ocupa definitivamente Smara y se establecen puestos en el interior: Aiun, Guelta Zemmur, Tichlá y Bir Gandús.

Dotados estos territorios con los elementos militares estimados suficientes, en 1939 se inicia la estructuración de aquéllos, con la organización actual siguiente:

Delegación en el territorio de Ifni, con cabecera en Sidi Ifni.

Delegación en el Sahara español, con cabecera en Aiun.

El Alto Comisario es el supremo representante de España en los territorios ubicados en el norte y noroeste de Africa, y en los de soberanía ejerce las funciones de Gobernador general, estándole subordinado el Gobernador político militar de los territorios de Ifni y de Sahara.

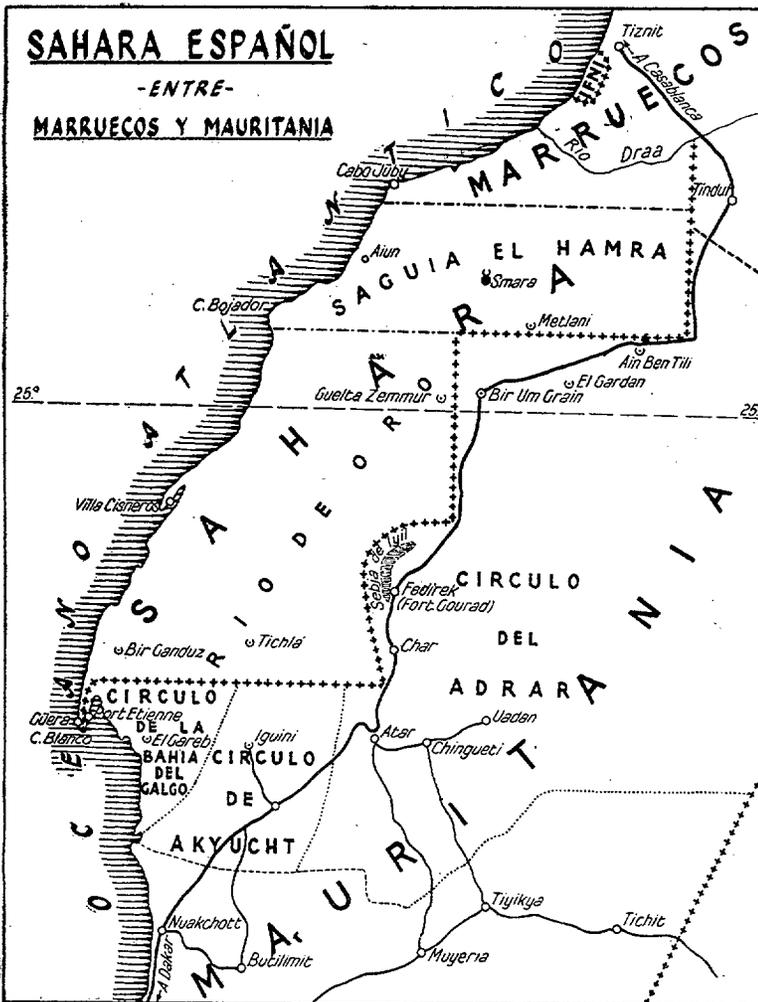


Croquis n.º 3.

A dicho Gobernador político militar corresponde, en los territorios, el mando de todas las tropas y servicios militares, con subordinación al General Jefe superior de las fuerzas militares de Marruecos, que tiene el mando de la totalidad de las fuerzas militares que guarnecen aquéllos.

Todas cuantas misiones señala el Gobierno político militar de Ifni-Sahara son ejecutadas en los territorios o inspiradas y encauzadas por el personal de las unidades de policía al servicio de la política conveniente a la relación con el indígena. Con personal de sana constitución física, especialmente instruido y preparado, con formación militar y cultural, así como técnica y táctica, y esmeradamente educado en lo moral, apto destacadamente para captar información y ejercer la vigilancia, resultan tales unidades con singularidad eficiente para la eficaz acción apetecida.

Cuidan en el medio urbano, y principalmente en el rural, de mantener el orden público; se esmeran en la investigación para adquirir informes de tipo particular o conseguir datos y lograr pareceres, criterios y conocimientos que reflejen situaciones molestas o estados de opinión que convengan orientar o encauzar; atienden a la vigilancia y conservan la seguridad en el interior; velan jalonando las fronteras y guar-



Croquis n.º 4.

dan recorriendo las costas; hacen cumplir cuantas disposiciones afectan a la zona marítima, a lo forestal, a las minas, a la policía del tráfico; obligan a acatar y ejecutar los mandatos y preceptos de los distintos reglamentos u ordenanzas; sancionan las infracciones. Con decir que su personal tiene a cargo el gobierno y la administración de los territorios, que ha de preparar el desenvolvimiento del país incrementando los intereses materiales, y cimentar la evolución en los medios culturales, se comprenderá la tarea compleja de estas vigilantes unidades, su quehacer atento para ofrecer propicia la labor de España en estos territorios de su soberanía, resultando innecesaria la represión.

Estas unidades son: en el territorio de Ifni, las "tropas de Policía"; los "Grupos nómadas", en el del Sahara.

Las primeras ejercen su acción política en el medio urbano y en el rural por medio de las siguientes Oficinas de Asuntos indígenas:

Sidi Ifni, cuya jurisdicción abarca la ciudad y extramuros y la cabila de los Imstiten (en árabe, Mesti); depende de ella el anexo del Soko el Arbáa (Imstiten);

Tingsá, con jurisdicción sobre las cabilas Ait Ijelf y Ait en Nus (ambas de los Ait Bubquer), Ait Iazza y Ait Abdel-lah; tiene como oficinas destacadas las de Bifurna (Ait en Nus) y Tabel Kukt (Ait Ijelf); y

Tilwin, cuya jurisdicción se extiende por las cabilas de Ait el Joms e Isbuia; cuenta con las oficinas destacadas del Soko Tenin de Amel-lu (en Ait el Joms), y del Soko Telata (en Isbuia).

Los "Grupos nómadas" del Sahara tienen establecidas oficinas principales de Asuntos indígenas en *Aiun* (Sagua el Hamra) y *Villa Cisne-*

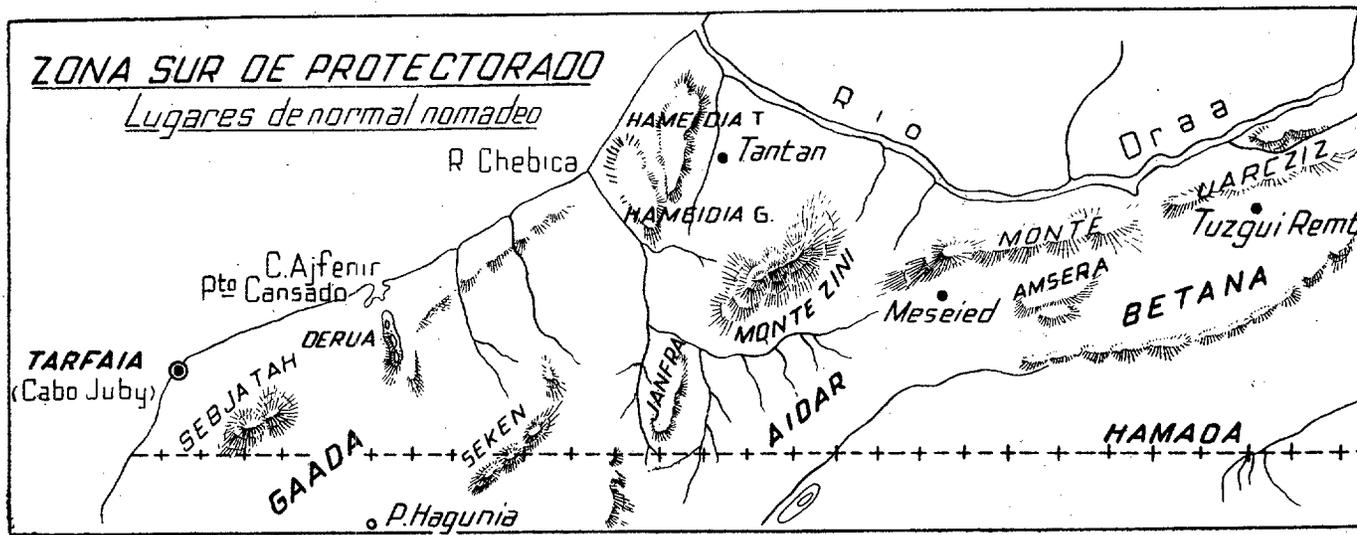
ros (Río de Oro). De la primera es oficina destacada Smara; de Villa depende la de Güera, con la Oficina de Información de Tichlá. La característica desértica de este territorio y la movilidad forzosa de sus eventuales habitantes impone al personal todo de estos Grupos una constante nomadización por las zonas de pasto más frecuentadas por los nómadas. No existe, pues, una asignación precisa de tribus a influir o gobernar; si bien los desplazamientos normales de ellas permitan mayores autoridad e influjo y un predominio más acentuado de los mandos españoles establecidos fijamente en las proximidades de sus zonas de pastos.

Por ello, aunque no se puede atribuir a cada oficina determinadas tribus—con la fijeza y determinación geográfica hecha para las cabilas de los Ait Ba Amrán, en Ifni—, están asignadas a cada una de las zonas que comprende esta Delegación en el Sahara las siguientes tribus:

Sagua el Hamra.—Arosien, Filala, Ahl Ma el Ainin, Erguibat Guasem (Ahl Brahim u Daued, Buihat, Aiaicha, Fogra), y

Río de Oro.—Ulad Tidrarin, Ulad Bu Sbáa, Ulad Delim y Erguibat Sahel (Ulad Musa, Suaad, Lemoednin, Ulad Chej, Ulad Taleb, Tahalat, Ulad Daued, Ulad Bu Brahim), los Ulad Mohan Delimi de los Ait Lahsen.

Pero como nada es concreto en el Sahara, ni la vida en él se puede cuadrangular, la pescadora, pequeña y pobre tribu de los *Imraguen* se halla entre cabo Bojador y el Udei Graa; la pequeña y pescadora *Fuicat* se extiende al sur de cabo Juby hasta la *fum* o desembocadura de la Sagua el Hamra; la tribu de *Izarguien*, al norte de la Sagua el Hamra y por toda la meseta del Gaada; en Hagunia, centro de esta meseta, se



Croquis n.º 5.

halla relativamente aislada la pequeña y religiosa *Filala*; la tribu pastora, más que labradora, de los *Ulad Tidrarin* apacenta sus numerosos ganados lanares y cabríos y, en menor cantidad, los de dromedarios, por entre la Saguia el Hamra y el Udei Graa, y por la comarca costanera del Imricli, en donde siembra pequeñas *graras*; en su vecindad hacia levante y hasta el cauce del Jat se mueve la de los *Arosien*.

Nomadiza *Ulad Delin* entre el trópico de Cáncer, el límite meridional de Río de Oro y la región del Tiris, entre el pozo de Uld Sidi Mehammed y el de Zug.

La tribu que casi se enseñorea y domina el centro y levante de nuestro Sahara es la de *Erguibat*, cuya subtribu *Erguibat Charg* (oriental) o *Erguibat Guasem* (así más conocida) nomadiza al oriente de la *Erguibat Sahel*, que lo hace más hacia el centro. De ésta se puede diferenciar la fracción *Suaad*, ocupando con sus campamentos la zona entre Smara y el pozo de Uld Sidi Mehammed, en el Tiris septentrional; en esta misma región se mueven los *Lemuednin*, en el Tiris meridional y comarcas de Tichlá, Zug y fronteira con Mauritania, nomadiza parte de *Ulad Chej* (el resto en Mauritania); más a levante (casi toda en Mauritania, desde el pozo Um Grain, por la Sebja de Iyil hasta el norte de Atar) algunas familias de *Ulad Musa*; entre estas dos últimas fracciones y entremezclándose con ellas, la de *Ulad Daud* y la de *Ulad Bu Rahim*.

De la subtribu *Erguibat Guasem*, la más grande y rica fracción ganadera de *Buihat* tiene sus desplazamientos desde la parte meridional del Aidar, por la Saguia el Hamra media, hasta el Guelta Zemmur; en la misma comarca, y en íntima relación con Buihat, se mueve la poco importante fracción de *Aiaicha*; la de *Ahl Brahim* u *Daud* alimenta sus ganados en la región al

sur de la Hamada y de la Saguia el Hamra, desde Acuadim a Smara y entre Ain Ben Tili al pozo Um Grain; la subfracción *Yenha* pasta sus ganados entre Smara, por Aidar, hasta el nacimiento de la Saguia el Hamra; por esta misma comarca y la Hamada nomadiza parte de la fracción *Fogra*, casi toda en territorio francés.

Vida errante la del *sahraui*, de cabellera rizada y brillante, rostro enjuto y cuerpo ágil. Vida monótona, de eterno caminar: sobre las ardientes arenas del *erg*, de lomas suaves, reflejando los rayos del sol; por el mortificante *rag* que hiere y lastima; a través de la interminable seca, desolada y desesperante *hamada*, saturada de sol. Vida con sensaciones grandiosas, como provocadas por el disfrute de la atmósfera diáfana y cargada de optimismo creada por el Noroeste o producidas por la tortura del asfixiante y deprimente viento *irifi*.

Vida sobria, de sacrificio, de entereza, de ilusión: por un pozo con agua limpia, por una zona con verde y tierno pasto, por el hallazgo de una vieja amistad, por el goce de un paisaje querido, por el encuentro de una veloz gacela, por la mirada furtiva de una ondulante mujer.

Vida de atardeceres sentimentales y románticos, en los que el silencio, "si no se oye, se siente"; de noches serenas, con luna poniendo pinceladas de plata en la tierra, y ésta enviándole destellos de hogueras, mientras las estrellas corren, llamando hacia Dios; de amaneceres acariciados por la tenue aurora, con despertar animoso, afán de nueva jornada y sed de vida renovada; pues "hay entre el cielo y la tierra unos aires enviados por Dios—con su poder y sabiduría—que purifican la atmósfera y curan todos los males, y de los que se benefician solamente quienes montan en dromedarios". Y así... siempre.



Foto Pérez Barrueco.

EL enorme desarrollo alcanzado por los medios de combate modernos ha dado lugar a que la ocultación química que en la contienda de 1914-18 se empleara en pequeña escala, en la actual haya adquirido una gran preponderancia y que su uso sea imprescindible en multitud de situaciones.

Las nubes químicas de ocultación se forman, bien desde puntos fijos, empleando emisores, candelas, etcétera, o desde puntos móviles, aviones, autoblandados fumígenos. Con los emisores ligeros también se pueden formar nieblas en movimiento; pero para ello se necesita el concurso de tropas bien instruídas y con gran sentido de orientación, con el fin de que no pierdan la dirección de marcha dentro de la nube.

Generalmente, las nieblas de ocultación se establecen entre las líneas propias y las enemigas; llamándose cegamiento en el caso de que la nube formada lo sea inmediatamente delante de las posiciones del enemigo, para impedir la visión a éste, y ocultación, cuando se forman delante de las líneas propias, para disimular movimientos, trabajos, etc.

Desde el punto de vista táctico, es preferible la formación de las nubes de cegamiento, a las de ocultación (el cegamiento es cuatro veces más eficaz que la ocultación). Con el cegamiento, las armas contrarias pierden eficacia por falta de visión; las fuerzas propias, en cambio, tienen limpio su campo de acción, y en muchas ocasiones podrán llegar a la sorpresa. En cambio, con la formación de las nubes de ocultación, son las fuerzas propias las que carecen de visibilidad dificultando con ello el empleo de las armas automáticas, el enlace entre la artillería y la infantería, etc.

En el empleo por las fuerzas de tierra de las nubes de niebla artificial, hay que tener en cuenta que la producción de la niebla no se ha de limitar a cubrir el objetivo propio a ocultar, sino que se debe cubrir un espacio mucho mayor, con la finalidad de que el enemigo tenga que dispersar sus tiros.

La ocultación química puede entrar en el plan de una operación de gran envergadura; en este caso,



NEBLAS DE OCULTACIÓN

su dirección depende del Alto Mando, ya que se requiere la formación de grandes masas de nube, que exigen la acumulación de gran cantidad de elementos, de tiempo y, muchas veces, el tener que esperar condiciones atmosféricas favorables.

La formación de la nube de ocultación tiene por objeto:

—Proteger las distintas armas y servicios de la acción ofensiva de la Aviación y las fuerzas de tierra.

—Facilitar la acción de las armas propias:

- a) favoreciendo el ataque de la infantería;
- b) en el salto, aumentando la moral de los combatientes;
- c) permitiendo la sustitución de unidades avanzadas;
- d) ocultando: a las patrullas de zapadores, de asalto, de reconocimiento y de choque;
- e) ocultando los movimientos de tropas y servicios;
- f) permitiendo a las unidades especializadas acercarse a las inmediaciones de las líneas enemigas, para neutralizar campos minados;
- g) ocultando los trabajos que realizan las Compañías de zapadores y pontoneros.

—Dificultar la acción de las armas enemigas:

- a) produciendo intranquilidad en sus formaciones;

- b) desorientando al enemigo en caso de repliegue o retirada;
- c) disimulando a las vistas del enemigo los movimientos de aproximación;
- d) cegando los observatorios, armas automáticas, anticarros y Baterías, y disminuyendo, por lo tanto, la acción de sus fuegos;
- e) Cooperar a la destrucción de carros que operen aisladamente.

La ocultación exige:

- Una buena disciplina de la tropa y una esmerada instrucción que la permita sacar el mayor provecho de la ocultación momentánea frente al enemigo.
- Gran movilidad y variedad para simular ataques y engañar sobre los puntos donde va a realizarse el esfuerzo principal.
- Un excelente enlace y observación aérea para señalar inmediatamente el movimiento enemigo.

EMPLEO EN LAS DISTINTAS FASES DEL COMBATE

En la ofensiva:

- En la marcha de aproximación: enmascarando a las tropas en estación o campamento.
- En la preparación del ataque:
 - a) Engañando al enemigo, llamándole la atención en zonas donde no existe ninguna actividad bélica;
 - b) protegiendo la entrada en Batería de las unidades artilleras;
 - c) ocultando medios acorazados, movimiento de reservas y abastecimiento.
- En el ataque:
 - a) dificultando la defensa;
 - b) facilitando la maniobra y la sorpresa;
 - c) cegando observatorios, emplazamientos de armas automáticas y Baterías, reduciendo la eficacia de sus fuegos, permitiendo, por lo tanto, la realización de movimientos, que de otro modo se verían impedidos por los fuegos de la defensa;
 - d) ocultando lo que ocurre dentro de la nube, tanto respecto al progreso del avance como acerca del punto donde ha de realizarse el esfuerzo principal;
 - e) facilitando los cambios de posición de las unidades artilleras;
 - f) enmascarando zonas de paso descubiertas a las vistas y fuegos del enemigo;
 - g) en el paso de ríos; protegiendo las tropas que realizan el paso y engañando al enemigo sobre los puntos elegidos;
 - h) ocultando unidades acorazadas mediante el empleo de grandes masas de nubes formadas por autoblandados fumígenos.

En la defensiva:

- Al principio de la acción para retirar las tropas de vigilancia a las posiciones defensivas.
- Cegando observatorios enemigos, etc.
- Ocultando la zona propia, con el fin de desorientar en sus movimientos a las fuerzas atacantes, anulando la posibilidad de tiro preciso.
- Para retirar de sus posiciones compañías de ametralladoras y baterías sometidas al fuego enemigo.
- Ocultando a la Aviación zonas importantes de la defensa, nudos de comunicación, etc.
- Para el defensor, las nubes de ocultación química que forme el enemigo constituyen un gran peligro, debiendo estar preparado para hacerlas frente. Por lo tanto, deberá tener previsto el cambio de observatorios y preparado el tiro de artillería sobre referencias que no sean ocultables por la emisión enemiga.

En las retiradas:

- Las nieblas de ocultación tienen amplio empleo en las maniobras de despegue.

EMPLEO POR LAS DISTINTAS ARMAS

Por la Infantería:

La Infantería es el arma que más provecho puede sacar de las nubes de ocultación contra objetivos reducidos, frentes poco extensos y objetivos próximos. En estas operaciones, realizadas con el concurso de la niebla artificial, se deberán tener en cuenta hasta los más pequeños detalles de ejecución, como son: la dirección de los objetivos, condiciones topográficas del terreno, referencias, etc., y contar con tropas bien instruidas que sepan moverse dentro de la nube de ocultación sin desorientarse y que avancen teniendo precaución de no salirse de la nube; pues quedando ésta a retaguardia, la tropa se destaca proyectada en la nube como fondo, ofreciendo un magnífico blanco al enemigo.

Las nubes químicas de ocultación se disipan en un espacio de tiempo relativamente pequeño, por lo que la infantería, para moverse dentro de ella, adoptará formaciones abiertas, poco densas, que permitan un rápido repliegue.

En general, la infantería utiliza las nieblas para:

- Disimular el movimiento de sus unidades.
- Efectuar relevos.
- Ejecutar trabajos en terreno no desenfogado de las vistas y fuegos enemigos.
- Atravesar zonas de paso obligado visibles al enemigo.
- Ocultar la salida de la infantería y medios acorazados para el ataque.
- Paso de ríos.
- Evacuaciones y abastecimientos.

La infantería, durante el tiempo de su permanencia en la nube, evitará el hacer uso de sus armas, porque el tiro es ineficaz contra un enemigo que no se ve y pudiera ser perjudicial para las unidades propias.

En el asalto, el empleo de las nubes químicas es decisivo para ocultar los diversos saltos, empleándose para formarlas granadas de mano y de mortero.

Las unidades de destrucción utilizadas en los golpes de mano aprovechan ampliamente la ocultación de la nube química, avanzando primeramente tras la cortina de niebla formada por los morteros de acompañamiento, y después, al llegar a la alambrada, y teniendo en cuenta la dirección del viento, las escuadras de protección lanzan sus granadas fumígenas con el fin de aumentar la opacidad de la nube de cegamiento formada por los morteros, momento que aprovechan los pelotones de destrucción para su actuación.

Los tiros que se realizan con proyectiles fumígenos, lo mismo con artillería que con morteros, para apoyar la acción de la infantería, han de ser precisos y ejecutados con arreglo al horario y código de señales convenido.

En la defensiva, el empleo de las nieblas por la infantería es más restringido, empleándose únicamente para cegar carros, disimular trabajos y emplazamientos.

La infantería debe estar dotada de bombas, candelas y granadas fumígenas de mortero; es decir, material ligero de emisión. Las bombas de mano proporcionan al pelotón, sección y compañía una ocultación momentánea, facilitándoles con ello la ocupación de posiciones defendidas con armas automáticas. Las candelas facilitan la evacuación de posiciones batidas.

La dotación de bombas y candelas es variable según las circunstancias; por otra parte, los fusileros deberán llevar cartuchos fumígenos para la corrección del tiro.

Por la Artillería: La artillería utiliza las nubes químicas de ocultación:

—En beneficio propio, para:

- a) efectuar los cambios de posición;
- b) ocultarse de la aviación y observación terrestre del enemigo, utilizando dispositivos en cordón o superficie;
- c) los tiros de noche, ocultando el resplandor de los disparos que denunciarían su posición al enemigo.

—En beneficio de las demás Armas:

- a) facilitando con sus tiros el avance de la infantería;
- b) permitiendo la maniobra de las unidades blindadas;
- c) cegando observatorios y baterías enemigos;
- d) señalando a la aviación objetivos a batir.

En el primer caso, utiliza medios de emisión ligeros, y en el segundo, proyectiles fumígenos. Lo mismo con artillería que con morteros, hay que tener en cuenta:

—La extensión del frente a cegar.

—La velocidad y dirección del viento.

Si el objetivo es de pequeña extensión, bastará colocar los proyectiles a una distancia de dos zonas del 30 por 100 y en una extensión de 150 a 200 metros, según los calibres. En frentes de gran extensión se colocarán a una distancia de 350 metros, y se repartirá el tiro en función del medio de acción del proyectil que se emplee, del viento del terreno.

La velocidad del viento influye de una manera decisiva en la cantidad de proyectiles que se han de utilizar para formar una nube de densidad suficiente, que permitirá la ocultación.

La dirección del viento trae como consecuencia que la nube formada en el centro de impacto tome una dirección conveniente o perjudicial.

Con viento de frente (fig. 1.^a), los impactos se colocarán detrás del objetivo, a una distancia de dos zonas del 50 por 100. Con el fin de evitar los espacios claros, el tiro se repartirá de modo que la separación entre los impactos sea igual a la anchura de la nube o, mejor, a la mitad de la misma.

Con el viento de espalda (fig. 2.^a), los impactos se colocarán delante del objetivo, para que el viento empuje la nube hacia las posiciones enemigas. Los impactos se colocarán a la misma distancia que en el caso anterior.

Con viento de flanco (fig. 3.^a) se colocan los impactos en la dirección del viento, de manera que la nube formada por cada impacto se superponga con la siguiente interrupción y con la densidad necesaria para formar una cortina lo suficientemente densa frente al objetivo.

Con viento inclinado (fig. 4.^a), los impactos se colocarán delante del objetivo; en este caso, la repartición puede ser mayor, puesto que se aprovecha mejor la longitud de la nube.

El tiro con proyectiles fumígenos se realiza siempre por sorpresa, y al principio con gran velocidad, para formar pronto una nube de bastante densidad, que después se mantiene a un ritmo más lento.

Fig. 1.^a

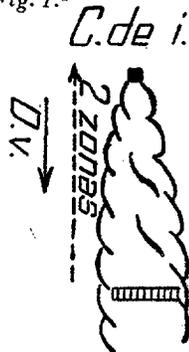


Fig. 2.^a

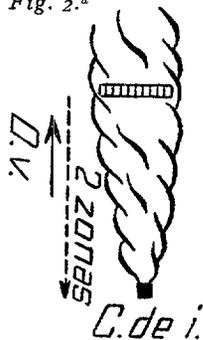


Fig. 3.^a

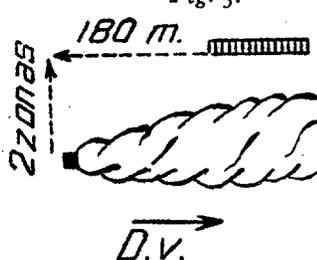
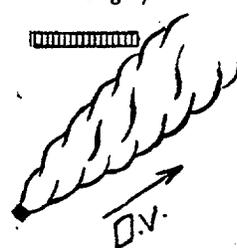


Fig. 4.^a



El reglamento alemán da los siguientes consumos:

CALIBRES m/m.	EXTENSIÓN metros.	PROYECTILES POR METRO	
		Tiro rápido.	Tiro lento.
77	100	50-60	8-10
105	150	30-40	8-18
105	200	8-12	2-4

Los calibres utilizados en la formación de nieblas deben ser superiores a 105 milímetros, tanto en cañones como en morteros.

Por los carros de combate: Los carros de combate son fácilmente vulnerables; la ocultación por medio de nieblas químicas les permite una mayor libertad de acción y facilidad de movimiento, tanto en el avance como en la retirada.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que los carros son ciegos dentro de la nube, y en estas circunstancias pueden ser fácilmente capturados por una infantería decidida y dotada de armamento adecuado; para que esto no suceda, es conveniente que los carros queden siempre detrás de la nube el mayor tiempo posible, y únicamente cuando la nube se haya convertido en cegamiento de las posiciones enemigas se adentrarán en ellas.

Las unidades blindadas van dotadas de medios de emisión propios, como son autoblandados fumígenos, carros con morteros fumígenos, lanzanieblas, etcétera, capaces de formar en pocos segundos una gran masa de niebla en el sitio que convenga y con independencia de las condiciones atmosféricas, ya que su movilidad permite contrarrestarlas; en este caso hay que coordinar la velocidad y dirección del viento con la velocidad y dirección del carro.

Por las unidades químicas: Las unidades químicas dependen siempre del Jefe de la gran Unidad a la que van afectos, por su instrucción y por el armamento especial de que están dotadas, son las unidades capaces de formar nubes químicas de ocultación con mayor rendimiento. Pueden ser empleadas:

1.º Para facilitar la acción de las armas y servicios de la gran Unidad a que van afectas.

2.º En cooperación D. C. A. para la defensa de puertos, nudos de comunicación, localidades importantes, etc.

A) El Jefe de la gran Unidad determinará:

- a) los límites del sector a ocultar en frente y fondo;
- b) duración de la operación;
- c) objeto de ella;
- c) forma de la emisión (cubierta, pantalla, superficie).

B) El Jefe de la Unidad química, a la vista de la situación que se trata de crear, y teniendo en cuenta las condiciones meteorológicas, establece las bases de emisión que sean necesarias, repartiendo los medios de emisión de que disponga entre los diferentes puestos.

Cada puesto comprenderá:

- a) Personal para la puesta en marcha de los medios de emisión;
- b) número de candelas calculado para la operación, aumentando un 25 por 100 (veinticinco por ciento) para imprevistos.

En el caso de tomar parte en operaciones con unidades blindadas, la Unidad química dispondrá de autoblandados fumígenos y medios de emisión ligeros, que podrá desplegar en frente y profundidad, actuando:

- a) con los autoblandados quietos o en marcha;
- b) con los medios de emisión ligeros: avanzados, retrasados o mezclados con los autoblandados;
- c) con todos los medios de emisión reunidos en un sector.

El Jefe de la Unidad química, después de informarse:

- a) de la situación táctica que se quiere crear;
- b) misión asignada;
- c) duración de la acción;
- d) terreno y condiciones meteorológicas,

—Distribuye los cometidos a sus escuadras, con arreglo a sus posibilidades prácticas, indicando la acción de cada una de ellas.

—Coordina la acción para que la emisión de niebla tenga unidad, acudiendo a lo imprevisto con la oportuna reserva.

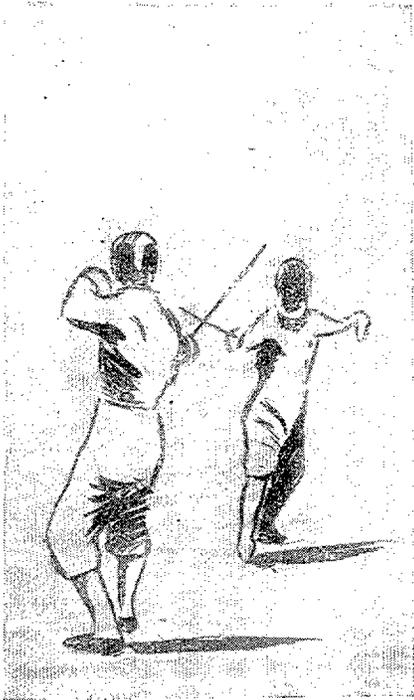
—Comunica los cambios de las condiciones meteorológicas que le suministra la estación de campaña instalada en su puesto de mando.

—Solicita con oportunidad el envío de material de consumo.

C) Con el fin de ocultar zonas de interés militar o industrial, también se utilizan unidades especiales químicas, que en un momento dado, y de una manera sencilla, pueden formar rápidamente nieblas de ocultación, cooperando de esta manera a la defensa contra la aviación.

La emisión se realiza desde puestos que pueden ser fijos y móviles. Los puestos fijos se sitúan en lugares adecuados y con carácter permanente. Generalmente son aparatos emisores de capacidad no inferior a 200 litros, con dos o tres boquillas de emisión cada una, que se ponen en marcha con arreglo a la intensidad y dirección del viento predominante. Los puestos móviles, concentrados en puntos desde donde el despliegue sea fácil, tienen por misión reforzar la emisión en los puntos que el Mando lo crea conveniente. Por lo que el personal de estos puestos se les debe concretar en momento oportuno la cantidad de medios y el lugar de acción para los que deban actuar. Estos puestos móviles están formados por camiones fumígenos o lanchas, si se trata de puestos en el mar.

Por el Jefe de la Unidad química de ocultación se tendrá preparado el abastecimiento de los puestos, tanto de los fijos como de los móviles, que estará situado en un lugar adecuado.



CAMPEONATOS DEPORTIVOS MILITARES

Teniente JOSÉ LUIS ORTEGA MONASTERIO
Alumno de la Escuela Central de Educación Física.

EN la primera quincena del mes de junio vienen celebrándose anualmente unos reñidos y emocionantes campeonatos deportivos militares entre las Academias Militares de Transformación y General Militar, que tienen lugar en los campos y pistas de la Escuela Central de Educación Física. Es interesante conocer la marcha y desarrollo de estos campeonatos, que, como la mayoría de las manifestaciones deportivas, tienen la virtud de crear un sano y alegre espíritu combativo entre los componentes de cada equipo y ésta en particular: la de estrechar los lazos de unión entre las diferentes Academias Militares.

Las distintas pruebas que se celebran a partir del último año, ya que en los anteriores la competición se reducía a la de penthalon moderno, son: gimnasia educativa, ejercicios de aplicación militar, penthalon atlético, penthalon moderno, natación, tiro de pistola y esgrima a sable al aire libre. Todas las pruebas mencionadas ofrecen gran interés; pero en el presente año destacó por su trascendencia la de penthalon moderno, ya que de su resultado depende la posesión definitiva de la copa que se adquiere ganándola tres años consecutivos o cinco alternos, y que en la actualidad está depositada en la Academia Militar de Transformación de Infantería, por pertenecer a esta Arma el equipo vencedor en los campeonatos celebrados en los dos últimos años 1942 y 1943.

Veamos ahora, aunque muy someramente, el desarrollo de estas interesantes pruebas y características particulares de cada una de ellas.

GIMNASIA EDUCATIVA

El equipo representante de cada Academia para esta competición está formado por treinta y seis alumnos, y es mandado, en el momento de la prueba, por el Profesor de Educación Física de la Academia respectiva. Los equipos actúan,

sucesivamente, ante el Jurado técnico por el orden que el sorteo determina. Este Jurado está compuesto por un Presidente, dos Vocales, un Arbitro, un Jefe de Interventores y el número de éstos necesarios (dos por cada seis ejecutantes por lo mínimo) encargados de puntuar, atendiendo a la corrección del ejercicio, y un Secretario.

Para esta prueba puntúan únicamente los ejercicios fundamentales (de piernas, gran extensión, suspensión, equilibrio, dorsales, locomoción, abdominales, laterales y saltos), no teniendo en cuenta los de orden, preparatorios y finales, dándoles una nota de 0 a 10 puntos, con arreglo al cuadro siguiente:

Ejercicio no realizado o fracasado	o	puntos.
— francamente malo	0,5 a 3	—
— mediano	3,5 a 4,5	—
— bueno	5 a 7	—
— muy bueno	8 a 10	—

En el pasado año obtuvo el triunfo en esta prueba la Academia General Militar, cuyo equipo sumó 6.324 puntos, clasificándose en segundo lugar el equipo de la Academia de Transformación de Infantería con 5.836 puntos.

EJERCICIOS DE APLICACION MILITAR

Están constituidos estos ejercicios por una serie de pruebas eminentemente combativas, cuya ejecución requiere en el Oficial una excelente preparación física individual y una inteligente colaboración con sus compañeros de equipo. La lucha personal y el esfuerzo realizado por cada uno de los componentes queda anulado en estos ejercicios si no ha sido correspondido por todos sus compañeros en igual proporción, ya que basta con que uno solamente deje de llegar a la meta o cometa muchas faltas e irregularidades en el paso



de los obstáculos, para que resulte estéril el trabajo de todos y muy difícil el triunfo de su equipo. Es necesario reunir un conjunto fuerte y homogéneo, cuyos componentes posean un completo dominio de sí mismo, excelente preparación física para soportar perfectamente la dureza de la prueba, y, sobre todo, un gran espíritu de disciplina para compenetrarse en todo momento con el compañero que manda el grupo y que hace de Oficial.

Las pruebas a que se someten los equipos y el orden en que se practican son las siguientes:

- 1.º Marcha de dos a tres kilómetros.
- 2.º Tres carreras de sesenta metros.
- 3.º Ejercicios de tiro de pistola.
- 4.º Paso de la pista de obstáculos.

Esta última prueba presenta la siguiente serie de obstáculos, escogidos todos ellos entre los que más corrientemente se presentan en la vida de campaña y que hay que salvar con arreglo a unas determinadas acciones, en las que juega el papel principal la compenetración del equipo: Barreamiento de carreteras; paso de río de ocho metros; defensa contra carros (dados y carriles); trincheras; ondulación, con salto de trinchera de dos metros; ocupación de la trinchera y lanzamiento de granadas; alambrada; asalto a un puesto de mando; salvar un muro y paso de ruinas.

Obsérvese cómo el tiro de pistola se realiza inmediatamente después de la marcha de tres kilómetros y de las carreras de sesenta metros, con lo que se aumenta la dificultad del ejercicio, ya que la respiración se halla alterada a causa del esfuerzo realizado y la pulsación no es normal. Este ejercicio se realiza sobre cuarenta globos o platos colocados a la distancia de diez metros, disparando cada uno de los participantes sobre su globo precisamente, cesando el fuego en el momento en que el blanco haya sido tocado o cuando se hayan consumido los ocho cartuchos del cargador.

Terminado el ejercicio de tiro, se procede al paso de la pista de obstáculos ya mencionada, terminando la prueba en el momento en que el Oficial que manda el equipo, después de que éste ha salvado el paso de ruinas, forma su gente y manda firmes, a cuya voz ejecutiva son detenidos los cronógrafos.

En esta prueba se considera tiempo invertido el que media entre la señal de salida y la de llegada, incrementándose con las penalidades, en tiempo, de las faltas que se cometan.

El equipo de la Academia de Infantería, vencedor en los últimos campeonatos, hizo el recorrido en el tiempo de 45 minutos y 27 segundos, clasificándose en segundo lugar el de la Academia General Militar, que empleó 53 minutos y 42 segundos, incluido el tiempo incrementado por las penalidades a que dieron lugar.

PENTHALON MODERNO

La finalidad de este deporte es la de reunir cinco ejercicios propios del combatiente y que son del Oficial por excelencia, por lo que también se le llama penthalon militar. La necesidad de su existencia está plenamente justificada, ya que todo Oficial debe practicarlo, pues son muchas las ocasiones que en campaña se nos presenta la ejecución de ejercicios similares a los que comprende el penthalon moderno, y que no podremos realizar si no estamos preparados para ello. En el número 44 de esta Revista, correspondiente al mes de septiembre de 1943, se publica un artículo titulado *Penthalon moderno: Breve historia y justificación*, en el que se hace una reseña detallada de la historia de esta prueba y por el que se comprende claramente la necesidad de su inclusión en el deporte militar.

Indiscutiblemente, el penthalon moderno presenta mucha dificultad, pues es difícil por la diversidad de pruebas a practicar y porque requiere para el que se dedique a ellas unas cualidades físicas y psíquicas excepcionales. Asociar la calma del espíritu y la precisión de movimientos que necesita el tirador con la velocidad del nadador, con la resistencia del corredor, la destreza del esgrimidor y la habilidad del jinete es muy difícil, y por eso son pocos los que triunfan en esta especialidad.

Saber correr, montar, tirar a esgrima y pistola y nadar es útil a todos; pero tal diversidad de deportes hace que la preparación física del atleta o del militar debe ser en todos los conceptos completa.

Llevar a cabo su preparación es una empresa ardua, y necesita una férrea disciplina, estudio inteligente de los movimientos particulares en cada prueba y una gran fuerza de voluntad. Solamente un atleta deberá dedicarse a la especialidad del penthalon moderno, cuando haya cuidado durante un largo período de la carrera y la natación. Cuando tenga seguridad de que reúne facultades para estos deportes y haya adquirido en ellos un estilo provechoso y fácil, podrá iniciarse en la preparación de los otros. Correr cuatro mil metros a campo traviesa, sobre un terreno variado y desconocido, en poco tiempo, no es fácil, como tampoco lo es sobre trescientos metros en natación, debido a que presenta mucha dificultad el saber distribuir y administrar sabiamente las propias fuerzas cuando contemporáneamente se deben entrenar otros deportes.

A pesar de estas dificultades, los resultados obtenidos hasta ahora en esta prueba no pueden ser más esperanzadores. En el pasado año se lograron las excelentes marcas de 14' 35" 2 en la prueba de cuatro mil metros a campo traviesa, y 4' 4" 2 en la de natación. Para darnos cuenta del valor real de estas cifras recordemos que en la Olimpiada de Los Angeles, a la que concurren equipos de todo el mundo, formados por los mejores oficiales de cada nación, se obtuvieron en estas mismas pruebas los tiempos de 15' 12" 2 y 4' 32" 6 respectivamente, peores, como se ve, que los logrados en los últimos campeonatos por la entusiasta Oficialidad de nuestro Ejército.

El equipo representante de cada Academia está formado por cinco participantes, puntuando únicamente los tres primeros clasificados.

El torneo comprende las cinco pruebas siguientes:

- 1.^a *Equitación*: 5.000 metros a campo traviesa con obstáculos.
- 2.^a *Esgriima*: Con espada, a un solo tocado.
- 3.^a *Tiro*: 20 dispros a cuatro series de cinco cada una con pistola reglamentaria, sobre silueta, a una distancia de 25 metros.
- 4.^a *Natación*: 300 metros estilo libre.
- 5.^a *Atletismo*: 4.000 metros de carreras a pie.

La clasificación final del concurso se determina sumando los números de los puestos obtenidos por cada participante en las cinco pruebas. En caso de empate, es el número de victorias logradas el que decide, y en el caso de nuevo empate, la clasificación final de los competidores se determina por la clasificación individual de cada competidor en las cinco pruebas, por el orden siguiente: Carrera a pie, natación, tiro, esgrima y equitación.

En los dos últimos años ha ganado este concurso la Academia de Transformación de Infantería seguida en reñida lucha por la de Artillería, debiéndose ventilar en la próxima competición la posesión definitiva de la copa que, como se dijo, se adquiere venciendo tres años consecutivos o cinco alternos.

NATACION

Cada Academia presenta un equipo constituido por diez nadadores, no pudiendo un mismo nadador tomar parte en más de dos pruebas individuales, aunque sí en saltos y relevos.

El campeonato se efectúa por semifinales en todas las pruebas, clasificándose para la final seis nadadores, y consta de las siguientes pruebas:

- 100 metros libres.
- 100 — espalda.
- 200 — braza de pecho.
- 3 × 100 relevos estilos.

Salto: Se efectúa uno obligatorio a tres metros (ángel adelante con carrera) y otro voluntario a la misma altura, a elegir entre los que figuran en la tabla A (saltos de trampolín del Reglamento de Natación de la Escuela Central de Educación Física). Los saltadores se clasifican para la final con arreglo a las notas obtenidas en sus saltos, debidamente multiplicadas por los coeficientes de dificultad, efectuándose dos series de siete saltos y una final de seis.

En cada una de las finales, 100 m. libre, 100 m. espalda y 200 m. braza, se concede a los finalistas la puntuación siguiente: 13 puntos al primero y 8, 5, 3, 2 y 1, sucesivamente, a los restantes nadadores clasificados hasta el sexto.

Los mejores tiempos obtenidos en las distintas pruebas en el último campeonato fueron: 100 metros libres (1' 15"), 100 metros espalda (1' 46"), 200 metros braza (3' 39"), 3 × 100 relevos estilos (4' 38"), logrados todos por participantes del equipo de la Academia de Infantería.

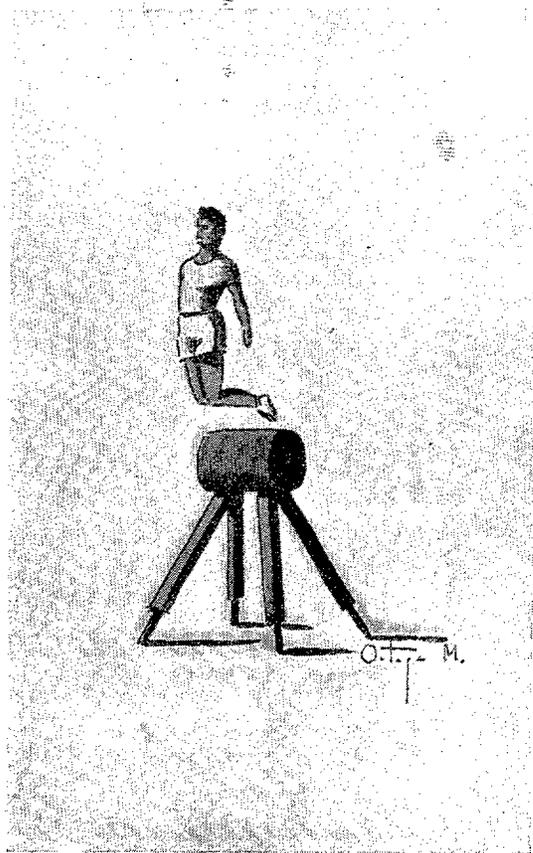
PENTHALON ATLETICO

La preparación atlética para encontrarse en condiciones de tomar parte en este concurso no se consigue en unos días, sino que exige el trabajo, constante y asiduo, a desarrollar durante varias temporadas. De ahí la dificultad con que se tropieza en las Academias para formar un conjunto capaz de triunfar en esta especialidad, ya que dos de las pruebas que en ellas se practican, lanzamientos de jabalina y disco, especialmente la primera, son de una técnica complicada y movi-

mientos depuradísimos cuyo adiestramiento no se consigue en un solo año.

El atleta "hazlo todo", el que se cree con facultades para dedicarse a todas las especialidades, generalmente no suele destacar en ninguna. Sin embargo, para esta prueba es necesario que un mismo individuo practique cinco especialidades y obtener en ellas unas marcas medianamente buenas, aunque consideradas particularmente dentro de cada una de ellas no sean excelentes. Un entrenamiento metódico, una vida sana y una perseverancia tenaz jalonan el camino, duro y tortuoso, que conduce a la meta al campeón. El ser campeón en una prueba es el fruto del trabajo desarrollado durante mucho tiempo, de una firme y perseverante disciplina y de un espíritu de sacrificio llevado hasta el límite. Dice en su discurso el Presidente del Comité Olímpico Argentino sobre el significado de la palabra "campeón":

"Ser campeón quiere decir haber sido perseverante, haber trabajado afanosamente; haber aguzado la inteligencia, haberse confortado con los reveses; haber aceptado las derro-



tas como nuevas enseñanzas; haber perdido con altura; haber atribuido la derrota a la propia insuficiencia; haber buscado el error para corregirlo y corregirlo; haber procurado mejorar, y haber trabajado para lograrlo; haber sacrificado el amor propio para aceptar ideas de otros a quienes se considera más capaces; haber insistido una, dos, diez veces sobre determinada práctica, todas las que han sido necesarias para convencerse de su eficacia o de su inutilidad; haber sufrido privaciones, sacrificado paseos, fiestas, agasajos, distracciones, placeres; haber reunido, haber condensado, haber practicado este cúmulo de condiciones morales que fortalecen el carácter; esto significa ser campeón. Ser campeón es, pues, ser idealista, soñador acaso, y trabajar y luchar por llegar a la realización de este sueño."

El concurso de penthalon atlético comprende las pruebas siguientes:

- Salto de longitud con carrera.
- Lanzamiento de jabalina.
- Carrera de 200 metros lisos.
- Lanzamiento del disco.
- Carrera de 1.500 metros lisos.

El equipo representante de cada Academia está constituido por cinco participantes, puntuando los tres primeros clasificados de cada equipo con arreglo a la tabla del penthalon atlético, según los resultados obtenidos.

Las mejores marcas obtenidas el pasado año en este torneo fueron: 5,420 metros en saltos de longitud, 36,390 metros en lanzamiento de jabalina, 24" 6 en 200 metros lisos, 28,550 metros en disco y 4' 53" en 1.500 metros lisos.

En la clasificación por equipos obtuvo el primer puesto la Academia de Transformación de Infantería con 5.584 puntos, y el segundo la Academia General Militar, con 5.302. En la clasificación individual, de 35 participantes, 17 sobrepasaron la suma de 1.600 puntos, logrando el primer clasificado 1.930 puntos, lo que es digno de estima si se considera que no se trata de individuos especializados.

TIRO DE PISTOLA

Este ejercicio comprende dos pruebas, una de velocidad y otra de precisión, que se verifican por este orden en jornadas distintas.

La primera de estas pruebas se verifica sobre seis siluetas (hombre en pie) en negro, de una altura de 1,63 metros y separados entre sí 75 cm., disparando un tiro sobre cada silueta. La dificultad de este ejercicio radica en la movilidad de las siluetas, ya que éstas, colocadas a una distancia de 25 metros, desaparecen en intervalos de ocho segundos, tiempo durante el cual hay que efectuar un solo disparo. El número de disparos a efectuar es de 18, en tres series sucesivas de seis balas, que habrán de hacer impacto, precisamente, sobre cada una de las siluetas, ya que si alguna de ellas registra dos o más impactos puntúa solamente como si tuviera uno.

En la prueba de precisión se efectúan sesenta tiros sobre blancos circulares de 0,50 metros de diámetro, con diana

negra de 0,20 metros, colocados a una distancia de 25 metros. El blanco está dividido en diez zonas con los números 1 al 10. La zona del centro mide 5 cms. de diámetro, valorándose en 10 puntos. Cada tirador dispone de media hora para efectuar los disparos que le correspondan, incluídos los de ensayo.

En los pasados campeonatos, el primer clasificado en la prueba de velocidad, perteneciente a la Academia de Ingenieros, logró 15 impactos, y el primero, también de la misma Academia, clasificado en la prueba de precisión, logró 433 puntos. Por equipos venció la Academia de Transformación de Ingenieros, seguida de la de Caballería.

ESGRIMA A SABLE AL AIRE LIBRE

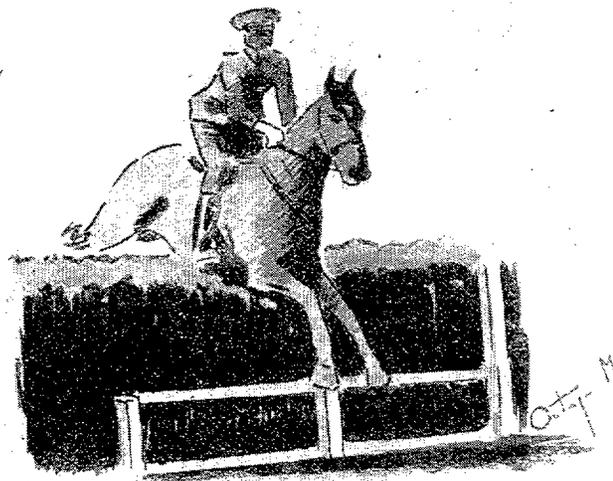
El equipo representante de cada Academia para esta competición está formado por tres tiradores, a los que se designa con los números 1, 2 y 3, actuando de Jefe de equipo el que ostenta el número 1. Se forman dos grupos de tiradores, el uno integrado por los Jefes de equipo de cada Academia, y el otro integrado por los restantes tiradores designados con los números 2 y 3.

Como sea que son siete las Academias participantes, al primero clasificado en el grupo integrado por los Jefes de equipo se le dan 7 puntos, al segundo 6, y así sucesivamente hasta el último que puntúa con 1 punto. Al vencedor del equipo formado por los números 2 y 3 se le dan catorce puntos, al segundo, 13, y así sucesivamente como en el grupo anterior. Vence el equipo que, sumados los puntos obtenidos por su Jefe y por los designados con los números 2 y 3, alcance la cifra menor.

Venció el equipo de la Academia de Infantería con 10 puntos, seguido de la Academia General con 14.

* * *

Estos campeonatos, que la acertada orientación de la Dirección General de Enseñanza Militar viene disponiendo se celebren anualmente, ponen de manifiesto el noble espíritu deportivo y perfecto grado de entrenamiento en tan importante rama de la instrucción del Oficial que, con elevada moral, lucha en este terreno, preparándole físicamente para mejor servir a España.



Cooperación de las unidades de paracaidistas y de las unidades aerotransportadas

Capitán J. RODRIGUEZ RODRIGUEZ, del E. M. del Aire, y Teniente M. OUTEIRIÑO NUÑEZ, de la Dirección General de I. y Material del Ministerio del Aire

Las tropas necesitan, para combatir, aptitud de movimiento, fuerza ofensiva y fuerza defensiva, siendo preciso, para alcanzar la victoria, ser superior al enemigo en una de estas tres facetas y, por lo menos, igual en las otras dos.

VILLAMARTÍN.

NO nos parece excéntrico presida este trabajo el anterior postulado de Villamartín, de análoga aplicación a las tropas de que vamos a tratar, lo mismo en su acepción paracaidista que de fuerzas aerotransportadas.

No ya en su época, sino incluso hace escasos años, aun los más revolucionarios en teorías guerreras no habrían concebido fuese posible la "decisión" de una batalla mediante fuerzas que ni remotamente hubiesen sospechado descendiesen por la "tercera dimensión", jalonando procedimientos nuevos de lucha, a los que, no obstante su originalidad, se aplican los postulados siempre inmutables de Villamartín, surgiendo, aureoladas por el éxito, las cada vez más específicas y eficientes tropas aerotransportadas.

De estas tropas aerotransportadas que conocemos adornadas por el éxito; de estas potentísimas "oleadas volantes" que, como avanzada del Ejército de Tierra, constituyen eficientes formaciones de choque, es de las que vamos a tratar, por considerar (la guerra actual lo confirma) que resaltar sus posibilidades, concretar sus misiones, seleccionar su personal y acometer su organización es dotar de verdadera eficiencia a los Ejércitos, para que en la íntima cooperación entre sí y en consonancia con la evolución técnica del material, contribuyan a un más rápido y contundente logro de la victoria sobre el enemigo.

Sírvanos lo últimamente expuesto como guión para, respetando ese orden y amenizando en cada caso el texto con episodios de la actual conflagración, iniciar su estudio como tales fuerzas específicas de carácter autónomo, en un caso, o como integrantes de una operación general en empresas de mayor envergadura, en otro.

POSIBILIDADES.—No es específico del actual conflicto la aparición de tropas en la retaguardia del campo de batalla, que por los medios a su alcance perturben la existencia y progresión enemiga, ya sea atacando por sorpresa los puestos de mando, ya destruyendo puntos vitales, centros de actividad industrial, nudos de comunicaciones, o ya cometiendo actos de sabotaje que siembren el pánico y desmoralización a retaguardia del enemigo; sino que se han realizado equivalentes acciones con anterioridad al momento presente, aunque existiendo una diferencia esencial, que no se debe a los objetivos, las más de las veces comunes, sino al material y medios puestos a contribución en las operaciones, que si antaño eran elementos aislados, constituyen en la actualidad verdaderas masas encuadradas y disciplinadas, que bajo un Mando unitario persiguen en su actuación alcanzar una finalidad predeterminada.

Imaginemos, pues, estas fuerzas a retaguardia del enemigo, que supongamos dispuesto a acometer su ofensiva; ya no podrá conservar íntegros sus anteriores planes; se le habrá restringido la iniciativa al "canalizar" y subdividir sus fuerzas para su contención, originándose, en consecuencia, una "pérdida de aptitud del movimiento", al tener masas de fuerzas fijadas, y que en el mejor de los casos, y si con el resto de sus tropas inicia la operación preconcebida, no lo será además sin una disminución de efectivos "entretenidos" que llevan consigo la reducción de otro de los factores necesarios para conseguir la victoria: la "pérdida de la fuerza ofensiva".

Idéntico proceso se realiza en la guerra defensiva del adversario; pero con trascendencia más grave para éste, cuando las fuerzas llovidas de

cielo gozan de potencia de fuego y aptitud de movimiento, capaces de originar serias dificultades al enemigo, no solamente por imposición de la voluntad propia, sino por el extraordinario desgaste y aniquilamiento de fuerzas "retenidas" y "fijadas", que serán, merced a este recurso, con más eficiencia y simplicidad bombardeadas por las fuerzas aéreas.

Y en el terreno de las posibilidades, ¿quién duda de las mismas? Todavía se oye el clamor victorioso de las fuerzas paracaidistas que, como avanzada del Ejército alemán y en íntima penetración con el mismo, llegan combatiendo a las mismas puertas de Rotterdam.

Vuelven a lanzarse nuevas tropas en el canal de Corinto para demostrar que lo de Holanda no fué un hecho esporádico, consecuencia de la sorpresa, sino lógico por sus posibilidades, y de nuevo se aureolan por el éxito estas tropas del aire de que tratamos, y que ya definitivamente se consagran con la rendición, suficientemente divulgada, de Creta en mayo de 1941.

Las lecciones dadas a los beligerantes por las tropas de su precursor, General Student, fueron aprovechadas íntegramente; y así, se observa en la actualidad que no existe operación de grande o pequeña trascendencia en la que, bajo el aspecto paracaidista o de transporte aéreo, no intervengan en la misma, bien específicamente en la primera forma, como la liberación de Mussolini en el Gran Sasso y la destrucción del acueducto de Tragino en marzo de 1941 por las tropas paracaidistas inglesas al mando del Mayor Pritchard, o bien completándose ambos, como ocurrió hace pocos meses en la conquista de las islas del Dodecaneso, en todas las cuales intervienen "Unidades organizadas" que, como fuerza de choque, pueden actuar desde el aire. Y, por último, en el terreno de las posibilidades no omitiremos la mención de misiones independientes de su especificidad de empleo, que se hacen factibles por la elasticidad, movilidad y potencia de unas fuerzas que actualmente se hallan encuadradas como Unidades terrestres en el frente ruso, y que descuellan asimismo en Italia contra el VIII Ejército aliado.

MISIONES.—De la exposición sucinta anterior sobre posibilidades de las Unidades que nos ocupan parecen desprenderse las misiones atri-

butivas de estas fuerzas, que encuadradas en Unidades superiores, poseen especificidad de empleo, al haber nacido al calor de la necesidad sentida de llenar un nuevo frente operativo ya suficientemente jalonado: "la tercera dimensión".

Estas fuerzas específicas e independientes son (nunca se insistirá demasiado sobre ello) primordialmente ofensivas y completamente ajenas a la guarnición y servicio de aeródromos de los que parten, que son cometidos que si bien pueden desempeñar con eficiencia al llevar en su potencia ofensiva la "capacidad defensiva" necesaria, son, no obstante, incompatibles con la especificidad de su empleo, que preconiza la acción en "masa unificada"; lo contrario que ocurre en la guarnición de aeródromos, en que se necesita dividir y subdividir las fuerzas para atender a la defensa, no sólo de los campos de un sector, sino de los que, no siendo expresamente aéreos, puedan ser utilizados por el enemigo con esa finalidad.

Concretaremos, pues, las misiones de estas tropas en: *ofensivas*, *defensivas* (derivadas de su capacidad en este sentido) y *hostigamiento*.

Misión ofensiva.—Las misiones ofensivas de las fuerzas aerotransportadas, que son, como hemos dicho antes, su forma normal de empleo, están supeditadas a los planes estratégicos de la Gran Unidad a que estén afectas cuando actúan independiente y exclusivamente esta clase de fuerzas (caso de Creta), o bien dependiendo, en último término, del Mando que dirija la operación en que intervengan distintos Ejércitos y en beneficio del cual actúen (caso de la toma del fuerte de Ben-Emael), llevándose a cabo en ambos casos por medio de desembarcos aéreos de tropas que, provistas de una organización y armamento especial, gocen de una movilidad, potencia rápida de fuego, y de la autarquía e independencia para subsistir que exige la carencia de enlace con las bases de las que salieron y de las cuales se desligan.

Ahora bien: existe una diferencia esencial con las tropas específicamente terrestres, que imprimen la peculiaridad de empleo de las fuerzas aerotransportadas; así como en aquéllas la concentración de las mismas no tiene limitación en el espacio ni en el tiempo, en éstas las servidumbres y escasas capacidades de los aviones, que

limitadamente pueden confluír en la zona de operaciones, imponen que las pequeñas fuerzas, en el primer momento desembarcadas se aseguren el éxito mediante la sorpresa, y acciones vivas y rápidas de solución inmediata a nuestro favor, consiguiendo cabezas de puente proporcionadas a los efectivos desembarcados, que nos servirán como punto de partida con posteriores fuerzas desembarcadas para operaciones de mayor envergadura.

Consecuencia de la limitación de la flota de transporte es la concentración progresiva de fuerzas, que para el mejor logro de sus objetivos concurrirán a éstos con la organización que vamos a adoptar, en tres escalones:

Primer escalón.—Lo constituyen las "Banderas de paracaidistas", que se lanzan con misiones determinadas (toma de aeródromos, playas o zonas propicias para el desembarco con aviones o planeadores), aprovechando la sorpresa que la irrupción inesperada de estas fuerzas determina.

Irán provistas de gran número de armas automáticas y petardos, para destrucción de vías de comunicaciones; han de evitar acciones prolongadas, incompatibles con sus armas ligeras, limitándose a golpes de audacia, en los que harán valer la superioridad de sus armas rápidas y de sus potentes artificios explosivos, representados con ventaja en el subfusil ametrallador, la ametralladora ligera, como asimismo en el mortero y la granada de mano.

Las circunstancias en que operan estas fuerzas, que llegan al suelo diseminadas por la zona que nos va a servir como base de partida, aunado a la necesidad de concentrarlas para evitar que aisladamente pudiera restringirse su rendimiento, hace de suma utilidad la aplicación de elementos de transmisiones, y que la radio pone a nuestro alcance, adoptando de este modo lo más nuevo (la telefonía sin hilos) a la intervención, también nueva, y de aplicaciones múltiples, de las fuerzas paracaidistas y aerotransportadas.

Tanto el Jefe de la Bandera paracaidista como los Jefes de las Compañías, o los más caracterizados cuando se opere en pequeñas fracciones, podrán ir dotados del tipo de emisor que se reseña en el esquema correspondiente, que se ha elegido por su economía y simplicidad, aunque tenemos noticias de la existencia en los Ejérci-

tos actualmente en pugna de equipos de rendimiento cada vez más creciente.

De reducido tamaño y de alimentación de fácil reposición (baterías de pilas de 4 y 40 voltios) para filamento y placa, respectivamente, podemos graduar la longitud de onda en que queremos radiar, mediante la variación capacitativa del condensador variable C .

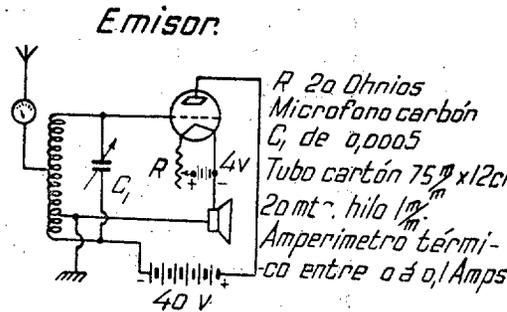
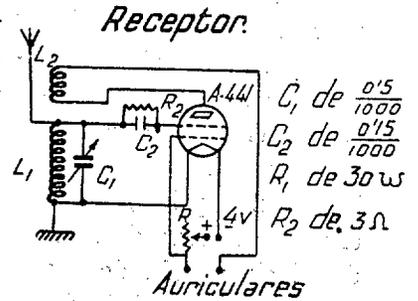
En cuanto al receptor, es tan minúsculo y sus ventajas tan señaladas, que justifican su adopción por las fuer-

zas objeto de nuestro estudio, que, merced a este recurso, estarán permaneciendo a la escucha de la onda convenida, prontas a obedecer y cumplir las misiones que sus Jefes provistos de emisor les encomienden.

Las self L y L_1 podrán ser de nido de abeja o bien arrollamiento en un tubo de cartón o baquelita de 75 milímetros de diámetro. Se trata de un clásico aparato

de reacción, cuya característica más acusada es su exclusiva alimentación de 4 voltios, reseñándose al margen del esquema que se acompaña los valores de sus elementos integrantes.

Segundo escalón.—Estará constituido por "Banderas de tropas" transportadas en planeadores, que son conducidos por los Oficiales y Clases del "A. de T. de Aviación" que posean el título C de vuelos sin motor, en evitación de "retener" y "fijar" pilotos de aviación de más difícil reposición y más útiles en otros cometidos. Dichos planeadores, en trenes remolcados, se adentrarán en la zona enemiga, tomando tierra en lugares resguardados y defendidos por las fuerzas paracaidistas que les han servido de avanzada.



Estas tropas, provistas ya de máquinas semipesadas y morteros, podrán entablar combates de alguna mayor envergadura, con tendencia tanto a incrementar la zona conquistada por el primer escalón, como para asegurar la extensión mínima de terreno que se considere indispensable para el ejercicio de la misión que se le encomiende.

A este efecto, será de su incumbencia la anejió de zonas en que se encuentren enclavados aeródromos, que pueden servir para el sostenimiento de las tropas desembarcadas, mediante transportes ulteriores.

Del mismo modo que hacíamos resaltar la conveniencia de que las Banderas paracaidistas fuesen ampliamente dotadas de subfusil ametrallador en el primer escalón, es recomendable en el que nos ocupa dotar de los mismos a los Mandos, incluso Jefes de Escuadra, dejando para el resto del personal de dotación las ametralladoras ligeras y fusiles ametralladores, así como los fusiles del mismo calibre, consiguiéndose por su intervención armónica gran potencia de fuego con los subfusiles y ametralladoras y fuego de diversión y hostigamiento con los fusiles ametralladores y morteros, obligando al enemigo, merced a este recurso, a subdividir y desplegar sus fuerzas desde no pequeñas distancias, con la consiguiente pérdida de tiempo.

Tercer escalón.—Estará integrado por "Banderas de ametralladoras antiaéreas" y "Banderas mixtas", que además de reforzar y completar el armamento y los efectivos anteriores, contribuyen al sostenimiento de las zonas conquistadas por las Banderas de tropas, que ya en este momento, y dotadas de heterogeneidad de armas, tendrán la posibilidad de ofender al adversario.

Dotado este escalón, de consiguiente, con modernos y potentes medios de combate, podrá actuar con eficiencia, lo mismo ofensivamente que contra cualquier posible reacción del enemigo que por los medios a su alcance intente desaferrarnos del terreno cuya conservación consideremos vital para la zona de seguridad que se haya previsto con anterioridad.

Misión defensiva.—Sin seguir más adelante la lectura, pudiera creerse, por el epígrafe anterior, que las fuerzas aerotransportadas que tanto insistimos en resaltar gocen de misiones defen-

sivas encomendadas con carácter exclusivo y específico; mas no es ésta la acepción que quiere darse a esta misión, que aunque realizada esporádicamente, es, sin embargo, en la pluralidad de los casos, fruto de su capacidad defensiva frente a un adversario que presiona.

Como fuerzas dotadas de todos los elementos necesarios para progresar ante el enemigo, y como masas aisladas que disponen de lo indispensable para subsistir, llevan consigo la capacidad defensiva ante los embates del enemigo, que deben poner a prueba, no en el plan defensivo general de un Ejército, que es misión de las fuerzas esencialmente terrestres, sino cuando, una vez lanzadas con la misión específica y primordial de ofender, la adversidad y preponderancia enemiga nos exijan mantenernos a la defensiva, aferrándonos al terreno en puntos vitales y contraatacando elásticamente en otros, llegando con el constante apoyo de sus compañeros del Aire, supliendo a la artillería, a la victoria sobre cualquier reacción enemiga.

La modalidad de empleo de estas fuerzas, las más de las veces a retaguardia del enemigo y sin posible retirada, nos condiciona la actuación de las mismas, para economía de las cuales se debe prodigar la *defensiva elástica* por medio de ataques reales o simulados a objetivos de pequeña envergadura, y donde, esperando o saliendo al encuentro del enemigo, aprovechemos o provoquemos las ocasiones de causarle bajas, sustrayéndonos al mismo tiempo de sus golpes directos.

Misión de hostigamiento.—Desde que la guerra se ha hecho total y se ha extendido la misma a todo el ámbito nacional, no han dejado de emplearse cuantos procedimientos y métodos bélicos favorezcan la resolución de la guerra, y que, empleados desde antiguo, no han tenido, sin embargo, el desarrollo que la evolución creciente del material bélico ha hecho posible actualmente.

Podemos incluir en dos grupos las misiones de hostigamiento más dispares que pueden ser realizadas por estas fuerzas. El político y el de sabotaje o terrorista.

La misión política tiende al fomento de la discordia entre los sectores políticos antagónicos, y aun entre los que, siendo afines, representen programas ideológicos distintos.

Nada menos arriesgado y más fácil que la propagación de versiones y comentarios irreales sobre temas de actualidad, donde, resaltando los defectos del Mando, en un caso, y las supuestas aspiraciones, en otros, siembren el descontento y el malestar en la retaguardia enemiga, que se agitará convulsivamente a la sola acción de los agentes encargados de su fomento, que, por añadidura, diremos serán reclutados entre los que, dolidos por el trato desigual que se les ofrezca o por su ambición, estarán siempre dispuestos a favorecernos.

En estas misiones cooperan asimismo agentes seleccionados, que, simulando profesiones y oficios liberales, se adentran en las organizaciones obreras y organismos de fuerza enemigos, completando la labor disolvente que, en armonía y de común acuerdo, ha de iniciar y fijar la Diplomacia y la Segunda Sección de los Estados Mayores.

Las misiones de sabotaje y terrorismo se llevarán a cabo, como las misiones políticas, por grupos asimismo especializados de esta clase de tropas, que a este efecto serán lanzadas en la retaguardia enemiga por medio de planeadores o paracaídas. De primera intención destruirán el paracaídas o planeador que les haya servido de vehículo y que pudiera delatarlos, procediendo acto seguido, bien en grupos, bien aisladamente, a destruir puentes, centrales eléctricas, vías de ferrocarril, e intentando, en todo caso, golpes de mano contra puestos de mando y centros directivos del Ejército y de la Administración Civil, relajando la moral de la población, que, intranquila y sobresaltada, arrastrará a la fuerza combatiente, idénticamente preocupada por los actos terroristas que a su familia y a la marcha de la guerra pudieran afectar.

Estos destacamentos, en la pluralidad de los casos, irán dotados de los mismos elementos que las tropas de Aviación en el primer escalón de la misión ofensiva, incrementada en otros con elementos de Transmisiones que, por medio de señales o claves convenidas, participen al Mando sus necesidades o fijen los objetivos que la aviación de bombardeo ayudará a destruir, cooperando de este modo al fin común la victoria, con la eficiencia que impone la actuación en el momento oportuno de las armas más eficaces.

En esta guerra existe el precedente de la re-

cuperación de algunos de estos agentes, merced a submarinos que se han aproximado durante la noche a los sitios convenidos de antemano.

Medio de transporte.—La consideración de estar suficientemente divulgados nos inclinan a enumerarlos, por ser éste su lugar; pero imprimiéndoles un carácter descriptivo e histórico, y no resaltando su detalle y posibilidades, porque los nombres ya históricos de esta campaña actual (Creta, Holanda, Noruega, etc.) jalonan y acreditan su valía.

El paracaídas constituye para las tropas del primer escalón su elemento de transporte desde la vertical del objetivo, donde previamente las habrán conducido los grandes aviones de transporte, que en carrera ininterrumpida nos ofrecen nuevas capacidades de carga, diferentísimas misiones y superiores radios de acción.

No cabe duda que las tropas que se valen del paracaídas como medio de transporte han de aclimatarse al aire, en el seno del cual van a viajar, sin que por su esmerado entrenamiento sufran merma alguna, lo mismo sus facultades físicas, puestas a prueba en el lanzamiento y llegada subsiguiente a tierra a seis metros por segundo, que en las facultades de equilibrio y orientación, que tan necesarios le son, tanto para su concentración como para los lanzamientos dentro de los límites que, según las circunstancias, han de imponernos no pocas veces el terreno y el enemigo.

Las Unidades que constituyen el segundo y tercer escalón serán transportadas, según quedaba indicado, por aviones de transporte y planeadores remolcados, que unos kilómetros antes del objetivo se desenganchan de sus amarras, descendiendo por sus medios a las zonas predefinidas; teniendo la ventaja, si la operación es nocturna, de que dichos vehículos no son acusados por los detectores acústicos.

Estas fuerzas, no obstante gozar de todos los elementos indispensables para progresar ante los recursos y medios que el enemigo pueda oponerle y que previsora mente se hayan evaluado, no estarán abandonadas a su suerte, sino que las fuerzas aéreas afectas actuarán, bien impidiendo concentraciones o llegada de refuerzos, bien realizando acciones que, al parecer independientes, llaman la atención del adversario a otro lugar,

estando en íntima relación con las operaciones anteriores.

Y hablemos de los medios de transporte que hacen posible los grandes desplazamientos de fuerzas, desplazamientos que en operaciones de mayor o menor envergadura han variado desde considerarse exclusivamente como servidumbre de las operaciones militares, hasta convertirse con gran frecuencia en la operación misma, y al que hay que atribuir el éxito de una gran proporción.

Puede ponerse de manifiesto en qué medida los transportes aéreos logran sostener a las fuerzas terrestres y reforzar sus efectivos y material, rememorando la ofensiva del General Rommel en Africa del Norte, aunque con fortuna adversa posteriormente; recordemos asimismo los avituallamientos que se han prodigado durante los inviernos del frente ruso en beneficio de fuerzas cercadas.

Idéntica razón justifica las campañas alemanas victoriosas contra Noruega, Holanda y Francia, y en las que no se sabe qué admirar más respecto a la campaña de la primera nación, si la ejemplaridad de las fuerzas asaltantes transportadas o el desprendimiento y sacrificio de las tripulaciones, que ante la necesidad ineludible de material pesado rendían viaje en terrenos semihelados, en que era segura la pérdida del avión.

Se generaliza el transporte aéreo, que los americanos prodigan en el lejano Oriente; pero no puede parangonarse en aquellos favorables primeros tiempos del Eje con la campaña relámpago de los Balcanes y con el modelo de desembarco aéreo que constituyó Creta, y que demostraron que Alemania e Italia se encontraban en posesión de una flota aérea de transporte capaz de aprovechar plenamente todas las posibilidades que los transportes brindaban.

Parece ser que la aplicación práctica del transporte de tropas por vía aérea fué realizado por Inglaterra, acuciada por las circunstancias en que se desarrollaba la guerra colonial a raíz de los disturbios de 1931 en Chipre, y posteriormente en el Irak. En uno y otro caso son de tal eficacia las tropas desembarcadas en un punto donde no se las espera (por no existir, en la mayoría de los casos, comunicaciones), que son ca-

paces de decidir el resultado de la contienda aun en pequeñísima cuantía.

Fué más tarde, en la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay, y seguidamente en Abisinia, donde al transporte aéreo se le dió la importancia que actualmente vemos justificada, y donde se le confiaron misiones específicas de avituallamiento y transporte de efectivos en cuantía suficiente como para acortar la guerra, que de otro modo hubiese sido de mayor dureza y extensión.

A nadie se le oculta la simplificación que para el Mando supone el poder colocar, mediante una flota de transporte, un mayor o menor contingente de tropas a 800 kilómetros de la base de partida y salvando cordilleras de 4.000 metros, como ocurrió en la guerra últimamente citada.

Manejando números, que son la mejor pieza de convicción, hemos de suponer que nos urge el traslado desde el Brasil a Africa de 100.000 hombres; si utilizamos la vía marítima, son necesarios no menos de 25 barcos, a 4.000 hombres, que en un plazo no inferior a nueve días retendrán y fijarán, independientemente de esa flota mercante, una fracción de guerra en misiones de escolta. Por el contrario, y sin servidumbres mayores, una masa aérea de 125 aparatos, que está dentro de las posibilidades, por lo menos futuras, de cualquier beligerante, coloca esos 100.000 hombres en cinco días, a razón de un viaje diario, cargando 160 hombres por Unidad.

Podrá aducirse que esta carga unitaria parece excesiva; pero veremos más tarde, al pasar revista al material de transporte en uso en las diversas naciones, que progresivamente se van acercando a este número, siendo muy posible que incluso se supere antes de terminar la guerra presente.

Un aumento en el rendimiento del transporte insospechado, así como una economía en el carburante apreciable, se ha conseguido merced al acoplamiento al avión de varios planeadores remolcados. Son innúmeras las operaciones bélicas en las que se han acreditado, formando parte integrante actualmente de todos los programas de transportes, ya que permiten efectuar rápidos movimientos de tropas que lleven a cabo operaciones fulminantes, y, lo que es más importante, poder acercarse a 45 kilómetros del punto

de suelta, si éste es 3.000 metros, sin que la vista ni el oído enemigos le delaten.

Como un avión puede remolcar, si bien a expensas de su velocidad, que en el caso actual no nos interesa, la mitad de su peso total, un aparato de diez toneladas podrá remolcar en uno o varios planeadores cinco más.

Imagínese, de consiguiente, la gama tan extensa de posibilidades que llevan consigo, y que se extienden desde el factor hombre hasta el más heterogéneo pertrecho guerrero. De este modo se han estado organizando convoyes a Africa del Norte, en el que enormes aviones de transporte, sirviendo de máquina, han arrastrado de tres a seis planeadores con dos toneladas de material o 15 soldados cada uno.

Los americanos son los más convencidos del "coloso del aire", en el sentido de la palabra, y a este efecto divulgan cifras y barajan toneladas en sus proyectos con una profusión tal, que cabe pensar si se tratará más de propaganda que de proyectos veraces. Lo que sí es cierto es que existe una tendencia al incremento del tonelaje en los aviones, y de esta influencia no escapan ni los superbombarderos, que se ven desplazados a cada momento por tipos que los aventajan, bien en capacidad de carga, bien en velocidad o radio de acción, o ya en ambos a la vez. Ya no se trata de realizar misiones tácticas, sino estratégicas; ya no es suficiente cruzar naciones, sino océanos y continentes, y ya en esta corriente, al Focke-Wulf 90 de bombardeo, alemán, sucede el Heinkel 177; a los Bristol y Wellington de bombardeo, ingleses, los Stirling y Halifax; y las autonomías de los Douglas C-47 y Curtiss Wright C-46 resultan insuficientes, por lo que es preciso lanzar al servicio el Douglas C-69, con un peso bruto de más de 32 toneladas, y está a punto de salir el Douglas B-19, capaz de transportar 125 pasajeros cómodamente.

Y no termina aquí la evolución del transporte aéreo, con ser maravillosos los modelos descritos y que hoy surcan los aires, sino que el anuncio del Douglas B-19, calculado para 125 hombres, y el proyecto de la Casa Gleen Martin para un avión de 450 toneladas, nos hacen patente que se trabaja actualmente y se piensa trabajar en el futuro hasta llegar a unas dimensiones que de momento no se les encuentra límites.

Y como corroborando cuanto llevamos dicho, ahí tenemos las series de grandes transportes americanos, el Marte y el Boenig 314, dignos émulos del gigante de los aires, alemán, Me-323, del que tan profusas fotos se han publicado recientemente.

PERSONAL.—Nada más fácil que fijar y concretar las cualidades y dotes que deben reunir las tropas en tan originalísimo como moderno empleo; nos aproximaremos a lo ideal exigiéndolas escuetamente una exaltación de las virtudes militares; como exaltados eran los guerrilleros que a lo largo de nuestra historia jalonan su actuación victoriosa enmarcados en un ambiente y condiciones en todo similares a las que concurren en la intervención de las tropas objeto de nuestro estudio.

La carencia de toda posibilidad de retroceso ni de comunicaciones ulteriores con las reservas que las han destacado, implica la exigencia en las mismas de unas cualidades físicas y morales sobresalientes, ya que no siempre será posible la reunión y concentración en torno a su Jefe para la consecución del objetivo previsto, en cuyo caso, y aislados los individuos, han de ser aptos para soportar fatigas, privaciones, debiendo gozar además de la suficiente capacidad intelectual como para orientar sus esfuerzos coadyuvando al fin propuesto.

Por consiguiente, los soldados y clases de tropas integrantes de estas formaciones han de reclutarse, con carácter de voluntariado, entre los que, dispuestos a ofrecerlo "todo", se sometan a una selección escrupulosa, ajustándose lo más posible al prototipo de individuo *sano, joven, robusto, inteligente y audaz*.

En una palabra: han de ser *sanos* por selección médica, aumentando su coeficiente físico en los campos de entrenamiento; serán *jóvenes*, como condición impuesta en su reclutamiento voluntario; *robustos*, por su fomento con ejercicios físicos; *inteligentes*, por cultivo de su capacidad intelectual, fomentando al efecto sus iniciativas, en tanto cooperen a su mejor compenetración con la misión a que se le va a destinar, enseñándoles asimismo el manejo de toda clase de armas y el uso adecuado de las cargas explosivas; y, por último, *audaces*, exaltando las virtudes guerreras de la raza e inculcándoles valor y con-

fianza en sí mismos, merced al ejemplo, siempre manifiesto, que sus superiores han de esforzarse en resaltar.

Idéntica selección es lógico se verifique en el Cuerpo de Suboficiales, cuyos elementos constitutivos es preferible procedan de las Clases de tropas que han prestado servicios en las Legiones y Banderas de Paracaidistas, tanto para aprovechar la especialización que con la reiteración en una misma labor se llega a conseguir, como para compensar a los que, consagrándose voluntariamente a una función difícil, conserven cualidades físicas y morales para seguir desempeñándolas.

Si selectiva ha sido la elección de los soldados que han de constituir el núcleo y armazón de nuestras fuerzas, mayor exigencia y selección escrupulosa se ha de mantener al tratar de dotar a los mismos de mandos que, integrados por un conjunto armónico de virtudes militares, sirvan constantemente de ejemplo y acicate a las tropas que se les encomiende.

Fuerzas estas que tratamos, de superiores características, activas, bríasas y que sirven como forja de temples, es deseable nutran sus cuadros jerárquicos de los espíritus curtidos en estas lides, no omitiendo la creación de la Academia de Tropas de Aviación, nacida al conjuro de las posibilidades que dichas fuerzas entrañan, como crisol de fuerzas de tipo específico, que han de adquirir su especialización mediante una educación y entrenamiento bien orientado.

ORGANIZACION.—Y vamos, por último, a acometer con criterio personalísimo la organización y constitución de una División Aérea que actúa independientemente, aunque no excluyamos que pueda actuar como elemento integrante de otra mayor y Gran Unidad el C. E., ya sea del Aire o del Ejército de Tierra.

Antes de examinar los elementos constitutivos de una División aérea, pondremos de manifiesto que, en época de paz, la Unidad o Unidades existentes en una Región dependerán del Jefe de la misma, con identidad de causa a la dependencia a que actualmente están sometidos los Regimientos aéreos. Por el contrario, y estallada la guerra, dicha División afecta o independiente llenará cometidos que le designe el Estado Mayor del Aire en pro del objetivo que se persiga.

Es fundamental, en nuestra opinión, que la organización de las tropas sea de base ternaria, consiguiendo entonces poseer una reserva de fuego a disposición de los Jefes de las distintas Unidades integrantes de la División.

Esta elección no es caprichosa, sino consecuencia lógica de que el Mando, en todos los escalones, pueda disponer de dos Secciones (en el caso de la Compañía) en primera línea y una en segunda, o bien viceversa, cuando la reserva deba ser intensa.

ORGANIZACION DE UNA "DIVISION AEREA"

MANDO:

General de División.
Estado Mayor.
Jefatura de Tropas y Servicios.

TROPAS:

- a) Una Brigada de Aviación.
- b) Una Brigada de Tropas de Aviación.
- c) Una Brigada de Acompañamiento.

SERVICIOS:

- a) Ingenieros aeronáuticos.
- b) Intendencia.
- c) Sanidad.
- d) Farmacia.
- e) Intervención.
- f) Jurídico.
- g) Meteorología.

ORGANIZACION DE UNA BRIGADA DE AVIACION

MANDO:

General de Brigada de Aviación (Escala del Aire).
Jefatura de Tropas y Servicios.

TROPAS:

- a) *Un Regimiento de Bombardeo*, compuesto de:
—Plana Mayor con 3 aviones.
—Dos Grupos de a 2 Escuadrillas con 8 aviones cada una.
- b) *Un Regimiento de Caza*, compuesto de:
—Plana Mayor con 4 aviones.
—Dos Grupos de 3 Escuadrillas cada uno con 12 aviones cada Escuadrilla.
- c) *Un Grupo Independiente de Cooperación*, compuesto de:
—Dos Escuadrillas con 12 aparatos cada una.
- d) *Un Grupo Independiente de Transportes*, compuesto de:
—Tres Escuadrillas de Transporte con 10 aparatos cada una, capaces de transportar 10 toneladas de armas o material ó 40 hombres armados.
—Una Escuadrilla de planeadores con 90 planeadores para remolque capaces de transportar 2.000 kilogramos de armas o material cada uno ó 15 hombres armados.

ORGANIZACION DE UNA BRIGADA DE TROPAS DE AVIACION

MANDO:

General de Brigada de Tropas de Aviación.
Jefatura de Tropas y Servicios.

TROPAS:

- a) *Dos Legiones de Tropas de Aviación*, compuesta cada una de:
- Plana Mayor.
 - Tres Banderas de Tropas de Aviación, y cada una consta de:
 - 3 Compañías de Tropas de 3 Secciones, de 3 Pelotones de 2 Escuadras (la de fusiles ametralladores y la de fusileros granaderos) y 1 Pelotón de morteros ligeros de 3 Escuadras de 1 mortero Valero de 50 milímetros u otro similar cada una.
 - 1 Compañía de Ametralladoras ligeras de 3 Secciones, de 3 Pelotones de a 2 máquinas modelo Alfa 1943.
 - 1 Compañía de Máquinas de acompañamiento, compuesta de 1 Sección de 3 Pelotones de a 2 morteros Valero de 81 milímetros; 1 Sección de 3 Pelotones de a 2 antitanques de 45 milímetros, y 1 Sección de 3 Pelotones de a 2 antitanques ligeros de 13 milímetros. Debe buscarse sea también antiaéreo, ofreciéndose como ideal el modelo M-37, de 13,9 milímetros.
 - Una Bandera de Ametralladoras antiaéreas, compuesta de 3 Compañías de Ametralladoras antiaéreas y cada una con 3 Secciones de 3 Pelotones de a 2 ametralladoras de 20 milímetros, a la que se ajusta el tipo H. S.-404.
 - Una Bandera Mixta, compuesta de:
 - 1 Compañía de Morteros con 3 Secciones de 3 Pelotones de a 2 morteros Valero de 81 milímetros cada uno.
 - 1 Compañía de Antitanques con 3 Secciones de 3 Pelotones de 2 cañones antitanques de 45 milímetros cada uno.
 - 1 Compañía de Zapadores de Asalto, compuesta de 3 Secciones de Zapadores y cada una con 2 Pelotones de 3 Escuadras (Escuadra de Protección, Fumígena de apertura de brechas y antitroneas-lanzallamas).
- b) *Un Regimiento de Paracaidistas*, compuesto de:
- Plana Mayor.
 - Tres Banderas de Paracaidistas, compuestas cada una de:
 - 3 Compañías de Paracaidistas, y cada una de ella, a su vez, con 3 Secciones de 3 Pelotones de a 2 Escuadras de fusileros y 1 Sección de artificieros, compuesta de 3 Pelotones (Pelotón petardista, Pelotón fumígeno y Pelotón lanzallamas). Los fusileros de estas Compañías irán dotados del subfusil plegable Star, modelo O. A. (Outeriño para Aviación).
 - 1 Compañía Mixta de Paracaidistas, com-

puesta de 3 Secciones (Sección de Morteros ligeros; Sección de Ametralladoras ligeras, que pueden ser la M. G.-15 o la Alfa 1943; Sección de Zapadores para preparación de pistas de aterrizaje).

ORGANIZACION DE UNA BRIGADA DE ACOMPAÑAMIENTO

MANDO:

General de Brigada de Tropas de Aviación.
Jefatura de Tropas y Servicios.

TROPAS:

- a) *Un regimiento de Antiaeronáutica*, compuesto de:
- Plana Mayor.
 - Dos Grupos de Armas antiaéreas de 45 milímetros, compuesto de:
 - 3 Baterías de 2 Secciones de 2 piezas cada una.
 - Un Grupo de Antiaeronáutica, compuesto de:
 - 2 Compañías de Proyectors, con 4 Secciones de 3 proyectores, compuesto de 2 proyectores cada una y 1 Grupo electrógeno)
- b) *Una Bandera Independiente de Zapadores*, compuesta de:
- 4 Compañías de Zapadores para preparación de pistas de aterrizaje y fortificación, con 3 Secciones de 3 Pelotones de 2 Escuadras cada una.
- c) *Una Bandera Independiente de Radio-Transmisiones*, compuesta de:
- 2 Compañías de Enlace con 1 Sección de T. S. H. (2 de 75 W.; de 4 de 15 W.; 14 de 1 a 2 W., y el correspondiente a las Compañías Paracaidistas) y otra Sección de Teléfonos de campaña con 1 Central de 30 números, 2 de 20 números y 4 de 12. (Organización de cada Compañía.)
 - 1 Compañía de Transmisiones permanentes, compuesta de:
 - 1 Sección de Celadores (1 Pelotón de vigilantes de red, 1 de tendido y 1 de taller) y 1 Sección de teletipos con 1 Sección de Teletipos y 2 de Radio y Gonio para el campo o campos de Aviación.

SERVICIOS:

Comprende las siguientes Unidades:

UNIDAD DE ARMAMENTO, compuesta de:

- 1 Sección de Explosivos, para atención de las Unidades aéreas (transporte y custodia de bombas, explosivos y artificios).
- 1 Sección de Armamento y Municiones (entrega y recepción del armamento y municiones en los parques, polvorines, depósitos y Unidades aéreas y terrestres).

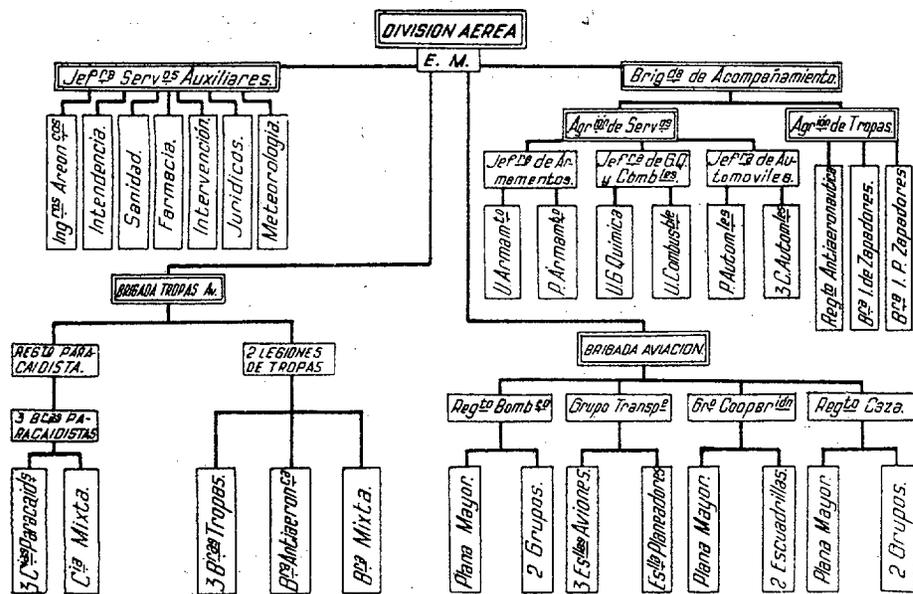
UNIDAD DE GUERRA QUIMICA, compuesta de:

- 1 Sección ofensiva (va dotada de material de bombas y granadas con agresivos químicos).
- 1 Sección defensiva (de desimpregnación y detección de agresivos químicos).

UNIDAD DE COMBUSTIBLES, compuesta de:

- 1 Sección de Combustibles de avión y otra de

Esquema de la organización de una División Aérea.



Combustibles de coche (estas Unidades irán provistas del número de cisternas necesarias en cada caso para atender a las necesidades que se deriven del número y tipo de los aviones de la Gran Unidad a que está afecta la Brigada).

UN BATALLÓN DE AUTOMOVILES, compuesto de:

- Plana Mayor.
- I Compañía de coches ligeros y motos para el mando y secciones de enlace.
- I Compañía de remolques y cisternas de 5.000 litros de agua y combustibles de la Gran Unidad.
- Compañía de camiones con 2 Secciones (una hasta 4 Tm. y otra desde 5) para transporte de impedimenta, armamento y municiones.
- I Sección de Talleres Móviles.

UN PARQUE DE ARMAMENTO, compuesto de

- I Sección de Armamento portátil.
- I Sección de Armamento aéreo.
- I Sección de bombas y lanzabombas.
- I Sección de Centro de Entrega.

Cada Parque se dividirá en tantos talleres destacados y parques móviles como lo requiere la división en fracciones de la Gran Unidad y como lo exijan los medios de transporte, al objeto de que nunca pueda fallar un perfecto municionamiento.

Y para terminar, tenemos interés en resaltar las excelencias de la organización ternaria adoptada, poniendo un ejemplo que nos haga palpable sus ventajas.

No son éstas la posibilidad de disponer del total de las fuerzas existentes, o retener una o dos

Unidades como reserva, de las tres, base de la organización, sino que nos permite fraccionar y emplear las Unidades que queramos, desde la Sección hasta la Brigada, sin que por ello se resienta la trama de la organización, ya que, en todo caso, dichas fracciones irán dotadas de todos los elementos necesarios para desempeñar cualquier cometido, y que en un caso particular elegido al azar nos lo demuestre.

Cada Sección de una Compañía de Tropas puede tener de reserva de fuego, independientemente de las armas automáticas de sus Pelotones, una Escuadra de morteros ligeros, que le asigna su Capitán; una Compañía podrá tener una Sección de Ametralladoras ligeras, un Pelotón de morteros del 81 y otro de antitanques del 45 y de 13 milímetros, que le puede asignar el Comandante de su Bandera; cada Bandera podrá disponer, aparte de su reserva de fuego, de una Compañía de Ametralladoras antiaéreas, de una Sección de morteros del 81, una Sección de Antitanques del 45 y una Sección de Zapadores de Asalto, que le asigne su Coronel; y por último, la Legión podrá disponer, aparte de sus reservas, de un Grupo de Anti-aeronáutica, para emplear como tal, como artillería de tiro terrestre y antitanque, y de una Bandera de Zapadores, que le puede asignar el Jefe de su División.

Y nada más creemos pertinente añadir a este trabajo, que se ha procurado tratar con la limitada extensión que permite el concurso, aunque reafirmando, una vez más antes de terminar, que toda extensión es poca cuando se acomete el estudio de temas bélicos nuevos (en este caso, fuerzas aerotransportadas), que a la singular importancia y trascendencia que llevan consigo aúnan la modificación que en el material mismo de Aviación han de introducir, y que actualmente vemos traducida en los modernos aviones de transporte, que hacen posible el empleo de tropas objeto de nuestra reseña.

(Enviado para el Concurso anunciado en febrero, marzo y abril.)

CALCULOS RAPIDOS DE BALISTICA INTERIOR

Coronel de Artillería JOAQUÍN CANTERO, Director del Polígono de Experiencias "Costilla"

I. Consideraciones generales. Ocurre con frecuencia en las Baterías y en los Barcos de Guerra, que siendo necesario conocer la velocidad inicial con la cual se ha efectuado un disparo, o fijar la carga de proyección que proporciona una velocidad inicial determinada, no se dispone de otro instrumento de medida que los conocidos manómetros Crusher, que determinan la presión máxima producida en la recámara del cañón; otras veces sucede en los Polígonos de Experiencias, que al efectuar series de disparos para obtener la velocidad inicial que proporciona una carga, el anómalo funcionamiento de los Crusher obliga a calcular la presión en función de la velocidad medida por los cronógrafos, para conocer con ciertas garantías la que se está produciendo en la recámara; en ocasiones es preciso saber si la pólvora que constituye la carga de proyección se quema completamente en el ánima y, por último, no son raros los casos en que es necesario trazar el diagrama de presiones correspondiente al recorrido del proyectil en el ánima, para resolver algunos problemas relativos a las espoletas.

En la presente nota exponemos un procedimiento práctico, rápido y sencillo, pero de exactitud suficiente, como se comprueba en las aplicaciones que efectuamos, para resolver los cuatro primeros problemas indicados, dejando el relativo al diagrama de presiones para otra nota, pues dada su extensión, excedería la presente en mucho de lo que permite la Revista.

II. Consideraciones sobre la manera de realizar por medio de manómetros Crusher la medida de la presión máxima producida. Siendo el fundamento esencial del estudio que efectuamos el conocimiento de la presión manométrica que llamamos P_m , es necesario exponer algunas consideraciones sobre ello.

La presión máxima en las bocas de fuego se mide, como es sabido, por medio de los conocidos manómetros Crusher, cuya teoría se explica en la Física de los Explosivos; los empleados en nuestra Artillería son de dos clases: manómetro tipo grande, cuyo pistón tiene 11 mm. de diámetro, y manómetro tipo pequeño, con pistón de 6 mm. de diámetro.

Los manómetros grandes deben emplearse en los calibres superiores a 100 mm., y los pequeños, en todos los inferiores a éstos. Tales aparatos están constituidos por un cuerpo de acero en el cual juega un pistón y en cuyo interior se coloca el cilindro Crusher, que comprimido por el pistón al ser empujado por los gases de la pólvora, se acorta de longitud, y en función de dicho acortamiento se determina la presión.

Esta medida viene afectada de errores que, en general, se consideran despreciables y que dependen de las dos causas siguientes:

1.^a Error debido a suponer que el acortamiento del Crusher producido por la acción violenta y rápida de los gases del disparo es análogo al obtenido en la máquina de tarar, mediante presiones perfectamente estáticas y de mayor duración, con las que

se calculan las tablas empleadas para la obtención de la presión manométrica.

2.^a Error debido a no ser uniforme la presión en todo el espacio ocupado por los gases tras el culote del proyectil.

A esta segunda causa de error se pone remedio, dentro de ciertos límites, distribuyendo los manómetros en la recámara, los cuales se colocan libres y junto con la carga de proyección.

Siempre que sea posible se emplearán tres manómetros, o por lo menos dos, tomando como valor de la presión máxima el valor medio de las presiones correspondientes a cada cilindro de cobre, a no ser que la indicación de alguno sea manifiestamente errónea, o resulte aquél deformado de modo irregular, o hayan entrado gases, en cuyo caso no se tendrán en cuenta los datos que le corresponden y se prescindirá de ellos.

Los cilindros de cobre, antes de medirlos después del disparo, serán desengrasados con gasolina, y la medida se efectuará para cada uno dos veces, invirtiendo su posición en el compás medidor. Si surge alguna duda, el compás medidor debe ser comprobado cuidadosamente, y si es necesario, rectificado exactamente.

A la primera causa de error, que es la más importante, es difícil poner remedio, no sólo por la dificultad de reproducir en el tarado de los cilindros de cobre efectuado para construir la tabla las mismas condiciones en que se producen los acortamientos en el ánima, sino también por la imposibilidad de determinar con cierta exactitud la ley de variación de dicho acortamiento para una presión dada en función de la duración del fenómeno.

Por otra parte, en las condiciones normales de empleo, y para bocas de fuego modernas con pólvoras coloidales, la influencia de la masa del pistón del manómetro sobre el funcionamiento del Crusher es despreciable, porque no cabe duda que se está muy lejos del funcionamiento llamado *dinámico* de aquél, debido a la naturaleza de las masas de los pistones que pueden emplearse en los manómetros que se utilizan; por tanto, en las medidas corrientes de presiones por medio de manómetros libres, y para las masas usuales de los pistones, el funcionamiento de los Crusher hay que considerarlo como *estático*, y por esto entra el factor tiempo en el efecto debido a la presión, proporcionalmente al cual el acortamiento del cilindro para el mismo esfuerzo es más o menos grande.

Desde este punto de vista, las tablas normales de tarado obtenidas con presiones estáticas, ejercidas un tiempo muy superior al del arma, deben considerarse seguramente erróneas, y todos cuantos técnicos se han ocupado de estudios de balística interior están de acuerdo sobre ello y en considerar que el error de medida con los Crusher es siempre por *defecto*.

Por esto, Vieille propone multiplicar las presiones determinadas en las tablas por el coeficiente $K = 1,08$, y Charbonnier, por $K = 1,2$ para cañones de gran potencia.

Gosot y Liouville aconsejan emplear en la medida de presiones máximas, Crusher previamente sometidos a una presión estática, un poco inferior a la que se quiere medir; tales Crusher deben iniciar su acortamiento cuando la presión alcance en el arma la estática de compresión previa; pero ocurre que, a causa de la diversidad de los tiempos de aplicación en los dos casos, el acortamiento se inicia a una presión bastante inferior.

Por esto, la presión medida con los Crusher previamente comprimidos es siempre mayor a la dada por los Crusher normales; la diferencia viene a ser aproximadamente el 5 %.

La compresión previa, además de dar una mayor regularidad y garantía en la medida de las presiones con los Crusher, tiende a corregir el defecto que a tal sistema se atribuye universalmente.

Esto es perfectamente lógico, porque la diferencia de los tiempos de acortamiento en los dos casos (máquina de tarar y en el arma) se refleja sobre el trabajo de deformación del Crusher; la rapidez del fenómeno en el arma permite desarrollar un trabajo de deformación mucho menor que en el caso del tarado, siempre relativamente lento. Por esto, al efectuar con anterioridad una parte de tal trabajo reduce el error que de ello se deriva y aproxima la medida a la realidad, mejorando la precisión.

De todo esto se deduce que las medidas de presiones por medio de Crusher deben ser consideradas como buenas sólo desde el punto de vista *relativo* y de comparación, pero erróneas por defecto respecto a la realidad, consideradas en absoluto y cuantitativamente.

Los trabajos más recientes estiman las medidas de los Crushers erróneas en 1/10 respecto a las presiones reales, y Angot multiplica las presiones manométricas deducidas de la tabla de tarado por el coeficiente $K = 1,12$, adoptado también por la Artillería americana.

Parece oportuno, lo que concuerda muy bien con los resultados del tiro en nuestros cañones, tomar, según Sugot:

P (real) = $1,12 P_m$ (presión medida), y le llamaremos a tal valor *valor probable* de la presión.

III. Notaciones clásicas y unidades de medida.

Antes de entrar en la resolución de los problemas, recordaremos las notaciones clásicas de la Balística interior, así como las unidades de medida utilizadas, base de la seguridad y exactitud en las aplicaciones y antecedente necesario para seguir fácilmente la marcha del asunto, anticipando que las tablas que insertamos están tomadas de Sugot, Pini y Blando de San Segundo.

Unidades de medida. En Balística interior, las unidades de medida utilizadas son:

- Para longitudes: el decímetro.
- Para superficies: el decímetro cuadrado.
- Para volúmenes: el decímetro cúbico.
- Para pesos: el kilogramo.
- Para presiones: kilogramo \times dm.² (o cm.²).

Notaciones empleadas.

Calibre = a ; se expresa en decímetros.

Peso de la carga de proyección = ω .

Volumen de la recámara = W .

Representa el volumen disponible con el proyectil en su posición de carga, y en los cañones que utilizan vaina metálica, con ésta introducida en su recámara.

Volumen total del ánima = W_t .

Relación de expansión = $e = \frac{W_t}{W}$.

Densidad de carga = $\Delta = \frac{\omega}{W}$,

o sea, relación entre el peso de la carga de proyección y el volumen de la recámara.

Peso del proyectil = p .

Espesor del grano de pólvora = e .

Se expresa generalmente en milímetros, si bien en los cálculos entra siempre en decímetros, vieniendo dado en las pólvoras tubulares reglamentarias por la semidiferencia entre el diámetro exterior y el interior; así, por ejemplo, en la pólvora C.S.P.₂ reglamentaria en el cañón 30,5 cm. Vickers, para la cual es $D = 24,62$ mm. y $d = 9,73$ mm., será:

$$e = \frac{24,62 - 9,73}{2} = 7,445 \text{ mm.}$$

Recorrido del proyectil = X .

Area de la sección recta del ánima $\Omega = \frac{\pi a^2}{4} + Npl$,

siendo N el número de rayas, p la profundidad y l la anchura de las mismas.

Altura del volumen inicial libre = $z = \frac{W - \eta \omega}{\Omega}$,

siendo η constante para cada pólvora.

IV. Cálculo de la velocidad inicial conocida la presión manométrica P_m del disparo medida con los Crusher.

Conocida la presión manométrica P_m , puede obtenerse rápidamente un valor muy aproximado de la velocidad inicial por medio de los sencillos cálculos siguientes, que pueden ser muy útiles en todos aquellos casos en que, por falta de aparatos o por la dificultad de instalarlos, no se pueda medir aquella y, en cambio, se dispone de manómetros Crusher con los que se puede medir experimentalmente la presión P_m .

El problema se resuelve por medio de las Tablas 1.^a y 2.^a, que se unen, partiendo de la fórmula siguiente, que para determinar la velocidad inicial se deduce en la Balística interior:

$$(I) \quad V_0^2 = \frac{2f\omega}{\mu\theta} \cdot r_m$$

siendo $r_m = 1 - M_1 T$, con

$$M_1 = \left(1 - \frac{\theta}{M}\right)^{\varepsilon_1 \theta} \cdot \varepsilon \quad (\varepsilon = \text{base de los logaritmos neperianos.})$$

$$T = \left(\frac{Z}{X+Z}\right)^\theta = \left[\frac{\frac{W}{\Omega}(1-\eta\Delta)}{X + \frac{W}{\Omega}(1-\eta\Delta)}\right]^\theta = \left[\frac{1-\eta\Delta}{\Omega X + W}\right]^\theta \cdot \eta\Delta = \left[\frac{1-\eta\Delta}{W_i}\right]^\theta \cdot \eta\Delta = \left[\frac{1-\eta}{\frac{\Delta}{\rho} - \eta}\right]^\theta$$

que es función de $\left\{ \begin{array}{l} \rho = \frac{W_t}{W} \text{ relación de expansión} \\ \Delta = \text{densidad de carga} \end{array} \right\}$

pues η es constante para una pólvora dada.

En la fórmula (1) los símbolos representan:

f = fuerza específica de la pólvora, cuyo valor para nuestras pólvoras tubulares reglamentarias C.S.P.₂ y nitrocelulosa se deduce de la Tabla 3.^a

μ = masa ficticia del proyectil, que toma en cuenta los rozamientos y el peso de la carga de proyección, siendo

$$\mu = 0,01071 \left(\phi + \frac{\omega}{4} \right)$$

θ = característica de la expansión adiabática, que para nuestras pólvoras se toma el valor constante $\theta = 0,25$.

r_m = rendimiento mecánico. En el caso de combustión completa, que es el que consideramos, se tiene, como hemos visto: $r_m = 1 - M_1 T$.

Sugot, en su magistral tratado de Balística interior, da una tabla por medio de la que se calcula la función $N_1 = F(\mu \theta f \omega)$, conocidos los argumentos $\left\{ \begin{array}{l} \Delta = \text{densidad de carga} \\ P_m = \text{presión manométrica} \end{array} \right\}$

Da otra tabla con la que se calcula M_1 , conocidos los argumentos $\left\{ \begin{array}{l} \Delta \\ N_1 \end{array} \right\}$

De estas dos tablas se ha deducido la Tabla 1.^a, que da el módulo de combustión M_1 , conocidos $\left\{ \begin{array}{l} \Delta \\ P_m \end{array} \right\}$

La Tabla 2.^a da T , conocidos $\left\{ \begin{array}{l} \Delta \\ \rho \end{array} \right\}$ de los cuales es función, según vimos.

Como $\theta = 0,25$, la fórmula de la velocidad será:

$$V_o^2 = \frac{8f\omega}{\mu} \cdot r_m.$$

Por tanto, el procedimiento para calcular la velocidad inicial conociendo P_m , será el siguiente:

1.º Se calcula: $\frac{8f\omega}{\mu}$.

2.º Se calcula: $r_m = 1 - M_1 T$.

3.º Se calcula: $V_o^2 = \frac{8\omega f}{\mu} \cdot r_m$.

APLICACIONES

1.^a Cañón 75/28.—Pólvora C.S.P.₂ "L" de Galdácano $\omega = 0,525$ kgs.

$f = 1050000$ kgs \times dm.² (Tabla 3.^a) " $P_m = 2180$ kgs. \times cm.² (medida).

$W = 1,05$ dm.³ " $W_t = 9,85975$ dm.³ " $\Delta = \frac{\omega}{W} =$

$0,5$ " $\phi = 6,500$ kgs.

$$\rho = \frac{W_t}{W} = \frac{9,85975}{1,05} = 9,4.$$

Dela Ta- $\left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,5 \\ \text{bla 1.ª } P_m = 2180 \end{array} \right\} M_1 = 1,167 \left\{ \begin{array}{l} r_m = 1 - M_1 \\ T = 0,4254 \end{array} \right\}$

Dela Ta- $\left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,5 \\ \text{bla 2.ª } \rho = 9,4 \end{array} \right\} T = 0,4924$

$$\begin{array}{l} \log f = 6,02119 \\ \log 8 = 0,90309 \\ \log \omega = 1,72016 \\ \log \mu = 1,14863 \\ \log r_m = 1,62880 \end{array} \quad \mu = 0,01071 \left(6,5 + \frac{0,525}{4} \right)$$

$$\begin{array}{l} \log V_o^2 = 7,42187 \\ \log V_o = 3,71093 \\ \text{Velocidad medida} \end{array} \quad \left. \begin{array}{l} V_o = 514 \text{ m/s.} \\ V_o = 510 \text{ m/s.} \end{array} \right\} \text{error} = 4 \text{ m/s.}$$

2.^a Cañón 30,5 cm. Vickers.—Pólvora C.S.P.₂ de Galdácano. $e = 7,445$ mm.

$f = 980000$ kg. \times dm.² (Tabla 3.^a) " $P_m = 2897$ kgs. \times cm.² (medida).

$W = 196,644$ dm.³ " $W_t = 1179,86$ dm.³ " $\rho = \frac{W_t}{W} = 6,00$ " $\omega = 127,90$ kgs. $\Delta = 0,65$ " $\phi = 385,500$ kgs.

Dela Ta- $\left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,65 \\ \text{bla 1.ª } P_m = 2897 \end{array} \right\} M_1 = 1,2460 \left\{ \begin{array}{l} r_m = 1 - M_1 \\ T = 0,357064 \end{array} \right\}$

Dela Ta- $\left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,65 \\ \text{bla 2.ª } \rho = 6,00 \end{array} \right\} T = 0,516 \left\{ \begin{array}{l} r_m = 1 - M_1 \\ T = 0,357064 \end{array} \right\}$

$$\begin{array}{l} \log 8 = 0,90309 \\ \log \omega = 2,10687 \\ \log f = 5,99125 \\ \text{colg } \mu = 1,34958 \\ = 8,35077 \end{array} \quad \mu = 0,01071 \left(385,5 + \frac{127,900}{4} \right)$$

$$\log \frac{B\omega f}{\mu} = 8,35077$$

$$\log r_m = 1,55275$$

$$\log V_o^2 = 7,90352$$

$$\log V_o = 3,95176 \quad V_o = 894,9 \text{ m/s.} \left\{ \begin{array}{l} V_o = 894 \text{ m/s.} \\ \text{error} = 0,9 \text{ m/s.} \end{array} \right.$$

3.^a Cañón de 75/28.—Pólvora tubular III (filiación 37). $\omega = 0,670$ kgs.

$f = 900000$ kgs. \times dm.² " $W = 1,05$ dm.³ " $W_t = 9,860$ dm.³ " $\rho = \frac{W_t}{W} = 9,3$.

$\Delta = 0,638$ " $P_m = 2204$ kgs. \times cm.² (medido) " $\phi = 6,500$ kgs.

$$\mu = 0,01071 \left(6,5 + \frac{0,670}{4} \right)$$

$$\log \mu = 2,85372$$

Dela Ta- $\left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,638 \\ \text{bla 1.ª } P_m = 2204 \end{array} \right\} M_1 = 1,3354 \left\{ \begin{array}{l} r_m = 1 - M_1 \\ T = 0,382 \end{array} \right\}$

Dela Ta- $\left\{ \begin{array}{l} \rho = 9,3 \\ \text{bla 2.ª } \Delta = 0,638 \end{array} \right\} T = 0,463$

$$\begin{array}{l} \log 8 = 0,90309 \\ \log \omega = 1,82607 \\ \log f = 5,95424 \\ \text{colg } \mu = 1,14628 \\ \log r_m = 1,58206 \end{array}$$

$$\log V_o^2 = 7,41174$$

$$\log V_o = 3,70587 \quad V_o = 508 \text{ m/s.} \left\{ \begin{array}{l} V_o = 510 \text{ m/s.} \\ \text{error} = 2 \text{ m/s.} \end{array} \right.$$

4.^a Cañón 15 cm. Munaiz-Argüelles.—Pólvora tubular V (filiación 39) $\omega = 12,500$ kgs.

$f = 900000$ kgs. \times dm.² (Tabla 3.^a) " $P_m = 2690$ kgs. \times cm.² (medido) $\phi = 50$ kgs.

$W = 18,05$ dm.³ " $W_t = 121,503$ dm.³ " $\rho = \frac{W_t}{W} = 6,7$ " $\Delta = 0,69$.

$$\begin{aligned}
 & \text{De la Ta. 1.ª} \left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,69 \\ P_m = 2,690 \end{array} \right\} M_1 = 1,3355 \left\{ \begin{array}{l} r_m = 1 - M_1 \\ T = 0,34695 \end{array} \right. \\
 & \text{De la Ta. 2.ª} \left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,69 \\ \rho = 6,7 \end{array} \right\} T = 0,489 \\
 & \log 8 = 0,90309 \\
 & \log \omega = 1,09691 \\
 & \log f = 5,95424 \\
 & \log \mu = 0,24493 \quad \log \mu = 1,75507 \\
 & \log r_m = 1,53926 \\
 & \log V_o^2 = 7,73843 \\
 & \log V_o = 3,86921 \quad \left. \begin{array}{l} V_o = 740 \text{ m/s.} \\ V_o = 747 \text{ m/s.} \end{array} \right\} \text{error } 7,0 \text{ m/s.} \\
 & \text{Velocidad medida}
 \end{aligned}$$

Vemos, pues, que en ningún caso el error llega al 1 %, que es el admitido en las medidas de cronógrafos.

V. Fijar en un arma la carga de proyección correspondiente a un lote de pólvora reglamentaria que aun no sea conocido, o que por el transcurso del tiempo se desconozcan su estado y características balísticas. La finalidad que se busca con la resolución de este problema es poder utilizar una pólvora reglamentaria cuando no haya medio de enviar

la pieza al Polígono para determinar la carga con los cronógrafos, basándonos en el cálculo aproximado de la velocidad inicial, conocida la presión manométrica que proporciona la carga empleada.

Para ello se tantea una carga algo inferior a la de las Tablas de Tiro y se mide la presión con los manómetros, obteniendo la media de 3 ó 4 disparos. Se calcula la velocidad inicial por la fórmula anteriormente expuesta, y según sea su valor se aumenta o disminuye la carga para obtener la velocidad de la Tabla.

APLICACIÓN.—Determinar la carga de proyección en el C.H.E.15 cm. Ordóñez, empleando la pólvora tubular III (filiación 37) reglamentaria que dé la velocidad inicial de 533 m/s. con el proyectil de 42 kgs. de peso.

Se han efectuado 3 disparos con la carga $\omega = 5,400$ kgs., y se ha obtenido la presión media manométrica $P_m = 1650$ kgs. \times cm.²

$$\begin{aligned}
 W &= 20,515 \text{ dm.}^2 \quad \rho = \frac{W_t}{W} = 4,91 \quad \Delta = 0,263 \\
 W_t &= 98,817 \text{ dm.}^2 \quad \rho = \frac{W_t}{W} = 4,91 \quad \Delta = 0,263 \\
 i &= 900000 \text{ kgs.} \times \text{dm.}^2 \quad (\text{Tabla 3.ª}) \quad p = 42 \text{ kgs.}
 \end{aligned}$$

TABLA 1.ª — Valores de M_1 argumentos $\frac{\Delta}{P_m}$

$\frac{\Delta}{P_m}$	0,10	0,15	0,20	0,25	0,30	0,35	0,40	0,45	0,50	0,55	0,60	0,65	0,70	0,75	0,80
600	1,336	1,128	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
700	1,0170	1,0635	1,1332	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
800	1,0086	1,3444	1,0960	1,1810	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
900	1,002	—	1,0742	1,1350	1,2245	—	—	—	—	—	—	—	—	—	—
1.000	—	1,0248	1,0594	1,1068	1,1770	1,2678	—	—	—	—	—	—	—	—	—
100	—	—	1,0480	1,0900	1,1460	1,2150	1,3115	—	—	—	—	—	—	—	—
200	—	1,0122	1,0400	1,0751	1,1344	1,1748	1,2622	1,3522	—	—	—	—	—	—	—
300	—	—	1,0340	1,0638	1,1060	1,1560	1,2213	1,3080	1,4060	—	—	—	—	—	—
400	—	1,0027	1,0280	1,0545	1,0912	1,1380	1,1940	1,2646	1,3510	—	—	—	—	—	—
500	—	—	1,0225	1,0465	1,0790	1,1210	1,1700	1,2360	1,3090	1,4140	—	—	—	—	—
600	—	—	1,0110	1,0422	1,0694	1,1080	1,1536	1,2094	1,2755	1,3660	—	—	—	—	—
700	—	—	1,0132	1,0366	1,0615	1,0975	1,1380	1,1820	1,2500	1,3240	1,4244	—	—	—	—
800	—	—	1,0095	1,0310	1,0550	1,0877	1,1250	1,1717	1,2266	1,2980	1,3886	—	—	—	—
900	—	—	1,0062	1,0276	1,0498	1,0795	1,1145	1,1580	1,2080	1,2720	1,3520	1,4680	—	—	—
2.000	—	—	1,0030	1,0222	1,0447	1,0714	1,1041	1,1444	1,1912	1,2520	1,3253	1,4200	—	—	—
100	—	—	1,0000	—	1,0400	1,0651	1,0960	1,1340	1,1780	1,2310	1,3000	1,3800	1,5080	—	—
200	—	—	—	—	1,0353	1,0588	1,0880	1,1238	1,1642	1,2160	1,2818	1,3523	1,4696	—	—
300	—	—	—	—	1,0317	1,0542	1,0820	1,1150	1,1540	1,2020	1,2640	1,3360	1,4420	1,5730	—
400	—	—	—	—	1,0282	1,0498	1,0760	1,1075	1,1458	1,1906	1,2472	1,3202	1,4094	1,5350	—
500	—	—	—	—	1,0242	1,0462	1,0712	1,1020	1,1376	1,1800	1,2330	1,3090	1,3860	1,5020	—
600	—	—	—	—	1,0203	1,0426	1,0667	1,0954	1,1298	1,1710	1,2190	1,2870	1,3664	1,4720	1,6172
700	—	—	—	—	1,0175	1,0385	1,0615	1,0899	1,1220	1,1620	1,2100	1,2720	1,3493	1,4446	1,5836
800	—	—	—	—	1,0147	1,0347	1,0580	1,0844	1,1148	1,1554	1,1995	1,2588	1,3322	1,4207	1,5532
900	—	—	—	—	1,0126	1,0316	1,0540	1,0794	1,1094	1,1460	1,1900	1,2460	1,3170	1,4000	1,5262
3.000	—	—	—	—	1,0105	1,0288	1,0504	1,0745	1,1040	1,1411	1,1822	1,2364	1,3034	1,3832	1,4992
100	—	—	—	—	1,0084	1,0264	1,0477	1,0712	1,0993	1,1313	1,1730	1,2250	1,2315	1,3676	1,4749
200	—	—	—	—	1,0063	1,0240	1,0450	1,0679	1,0947	1,1281	1,1658	1,2172	1,2796	1,3524	1,4534
300	—	—	—	—	1,0045	1,0216	1,0420	1,0643	1,0908	1,1220	1,1610	1,2080	1,2673	1,3392	1,4335
400	—	—	—	—	1,0028	1,0192	1,0390	1,0607	1,0870	1,1164	1,1546	1,2005	1,2576	1,3266	1,4142
500	—	—	—	—	1,0010	1,0172	1,0370	1,0578	1,0834	1,1120	1,1500	1,1990	1,2490	1,3158	1,3982
600	—	—	—	—	—	1,0152	1,0341	1,0550	1,0798	1,1073	1,1434	1,1870	1,2410	1,3068	1,3830
700	—	—	—	—	—	1,0136	1,0319	1,0520	1,0763	1,1036	1,1380	1,1810	1,2330	1,2982	1,3710
800	—	—	—	—	—	1,0120	1,0296	1,0490	1,0728	1,1000	1,1336	1,1750	1,2262	1,2897	1,3596
900	—	—	—	—	—	1,0104	1,0278	1,0465	1,0700	1,0964	1,1290	1,1690	1,2194	1,2750	1,3506
4.000	—	—	—	—	—	1,0088	1,0260	1,0440	1,0673	1,0928	1,1151	1,1630	1,2128	1,2718	1,3416

De la Ta- } $\Delta = 0,263$ } $M = 1,046173$ } $r_m = 1 - M_1$
 bla 1.ª } $P_m = 0,1650$ }
 De la Ta- } $\rho = 4,91$ } $T = 0,63381$ } $T = 0,336925$
 bla 2.ª } $\Delta = 0,263$ }

$\log 8 = 0,90309$
 $\log \omega = 0,73239$
 $\log f = 5,95424$
 $\log \mu = 0,33322$
 $\log r_m = 1,52753$
 $\log V_0^2 = 7,45047$
 $\log V_0 = 3,72523$ " $V_0 = 531,2 \text{ m/s.}$
 Velocidad medida " $V_0 = 533 \text{ m/s.}$ } error 1,8 m/s.

$\mu = 0,01071 \left(42 + \frac{5.400}{4} \right)$
 $\log \omega = 1,66678$

blema se presenta en los Polígonos de Experiencias cuando por anómalo funcionamiento de los Crusher las presiones medidas no están de acuerdo con las velocidades.

Se tiene entonces: $r_m = V_0^2 \cdot \frac{\mu}{8f\omega}$

Calculado r_m , se halla $M_1 = \frac{1 - r_m}{T}$, calculando

previamente T en la Tabla 2.ª, conocidos $\left\{ \begin{matrix} \Delta \\ \rho \end{matrix} \right.$. Encontrado M_1 , la Tabla 1.ª da directamente el valor de la presión P_m , conocidos M_1 .

Lo que nos dice que el cálculo es prácticamente exacto, teniendo en cuenta el error que se admite en los cronógrafos.

Si el valor calculado fuese mayor o menor del que se busca, se disminuiría o aumentaría proporcionalmente la carga hasta obtener una presión aproximada a los 1650 kgs. $\times \text{cm.}^2$, y que proporcione la velocidad de 533 m/s., aplicando la fórmula indicada.

VI. Comprobación de la presión producida por medio del cálculo de la velocidad inicial. Este pro-

APLICACIÓN.—Efectuando las pruebas de recepción de un obús 155/13 Schneider, se ha medido la velocidad inicial $V_0 = 443,9 \text{ m/s.}$, con la carga de proyección de 2,750 kgs. de pólvora C.S.P. "L" de Galdácano; por mal funcionamiento de los Crusher, las presiones medidas oscilan entre 1800 y 2000 kgs. $\times \text{cm.}^2$ Se quiere saber qué presión se está produciendo, toda vez que la carga de pólvora "L" de Galdácano de 2,750 kgs. es la carga ∞ de esta pieza,

TABLA 2.ª — Valores de T argumentos $\left\{ \begin{matrix} \Delta \\ \rho \end{matrix} \right.$

$\rho \backslash \Delta$	0,10	0,15	0,20	0,25	0,30	0,35	0,40	0,45	0,50	0,55	0,60	0,65	0,70	0,75	0,80
3,0	0,747	0,741	0,733	0,724	0,716	0,707	0,697	0,687	0,675	0,663	0,649	0,633	0,615	0,595	0,572
3,2	0,735	0,728	0,720	0,712	0,704	0,695	0,685	0,674	0,663	0,650	0,636	0,620	0,603	0,583	0,560
3,4	0,723	0,717	0,709	0,701	0,692	0,683	0,673	0,662	0,651	0,638	0,624	0,609	0,592	0,572	0,549
3,6	0,713	0,706	0,698	0,690	0,681	0,672	0,662	0,652	0,640	0,628	0,614	0,598	0,581	0,562	0,539
3,8	0,703	0,696	0,688	0,680	0,671	0,662	0,653	0,642	0,630	0,618	0,604	0,589	0,572	0,552	0,530
4,0	0,691	0,687	0,679	0,671	0,662	0,653	0,643	0,633	0,621	0,609	0,595	0,580	0,563	0,544	0,522
4,2	0,685	0,678	0,670	0,662	0,654	0,644	0,635	0,624	0,613	0,600	0,587	0,572	0,555	0,536	0,514
4,4	0,677	0,670	0,662	0,654	0,646	0,636	0,627	0,616	0,605	0,592	0,579	0,564	0,547	0,529	0,507
4,6	0,670	0,663	0,655	0,647	0,638	0,629	0,619	0,609	0,597	0,585	0,572	0,557	0,540	0,522	0,500
4,8	0,662	0,656	0,648	0,640	0,631	0,622	0,612	0,602	0,590	0,578	0,565	0,550	0,534	0,515	0,494
5,0	0,655	0,648	0,641	0,633	0,624	0,615	0,605	0,595	0,584	0,572	0,558	0,544	0,527	0,509	0,488
5,2	0,649	0,641	0,634	0,626	0,618	0,609	0,599	0,589	0,577	0,565	0,552	0,538	0,521	0,503	0,482
5,4	0,643	0,635	0,628	0,620	0,612	0,603	0,593	0,583	0,571	0,560	0,546	0,532	0,516	0,498	0,477
5,6	0,637	0,629	0,622	0,614	0,606	0,597	0,587	0,577	0,566	0,554	0,541	0,529	0,511	0,493	0,472
5,8	0,631	0,623	0,616	0,609	0,600	0,591	0,582	0,571	0,559	0,548	0,536	0,521	0,506	0,488	0,467
6,0	0,626	0,618	0,611	0,603	0,595	0,586	0,576	0,566	0,555	0,543	0,531	0,516	0,501	0,483	0,463
6,2	0,621	0,613	0,606	0,598	0,590	0,581	0,571	0,561	0,550	0,539	0,526	0,512	0,496	0,478	0,458
6,4	0,616	0,608	0,601	0,593	0,585	0,576	0,567	0,556	0,546	0,534	0,521	0,507	0,492	0,474	0,454
6,6	0,611	0,603	0,596	0,588	0,580	0,571	0,562	0,552	0,541	0,529	0,517	0,503	0,488	0,470	0,450
6,8	0,606	0,599	0,592	0,584	0,576	0,567	0,558	0,547	0,537	0,525	0,513	0,499	0,484	0,466	0,447
7,0	0,602	0,594	0,587	0,579	0,571	0,562	0,553	0,543	0,533	0,521	0,509	0,495	0,480	0,462	0,443
7,2	0,597	0,590	0,583	0,575	0,567	0,558	0,549	0,539	0,529	0,517	0,505	0,491	0,476	0,459	0,439
7,4	0,593	0,586	0,579	0,571	0,663	0,554	0,545	0,535	0,525	0,513	0,501	0,487	0,472	0,455	0,436
7,6	0,589	0,582	0,575	0,567	0,559	0,551	0,541	0,532	0,521	0,510	0,497	0,484	0,469	0,452	0,433
7,8	0,586	0,578	0,571	0,563	0,555	0,547	0,538	0,528	0,518	0,506	0,494	0,480	0,465	0,449	0,430
8,0	0,582	0,575	0,568	0,560	0,552	0,543	0,534	0,524	0,514	0,503	0,490	0,477	0,462	0,446	0,427
9,0	0,565	0,558	0,551	0,543	0,535	0,527	0,518	0,508	0,498	0,487	0,475	0,462	0,447	0,431	0,413
10,0	0,550	0,543	0,536	0,528	0,521	0,513	0,504	0,494	0,484	0,473	0,462	0,449	0,435	0,418	0,401
11,0	0,537	0,529	0,523	0,516	0,508	0,500	0,492	0,482	0,472	0,462	0,450	0,438	0,424	0,408	0,391
12,0	0,525	0,516	0,512	0,505	0,497	0,489	0,481	0,471	0,461	0,451	0,440	0,428	0,414	0,399	0,382

con la cual se obtienen 450 m/s. de velocidad inicial y presión de 2690 kgs. \times cm.²

Datos:

$$p = 44,500 \text{ kgs. } \left. \begin{array}{l} W = 5,78 \text{ dm.}^3 \\ W_t = 41,7027 \text{ dm.}^3 \end{array} \right\} \rho = \frac{W_t}{W} = 7,2.$$

$$f = 1050000 \text{ kgs. } \times \text{ dm.}^2 \text{ (Tabla 3.ª) } \quad \omega = 2,750 \text{ kgs. } \quad \Delta = 0,4751.$$

$$V_0 = 443,9 \text{ m/s.} = 4439 \text{ dms. } \quad \mu = 0,01071$$

$$\left(44,500 + \frac{2,750}{4} \right) "$$

$$\log V_0^2 = 7,29458$$

$$\log \mu = 1,68480$$

$$\text{colg } 8 = 1,09691$$

$$\text{colg } f = 7,97881$$

$$\text{colg } \omega = 7,56067$$

$$\log r_m = 1,61577$$

$$r_m = 0,41283$$

$$\text{De la Tabla 2.ª } \left\{ \begin{array}{l} \Delta = 0,475 \\ \rho = 7,2 \end{array} \right\} \text{ se halla } T = 0,534.$$

Con este valor calculamos

$$M_1 = \frac{1 - r_m}{T} = \frac{0,58717}{0,534} = 1,09956 = 1,0996.$$

$$\text{De la Tabla 1.ª, con } \left\{ \begin{array}{l} M^3 = 1,0996 \\ \Delta = 0,475 \end{array} \right\} \text{ se halla } P =$$

2800 kgs. \times cm.², que será la presión manométrica, o sea la que debían marcar los manómetros Crusher.

VII. Comprobación de la combustión de la carga en el interior del ánima. Muchas veces es necesario comprobar si la combustión de la carga es o no completa; averiguarlo observando si en el disparo sale pólvora sin quemar, no es siempre posible ni fácil; por otra parte, aun cuando no salga pólvora sin quemar es necesario asegurarse de que no se está muy próximo a la estricta combustión; es decir, a que ésta termina en la boca.

Con el valor de la densidad de carga Δ , la presión manométrica P_m y la relación de expansión $\rho = \frac{W_t}{W}$

se puede comprobar si la combustión es o no completa, sin tener que efectuar el cálculo de la abscisa del punto donde termina la combustión.

Para este objeto sirve la Tabla 4.ª, que con argumento $\frac{\rho}{\Delta}$ nos da el valor de la presión manométrica precisa para que se verifique la estricta combustión, que denominaremos P_{me} .

Si P_m es superior a P_{me} , la combustión es completa, o sea, termina antes de la boca; si $P_m = P_{me}$, es estricta la combustión y termina en la boca; finalmente, si $P_m < P_{me}$, la combustión es incompleta y, por tanto, cuando el proyectil sale por la boca la pólvora no se ha quemado toda.

APLICACIÓN.—C.H.E.21 cm. Pólvora C.S.P.₂ del 15,24 Vickers.

$$\omega = 25,000 \text{ kgs. } \quad p = 78,700 \text{ kgs. } "$$

$$W_t = 264,397 \text{ dm.}^3 \quad \left. \begin{array}{l} \\ \end{array} \right\} \rho = \frac{W_t}{W} = 4,4$$

$$W = 60 \text{ dm.}^3 \quad \left. \begin{array}{l} \\ \end{array} \right\} \rho = \frac{W_t}{W} = 4,4$$

$$\Delta = 0,417 \quad P_m = 1668 \text{ kgs. } \times \text{ cm.}^2 \text{ (medida).}$$

La Tabla 4.ª da para

$$\rho = 4,4 \quad \left\{ \begin{array}{l} \\ \end{array} \right. \quad P_{me} = 1523 < P_m = 1668 \text{ kg. } \times \text{ cm.}^2,$$

luego la combustión es completa.

APLICACIÓN. Cañón 30,5 Vickers.—Carga reducida = 3/4 de la normal = 95,933 kgs. de pólvora C.S.P.₂

$$P_m \text{ (medida)} = 1567 \text{ kgs. } \times \text{ cm.}^2$$

$$\rho = \frac{W_t}{W} = 6 \text{ (calculado en el ejemplo de velocidad)}$$

$$\Delta = 0,488.$$

La Tabla 4.ª da para

$$\rho = 6 \quad \left\{ \begin{array}{l} \\ \end{array} \right. \quad P_{me} = 1624 \text{ kgs. } \times \text{ cm.}^2 > P_m$$

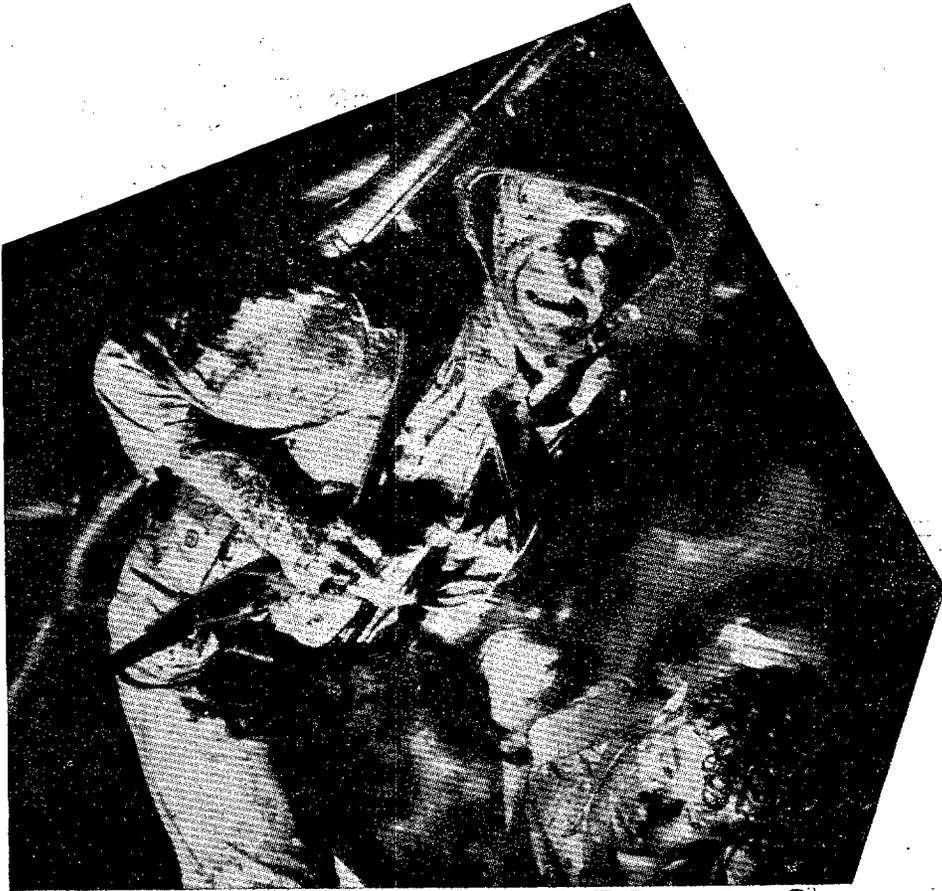
= 1567 kgs. \times cm.², luego la combustión es incompleta. El cálculo de Balística interior lo demuestra, pues da para la abscisa del punto de combustión $x_1 = 153$ dms., y el recorrido del proyectil es $X = 131$ dms., que indica termina de quemar fuera del arma.

TABLA 3.ª — Valores de f (fuerza específica de la pólvora): Kg. \times dm²

Pólvora C. S. P. ₂		Pólvora tubular de Nitrocelulosa	
Espesor = e	f	f	
De 0,5 a 2 $\frac{3}{16}$ "	1050000	I bis F. 35a	900000
De 2 a 5 $\frac{3}{16}$ "	990000	III F. 37	
		III bis F. 37a	
		IV F. 38	
De 5 a 8 $\frac{3}{16}$ "	980000	V F. 39	

TABLA 4.ª—Valores de P_{me} (presión manométrica necesaria para que se verifique la estricta combustión) en Kilogramos \times cms²: argumentos $\frac{\Delta}{\rho}$

$\frac{\Delta}{\rho}$	0,20	0,30	0,40	0,50	0,60	0,70	0,80
3,0	796	1216	1661	2162	2794	3538	3835
4,0	737	1086	1494	1903	2433	3106	3370
5,0	695	1009	1370	1763	2240	2867	3115
6,0	672	958	1294	1670	2116	2695	2940
7,0	655	928	1246	1600	2028	2570	2813
8,0	640	904	1213	1545	1956	2460	2714



LOS COMANDOS

Comandante de Artillería
RAFAEL BARBUDO
DUARTE, del E. M. C.

LOS "Comandos" son pequeñas unidades formadas por soldados voluntarios y que constituyen las guerrillas de choque de la Gran Bretaña.

Dirigió la instrucción de los primeros "Comandos" el anciano Almirante sir Roger Keyes, célebre por su ataque a la base alemana de submarinos en Zeebrugge durante la primera guerra mundial. Sustituyó al Almirante el General Louis Mountbatten, de sangre real. Fué Winston Churchill quien les dió este nombre después de la jornada de Dunkerque, recordando sus tiempos de la guerra angloboer del Africa del Sur, en los años 1899-1902; pensó en las guerrillas de éstos, llamados "Comandos", compuestos de gentes faltas de instrucción militar, muy bien armados y dotados de una gran movilidad, que superaba a la de las tropas inglesas y hacían caer a éstas en emboscadas

que les costaban no pocas bajas. Su lema llegó a ser una frase que describía gráficamente su tarea: *butcher and bolt*, que pudiera traducirse por "Pica y vete".

RECLUTAMIENTO E INSTRUCCION

La Oficialidad se reclutó al principio entre la de los Regimientos de nobles, para formar parte de la cual contaban el nacimiento y la fortuna, y esto hizo nacer en el pueblo inglés la sospecha de que los cuadros de Oficiales se compondría de señoritos muy poco demócratas. Lo cierto era que en esos cuadros figuraban muchos nombres famosos entre la juventud distinguida de la época anterior a la guerra y también otros de las más esclarecidas familias británicas. Baste mencionar al Teniente Coronel Keyes, del que ya hablaremos, y

de un hijo del Jefe del Gobierno inglés, el Capitán Randolph Churchill, que prestó durante mucho tiempo sus servicios en las tropas de Levante.

Los individuos de clases y tropas proceden de todas las unidades del Ejército: de Caballería, Infantería, Artillería e Ingenieros, así como también de fuerzas australianas y canadienses.

Su selección es escrupulosa, siendo el primer requisito que se les exige el de una gran robustez, ya que la vida que han de soportar es bastante dura. Han de ser activos y rápidos en sus decisiones. Los Oficiales de los "Comandos" escogen a sus hombres personalmente, después de un severísimo examen. Tienen su escuela en las montañas de Escocia, de donde van saliendo para cubrir las numerosas bajas que sufren. Viven y obran independientemente, para de esta forma inculcarles su régimen de vida. Reina también en todos ellos, a la par que una disciplina rigurosa y que a todos se aplica por igual, un compañerismo ejemplar y hasta cierta levadura de buen humor. Cuando son admitidos, han de estar ya familiarizados en múltiples combates; de tal forma que su instrucción, al entrar en estos cuarteles de especialistas, se dedica únicamente al adiestramiento en la nueva modalidad con que han de hacer la guerra.

Viven casi siempre en tiendas de campaña, incluso en invierno, y aprenden a vivir sobre el terreno por sus propios recursos de la caza y de la pesca, sabiendo desollar animales, así como realizar su condimentación.

En sus prácticas y adiestramiento forma parte el escalado de montañas y natación, llevando a cuestras todo su equipo, siendo muy curiosa la forma en que son enseñados a reptar y avanzar por bosques, que cuando son vistos primeramente se les indican las faltas que han ejecutado; posteriormente se les hace fuego con cartuchos de foguero, y, por último, se dice que con cartuchos de guerra, cosa un poco difícil de creer.

Cazadores avezados les enseñan a vivir de los recursos naturales, para conseguir inculcarles que se basten a sí mismos. Les obligan a tener gran práctica en el manejo del fusil y de la pistola, exigiéndoles una puntería rápida, exacta y precisa. Se les permite la elección de cuchillo o maza, además del empleo de manoplas con púas para saltar y herir al enemigo.

Llevarán la cara y el uniforme negros, para enmascararse en la noche y conseguir atemorizar al contrario.

Conocen el armamento enemigo para emplearlo en caso necesario. Practican el boxeo, esgrima de fusil y jiu-jitsu; hacen marchas diarias de grandes longitudes, se sostienen sin comer ni beber durante largo tiempo, aprenden a remar con cualquier elemento de circunstancias, escalan pendientes y, sobre todo, se hacen completamente prácticos en el empleo de explosivos, para las destrucciones que han de realizar.

La edad de estos individuos está comprendida entre los veinticuatro y veintisiete años, pues quieren evitar,

por un lado, la irreflexión de la primera juventud, exigiendo con esta edad, al mismo tiempo, que sus condiciones físicas sean perfectas y estén en su completo desarrollo, para poder resistir en todas ocasiones a la vida ruda y de sacrificios corporales que su misión les ha de exigir.

El armamento de que están dotados es muy ligero y de gran potencia de fuego; llevando un pequeño escudo portátil de acero, articulado, y de una aleación muy ligera, para conseguir que su peso no exceda de unas 12 libras, y que le protege contra los cascos de metralla. Llevan también otras armas de fuego ligeras, como morteros pequeños, y van provistos en gran cantidad de elementos de enlace.

La proporción de Oficiales y Clases con respecto a la tropa es muy elevada, pudiendo decirse que por cada Oficial de su organización van tres Suboficiales y cuatro de tropa.

Para las operaciones de desembarco llevan motoras de fondo plano y de perfil inclinado, de proa a popa, para permitirles un fácil atraque o conseguir embarrancar en las playas; tienen blindaje que protege a sus armas automáticas, pudiendo defenderse por sí mismos.

También están dotados los "Comandos" de embarcaciones de apoyo, para transporte de camiones y para transporte de carros de combate.

Las embarcaciones de apoyo (Support Landing Craft) son análogas a las de desembarco ya citadas, pero más pequeñas que ellas, afectándose dos a cada Batallón; transportan a bordo cada una de ellas 10 hombres, y están dotadas de dos ametralladoras y un aparato fumígeno.

Las embarcaciones para transporte de camiones pueden llevar a bordo tantos vehículos de esta clase como tractores y carros ligeros de combate. Reciben el nombre de "Motor Landing Craft" y tienen una capacidad de transporte cada una de ellas de dos camiones o dos carros ligeros (Bren Carriers) o un carro de 13 toneladas, con sus cargas y dotaciones normales. Estas embarcaciones para transporte de carros (Tank Landing Craft) desplazan unas 200 toneladas; disponen de una velocidad máxima de 10 millas, una autonomía de 1.000 millas y un equipo de 10 hombres.

Pueden cargar tres carros de 40 toneladas, cinco carros de 25 ó seis de 16. Se desmontan con gran rapidez en cuatro partes, para su transporte a la zona de empleo sobre barcos especiales.

Las unidades de los "Comandos" están compuestas, según datos cogidos a prisioneros, por individuos de cuatro especialidades:

- 1.^a "Comandos" de sabotajes de desembarco.
- 2.^a Idem id. de paracaidistas.
- 3.^a Idem id. a bordo de submarinos.
- 4.^a Idem de espionaje (quinta columna), denominación que ha recibido ya en todo el mundo este servicio desde nuestra guerra de Liberación.

La primera, segunda y cuarta especialidades nos son ya conocidas; la tercera (a bordo de submarinos) con-

sistió en dejar en una canoa de goma a varios individuos "Comandos", los cuales, con dos minas que actúan a tiempos y que por magnetismo se adhieren a las quillas de los barcos, han de aproximarse a éstos y conseguir el hundimiento.

La Unidad está dividida en varias Escuadras, de unos 30 hombres cada una, efectuándose la instrucción separadamente por Escuadras.

Las Escuadras tienen núcleos de 10 hombres especialistas, formados de la siguiente manera:

Dos apuñaladores.

Dos lanzadores de bombas de mano.

Dos especialistas en trabajos de minas.

Dos portamorteros.

Dos ametralladores.

Los 20 hombres restantes son todos destructores, concediéndoseles por cada acto de sabotaje que realicen premios en metálico, que oscilan entre 100 y 400 libras esterlinas, según la importancia de los daños ocasionados al enemigo.

La actuación de unidades de esta índole no es nueva en Inglaterra; aparte de todas las acciones realizadas por golpes de mano, bien a puertos o a barcos de otras nacionalidades, en todas las épocas de su historia, recientemente en la guerra del año 1914, ya las tenían organizadas bajo el nombre de "Marines", y podemos ver en el siguiente artículo la rivalidad existente entre la Marina y el Ejército por la posesión de ellas, o, por lo menos, para la creación de dos clases que habrían de actuar: las de la Marina (Marines), en las costas, y las del Ejército (Comandos), en el interior de los países enemigos.

Extracto de un artículo publicado en la revista "Picture Post" el 28 de febrero del año 1942:

"Es raro ver en los diarios fotografías de los "Royal Marines" o leer alguna ligera referencia sobre sus actividades en los boletines de los "Whitehall". No hay gran navío de la Flota de guerra que salga al mar sin tener a bordo una unidad de "Marines". No hay Regimiento, ni aun el de la Guardia, de mayor esplendor ni pasado más glorioso. La sola diferencia que existe entre los "Comandos", de los que todos hablamos, y los "Marines", a los que todos olvidamos, es que los primeros han comenzado apenas a escribir páginas de historia y que son más susceptibles que los "Marines" al mareo.

El objeto principal de las dos especialidades es el mismo: servir de "batidores" en la invasión, tanteando la consistencia de las resistencias costeras del enemigo.

Las dos son entrenadas como tropas de asalto de desembarco, al combate cuerpo a cuerpo de pequeñas unidades, y se las educa en el sacrificio, si precisa, para cubrir al grueso de las fuerzas, como los "Marines" hicieron en Creta, y ambas deben operar en la más estrecha cooperación con la Flota, como los "Comandos" hicieron en Lofoten y en Vaagso.

La misión de los "Comandos" no es nueva: es la que ha constituido la función histórica de los "Royal Marines". ¿Por qué entonces estas dos especialidades? La respuesta no es fácil. Se podría sostener que una sola especialidad, controlada y adiestrada por la Flota, como los "Marines", estaría en condiciones de cumplir su cometido con más facilidad; la conveniencia de la duplicidad de organismos ha sido más bien dictada por las circunstancias.

En los días desesperados en que los "Comandos" fueron organizados, era urgente crear pronto un numeroso grupo de selectas tropas de asalto; lo que era más fácil misión para el Ejército que para el Cuerpo de "Marines", siempre de reducidos efectivos, y a quien esperaban trabajos totalmente desproporcionados a sus efectivos de tiempo de paz. Así, el Ejército asumió el encargo de organizar estas tropas; mas es curioso que el primer jefe de los "Comandos" fuera un marino: el Almirante sir Roger Keyes.

Los "Comandos" son, pues, una emanación del Ejército, como los "Marines" lo son de la Flota, y aunque su misión sea similar, hay una diferencia sustancial en su organización: por extraño que parezca, los "Marines" están organizados con base rigurosamente militar, como las fuerzas del Ejército, mientras que los "Comandos" constan de pequeños y elásticos grupos, del tipo característico de las formaciones marineras, lo que alcanza también al espíritu de su manera de combatir. El adiestramiento de los "Marines" es más largo y completo, porque además de su misión de asalto, asumen otras funciones, como guarnecer las torres de los navíos, guardar los establecimientos navales o actuar en la llamada Base Naval Móvil, en especiales operaciones, cooperando con la Flota. Hoy, un Regimiento de "Marine" sirve en las Baterías de gran alcance de Dover.

Cuando, finalmente, llegue el momento de nuestra invasión del Continente, los primeros desembarcos serán efectuados por los "Comandos", operando en pequeñas unidades, para eliminar centinelas, destruir nidos, desorganizar la retaguardia y atacar por sorpresa los medios acorazados y artilleros del enemigo; mientras tanto, los "Marines", empleados como tropas de asalto, devastarán la costa.

Se emplean para el desembarco embarcaciones acorazadas de fondo plano, automotrices, similares al gran pontón "Armoured Landing Craft", que transporta con bastante protección un pelotón. Una ametralladora "Bren", blindada, puede disparar desde la proa. Apenas los primeros elementos hayan saltado a tierra, se desembarcarán unidades de motociclistas y ametralladoras "Bren".

Probablemente el ataque principal tendrá por objeto posesionarse de una bahía o puerto, fácil al desembarco del grueso y los medios pesados; pero si la costa no es fácilmente accesible, la Base Móvil Naval se ocupa de la oportuna habilitación, pudiendo en un período de tiempo considerablemente breve construir

un muelle capaz para un cazatorpedero y desembarco de cañones. Los "Marines" desembarcan las piezas y las sirven, y guarnecen las bases establecidas para operar.

Durante trescientos años, los "Marines" han combatido en la vanguardia de los Ejércitos, tomando parte en todas las campañas importantes y en todas las grandes batallas navales, a partir de las invasiones holandesas. Su estandarte no lleva condecoraciones, porque no puede llevarlas todas."

MISION

Sabemos que estas unidades de "Comandos" están constituidas, no por grandes efectivos, sino todo lo contrario: pequeñas partidas, que transportadas al lugar de la acción por elementos marítimos de superficie, submarinos o aéreos, actúan inmediatamente en la destrucción de las defensas enemigas, costeras o del interior.

Además de esta misión, de gran importancia porque mantienen en todas las costas enemigas la constante alarma y el consiguiente servicio de vigilancia, así como en estado inactivo núcleos de fuerzas concentradas para su actuación en caso necesario, y que no pueden emplear en otros frentes de combate, tienen también la misión, de no menor importancia, de información.

Esta misión es desempeñada por Oficiales del Estado Mayor, Oficiales que son elegidos entre los mejores y que tienen que cumplir con el requisito de tener gran resistencia física, así como una retentiva desarrollada en grado sumo; de tal forma que en una sola y rápida inspección puedan, horas después, dar el mayor número de detalles de las obras enemigas; detalles que luego serán ampliados con los datos que proporcionen los prisioneros cogidos y la documentación encontrada.

Todo esto nos da idea de que estos golpes han de ir precisamente contra puntos de importancia, bien de orden material, como puestos, estaciones de radio, instalaciones de construcciones marítimas, etc., bien en orden informativo, como puestos de mando, o bien con fines de exploración, con miras a desembarcos posteriores con grandes elementos.

En resumen, podemos definir así sus principales misiones:

- 1.^a Destrucción o neutralización, durante algún tiempo, de obras y elementos enemigos.
- 2.^a Información y reconocimiento.
- 3.^a Mantenimiento de una alarma constante.
- 4.^a Obligar al Eje a tener en reserva un cierto número de fuerzas lejos de los campos de batalla.
- 5.^a Como vanguardias para grandes desembarcos.
- 6.^a Simular desembarcos lejos del lugar donde se ha de realizar el principal.

Croquis de la revista The Illustrate London News (Captain Bryan).



EL TRACOMA EN EL EJERCITO

UN GRAN ERROR

Comandante Médico JOSE AZNÁREZ, Jefe de los Servicios de Oftalmología de la Segunda Región Militar.

EN nuestros cuadros de inutilidades vigentes figura el tracoma como causa de inutilidad total para el servicio de las armas. En nuestra modesta opinión, ello constituye un error que anualmente elimina del Ejército a un gran número de reclutas aptos para él. Y, entiéndase bien, aptos no ya para servicios auxiliares ni burocráticos, sino para el servicio de las armas, que debe ser el máximo orgullo y la legítima aspiración de todo español. A demostrar este aserto, que puede parecer atrevido a primera vista, y a exponer el remedio de tal error, tienden las presentes líneas, basadas tan sólo en nuestra modesta experiencia de oftalmólogo que ha ejercido siempre en comarcas altamente tracomatosas, y—apresurémonos a exponerlo antes de pasar adelante—sin que en esta opinión haya influido el ejemplo de otros países que ya solucionaron el problema, pues ello sólo sirvió, al sernos conocido, para afirmarnos en una tesis que ya era personal.

Tanto se ha hablado del tracoma, tanto se ha escrito y vulgarizado sobre él en los últimos tiempos (y con motivo, pues constituye una de las enfermedades endémicas que azotan a nuestro país con más intensidad), que sería una ofensa a quienes nos lean pretender descubrirselo. Limitémonos, pues, a recordar que se trata de una enfermedad ocular, contagiosa, localizada en las cubiertas externas del ojo, llamada también granulación y conjuntivitis granulosa, y conocida desde la más remota antigüedad. No podemos decir lo mismo respecto a su causa, pues aunque es indudable que se trata de una infección, pese a todas las teorías y ensayos, su germen productor es todavía desconocido y figura en el grupo de los que hay que catalogar como no descubiertos.

El tracoma es conocido desde la más remota antigüedad, y tan es así, que ya se le describe en el papiro de Ebers (1550 a. de J. C.). Egipto fué su cuna, y continúa siendo hoy el país más infectado. De allí pasó

a Persia, Grecia y Roma, y en el Imperio romano alcanzó también aterradora dispersión, como lo prueba el hecho de que lo padecieran personajes de la talla y de la posición social de Cicerón, Horacio y Plinio. Calcúlese cuál sería su extensión entre las clases humildes, si las elevadas—pese a que la higiene se encontraba muy adelantada en Roma—estaban invadidas. Posteriormente, en la Edad Media y en la Moderna, y tanto en el mundo árabe como en el cristiano, seguimos encontrando referencias del tracoma, pero a través de ellas vemos cómo la endemia se va reduciendo paulatinamente, hasta que en el siglo XIX viene el gran brote de origen militar, que reinfecta agudamente toda Europa y cuyas consecuencias sufrimos hoy en día. Fué, en efecto, el Ejército napoleónico el gran agente vector de la enfermedad. En la expedición a Egipto se infectaron la casi totalidad de los soldados, y ellos, a su regreso a los diversos países europeos, son puntos de partida de devastadoras epidemias. Así, Inglaterra que, entre otras ventajas del "espléndido aislamiento", contaba la de estar prácticamente indemne de tracoma, tiene en 1818, y sólo en la Armada, 5.000 ciegos por granulaciones. En Alemania, y por igual época, hay 25.000 soldados atacados, viéndose clarísimo el papel que juega el Ejército en la marcha de la enfermedad, pues al ir la mayor parte de las tropas recién llegadas a cubrir la frontera rusa, crean los grandes focos tracomatosos de la Prusia Oriental que, a través de los hebreos, persisten hoy en toda esa parte de Europa. De aquí salta el tracoma a Rusia, que declara, en 1830, 77.000 atacados. Por su parte, Italia sufre la diseminación de la enfermedad llevada por las tropas que desembarcaron en sus puertos. En Bélgica ocurre un episodio que tiene, en cierto modo, íntima relación con la tesis del presente trabajo, y es que, terriblemente atacado el Ejército, hasta el punto de haber un tracomatoso entre cada cinco sol-

dados, se comete el error de querer yugular la epidemia licenciando a los enfermos, y éstos provocan al esparcirse una diseminación aterradora que hace del pequeño país un foco sin igual en Europa. Y, por fin, nuestra patria, que ya conocía el tracoma, recibido de los romanos y fenicios, reimportado y extendido por los árabes, es reinfectada por los invasores de 1808, persistiendo en nuestros días y en graves proporciones el "obsequio" que nos hicieron, extendido y ampliado a su vez por los desplazamientos militares y las evacuaciones civiles (en que tan pródigos fueron los rojos) de nuestra Cruzada, que —al igual que sucedió con otras enfermedades— llevaron individuos tracomatosos a comarcas indemnes hasta entonces, dando con ello origen a nuevos focos. Vemos claramente cómo la raíz de nuestro actual estado epidémico es eminentemente militar. Y no deja de tener cierto aspecto de Justicia histórica y providencialista el que, si se pusiera remedio al error que—a nuestro juicio—motiva este artículo, al Ejército le correspondería automáticamente principalísimo papel en la lucha antitracomatosa que había de llevar a la reducción y, a través de ella y del tiempo, a la extinción de la plaga; ideal de los higienistas, e ideal que no puede considerarse como una utopía si se medita en lo ya logrado con otras enfermedades epidémicas que fueron en otros tiempos azote y terror de la Humanidad. ¿No se ha logrado acaso que en algunos países haya desaparecido la viruela hasta el punto de que, cuando por rarísimo azar se presenta un caso, se desplazan los médicos de toda la nación a estudiarlo *porque no conocen la enfermedad sino a través de los libros?* Y también en este resultado ha tenido buena parte el Ejército, a través de la vacunación obligatoria y a raja tabla de los reclutas...

Porque, en efecto, y aunque el tracoma sea curable (en contra de muchas opiniones nosotros nos vemos obligados a creer en su curabilidad, puesto que hemos obtenido curaciones), en él, como en la mayoría de las enfermedades epidémicas, lo que realmente interesa desde el punto de vista colectivo es, no la curación, sino la extinción; es decir, impedir el contagio como objetivo primordial. Y esto se consigue, no solamente con el aislamiento de los enfermos y de los focos—no siempre posible, e imposible, desde luego, en el caso del tracoma—, sino con el tratamiento de los contagiosos hasta conseguir que, curados o no, dejen de serlo.

Es la que nos ocupa una de esas enfermedades insidiosas y "díscolas", valga la frase. Queremos decir con ello que no siempre obedece al tratamiento "como mandan los cánones". Y que lo mismo que hay tracomas que se curan solos y sin que el enfermo llegue a saber que lo estuvo (no es raro el hallazgo de cicatrices conjuntivales en enfermos que llegan a la consulta por otro motivo y que aseguran no haber tenido nunca nada ocular), hay otros que, perfectamente atendidos y tratados, evolucionan fatalmente, sufren todas las complicaciones de la temible afección y terminan en el desastre. Y es que en el tracoma no es lo malo la afección en sí, sino las complicaciones que origina. En efecto: un tracoma puro presentará una sintomatología más o menos patente a los ojos del médico. La conjuntiva será más o menos

granulosa y se necesitarán medios de exploración más o menos finos para sentar un diagnóstico, pero la visión no será atacada, y tanto si la enfermedad evoluciona hacia la curación como si permanece estacionaria, el enfermo no tendrá sino molestias subjetivas—escozor, lagrimeo discreto, picores, etcétera—, perfectamente compatibles con su vida normal. Tan es así, que muchos individuos declarados inútiles totales por los Tribunales Médicos no alcanzan a comprender que "aquello" que han tenido toda la vida, que tiene toda su familia, que tanta gente padece en su pueblo y que a ninguno le impide dedicarse a su trabajo y a sus placeres, pueda ser la causa de la exclusión del servicio militar.

Pero al lado de estos casos de afección perfectamente tolerada y de evolución benigna, ¡qué terrible tragedia la del tracoma complicado! El "pañío" vascular, que cubre la córnea e impide la visión; el encorvamiento del párpado con la consiguiente desviación de las pestañas, que rozan el casquete corneal provocando úlceras, las cuales a su vez dejan la indeleble cicatriz de la "nube"; las soldaduras de párpados a globo; la rija, con su cortejo de inflamación aguda y, por fin, el terrible xerosis que deseca aquel ojo empequeñecido, inmovilizado, enturbiado, y que, sin tratamiento eficaz alguno, conduce al desgraciado enfermo a una ceguera llena de sufrimientos, son las estaciones del calvario que el tracomatoso recorre cuando su dolencia se muestra rebelde a la terapéutica... Sin duda que el porcentaje de estos casos es pequeño entre el total de enfermos; pero, de cualquier modo, siempre es mayor de lo que el médico quisiera.

Es evidente que los que padecen este tipo de tracoma son inútiles para el servicio militar y no aptos para el trabajo (ya dicen ellos, cuando vienen a la consulta, con el fatalismo y la resignación que los árabes dejaron en herencia a nuestra raza, y con gráfica frase, que su única solución es el cupón, refiriéndose a la venta del de las Asociaciones de Ciegos.) Pero los enfermos a que nos referíamos antes, con sus molestias mínimas, con su visión perfectamente conservada, con su aptitud para el trabajo reconocida por todos los médicos legistas, ¿por qué han de ser inútiles para el servicio de las armas, que constituye, no sólo un deber, sino un derecho y un orgullo? ¡Ah! Muy sencillo... Son individuos sanos (salvo su tracoma), fuertes, ágiles... *pero contagiosos.* Este es el escollo, al parecer insuperable, que se opone a su admisión en filas.

Mas no es éste el solo aspecto del problema. Volvamos ahora la medalla y veamos su reverso, poco agradable por referirse a flaquezas humanas, pero no por ello menos real e interesante.

No descubrimos ningún secreto al decir que junto al ciudadano consciente de sus derechos y deberes y ansioso de vestir con orgullo el uniforme y rendir su tributo a la patria, existe el egoísta, el comodón, el cobarde..., toda la fauna que se puede englobar bajo el común denominador de malos españoles, y para los cuales el evadir el cuartel constituye toda una aspiración. Si ello ocurre en tiempos de paz, no digamos en época de guerra, y que ello es cierto no necesita demostración, pero no puedo resistir al deseo de estampar aquí algunos hechos demostrati-

vos que he tenido ocasión de comprobar personalmente en mi práctica profesional, por ser de lo más curioso y aleccionador.

En Valencia funcionó durante la época de dominación roja una agencia de fabricación de inútiles (una de cuyas habilidades era, precisamente, la de simular tracomatosis), que aun "hacía negocio" un año después de la liberación, favorecida por la indudable relajación moral que dejó como secuela el dominio marxista en cuantos lugares existió... Y asimismo hemos tenido ocasión de asistir dos epidemias de tracoma, no simulado, sino autoinoculado, una de ellas, por cierto, en un hospicio y buscando los "inocentes" niños que voluntariamente se contagiaban ser dispensados de la asistencia a clase o al taller, siendo detalle curioso el que llegaron a pagarse a dos pesetas, por los que querían contagiarse, ¡las toallas de los enfermos!... Ciertamente que no tenemos por qué admirarnos ni avergonzarnos de tales sucesos, pues hay virtudes comunes a todos los pueblos, pero también lo son muchos humanos defectos, y es sabido de todos que en la Guerra Mundial del 14 al 18 hubo en el frente inglés una gravísima epidemia de conjuntivitis gonocócica autoinoculada... ¡De conjuntivitis gonocócica, que en aquella época conducía casi fatalmente a la ceguera!...

Y estos son los dos aspectos del problema social del tracoma en el Ejército. De una parte, el que quiere ejercitar su derecho de servir a la Patria, el que se encuentra a sí mismo en condiciones físicas de ser soldado, y no puede serlo por padecer un tracoma discreto y bien tolerado, pero contagioso. De otra, el que, por simulación o por contagio provocado, busca evadirse de cumplir sus deberes. Ambos casos deben remediarse, y ambos tienen remedio. Pero al lado de ellos hay un tercer aspecto del problema; éste de gran interés médico legal. El Cuadro de Inutilidades, que sin duda está hecho con un tímido intento de enfoque del problema, dice textualmente al hablar de la afección que nos ocupa, que es causa de exclusión total el "tracoma bien caracterizado y en evolución". Se quiere con ello, precisamente, no excluir del servicio a muchos de los enfermos que hemos citado, y de ninguna manera a aquéllos en que la enfermedad es dudosa... Pero decíamos que el intento de enfoque es tímido, y añadimos ahora que es erróneo, porque la causa de excluir del servicio a los tracomatosis es su contagiosidad, y los que acabamos de citar *son también contagiosos* y más peligrosamente que los de tracoma manifiesto, ya que a éstos se les aísla y excluye sin ningún género de duda. Tan es ello así, que estos enfermos son los que hacen decir con atinada frase a otro de nuestros oftalmólogos militares, el Teniente Coronel Pelayo, en una comunicación presentada al XX Congreso de Oftalmología, que "Lo mismo que la prostitución clandestina escapa a toda vigilancia y a todo control terapéutico, este tracoma, también clandestino, juega seguramente un papel no despreciable en la difusión de esta auténtica plaga; el tracoma grave fuerza al enfermo a buscar remedio a su mal; este otro camuflado pasa inadvertido, contagiando a la chita callando."

Pues bien: todo este problema, aparentemente complicado y difícil, tiene una solución sencillísima, que cubre perfectamente las diversas facetas que hemos

expuesto. Es, digámoslo ya, la creación de unidades de tracomatosis. Ya exponíamos al principio de este trabajo que se trata de una opinión personal ya antigua, corroborada por autorizados especialistas (fué el Dr. Renedo, Teniente Coronel Médico, maestro de nuestra Oftalmología castrense, y prestigio dentro y fuera de nuestras fronteras, el primero que nos confirmó en ella) y definitivamente establecida para nosotros cuando nos enteramos de que en países como Francia, Alemania, Rumania, Polonia, e incluso en la misma Rusia, existen ya hace tiempo tales unidades, con magníficos resultados en lo que respecta también a la lucha antitracomatosis del país respectivo. En Italia se ha encauzado el asunto en distinta forma, pues no se declara inútil al enfermo (que mientras tanto permanece en una unidad corriente) hasta no someterle a un tratamiento de varios meses. Ello nos parece menos acertado, ya que, durante ese tiempo, el recluta infectado es para sus compañeros un foco de contagio. En cambio, las unidades tracomatosis presentan una serie de ventajas, que podemos resumir brevemente en la siguiente enumeración:

1.º Permiten recuperar y utilizar el enorme contingente de excluidos totales, que de otro modo se pierden para el servicio. (En Sevilla, y durante un año, hubo que dar casi 2.000 exclusiones totales por tracoma.)

2.º Suprimen radicalmente a los simuladores y autoinoculados, ya que, enfermos o no, son incluidos en filas.

3.º Suprimen el peligro de contagio que llevan consigo los tracomatosis no descubiertos o no incluidos en el cuadro, y que alcanzan, no solamente a los restantes soldados, sino a la población civil del acantonamiento. Repetidas veces hemos asistido familiares de Oficiales, contagiados por el asistente.

4.º Llevan consigo la curación, o por lo menos la supresión de la contagiosidad, de un gran número de enfermos que, debidamente tratados durante el tiempo de su estancia en filas, habrían de volver a sus hogares, al llegar el licenciamiento, en muy otras condiciones sanitarias de las que tenían a su incorporación.

5.º Suponen una intensa y preciosa labor de divulgación en la lucha antitracomatosis, ya que la mayoría de sus componentes, que llegan al cuartel sin saber—o poco menos—lo que padecen, ni el peligro de su afección, serían licenciados conociendo perfectamente su enfermedad, el mecanismo de contagio y el curso posible de un tracoma no tratado. Es obvio añadir que de ello habrían de beneficiarse las familias y vecinos de los interesados.

También se ha propuesto en algunos países que los tracomatosis sean útiles para servicios auxiliares. Esto, dicho en abstracto, es un error, ya que, como hemos repetido varias veces a lo largo de nuestro trabajo, lo primordial en toda enfermedad contagiosa es aislar al enfermo de los sanos; y los servicios auxiliares se prestan en las diversas Armas y Cuerpos y en unidades cualesquiera. Otra cosa sería si existiendo las unidades de tracomatosis, al enfermo que no tenga aptitud física completa (luego aclararemos esto) se le destinase a servicios auxiliares, pero *dentro de las propias unidades tracomatosis* (escribientes,

practicantes, telefonistas, ordenanzas, etc., son puestos que pueden en muchas ocasiones ser desempeñados por individuos de este tipo).

Es posible que los no enterados del problema opongan a nuestra opinión un reparo que creerán de peso. ¿Hay en España contingente suficiente para nutrir unidades de esta clase? Desgraciadamente, muy de sobra. No tenemos estadísticas completas ni dignas de fe por lo que a tracoma se refiere, pues la de Márquez (y acabamos de citar a una de nuestras máximas figuras de la Oftalmología) es de un optimismo increíble. En efecto: este autor asigna a la provincia de Almería, que es la más terriblemente infectada de nuestra patria, una cifra de atacados muy inferior al 50 por 100 de su población, cuando la trágica realidad es que la cifra cierta excede al *noventa por ciento*. Toda la zona litoral de Levante y Sur está asimismo infectada en elevadas proporciones. Existen focos muy densos en Córdoba (donde—nos consta positivamente—hay pueblos en que es tracomatoso un 80 por 100 del vecindario), Granada, Jaén... Y, por desgracia, ninguna de nuestras provincias está indemne. En nuestro Protectorado son tracomatosos el 99 por 100 de los hebreos, el 80 a 90 por 100 de los moros y un elevado porcentaje de los españoles, sobre todo en las clases humildes... Dígase ahora si no hay reclutas de sobra para nutrir unidades especiales. Y no se nos tache de exagerados, con el apoyo de estadísticas oficiales. Estas no pueden responder a la realidad porque se basan únicamente en los enfermos que acuden a tratamiento a los Centros de Beneficencia del Estado, pero no figuran en ellas (salvo rarísimas excepciones) ni los que asisten a consultas privadas—y ello a pesar de ser el tracoma de declaración obligatoria—ni la gran masa de enfermos que no se tratan porque, como decíamos al principio, su enfermedad apenas molesta y les permite llevar una vida enteramente normal.

¿Sería tarea difícil la organización de estas unidades? Creemos sinceramente que no. Y para no alargar desmesuradamente este trabajo, enumeramos sucintamente los principales puntos en que, a nuestro juicio, pudiera basarse esta organización: Modificación del Cuadro de Inutilidades, que en lo referente a tracoma podría quedar redactado así: "Inútiles totales. Tracomatosos con lesiones definitivas que disminuyan su agudeza visual a menos de $\frac{1}{3}$ en el ojo mejor. Inútiles temporales: Tracomatosos con lesiones en evolución y susceptibles de mejoramiento, que al ser reconocidos presenten agudeza visual inferior a $\frac{1}{3}$ en el ojo mejor. Útiles para servicios auxiliares: Tracomatosos con lesiones que reduzcan su agudeza visual a límites comprendidos entre $\frac{1}{3}$ y $\frac{1}{2}$ en el ojo mejor. Los tracomatosos y los que presenten conjuntivitis sospechosas de tracoma, que no se encuentran incluidos en el Cuadro, así como los útiles para servicios auxiliares, que padezcan este tipo de afecciones, prestarán su servicio militar precisamente en las unidades especiales.

Las unidades de tracomatosos estarían acantonadas precisamente en las zonas geográficas más afectadas por la enfermedad. Almería, Levante, Marruecos, etc. Ello, sobre eliminar el peligro de diseminación entre la población civil, permitiría una colaboración convenientísima en la lucha antitracomatosa.

Los médicos de estas unidades seguirían un cursillo sobre tratamiento y profilaxis del tracoma. Estos cursillos podían organizarse periódicamente en los Servicios de Oftalmología de las Regiones Militares respectivas, estarían a cargo de los correspondientes oftalmólogos militares y no supondrían sino un gasto mínimo o nulo en desplazamientos y material. Una vez terminada la organización, podría exigirse para el personal médico que hubiese de ser destinado a tales unidades la previa aprobación del cursillo.

En las unidades ordinarias, al pasar las revistas sanitarias, se exploraría sistemáticamente la conjuntiva de todo soldado (en esta maniobra se tarda unos segundos solamente), con el fin de descubrir precozmente todos los casos sospechosos o recientes, los cuales y, si es preciso, previo informe del Servicio de Oftalmología de la Región, pasarían a las unidades especiales. Esto, al fin y al cabo, no es sino lo que se hace hoy día, con la diferencia de que los enfermos que se descubren son propuestos por inútiles.

En las tan repetidas unidades de tracomatosos se ilustraría al soldado sobre su enfermedad y se le trataría convenientemente para que, al ser licenciado, no sólo no fuese contagioso, sino que marchase a su vida civil, pudiendo a su vez ser un factor de la lucha antitracomatosa en su hogar. Hay países que van aún más allá y no licencian al enfermo, aunque haya transcurrido el tiempo de su servicio, mientras no deja de ser contagioso.

Y, por fin, respecto a los Mandos de tales unidades pueden nutrirse en la forma ordinaria, ya que para personas cultas, de vida higiénica, e impuestas en las correspondientes medidas profilácticas, el peligro de contagio puede considerarse nulo.

Esta es nuestra opinión sobre problema tan complejo en apariencia, y tan sencillo en realidad. Naturalmente, no tenemos la pretensión de que sea definitiva ni de que pueda adoptarse sin modificaciones. Nos guía, al exponerla, el deseo de que no se pierdan para nuestra Patria tantos hijos que pueden rendirla todo su esfuerzo, el afán de suprimir una de las trincheras refugio de simuladores e indeseables, y a la vez la esperanza de contribuir—si nuestra idea parece digna de ser tenida en cuenta—a la extinción de uno de los azotes epidémicos más extendidos y más trabajosamente combatidos en nuestra amada España. Si la idea es buena y merece ponerse en práctica, "Doctores tiene la Santa Madre Iglesia...", o lo que es lo mismo, autoridades en la materia tiene nuestra Sanidad Militar que la sabrán llevar a la realidad mucho mejor de lo que pudiera hacerlo el modesto autor de estas cuartillas.

POLVORAS DE FUSIL

PROBLEMAS TEORICOS Y PRACTICOS DE SU FABRICACION

EUGENIO IZQUIERDO AGUILAR
Teniente de Complemento de Artillería.
Licenciado en Ciencias Químicas.

DESDE la primera mitad del siglo XIX se conoce la influencia que la forma del grano tiene en la combustión de las pólvoras dentro del ánima; y posteriormente esta noción fué precisándose hasta el extremo de que todos los tratados de Balística Interior parten, para la obtención de sus fórmulas, de los llamados *Coeeficientes* de forma; es decir, de unos valores constantes para cada tipo de pólvora, que dependen exclusivamente de la forma del grano.

Una pequeña variación en la forma o en las dimensiones alteran profundamente, como es sabido, todas las características del disparo.

Esta influencia, muy importante en las piezas de artillería, lo es mucho más en el fusil.

Basta hacer la comparación entre una pieza de artillería de 35 cm. de calibre con el fusil de 7 mm. Entre ambas armas, la relación de los volúmenes de recámara es de 125.000 a 1. Esta superficial comparación nos basta para convencernos, *a priori*, de la precisión con que deben considerarse las dimensiones de una pólvora de fusil.

Fracasos ocurridos en la fabricación de esta clase de pólvoras, que habían sido atribuidos a otras causas, eran todos debidos a la falta de importancia que se daba a las dimensiones del grano.

Entre estas dimensiones—que son dos únicamente por ser la laminilla cuadrada—, la más valiosa es el espesor, que define no solamente la progresividad, sino el fin de la combustión.

El espesor es, pues, decisivo en lo que a la pólvora de fusil se refiere; y del logro de su óptimo valor, en el término de la práctica, depende el que se alcancen o no buenos resultados en la fabricación.

Se nos presentan dos problemas:

Uno teórico, que consiste en determinar exactamente cuál es el espesor óptimo, y

Otro práctico, cuyo objeto es lograr que todos los granos—o, al menos, la mayoría—tengan, después de terminados, esa precisa dimensión.

EL PROBLEMA TEORICO

Las fórmulas de la balística interior parten de una serie de hipótesis que sólo son abstracciones de lo que en la realidad ocurre.

El fenómeno de la combustión en vaso variable es tan complejo que escapa a todo cálculo racional: las reacciones químicas a tan elevadas temperaturas y presiones son realmente desconocidas, y los valores del tiempo en que se verifican—que se cuentan por diezmilésimas de segundo—hacen que una ligerísima modificación en las condiciones iniciales produzca grandes variaciones en el conjunto del fenómeno.

Para simplificar en lo posible estos cálculos, se sientan en la balística postulados más o menos gratuitos, como que la combustión es instantánea, que la pólvora se quema por capas paralelas, que el índice de expansión adiabática es igual a la unidad, que la velocidad de combustión crece con la potencia X de la presión, etc., etc.

Pero ¿es esto en realidad así?

Las modernas Balísticas alemanas y norteamericanas preconizan, ante todo, la experimentación, relegando las tan discutidas fórmulas a una previa labor orientadora.

Así, paradójicamente, hay que empezar por resolver el problema práctico para llegar a la cifra teórica.

EL PROBLEMA PRACTICO

Este problema lo podemos dividir en dos:

- 1.º Lograr la constancia en el espesor del grano.
- 2.º Obtener un espesor de grano apropiado, con los métodos de fabricación en uso.

1.º Lograr la constancia en el espesor del grano.

Si medimos el espesor de un gran número de granos con un tornillo micrométrico, veremos que no todos tienen el mismo espesor, sino que los espesores se reparten según la conocida

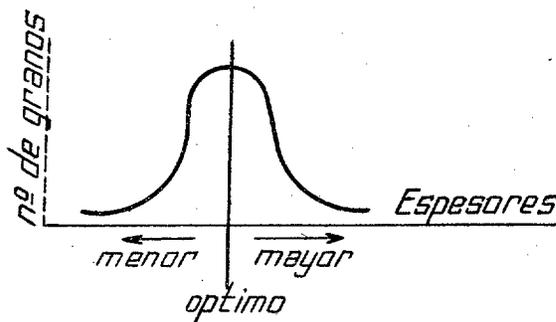


Figura 1.

curva de probabilidad de Gauss, que tiene la forma de la figura 1.

Para un mismo número de granos medidos, cuanto más elevada sea la curva, mejor habrá sido la fabricación.

Distintas son las dificultades que se presentan en la práctica para lograr un buen resultado, y como hay dos procedimientos principales de fabricación, trataremos éstos por separado.

Dificultades físicas en las prensas y en los laminadores.

a) *Dificultades en las prensas.* Las matrices para hilar las cintas, que luego cortadas dan lugar a las laminillas, no se prestan, por sus pequeños orificios—de aproximadamente 2.05 mm.—al uso de las llamadas pastas sin disolvente que se emplean en algunas pólvoras de cañón.

Al menos no se tiene noticia de que tal ocurra en España, ignorándose si en Alemania o en Estados Unidos habrán llegado a un *disolvente sólido* capaz de lograr ese resultado; pero teniendo en cuenta lo mucho que aumenta la resistencia de las materias viscosas al disminuir la sección de los orificios, parece muy difícil que dicho resultado haya sido obtenido en las pólvoras a que nos referimos.

Los disolventes corrientemente empleados en la fabricación de las pólvoras son conocidos (éter alcohol, acetona, etcétera), y puede añadirse que el emplear estos disolventes tiene su lado bueno y su lado malo.

El lado bueno es que la nitrocelulosa, al absorber el disolvente, aumenta de volumen y, por lo tanto, al salir de la hilera ha de tener más espesor, para que al perder luego el disolvente quede a la dimensión deseada.

Esto permite que las matrices sean de un ancho algo mayor, lo que facilita la salida de la masa.

En cambio—y este es el lado malo—, la evaporación del disolvente influye perniciosamente y desigualmente en el secado; y tanto más cuanto más flúida sea la masa. Así puede ocurrir que una misma masa y una misma matriz den espesores finales muy diferentes.

A este respecto conviene recordar algo sobre gelatinización.

GELATINIZACIÓN. Si se emplea como disolvente el éter alcohol, la nitrocelulosa no es homogénea por la siguiente razón.

En la nitración de la celulosa resultan muchos tipos de nitrocelulosas en distintos grados de nitrificación.

Se busca el llegar a dos tipos que luego se mezclan: uno de alto contenido en N. y otro de bajo contenido.

Estos dos tipos se mezclan en la proporción de tres partes del fuerte por una parte del débil.

Sabemos que una nitrocelulosa se puede hacer, a voluntad, soluble o insoluble en éter alcohol, variando las condiciones del proceso de nitración.

Sin embargo, en los procesos industriales corrientes y con las mezclas sulfonítricas comúnmente usadas,

	H ₂ SO ₄	HNO ₃	
Selwig.	61,5	20-21	Algodón colodión (soluble).
	72,5	21-22	Algodón pólvora (insoluble).
Thomson.	60-61	25	Algodón colodión.
	70	21,5	Algodón pólvora.

se obtienen: algodón pólvora de más de 13,0 de N., con 3-4 por 100 de soluble, y algodón colodión de 11,7-12 de N. y 95 por 100 de soluble.

La solubilidad es una característica, en cierto modo, inversa del grado de nitrificación.

El algodón colodión obra en la mezcla como aglutinante, haciendo el efecto de un verdadero disolvente. Es decir: que la mezcla éter alcohol disuelve las nitrocelulosas bajas, y esta pasta a su vez disuelve o empasta a las altas, difícilmente solubles en éter alcohol.

En esquema podría representarse un trozo de nitrocelulosa mal empastada como una serie de núcleos apenas gelatinizados, rodeados y ocluidos en una masa de verdadero coloide (figura 2).

Según esto, vemos que cualquier pérdida de disolvente puede hacer mayor el tamaño de los granos, después de secos, que el deseado, pues hace mayor el tamaño de los núcleos insolubles.

Entonces, al ser hilados, quedará un cierto número de estos granos con sus núcleos en contacto con la superficie (fi-

gura 3), y si esto no se remedia con ulteriores tratamientos, cada uno de ellos, tanto por su esponjosidad como por su mayor nitrificación, serán causa de que la pólvora, lejos de quemarse por capas paralelas, lo haga irregularmente y de un modo muy rápido, destrozándose los granos y produciéndose, inesperadamente, grandes presiones que quizá se atribuyan a otras causas.

La observación al microscopio de estos granos es difícil

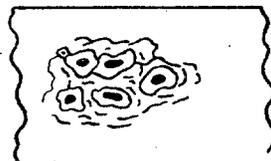


Figura 2.

pues por muy fino que sea el microtomo, los cortes, por su plasticidad, ocultan éstas estructuras. Solamente después de tratados los cortes con disolventes diluidos apropiados, y absorbida la parte soluble por medio de secantes, se puede en algunos casos observar la estructura indicada.

De lo dicho se deduce que una pasta con mucho disolvente, es decir, muy flúida, sufrirá mucha mayor contracción que



Figura 3.

otra pasta con menos disolvente; normalmente, la contracción es aproximadamente de 1/3, con ciertos límites de variación.

También influye mucho la mayor o menor rapidez de evaporación del disolvente una vez hilada la madeja, pues una evaporación rápida da una superficie rugosa y un grano flojo de poca densidad. Por ello, las cintas donde van las madejas

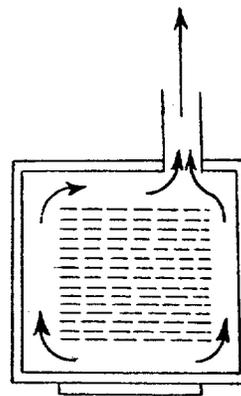


Figura 4.

están protegidas por cámaras de aspiración, y lo mismo ocurre en los armarios secadores.

Un corte horizontal de un armario secador, donde se cuelgan las madejas, nos indica que las cintas exteriores sufrirán una rápida evaporación; pero las que están en el interior—que son la mayoría—están protegidas por una atmósfera de disolvente que las libra de la evaporación rápida (figura 4).

Lo ideal sería una perfecta gelatinización y una evaporación muy lenta; pero esto resultaría prohibitivo por antieconómico.

Por eso se adoptan soluciones más o menos alejadas de la

realidad, y en esto cada fábrica, según sus posibilidades y medios, elige la que estima mejor.

Es mi objeto fijar las ideas sobre las dificultades que se presentan en esta fase de la fabricación para el logro de granos de igual espesor.

b) *Dificultades en los laminadores.* Sin hablar ahora del aspecto económico, y refiriéndonos tan sólo a la mayor o menor bondad de los productos fabricados, cabe decir que

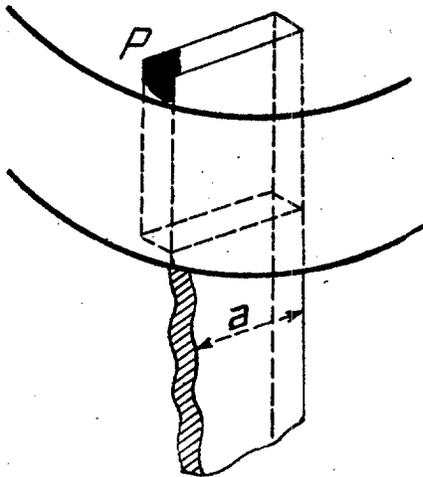


Figura 5.

los laminadores presentan ciertas ventajas sobre las prensas, sin que estén libres de inconvenientes.

Es una ventaja evidente del laminador el que las hojas reciban una presión graduable a voluntad en el sentido del menor espesor; esto es, en la condición más interesante. Es también claro que los cortes se efectúan, por decirlo así, individualmente, y pueden salir más limpios que los producidos por el corte de las madejas que elaboran las prensas. En cambio, los laminadores exigen una mayor perfección en el empaste porque la prensa, con su gran presión, ejerce una suplementaria homogeneización de la masa; y, por otra parte, el hilado de las cintas representa una especie de *control automático*, ya que trozos sin empastar o impurezas quedan retenidas en los filtros y aunque logran atravesar éstos quedarían retenidos en las matrices que, sin más, suprimen la salida de las cintas.

La rapidez de la evaporación, de tan perjudiciales efectos, parece también más difícil de evitar en los laminadores, a no ser que se trate de laminadores en serie bajo cámara.

Parece, pues, muy conveniente vigilar esta circunstancia y medir frecuentemente los espesores de las laminillas recién cortadas, y después de secas y terminadas, para que el acortamiento no sea inferior a $1/3$ y, a ser posible, que sea mayor.

Dificultades mecánicas. *Dificultades en las prensas.* El mayor estorbo para obtener buenas cintas en las prensas lo constituye la suciedad del algodón pólvora.

El número de partículas comprendidas entre 0,5 y 1 mm. que recoge la nitrocelulosa en las sucesivas operaciones que sufre, desde el cardado hasta el empaste, es asombroso. Cuando una de estas partículas se introduce en una matriz, o la atasca completamente—y este es el caso mejor, pues sólo se traduce en una pérdida de rendimiento de la prensa—o la atasca parcialmente.

Entonces sale una cinta deformada, falta de dimensiones, arrollada en espiral, etc., etc.

En la figura 5 se ve una cinta con menor dimensión a que la de la matriz.

En la figura 6 una cinta arrollada en espiral.

Como resulta prácticamente imposible separar estas cintas de las madejas, van a la máquina de cortar y producen granos deficientes.

El cribado posterior elimina muchos de estos granos, pero no todos, y el resultado es una pólvora con determinada cantidad de granos antibalísticos, que dan presiones y cortas velocidades.

En algunos casos, el número de cintas cortadas o defectuosas llegó a ser del 30 por 100, pues la nitrocelulosa no estaba libre de impurezas.

Para una primera limpieza de la nitrocelulosa se hace una levigación sencilla. El aparato es muy simple y consta de un cilindro A de aluminio o madera (figura 7), al cual llega la nitrocelulosa, debidamente diluída y agitada, saliendo por la boca B a las tintas o albercas.

En la parte inferior, un registro T permite retirar de vez en cuando las impurezas.

Entre estas impurezas se encuentra una cantidad insospechada de suciedad: trozos de algodón, de cáñamo, partículas de óxido de hierro, etc., etc.

La mayoría de estas partículas tienen tamaños comprendidos entre 0,2 y 0,8 mm, por lo cual son particularmente perjudiciales para las matrices, cuya mayor dimensión es de, aproximadamente, 0,5 mm.

Basta esta simple levigación para que una pasta, que difícilmente pasaba por matrices de 0,6 mm, pase con facilidad por matrices de 0,4 mm.

Dificultades en los laminadores. Los laminadores no tropiezan con este inconveniente; pero en cambio *no controlan* las impurezas, ni lo que es peor, los defectos de empaste. Es decir, que si por los laminadores puede pasar cualquier pasta sin que ello quiera decir que los defectos no se acusen tarde o temprano.

Mecánicamente, el laminador debe sacar una hoja de espesor exacto, pero un pequeño desgaste en un cojinete puede dar lugar a que la hoja sea más gruesa por un extremo que por el otro (figura 8 muy exagerada), pues no hay que



Figura 6.

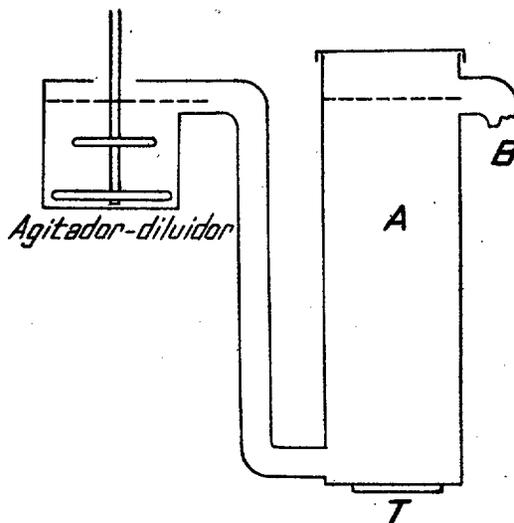


Figura 7.

olvidar que se trata de décimas de milímetro y en una sustancia plástica.

Si la masa (figura 9) trae defectos de empaste D , estos defectos pasarán a la hoja laminada en D' ; y aunque ésta salga con igual espesor, en el secado contraerá más la parte B , quedando con menor espesor que la D' .

En la figura 10 se ve cómo una impureza dura M es cogida

por los cilindros, siendo en parte aplastada; pero al salir *tira* de la pasta, quedando los surcos *S*.

Parece, pues, imprescindible el empleo de una nitrocelulosa bien empastada y exenta de impurezas.

CORTES. Otra de las causas de imperfección es el cortado. Este ha de efectuarse en tales condiciones—cuando se

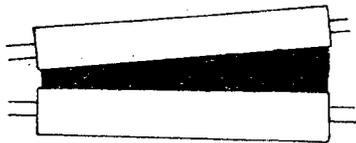


Figura 8.

trabaja en prensas—que las madejas no se queden demasiado secas—en cuyo caso se pueden resquebrajar los granos o astillarse (figura 11); ni muy frescas, pues en tal caso se deforman sus bordes o se curva el grano (figura 12).

Esta condición también tiene influencia cuando se trabaja en los laminadores.

Llama la atención lo exactamente planas que son las superficies de las laminillas de la pólvora de procedencia alemana, hasta el punto de hacer pensar si el corte estará hecho después del lavado, lo que representaría una gran novedad en el detalle de fabricación.

2.º Obtener un espesor de grano apropiado con los medios de fabricación en uso.

El espesor reglamentario en esta clase de pólvoras es de 0,35 mm., el cual se logra difícilmente sin purificar el fulmicotón, ya que las matrices de 0,6 mm., que son las que dejan pasar la masa sin purificar, con su contracción normal de 1/3, dan granos de 0,4 a 0,42 mm.

Generalmente, los problemas espinosos de la industria son los problemas de encaje o sintonía. Es decir, aquellos donde

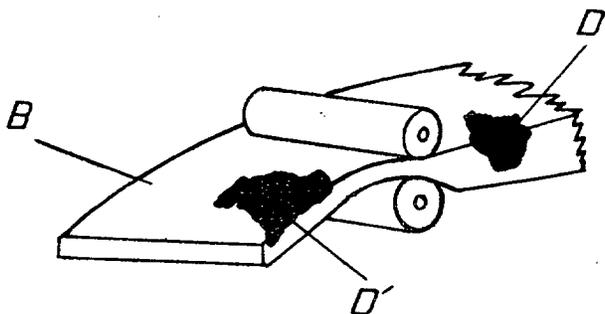


Figura 9.

la desviación en un sentido es mala y la desviación en sentido contrario también es mala; teniendo que mantenerse la fabricación entre límites o extremos igualmente peligrosos.

Tal es, por ejemplo, el caso de la velocidad de evaporación del disolvente: ejemplo que se puede multiplicar a voluntad.

En el caso del espesor, no es un problema de este tipo, sino que se trata de alcanzar una meta.

Hay el riesgo de fabricar granos demasiado gruesos, pero no lo hay, o por lo menos no parece haberlo, de producirlos demasiado finos.

Claro es que granos de muy pequeño espesor serían balísticamente inaceptables. La fabricación normal no sólo no produce estos granos excesivamente finos, sino que, aun a voluntad, es difícil llegar a la dimensión requerida; en cam-

bio, granos gruesos, la peor fabricación puede sacarlos y de sobra.

La multiplicación, en los Ejércitos modernos, de las armas automáticas y las grandes velocidades iniciales, trayectorias rasantes y altas perforaciones que se exigen, ha conducido a la necesidad de pólvoras cada vez mejores, en las que se trata de obtener, a la vez, mucha energía y gran progresividad.

Se comprende, pues, que haya que estudiar la progresividad a fondo, y para ello deben examinarse separadamente los dos factores que en ello intervienen, a saber: el grano y los tratamientos de progresividad.

Sería equivocado, desde luego, confiar a estos últimos solamente la bondad de los resultados; por el contrario, el camino a seguir parece ser:

a) Obtener un grano que, en sí mismo, tenga ya la máxima progresividad natural.

b) Llevar esta progresividad al límite posible por medio de tratamientos posteriores.

Los cálculos teóricos demuestran que las dimensiones de las laminillas, en sentido del ancho, no ejercen demasiada in-

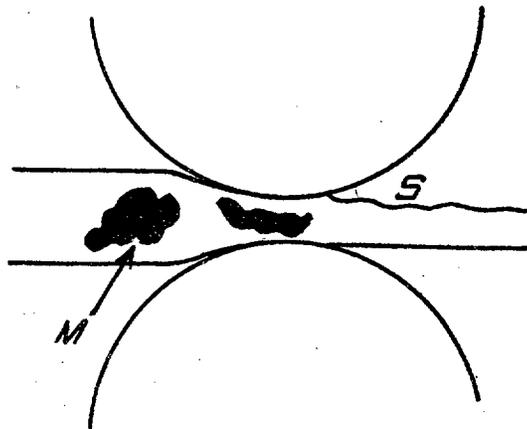


Figura 10.

fluencia, pero que es muy grande la del espesor, en la cual deben extremarse todos los cuidados, tratando de llegar a la cifra deseada.

Esta cifra, según los cálculos, es de 0,29 a 0,30 mm., y obtener este espesor, dentro de tolerancias, en todos los granos, no es tarea fácil; es como ya se ha dicho, una meta.

Para terminar haré la observación de que esta cifra no es ningún amuleto ni un número cabalístico que se deba considerar como inmutable, sino que depende de muchas circunstancias, entre ellas la calidad y fuerza explosiva del fulmicotón.

Cada fábrica debe, en una serie de experiencias, encontrar

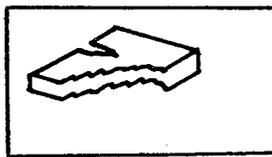


Figura 11.

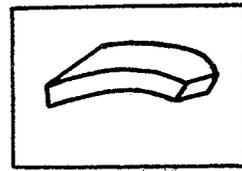


Figura 12.

el espesor que mejores velocidades y presiones produzca, dadas las características de su fulmicotón.

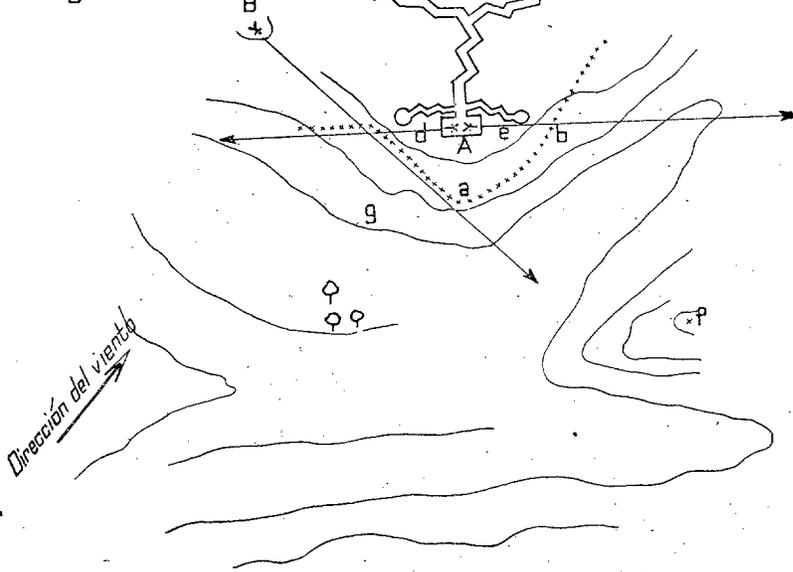
Como cifra inicial de espesor se debe aceptar, en principio, la que dan los cálculos teóricos.

En otra ocasión hablaremos de los tratamientos de progresividad y estabilización.

UNIDADES DE DESTRUCCION

RESOLUCION DE UN CASO CONCRETO DE PELOTON

Comandante de Infantería
CARLOS SUBIRAN M. PINILLOS,
 Profesor de la Escuela de Aplicación y Tiro de Infantería.



INTRODUCCION

Es sabido que la manera de actuar de las Unidades de destrucción difiere, de un caso a otro, en términos que es necesario que aquél que las ha de manejar en el campo táctico sea hombre de bastante imaginación, para saber adaptar los diferentes y varios componentes que constituyen estas unidades al caso de que se trate.

Esta agilidad de pensamiento, necesaria a todo mando, es de importancia extrema en el subalterno de que tratamos, ya que lo reducido de su campo de acción y sus limitadísimas posibilidades hacen que los errores iniciales, en principio, no sean factibles de corregir en plena acción, y ello le obliga, por lo tanto, a no dejar nada (dentro de lo humanamente posible) al azar, para que la actuación de las citadas unidades sea verdaderamente eficaz.

Todo trae como consecuencia que sea una necesidad imperiosa el adquirir por los citados mandos la mencionada agilidad de pensamiento, que, como de todos es conocido, si no se posee por intuición, se adquiere: por práctica, basada en la resolución de numerosos casos concretos; sobre el plano (cajón de arena, a ser posible, en este caso), y sobre el terreno.

Contribuir a esto último es lo que me decide a presentar en estas páginas uno de los muchos casos que pueden resolverse.

De entre las maneras o formas de actuar en que puede hacerlo el pelotón, daremos a conocer una que, a mi juicio, es básica y característica por el empleo que, considero lógico, se hace en ella de todos los componentes (elementos y medios), y de la cual pueden derivarse casi todas las demás. Esta es la que vamos a exponer a continuación.

La misión del Pelotón consistirá en el ataque de una obra fortificada con uno o dos elementos activos; las misiones de las escuadras, dentro del conjunto, serán las siguientes:

—Escuadra de "protección": Apoyar y proteger el avance y ataque al objetivo de la escuadra de "destrucción", bien con sus fuegos, bien con sus humos, según convenga en cada momento.

—Escuadra de "brechas": Facilitar el acceso a la obra de la escuadra de "destrucción" y también a las de protección, cuando a éstas les sea necesario para cumplir su cometido.

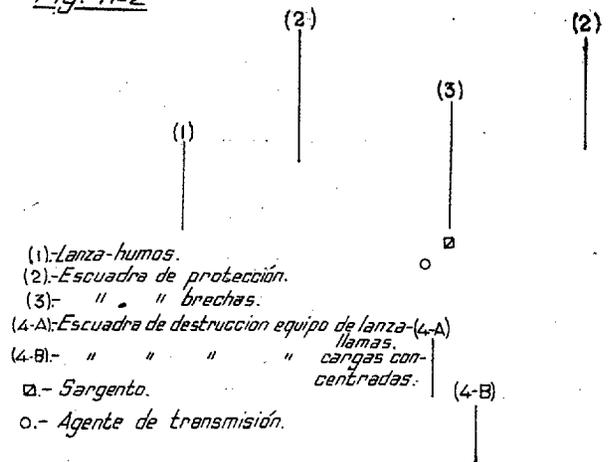
—Escuadra de "destrucción": Equipo lanzallamas": neutralizar los elementos activos sucesivamente para favorecer y permitir al equipo de "cargas" la colocación de éstas en troneras, puertas, respiraderos, etc., de la fortificación objeto del ataque; equipo de "cargas": aplicar las mismas a los lugares ordenados, proceder al encendido de las mismas y, posteriormente, dar el ataque de la obra.

Vistas las misiones de cada escuadra, fácil nos será, con el caso concreto que vamos a desarrollar, hacer ver la actuación que coordinadamente ha de efectuar cada una de ellas, para que su conjunto responda al logro más fácil y exacto de la misión encomendada por el Mando.

CASO CONCRETO

Supongamos que el Pelotón X, de una Sección

Fig.-nº2



regimental, tiene por misión expugnar la obra A de un sistema defensivo enemigo.

La información acusa que la citada obra es de cemento, de un espesor de 1 metro; su capacidad es la necesaria para alojar en ella dos ametralladoras con el personal correspondiente; sus troneras están trazadas de forma que las armas que encierra actúen de flanco; carece de abertura por el lado del frente, teniendo por el de gola una entrada, la cual cierra una puerta blindada; a ambos costados existen unas pequedas trincheras, para ser ocupadas para la defensa de la misma; en B hay una ametralladora que cruza fuegos con una de A, y en C existe un Pelotón como defensa móvil. Las troneras pueden cerrarse con ventanas también blindadas.

El ataque se va a hacer por sorpresa, y la base de partida, que deberá ser ocupada antes de amanecer, se encuentra a poco más de 100 metros de A.

El Sargento, en posesión de todos estos datos, y previa una observación del terreno intermedio, hecha desde el campo propio, se da cuenta de lo siguiente:

- que es preciso hacer el avance rápidamente;
- que es necesario ocultarse de B;
- que el lugar más favorable para abrir brechas es entre a y b;
- que es imprescindible cortar la comunicación A con el resto de la fortificación;
- que esto último lo realizará mejor atacando en la dirección b-c, en c;
- que hay que neutralizar B;
- que necesita poner dos cargas en d y e, respectivamente;
- que le conviene llevar los lanzahumos al costado izquierdo.

Por lo tanto, decide:

Para el avance: adoptar el dispositivo en la figura número 2.

A las escuadras, darles las misiones siguientes, respectivamente:

A la escuadra de "protección" número 1 (derecha):

Avanzar en dirección a f y tomar posición allí, para desde ese punto estar en disposición de hacer fuego sobre el ramal entre A y C; proteger la colocación de una carga alargada en b; posteriormente, una vez hecha explosión la citada carga, marchar rápidamente a establecerse en c, al objeto de impedir el acceso a la obra A por la zanja C-A.

A la escuadra de "protección" número 2 (izquierda):

Marchar rápidamente a g, estableciéndose en posición para batir B, neutralizándola, y una vez atacada A por la escuadra de "destrucción", pasando por la brecha en a, reforzar el ataque a la citada obra; posteriormente establecerse en el ramal de la izquierda para contribuir a la defensa de lo conquistado con el resto del Pelotón, hasta que sean rebasados por las unidades normales de Infantería.

Escuadra de "brechas de alambradas":

Avanzar rápidamente en dirección a a, y protegida desde f y g, abrir dos brechas en a y b, respectivamente, de 4 metros de profundidad; las dos explosiones serán simultáneas; completar con las tijeras cortaalambradas la obra de los explosivos y permanecer en las brechas abiertas para indicar el camino a las unidades que siguen de Infantería; para la colocación de las cargas se protegerán con humos.

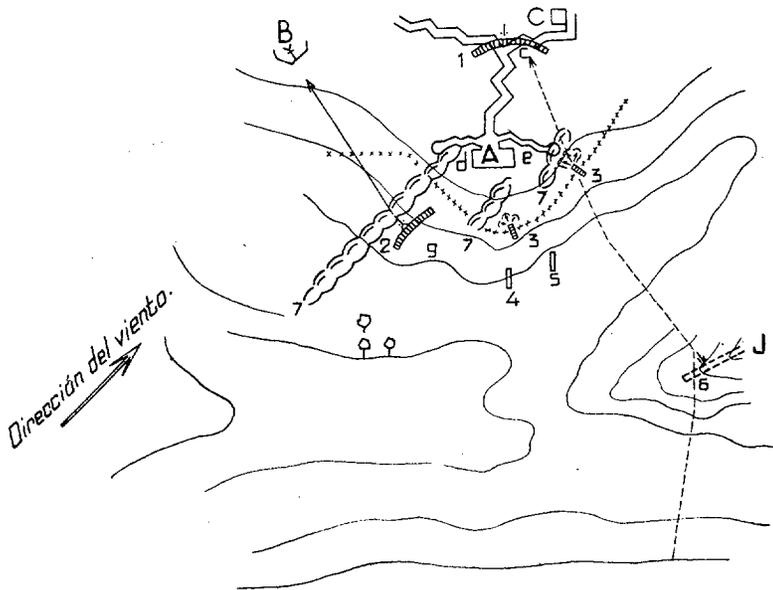
Los individuos "lanzahumos" compondrán una sola escuadra, al mando de *Fulano de Tal*, y, marchando al costado izquierdo del dispositivo, formarán una nube de ocultación desde la base de partida hasta la colocación inclusive de las cargas por la escuadra de destrucción; posteriormente se incorporarán a sus escuadras respectivas en ramal izquierdo y en c.

Escuadra de destrucción:

Marchará detrás de la de "brechas" y, aprovechando el humo de las explosiones originado por las cargas alargadas, pasará rápidamente por el pasillo abierto en a; neutralizará sucesivamente d y e y, aprovechando esta neutralización, colocará una carga en d y otra en e; posteriormente, una vez estalladas las cargas, atacará el interior de la obra con bombas de mano y botes de humo.

Todo el Pelotón defenderá la obra A y el ramal C-A hasta la llegada de otras fuerzas de Infantería.

*Dispositivo del pelotón X. antes del ataque
Final a la obra A.*



- 1.- Escuadras de protección n.º 1
- 2.- " " " " n.º 2
- 3.- Brechas abiertas por las cargas alargadas
- 4.- Escuadra destrucción-equipos lanzallamas
- 5.- " " " " cargas concentradas
- 6.- Posición intermedia de la escuadra n.º 1
- 7.- Nubes de ocultación

**BIBLIOTECA MILITAR
PARA EL OFICIAL**

MANDADA PUBLICAR POR O.
DE 25 DE ENERO DE 1944

(D. O. núm. 21.)



OBRAS PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

PRIMERA SECCIÓN.—Tratados extensos de Técnica Militar.

LA DIVISION. EMPLEO TACTICO.—Coronel Torrente; 7 ptas. (208 págs.)
EL CUERPO DE EJERCITO. EMPLEO TACTICO.—Teniente Coronel González de Mendoza; 8 pesetas (246 páginas).

SEGUNDA SECCIÓN.—Tratados prácticos de campaña.

MANDO Y ESTADO MAYOR.—Teniente Coronel López Muñoz; 6 pesetas (196 páginas).
ARTILLERÍA: EL TIRO Y SU PREPARACION.—Comandante Carmona; 8 pesetas (260 páginas).
FORTIFICACION DE CAMPAÑA.—Comandante Villar; 8 pesetas (240 páginas).
INFANTERÍA: NORMAS PARA EL COMBATE DE PELOTON, SECCION, COMPAÑIA Y BATALLON.—Coronel Barrueco; 6 pesetas (140 págs.)
INFANTERÍA: COMBATE DEL REGIMIENTO.—Coronel Torrente; 6 pesetas (112 páginas).
ARTILLERÍA DE COSTA.—Comandante Martínez Lorenzo; 8 pesetas (244 páginas).
DEFENSA QUIMICA DE LAS UNIDADES.—Teniente Coronel Castresana; 6 pesetas (144 páginas).
INTENDENCIA: SERVICIO DE CAMPAÑA.—Teniente Coronel Fucinos; 6 pesetas (128 páginas). (Agotada.)
FARMACIA: SERVICIO DE CAMPAÑA.—Comandante Peña. (Agotada.)
EMPLEO DE LA ARTILLERÍA.—General Martínez de Campos; 8 pesetas (252 páginas).
PASO DE RIOS Y RESTABLECIMIENTO DE CAMINOS.—Comandante Ruiz López; 8 pesetas (264 páginas).
EL SERVICIO DE INFORMACION EN CAMPAÑA.—Comandante Mateo Marcos; 6 pesetas. (140 páginas).
DEFENSA PASIVA.—Comandante Crespo; 9 pesetas (300 páginas).

TRANSMISIONES.—Comandante Guiloche; 6 pesetas (176 páginas).
OBSTRUCCIONES: DESTRUCCIONES Y OBSTACULOS.—Comandante Gorozarri; 7 pesetas (178 páginas).
DEFENSA ANTIAEREA: TIRO Y EMPLEO DE LAS ARMAS.—Capitán Lorenzo García; 8 pesetas (260 páginas).
SERVICIO DE SANIDAD.—Teniente Coronel Sancho; 7 pesetas (208 págs.)
CARROS Y ANTICARROS.—Teniente Coronel Mantilla; 8 pesetas (208 páginas).

TERCERA SECCIÓN.—Moral, Historia, Biografía, etc.

REFLEXIONES MORALES. CHARLAS PARA EL SOLDADO.—Capitán Otto y Torra; 6 pesetas (228 páginas).
CONTABILIDAD DE LOS CUERPOS.—Comandante Salto; 7 pesetas (216 páginas).
CON LA DIVISION AZUL EN RUSIA.—Coronel Esparza; 11 pesetas (368 páginas).
SOCORRO DE URGENCIA EN ACCIDENTES Y HERIDAS (para todo Oficial y mando subalterno).—Capitán Domínguez Navarro; 7 pesetas (250 páginas).
ESTUDIOS MILITARES. Antología.—Almirante; 6 pesetas (308 páginas).
NOCIONES DE ARTE MILITAR. Selección.—Villamartín; 5 pesetas (228 páginas).

Obras editadas por cuenta de sus autores y distribuidas por esta Editorial.

TELEFONIA MILITAR.—Capitán Fernández Amigo; 12 pesetas (2.ª edición c. y a.).
TEMAS TACTICOS DE SECCION Y COMPAÑIA.—Mariscal Rommel.—Traducción del T. Coronel de E. M. don Juan Cerda; precio, 10 pesetas.
ARTE DEL BUEN MANDAR ESPAÑOL (Para Generales, Jefes y Oficiales).—General Bermúdez de Castro; 12 pesetas.

LOS LIBROS DE ESTA EDITORIAL SON LOS MAS BARATOS QUE SE PUBLICAN EN ESPAÑA

La Superioridad tiene autorizados a los señores Primeros Jefes de los Cuerpos para que proporcionen facilidades de adquisición a sus Oficiales, mediante los fondos de las Unidades.

Acaba de publicarse

**ARTE del
BUEN MANDAR
ESPAÑOL**

(Para Generales, Jefes y Oficiales)

por el General BERMÚDEZ de CASTRO

Precio: 12 pesetas

Para los suscriptores de **EJÉRCITO: 10 pesetas.**

Pedidos: Revista **EJÉRCITO**
Alcalá, 18.-Madrid.

NORMAS SOBRE COLABORACION

EJERCITO se forma con los trabajos de colaboración espontánea de los Oficiales.

Puede enviar sus trabajos toda la Oficialidad, sea cualquiera su empleo, escala y situación.

EJERCITO publica también trabajos de escritores civiles cuando el tema y su desarrollo interesa que sea difundido en el Ejército.

Invariablemente se remunera todo trabajo publicado con una cantidad no menor de 300 pesetas, que puede elevarse a 750 cuando su mérito lo justifique.

Se exceptúan de la norma anterior los trabajos que se utilizan fragmentariamente o se incluyen en la sección Información, Ideas y Reflexiones, cuya remuneración es de 125 pesetas.

Admitimos fotos, composiciones y dibujos en negro o en color que no vengán acompañando trabajos literarios y que sean de carácter adecuado a la Revista. Pagamos su publicación según convenio con el autor.

Es muy conveniente enviar con los artículos fotos a propósito y dibujos explicativos, ejecutados con la mayor limpieza y claridad; mas ello no es indispensable.

Los trabajos deben enviarse certificados; acusamos recibo siempre.

Solicitamos la colaboración de la Oficialidad para GUIÓN, Revista ilustrada de los mandos Subalternos del Ejército. Su tirada, 25.000 ejemplares, hace de esta Revista una tribuna resonante donde el Oficial puede darse la inmensa satisfacción de ampliar su labor diaria de instrucción y educación de los Suboficiales. Pagamos los trabajos destinados a GUIÓN con 200 a 500 pesetas.

Aparecida una nueva publicación titulada EJÉRCITO.—APÉNDICE PARA LA OFICIALIDAD DE COMPLEMENTO, admitimos colaboración para ella en iguales condiciones que para GUIÓN, siendo la remuneración mínima la de 250 pesetas, y la máxima hasta 600.

CONCURSO DE PREMIOS

El Excmo. Sr. Ministro del Ejército ha dispuesto se atribuyan cuatro premios de 1.500 pesetas cada uno a los cuatro mejores trabajos que hayan sido enviados o se envíen para su publicación en EJERCITO, en el período de tiempo comprendido entre 1.º de julio y 31 de diciembre del corriente año.

Los trabajos serán remitidos, como de costumbre, a la Dirección de la Revista, quien elevará la oportuna propuesta de premio al Excmo. Sr. General Jefe del E. M. C.

El tema de dichos trabajos será de libre elección y su extensión debe ser la corriente en los artículos de la Revista, no debiéndose pasar de 60 cuartillas de 15 renglones.

Acompáñense dibujos, esquemas, fotos, etc., aunque no es indispensable.

• INFORMACION •

é Ideas y Reflexiones

Simulación

(De la Revista *Kriegskunst in Wort und Bild*. — Traducción del Comandante de Intendencia *Mariano Arechederreta*.)

La simulación de tropas, armas, material, vehículos y fortificaciones de campaña es un factor imprescindible del enmascaramiento. Su objeto es equivocar al enemigo; debe, por tanto, atraer su atención, desviándola así de lo enmascarado, de tal modo que, por una parte, el buen enmascaramiento del elemento de guerra real y la apropiada instalación del figurado atraigan el fuego enemigo sobre éste, con lo cual ambos han conseguido su objeto. La importancia de una buena simulación se deduce de su objeto y del uso frecuentísimo que en la guerra moderna se puede hacer de ella.

Dependiendo el éxito de la simulación de su correcto uso y montaje, pasaremos a tratar de ellos:

En el montaje hay que cuidar de que lo simulado aparezca a la observación terrestre de igual tamaño, forma y color que lo que se pretende representar. Si se trata de equivocar a la observación aérea solamente, hay que dar a lo simulado la longitud y anchura naturales, pudiendo reducirse la altura a la mitad, sin que en este caso tenga una importancia decisiva el color.

Las armas, material, vehículos y fortificaciones de campaña se simulan con imitaciones y tinglados de pega. Para su preparación regirán los siguientes principios:

1.º Se usará el material de construcción más sencillo que se dé en las inmediaciones; como hierba, jara, paja, heno, ramaje, palos, listones, serrín, cartón, tejidos, nieve, etc.

2.º La fabricación será sencilla, omitiendo los detalles innecesarios.

Con estas sencillas normas debe ser posible al soldado hacer imitaciones utilizables. La repetición de ejercicios de entrenamiento en que cada uno haga armas, siluetas, etcétera, de pega, dará buenos resultados. Si ello se complementa con concursos de simulación, la afición e inventiva aumentarán considerablemente. Lo decisivo en estas construcciones de pega no es su perfección artística, sino la rapidez y sencillez en su terminación y su parecido con lo que se quiere representar. Damos a continuación algunas sugerencias para la fabricación de armas, material, etc., de pega.

Las tropas pueden simularse mediante cabezas, bustos o maniqués hechos rápidamente con tierra. Si la dureza de ésta impidiere su utilización, puede usarse el césped u otra vegetación análoga. Si se dispone de cartón, se cortan siluetas que por sí solas o por medio de palos se fijan al suelo o se cuelgan de éstos. Se pueden colgar también de alambres o cuerdas; esto tiene la ventaja de que con el viento pueden adquirir movimiento que, visto a distancia, puede parecer propio, con el consiguiente aumento en el engaño. La preparación de planchas de madera es más trabajosa; pero, como el cartón,

tienen la ventaja de ser fácilmente desarmables y transportables para su nuevo uso.

Los cañones y ametralladoras de pega se pueden fabricar de paja o tejido debidamente rellenos con heno, serrín, etc. Requieren más trabajo que los fabricados con cartón o madera; pero tienen la ventaja de que proyec-

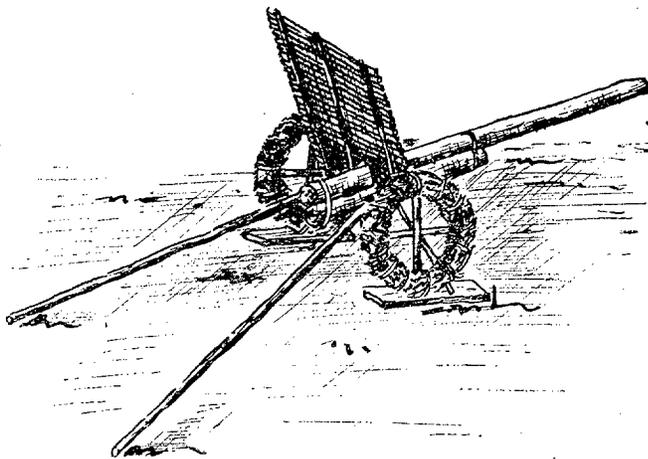


Figura 1.ª

tan una sombra más real, lo que contribuye a engañar mejor a la observación aérea enemiga.

En invierno, el material más sencillo y aprovechable es la nieve, con la cual se pueden improvisar rápidamente toda clase de figuras.

Para la simulación de ametralladoras y cañones de cualquier clase se pueden emplear la madera, ramas grandes y pequeñas: con ramaje y palos se pueden tejer coronas circulares que imiten las ruedas; con palos unidos se prepara el escudo; el cañón y afuste se hacen con troncos o palos del grueso conveniente. La figura 1.ª nos da una idea de la ligazón de estos elementos entre sí y con los patines sobre los que van las ruedas.

Figura 1.ª.—También pueden improvisarse las ruedas y el afuste de hierba cortada, debidamente moldeada, formando con tablas la parte superior de dichas ruedas y afuste. El cañón sería un tronco de grueso conveniente y el escudo se fabricaría de tablas o ramaje. El trazado de las zanjas de abrigo debe cavarse ligeramente, rellenándolo de ramaje oscuro.

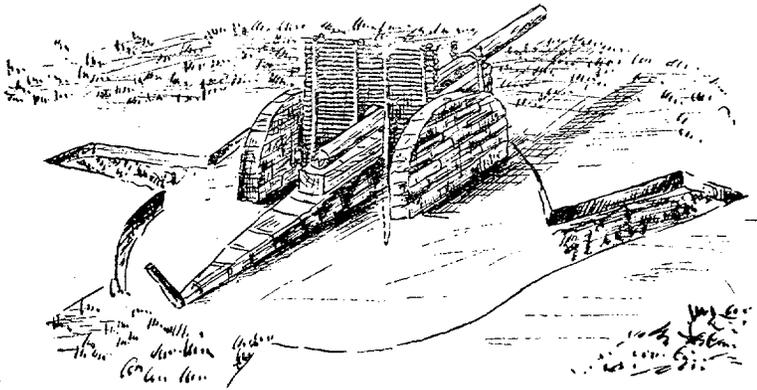


Figura 2.ª

Figura 2.ª—De creerse conveniente, se podría fraguar la hierba con barro y aun, de permitirlo el terreno, sustituir la hierba por tierra.

En invierno, la nieve facilita la instalación de simulaciones parecidas. Las ruedas y afuste se forman con nieve, que se tomará de las trincheras de pega. Después se coloca el tronco o poste del cañón y el escudo de palos; se completan el afuste y ruedas con remates de nieve endurecida.

Figura 3.ª—Para terminar se sombrea convenientemente los ángulos con tierra, ceniza o ramaje.

Los tanques de pega se pueden fabricar en tamaño natural, fijos o móviles. También puede bastar la instalación de la torreta y de la parte delantera y de la zaga.

Un tanque fijo puede fabricarse con tierra; tiene la ventaja de que, aparte del cañón, que deberá hacerse de madera, no se necesita otro material suplementario.

Figura 4.ª—El empleo de ramaje, palos y hierba aligerará considerablemente la fabricación.

Un tanque se puede simular también empleando lienzo y madera. Los tinglados así contruidos tienen la ventaja de que pueden ser fácilmente transportables y colocados en cualquier sitio que se desee.

Figura 5.ª—Para aumentar su movilidad se les puede dotar de patines o montarlos sobre un vehículo; un tanque verdadero puede llevar sobre sí una gran cantidad de estos tanques de pega, pudiendo así éstos ser usados en marcha y en combate para desorientar al enemigo.



Figura 4.ª

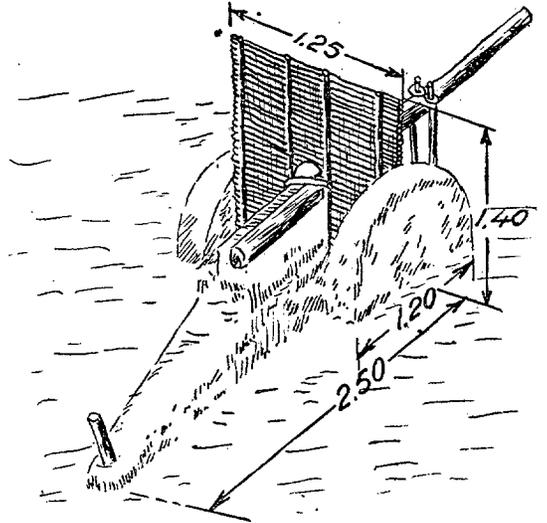
Figura 6.ª—En terrenos accidentados o boscosos puede bastar la construcción de la parte más característica del tanque: la torreta.

Figura 7.ª—Esta se construirá con tableros, tablas o corteza de árbol. Con arreglo a lo que más convenga se puede asentar sobre el terreno o sobre una plataforma rudimentaria.

En invierno, tanto el tanque completo como su torreta o cualquier otra parte de él pueden simularse fabricándolos rápidamente con nieve.

Figura 8.ª—Se empezará construyendo un molde de madera, que se rellena de nieve para hacer la parte anterior. Después, con el mismo molde, y rellenándolo también de nieve, se completa la parte posterior y la torreta.

Figura 9.ª—Para simular el cañón se fija en ésta un rollo de madera; se modela después la forma del tanque



con palas y se sombrea con tierra, ceniza o vegetación las partes oscuras.

Figura 3.ª

Figura 10.ª—Análogamente se simularán los carros, camiones, aljibes, etcétera (figs. 11 y 12).

Las fortificaciones de pega se montan de dimensiones normales y en una profundidad de 30 a 50 centímetros. Para que aparezcan de una profundidad normal se acentúan las aristas y se colora el suelo con hollín, ramaje o con pintura oscura. Se comienza por simular la trinchera cavándola ligeramente en todo su trazado. La simulación estará bien hecha cuando una persona tendida en tierra a 100 metros de distancia no puede distinguir dónde empieza dicha simulación. Para engañar a la observación terrestre enemiga es especialmente importante que el montón de tierra de la instalación de pega, que puede ser elevado poniendo ramaje debajo, no se diferencie del de una fortificación normal. Como lo que se persigue es que estas fortificaciones de pega se vean desde el aire, hay que tener en cuenta que desde el avión se percibe

muy acusadamente el sombreado de las trincheras, y que, por lo regular, cuando el color de la trinchera de pega sea el normal, no se la podrá distinguir de una real en una fotografía aérea.

Si se cuenta sólo con la observación aérea, puede bastar para la simulación de fortificaciones de campaña la roturación de su trazado por medio de arados, completando esto con la erección de espaldones.

Habiendo nieve, esta clase de simulaciones exigen solamente la excavación de aquélla hasta el suelo, lo cual proporcionará el colorido deseable. Si hubiese nieve alta, se deben excavar sólo de 30 a 50 centímetros y colorear de oscuro con tierra o ramaje el fondo de las excavaciones. Contra la observación aérea bastará corrientemente el afianzamiento del suelo de la excavación y que las dimensiones de ésta sean las corrientes.

Las trincheras de comunicación, fosos contra tanques, etc., deben hacerse trazando realzada su forma característica.

Las galerías y caminos cubiertos se simularán construyendo acusadamente los escalones de entrada en sus bocas, contribuyendo a su mayor realismo la creación de abrigos cercanos, que mejorarán notablemente el enmascaramiento. Los accesos a estos abrigos pueden simularse mediante el uso de cartones o papeles negros.

Las troneras y aspilleras se simulan mediante recortes o dibujos en papel negro o cartón, que se fijan convenientemente, o, mejor aún, con recortes de madera revestidos de papel negro, ya que estos últimos se fijan mejor en la obra simulada, son más duraderos y transportables y pueden usarse varias veces.

En la nieve se pueden simular obras subterráneas instalando aspilleras de observación, troneras y bocas de galería en amontonamiento de nieve, naturales o artificiales.

La instalación de obstáculos de pega contra la observa-

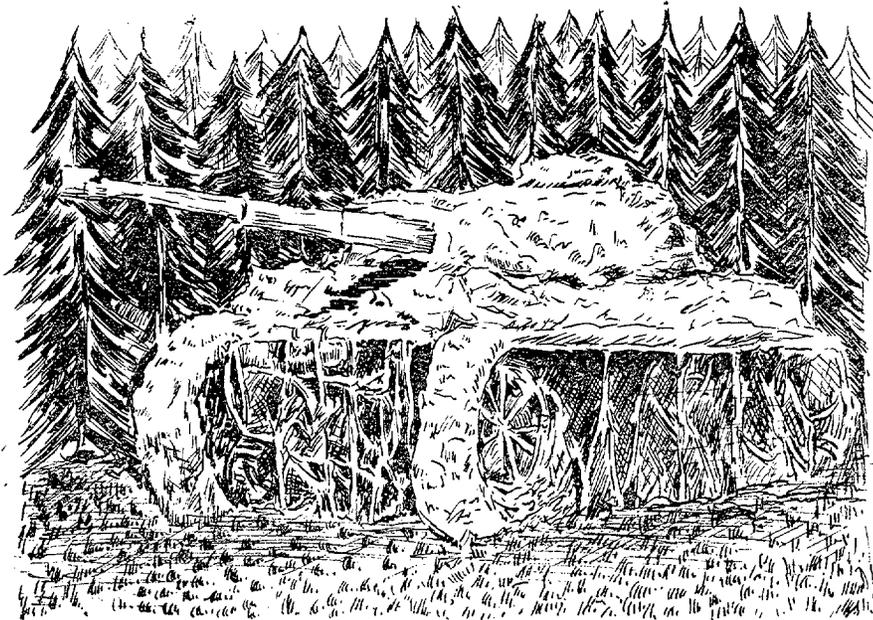


Figura 5.^a

ción aérea se consigue cortando la hierba en toda la anchura de la zona simulada y formando en ella pequeños montones. Si se trata de terreno labrado, se debe arar nuevamente en sentido perpendicular a los surcos antiguos toda la zona simulada. Cuando se trate de terreno llano y rocoso, deberá sombreadse con ramaje o pintura la forma de dicha zona.

Si se trata de engañar a la observación terrestre enemiga, deberán levantarse sobre el terreno las correspondientes formas del obstáculo simulado.

En suelo blando o recubierto de nieve se consigue la simulación elevando en él estacas, que se introducirán unos siete u ocho centímetros, alineadas en la forma usual para alambradas.

Para simular campos de minas se arrancarán hierbas o matas, que se volverán a poner descuidadamente en su posición natural. En las carreteras pueden simularse minas con trozo de madera y hojalata. El enemigo desconfiará también al avanzar sobre carreteras en que, de cuando en cuando, se desparramen montones de heno o maleza.

También causan su efecto zonas aisladas por medio de

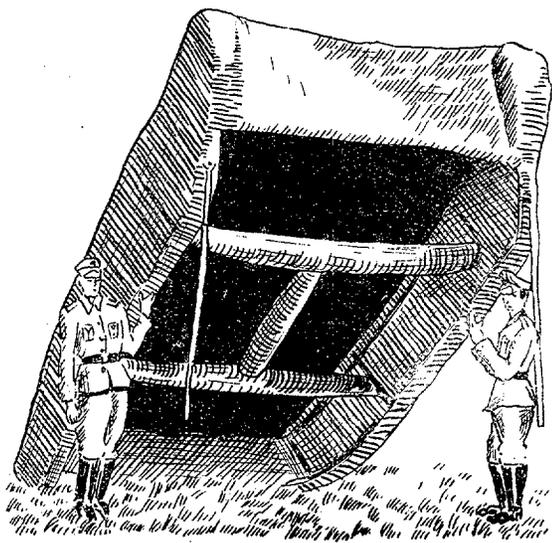


Figura 6.^a

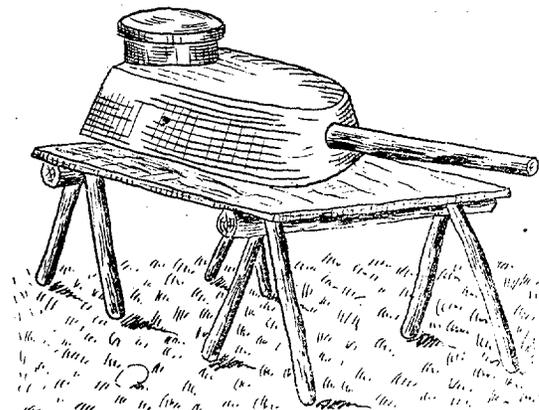


Figura 7.^a

alambre o en las que se pongan cuadros con calaveras pintadas, y también inspira desconfianza una zona mediante la simple instalación de avisos sobre peligros de minas.

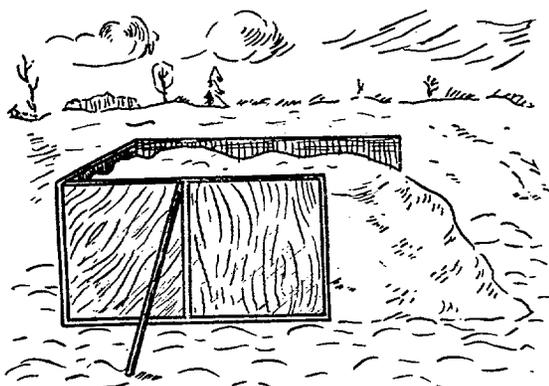


Figura 8.ª

La simulación de huellas, sendas, caminos y carreteras depende de la clase de suelo en que se proyecta. En los prados bastará cortar la hierba en un trazado de la conveniente anchura; la hierba cortada adquirirá la colocación conveniente, y también puede ser pisada, apisonada con carruajes o simplemente abatida suficientemente por cualquier procedimiento.

En terreno con poca o ninguna vegetación, el camino o carretera puede simularse rápidamente con una apisonadora. Frecuentemente bastará también con el paso de un arado. En terreno labrado se podrá simular con huellas de ruedas, cadenas de tanques, arados, etc.

Si el suelo es rocoso, se deben usar colores o medios naturales para aparentar clara la carretera y oscuras las zanjas laterales.

Si es arenoso, la simulación es relativamente sencilla, pues toda huella se hunde en el terreno.

Todavía más sencilla es la simulación de huellas en la nieve. Para simular caminos muy usados se deberá ensuciar la nieve con tierra, ceniza, ramaje, etc.; pues aquellos aparecen oscuros, en contraste con lo que ocurre a los caminos sobre terreno no nevado.

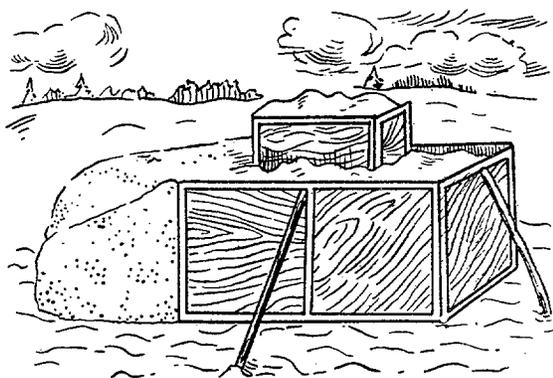


Figura 9.ª

Para equivocar al enemigo durante la noche, es muy eficaz el uso de luces falsas, pues un lugar deshabitado, iluminado y mal oscurecido atraerá la vigilancia enemiga,

en beneficio de un lugar habitado bien oscurecido, que no la atraerá tanto.

Se pueden simular columnas en marcha mediante linternas, que se pondrán en el campo o en caminos no usados. También será eficaz el hacer marchar en dirección distinta a la real algunos coches a media luz, que desviarán la atención enemiga de la columna, que marcha observando estrictamente las reglas del oscurecimiento.

Para completar el engaño, pueden en cualquier instalación de pega dispararse cohetes o cartuchos de señales.

La perfecta fabricación de simulaciones de cualquier clase no basta para engañar al enemigo. Antes que la fabricación en sí se plantea el problema del uso de estas instalaciones. Se requiere que desde un punto de vista táctico la instalación sea lógica y que, descubierta por el enemigo, no sea, sin embargo, reconocida. Estos requerimientos se consiguen por medio de las siguientes medidas:

1.ª Las simulaciones deben ser tácticamente adecuadas. Si se trata, por ejemplo, de simular tanques, los tanques de pega deben fabricarse en un terreno practicable para tanques y en una situación desde la cual la amenaza al enemigo sea posible.

2.ª El color de la simulación debe ser el que ofrecería lo simulado; pero cometiendo faltas tales que atraigan la atención del enemigo.

3.ª Las huellas que lógicamente conducirían al objeto real deben imitarse de tal modo que lleven la atención enemiga al objeto simulado.

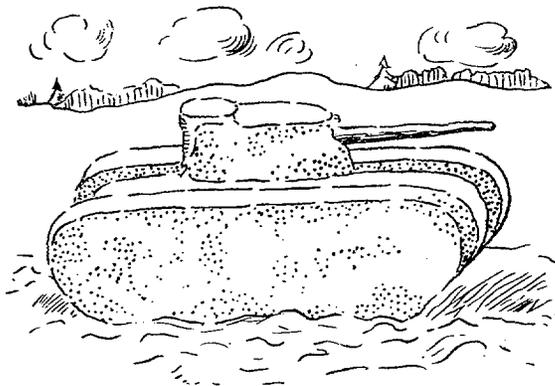


Figura 10.ª

4.ª El engaño duradero, sólo se conseguirá dando vida al objeto simulado, la ocupación pasajera, tiroteo, tráfico..., renovación del color, preservación de la acción enemiga (artillería, aviación, armas automáticas), etc., tienden a ese fin.

Vamos a aclarar más con unos ejemplos esas cuatro medidas.

Ejemplo a: El uso de tropas, armas, material y vehículos simulados casi limitado.

Los tiradores pueden simularse en puestos de vigilancia, árboles, exploración, paracaidistas, en marchas de aproximación, en ataque, en la defensiva. La simulación de armas, material y vehículos se usarán análogamente; pero sólo su *emplazamiento intencionado* los hará eficaces.

Los puestos simulados pueden, por ejemplo, reforzar una línea de tiradores cubriendo huecos, etc. Los exploradores pueden ser simulados de tal modo que desvíen la atención del enemigo de la exploración real; pueden también ser montados sobre esquis y soltados en una pendiente o puestos sobre flotadores mandados sobre la corriente de un río para provocar el tiroteo enemigo.

Los paracaidistas deben ser lanzados de tal modo que su aterrizaje desvíe la atención del enemigo de la dirección real del ataque.

Una fuerza en orden de combate, en ataque o a la defensiva, etc., debe situarse en un lugar donde el enemigo pueda lógicamente esperar encontrarla.

Ejemplos similares podrían aplicarse para las simulaciones de armas, material y vehículos.

El colorido de lo simulado debe ser el correspondiente al objeto real.

Las huellas deben simularse especialmente en las intermediaciones de los vehículos. Cada vehículo de pega

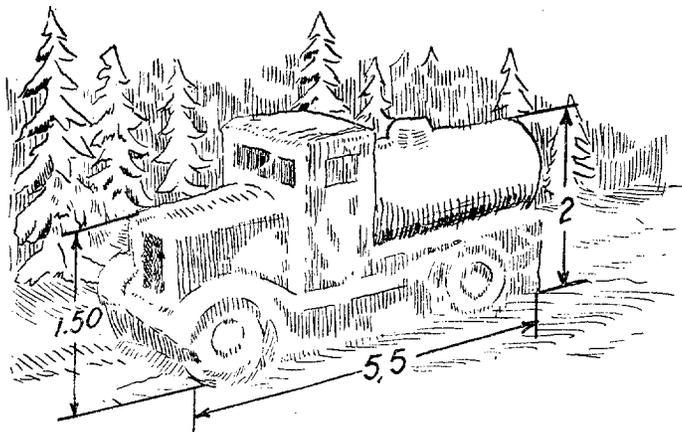


Figura 11.

aislado en el campo debe estar al final de su rodada correspondiente, y a veces pueden las huellas hacer innecesaria la simulación de vehículos; por ejemplo, las rodadas simuladas hasta los linderos de un bosque inducirán al enemigo a creer que hay vehículos en éste o también la existencia de pisadas convergiendo en un borde del bosque que puede inducir al enemigo a suponer una tropa dentro de éste.

Debe "darse vida" a las simulaciones cuando se instalen cerca del enemigo colocando tiradores en ellas que hagan disparos o dando movilidad a las instalaciones simuladas, produciendo ruido de vehículos aislados amplificados, dando escape libre por medio de ruidos de cadenas de tanques y de frenos, etc. Durante la noche se "dará vida" a las simulaciones disparando cohetes luminosos, encendiendo luces, fuegos de vivaque, oscureciendo deficientemente, haciendo marchar vehículos a media luz, etc.

Ejemplo b: Para simular durante la noche un vivaque, basta generalmente el encender un número conveniente de fuegos al aire libre. La instalación del vivaque simulado debe hacerse distanciándola lo conveniente al vivaque real para que el efecto del fuego enemigo sobre aquélla no perjudique a éste.

De día es especialmente importante la cuestión del humo de los fuegos. Cuando el vivaque no se simule en terreno boscoso, se deben simular también las tiendas de campaña y excavaciones, así como su enmascaramiento normal. La simulación de huellas no se debe olvidar. Manteniendo encendidos los fuegos, no se precisará ningún otro recurso para "dar vida" a la simulación.

Ejemplo c: Las fortificaciones simuladas deben instalarse de tal modo que un ataque enemigo a las mismas pueda ser contraatacado de flanco desde la principal fortificación real.

El enmascaramiento de la fortificación simulada debe ser parecido al de la fortificación real. Los accesos a aquélla deben simularse también. Se "dará vida" a estas fortificaciones simuladas poniendo en ellas maniqués de cabezas, bustos y ametralladoras y morteros "de pega".

También es esencial completar el engaño mediante el disparo, de cuando en cuando, de fusiles y cohetes luminosos.

Ejemplo d: Las simulaciones de emplazamientos artilleros deben colocarse lo suficientemente apartadas de los emplazamientos reales, para que éstos no sean perjudicados por el fuego enemigo dirigido a aquéllas.

Al instalar los cañones de pega deben enmascarse como si fuesen reales, y para atraer a ellos el fuego enemigo se cometerán faltas en el enmascaramiento, tales que sutilmente denotan su presencia; por ejemplo, las simulaciones se pueden montar de una misma altura y espaciadas regularmente, o el ramaje de enmascaramiento se puede repartir irregularmente, de tal modo que los cañones se dejen parcialmente visibles; esto puede conseguirse poniendo poco ramaje en el centro y demasiado a los lados. En tiempo de nieve puede el enmascaramiento hacerse tan débil, que la nieve, al atravesarlo, sombree el cañón simulado, denunciando su presencia.

La simulación de los accesos a los emplazamientos artilleros de pega es una parte importante de éstos y deben precisamente conducir a ellos, cometiéndose faltas tales que traicionen su existencia. Hay, pues, una estrecha relación entre el enmascaramiento de los accesos a los emplazamientos reales y los accesos al simulado. En casos especiales, como linderos de bosques, grupos de árboles, bastará la simulación de huellas al lindero o grupo de árboles, para que el enemigo suponga la existencia de una Batería en ellos, sin necesidad de cañones de pega.

Para "dar vida" a un emplazamiento artillero simulado, es preciso simular también la zona de rebufo; para ello se cortará, apisonará o quemará la vegetación de dicha zona, o, caso de que fuese un terreno calcáreo o nevado, se ennegrecerá por cualquiera de los medios ya citados. La simulación de la zona de rebufo podría bastar, sin más, para simular un emplazamiento artillero en el lindero de un bosque.

También se "dará vida" a un emplazamiento artillero simulado mediante detonaciones, movimiento de cañones, regreso de los vehículos de municionamiento pasando

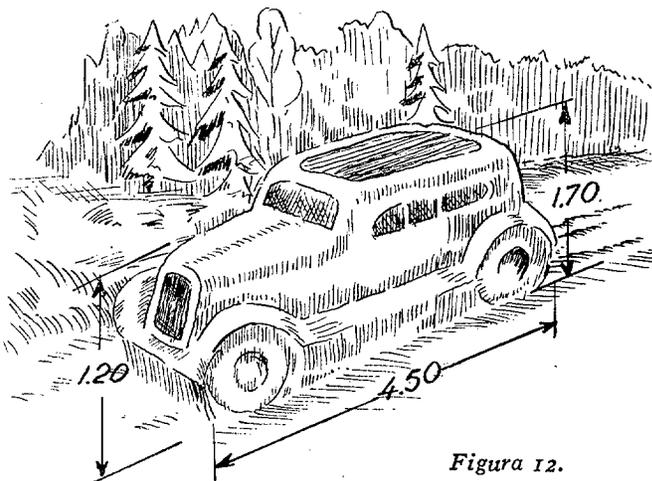


Figura 12.

por dicha obra simulada, reparto del rancho de los artilleros del emplazamiento real en el figurado.

El enmascaramiento del emplazamiento artillero simulado debe ser convenientemente renovado, como si se tratase del de un emplazamiento real, y deben tomarse las medidas normales en uno de esta clase para evitar los efectos del fuego enemigo.

Estos ejemplos deben bastar. Ellos prueban que con conocimientos técnicos, con un poco de reflexión y otro poco de fantasía, se pueden ahorrar muchas bajas.

El drama de Torres Vedras

Por LOUIS MADELIN

(De la *Revue des deux Mondes*. — Traducción del Comandante de E. M. Juan Priego López.)

I El infierno de España.

El tratado de Viena, que, firmado el 14 de octubre de 1809, sancionaba la derrota de Austria, había dejado al Emperador Napoleón sin enemigos declarados en el Continente. Rusia aliada, Prusia subyugada, Austria vencida, parecía que hasta Inglaterra misma se averdía pronto a un acuerdo. El bloqueo continental, establecido ya hacía dos años, comenzaba a dar sus primeros frutos. Ahogada bajo los montones de mercancías que se acumulaban en sus almacenes y depósitos, Inglaterra se exponía, de continuar la guerra, a precipitar la crisis económica, financiera y monetaria que ya se dejaba sentir.

La opinión vacilaba. Si no llegaba todavía al grado de desaliento que se apoderaría de ella al final de 1811 y al comienzo de 1812, daba ya grandes muestras de fatiga. En el Parlamento, la oposición se aprovechaba de ello para atacar al Ministerio. Este Ministerio no era ya más que un "apéndice" del de William Pitt. Sir Spencer Perceval, primer Lord de la Tesorería, en otro tiempo acólito del difunto gran Ministro, aportaba al poder el espíritu intransigente y los modales ásperos de su antiguo jefe, y esa brutal rigidez que le había de conducir al más trágico destino. Consecuente conservador y enemigo declarado de la Revolución, más que cualquier Soberano de Europa, el Marqués Ricardo Wellesley, que regentaba el *Foreign Office*, se mostraba menos intransigente, asediado a menudo por dudas crueles, que a su hermano menor, Arturo, el austero soldado de España, le costaba trabajo a veces disipar.

Era España precisamente la que constituía el tema principal de los debates de Westminster. Sin duda, se había celebrado como una gran victoria la jornada—en realidad, indecisa—del 28 de julio de 1809 en Talavera. Pero era necesario reconocer que, después de alcanzada esta "gran victoria", Wellington había abandonado el campo de batalla y, evacuando la propia España, se había ido de nuevo a refugiarse en Portugal: "Victoria a la inglesa", escribía amargamente un decepcionado enemigo de Napoleón. Y además, esta gloria incompleta ocasionaba un derroche espantoso: el soldado inglés ha costado siempre cuatro veces más caro que el francés; España constituía para el Tesoro—ya comprometido en tantos gastos sobre el Continente—un pozo sin fondo, jamás colmado: 25 millones de libras (625 millones de francos, que al cambio actual equivaldrían a seis millares de millones) se decía que venían a consumirse allí por año. La opinión se hallaba tan inquieta a este respecto, que la *City* se había dirigido al Parlamento pidiendo la evacuación de la Península, y fueron menester cartas muy enérgicas del nuevo Lord Wellington a su hermano para que éste no flaqueara ante las recriminaciones. La "masa", según expresión de un historiador inglés—comenzaba a "desesperar".

El fracaso final de la expedición a la isla de Walcheren—que hubo de abandonarse, después de haberse perdido en ella 15.000 hombres de la manera más desdichada—había motivado las más acerbas críticas de la oposición. Los jefes de minoría, Grenville y Grey, reclamaban la paz; la obstinación con que se había llevado adelante la guerra no había tenido otro resultado—según ellos—que el de impulsar desmesuradamente a Napoleón a conquistas que no podrían serle arrebatadas y a un aumento considerable de potencia; aliado con Rusia acababa de vencer en Austria a la única nación que podría

disputarle todavía la hegemonía, e Inglaterra, que había lanzado a los austriacos a la guerra, había perdido los 40 millones que les concediera de subsidios. Los últimos aliados con que se podía contar se iban poco a poco desligando; Lord Bentinck se veía obligado a reprimir en Sicilia, con mano dura, las veleidades de independencia de los Borbones de Nápoles, que se revolían contra una tutela ya odiosa, y también Suecia se desembarazaba del lunático Gustavo IV, enemigo declarado de Francia desde hacía diecinueve años, sustituyéndole por un soberano favorable a Napoleón, Carlos XIII. Inglaterra, medio arruinada, estorbada en su desenvolvimiento económico, expuesta a verse ahogada bajo el peso de sus mercancías, no cosechaba más que fracasos, salvo en España, en donde estériles victorias se pagaban a peso de oro.

Por otra parte, las medidas del Ministerio referentes a la vigilancia de los mares abocaban a un inevitable conflicto con los Estados Unidos. Convenía, pues, hacer la paz. Algunos de los ministros ingleses no eran verdaderamente opuestos a esta solución; pero todos se creían obligados a tomar una postura heroica; lo mismo que Wellington, hablaban del "honor de Inglaterra", y en Westminster hubo de serles concedido un nuevo crédito.

A pesar de ello, Napoleón no dudaba de hacer entrar en razón a su principal y más constante enemigo. Creyéndolo ya vacilante, pensaba apresurar los últimos golpes que habían de derribarlo, según él, a sus pies. Primeramente le amenazaría con anexionarse Holanda, y, en efecto, desde el mes de enero preparaba la anexión al Imperio del reino atribuido en otro tiempo a su hermano Luis. Si, cediendo a las súplicas de éste, accedía a aplazar tal acontecimiento, era con la condición de que el Gobierno holandés emprendiera en Londres conversaciones oficiales que condujeran al Gabinete británico a hacer la paz; en defecto de lo cual, se apoderaría de las costas holandesas—amenaza directa a Albión—. Pero el Marqués de Wellesley había respondido con gran altanería a los emisarios de Holanda que tal amenaza no podía conmover a su Gobierno: Holanda—decía—se encontraba tan subordinada ya a Francia bajo el reinado de un Bonaparte, que a Inglaterra le era por completo indiferente que su "fingida independencia" fuera por completo abolida.

Ante tal actitud, el Emperador se apresuró a anexionarse Holanda y reforzó aún más el bloqueo.

Napoleón tampoco había atribuido gran importancia a los tratos de Londres; desde un principio, no había considerado tal negociación, entablada de través por intermedio de Holanda, más que como un expediente muy mediocre. En diciembre de 1809 pensaba asestar a Inglaterra un golpe mucho más fuerte que la anexión de Holanda; puesto que Wellesley se había negado rotundamente a tratar, demostrándose así que el Gabinete británico no se hallaba dispuesto a un acuerdo, se había decidido a dar ese otro golpe: la sumisión, por la fuerza, de los españoles, y el aniquilamiento del Ejército británico de la Península. Ni siquiera había suspendido su proyecto, y al par que autorizaba a Luis a tratar con Londres, le había declarado que antes, sin duda, de que tal negociación tomara cuerpo, habría arrojado, en España, a los ingleses al mar.

* * *

Tal era ya su firme designio cuando en Viena, después de Wagram, negociaba la paz con Austria. Fácil es probarlo con la orden dada desde el mes de agosto de 1809 a las tropas que ocupaban Alemania de encontrarse pres-

tas a marchar a España. Por otra parte, al regresar a Francia en octubre de 1809, había formulado ante Cambacéres su intención de trasladarse en persona al otro lado del Pirineo. El 28 de noviembre había ordenado a Berthier tomar el título de Mayor General del Ejército de España. Y el 13 de diciembre declaraba: "Dentro de poco estaré en España."

Es evidente que si, aprovechándose de la anulación de sus enemigos continentales después de la paz de Viena, cuando Prusia y Austria se hallaban reducidas a la impotencia y el Zar se mantenía todavía favorable a la alianza, se hubiera puesto a la cabeza de los 100.000 soldados de Alemania y se hubiese reunido, al lado de allá de los Pirineos, con los 250.000 que allí se batían a las órdenes de sus mariscales, habría tal vez acabado con la resistencia española y seguramente con el Ejército de Wellington. Pero no partió en noviembre, ni en diciembre, ni en enero, ni en febrero, ni en marzo, ni en abril.

Era que, al volver a Francia en octubre de 1809 con la resolución de divorciarse y casarse de nuevo, había creído poder llevar adelante con facilidad el divorcio y el nuevo matrimonio; por entonces se hubiera atrevido a afirmar que antes de fines de diciembre una nueva Emperatriz se alojaría en las Tullerías. Las dificultades que encontró para informar a Josefina de su resolución, y también la inoportuna visita a París de los Príncipes alemanes, habían retrasado el divorcio hasta mediados de diciembre; la negociación con Rusia, aunque entablada antes de la propia consumación del divorcio, había retrasado después, al demorarse, hasta el 6 de febrero toda decisión referente al matrimonio; las formalidades necesarias al viaje de la Archiduquesa y los preparativos de todas clases habían ocupado todavía dos meses. Detenido en París por todos estos acontecimientos, que le preocupaban y aun le desazonaban, el Emperador no se había encontrado en disposición de espíritu y suficientemente libre de otras atenciones para alejarse de París y asestar el gran golpe que había meditado. Y durante este tiempo todo había ido en España a la buena de Dios.

Esta España era, en opinión de los soldados, el verdadero "infierno" de los Ejércitos franceses; un "infierno"—tan pronto de fuego como de hielo, según las estaciones—que se hallaba poblado de auténticos "demonios"; aquellos torturadores *guerrilleros*, temidos y odiados de nuestros soldados. Lo peor era que el propio Ejército francés, en contacto con sus crueles adversarios, perdía allí todas las virtudes de la raza y, en ambos sentidos de la palabra, se desmoralizaban hasta la locura, lo mismo los Jefes que los soldados.

Eran, por lo general, excelentes muchachos franceses los que, desde un principio, habían sido enviados a España bajo las órdenes de Murat; novicios casi todos ellos en el oficio de las armas, pero dotados de las cualidades de desenvoltura, agilidad y buen humor, propias de la raza; con esa disciplina consentida y esa tendencia a la generosidad natural, acompañada del deseo de agradar, que está en la masa de la sangre francesa.

Tales reclutas habían sido reforzados seis meses después, a fines de 1808, al llegar el Emperador con el Gran Ejército, por aquellos renombrados veteranos, de los que no es necesario ponderar las grandes "virtudes"—las mismas que acabamos de mencionar; pero ejercidas, depuradas, desarrolladas y sobreexcitadas por una gloriosa sucesión de fatigas, de pruebas y de hazañas—. Al partir para Viena, en 1809, Napoleón había dejado a sus lugartenientes todo aquel magnífico Ejército de España, formado así de los que él denominó, ante Roederer, "sus mejores soldados". Ciertamente, desde fines de 1808 ya no eran los alegres camaradas de 1807, amargados como se hallaban, más por la guerra atroz que les hacían los habitantes, que por las excesivas fatigas que bajo un clima variado, pero siempre excesivo, les eran ya habituales: lluvias torrenciales entre días tórridos y heladas entume-

cedoras, sucediendo a los calores agobiantes. Pero ¿qué era la crueldad del cielo al lado de la de los hombres? Únicamente los veteranos de Egipto habían experimentado la espantosa inquietud de sentirse acechados por un enemigo fanatizado y decidido a las más feroces represalias, a las más bárbaras ejecuciones. El español, de ascendencia mora, ha heredado de ella el gusto casi voluptuoso de la sangre, que no se satisface siempre por completo en las corridas de toros. Para colmo, la doble exaltación patriótica y religiosa convertía, a los ojos de aquella gentes enardecidas, en legítimos y casi meritorios los terribles excesos de crueldad, si se ejercían contra los franceses, "enemigos del Rey y de Dios".

* * *

Si se leen los cuarenta volúmenes en que se contienen las memorias, diarios de marcha y cartas de modestos soldados, juntamente con las de los grandes Jefes empeñados en aquel "infierno", asombra el no encontrar entre ellos casi ninguna diferencia, tanto en la forma como en el fondo. Todo lo que a primera vista parece exageración, debe de haber sido espantosa verdad, puesto que todos mencionan los mismos rasgos monstruosos—tanto los que se batieron en 1812 como los que se habían batido en 1808; los de Aragón como los de Andalucía; los de Cataluña como los de Castilla—. Frente a ellos no se alinean más que soldados muy mediocres, presuntuosos y temerarios, que son dispersados y perseguidos fácilmente; nada parecido a los rusos y austriacos de 1805 y 1806, sino pobres diablos armados de escopetas que, una vez efectuado su primer disparo, retroceden en desorden ante la amenaza de una carga o se desbandan al primer metrallazo; pero que se reagrupan un poco más lejos y, al cabo de una o dos semanas, reaparecen más exaltados que nunca; algo así como la "hidra de las cien cabezas"—de la que más adelante veremos ocuparse a uno de los Jefes—, a la que resulta inútil cortar una, diez o veinte cabezas, pues siempre resulta milagrosamente tener, a la postre, todavía otras ciento. Pero ¿qué es esta pesadilla comparada con la otra? La *guerrilla*, la emboscada, el ataque a traición a la revuelta de un camino o en un desfiladero, a la intermediación del grueso de las fuerzas, cerca de los Cuarteles Generales, a la salida misma de las ciudades sólidamente ocupadas; esos asaltos repentinos a las pequeñas columnas, ese salto de fiera sobre su presa—que una vez cogida la desgarrar y le arranca las entrañas—tan temido que al primer disparo de fusil detrás de un matorral hasta los más bravos palidecen, presintiendo el peligro siempre inminente y siempre mortal. En fin, una tercera pesadilla: el campesino que desde la puerta de su casa mira pasar a nuestros soldados, indiferente y mudo, evitando prudentemente el menor signo de hostilidad, pero que espera la noche para deslizarse en las casas donde las tropas se hallan acantonadas y degollar a los que puede; el huésped que invita al soldado a beber, le atrae a la bodega y le desangra; el natural del país que, si por desgracia un pobre infante o algún jinete desmontado se ha extraviado o retrasado, salta sobre él y le mata.

* * *

"Se nos ahorca sin compasión del árbol más próximo; nosotros hacemos lo mismo—escribe Fantin des Odoards—, y creo que tal conducta no cesará hasta que se acaben las cuerdas en el país." He ahí la consecuencia más grave de una situación de por sí horrible: los soldados franceses, naturalmente humanos, se hacían feroces. "Ojo por ojo, diente por diente", ha llegado a ser la divisa del Ejército; responder al terror por la muerte, y al asesinato, por la ejecución; únicamente se concede al enemigo el triste privilegio de las torturas; pero, a fuerza de fusilar y de colgar, el soldado se perversa. El sufrimiento

que verdaderamente se le aparece en todas sus formas hubiera bastado, sin duda, a endurecerle el corazón; pero el odio que se apodera de él contra todo aquel pueblo contribuye más que el sufrimiento a desmoralizarle. Thiebault, que pasa en España los últimos años del Imperio, no parece haber trazado un cuadro demasiado exagerado de este régimen de recíproca ferocidad y de la desolación que de él se derivaba: "Ninguna tienda se abría ya (en Burgos); no se celebraba ningún mercado; en fin, ni se administraba ni se juzgaba. La fuerza, la brutalidad, la violencia constituían el único derecho; en cuanto a recursos, ninguno se concedía contra los grandes delitos." Pero desde el más alto Jefe hasta el más simple soldado, cada uno se había acostumbrado a hacer justicia sumaria—lo que, de diez veces, nueve exponía a la injusticia y, en todo caso, depravaba el alma—. Indudablemente, las ejecuciones se habían llegado a hacer necesarias; pero si mediante ellas existía alguna probabilidad de intimidar a los torturadores o de castigar a un culpable, no resultaba menos horrible el acostumbrarse así a un régimen de sangre. Con la ferocidad—que se encuentra, desgraciadamente, hasta en el fondo de corazones que se habían creído mucho tiempo generosos—, todos los malos instintos se despiertan; un Ejército al cual se concede—bajo el pretexto de represalias—el derecho a matar, se desmoraliza pronto: la rabia, que a veces enajena a los mejores, ahoga todos los escrúpulos: se mata, se roba, se viola o se destruye; todo parece legítimo frente a un enemigo también atroz. Pero el alma del soldado se disuelve en medio de este libertinaje obligado, y después de los sentimientos humanos, las virtudes militares se debilitan fatalmente. El mejor Ejército del mundo se va haciendo así a las mismas costumbres de aquellos bandidos de quienes abomina.

Para colmo, este hermoso Ejército que Napoleón condujera a España y dejara después allí, se ha ido poco a poco adulterando merced al aflujo de nuevos contingentes poco recomendables; a los soldados franceses se van mezclando de más en más reclutas extranjeros: polacos, napolitanos, italianos del norte, suizos o alemanes, exigidos por Napoleón a los Estados aliados o vasallos, y, según hace notar Frederic Masson, "las quince naciones que han enviado soldados a España no han escogido para un destino tan lejano a sus súbditos más honrados y disciplinados". El propio Napoleón no tardará en reprochar a Murat el no haberle enviado de Nápoles a España más que "bandidos". Y entremezclados con nuestros hombres, estas malas cabezas son un fermento de indisciplina y de desorden. Muchos de ellos se pasan al enemigo, y" los refuerzos que Napoleón pide a Europa para sostener a José contribuyen al propio tiempo a alimentar la insurrección". El ejemplo es contagioso, y algunos franceses también desertan en un acceso de desesperación; si se los ha capturado y entregado al consejo de guerra, serán estos camaradas de ayer los que los soldados fieles se verán obligados a ejecutar.

Pero ¿qué pueden lograr estas ejemplaridades frente a una masa alozada? Entre los franceses, tales casos de deserción siguen siendo, sin embargo, relativamente raros; pero aunque no deserten, los soldados pervertidos obedecen de mal grado y se encuentran siempre en estado latente de insubmisión, porque tienen el corazón henchido de agravios. Y, desgraciadamente, parece que se tiene a gala el multiplicar tales agravios. El Ejército de España se halla mal alimentado, mal vestido y pagado de muy tarde en tarde; Napoleón no se encuentra allí para vigilar, como en Alemania o en Polonia, sobre la Intendencia, la cual, de una manera general, es una de las mayores plagas de sus Ejércitos. "En Valladolid—escribe una vez más Masson—, la ración se halla reducida a una tercera parte; en Santander, el Ejército no recibe las pagas; el Duque de Istria ha extraído por la fuerza los fondos que se encontraban en las cajas del Ejército: más de 600.000 francos." Cuando el soldado se ve obligado a ba-

tirse, se bate todavía bien; pero como aun las propias victorias resultan siempre estériles, aquél murmura y no tarda en protestar, acusando a los Jefes. Este es el mayor agravio, el principal motivo de desmoralización: la conducta de los Jefes, cuyas faltas no se ocultan, a la larga, a sus subordinados.

* * *

Napoleón ha dejado en España a sus principales lugartenientes: Soult, Suchet, Ney, Mortier, Gouvion Saint-Cyr, Augereau, Junot, Victor; a los que muy pronto vendrán a reemplazar Massena, Marmont y Macdonald, secundados por excelentes divisionarios, como Dessolles, Kellermann, Verdier, Dorsenne, Gardanne, Thiebault y otros muchos. Todos continúan siendo, por lo general, Jefes valerosos y brillantes; algunos de ellos darán todavía ejemplos admirables de virtud militar, como Suchet, Mortier y Gouvion Saint-Cyr; pero la mayoría terminarán también por pervertirse. En 1812, Napoleón dirá a Caulaincourt: "Los Mariscales, los Generales, dejados a su propia iniciativa en España, podrían hacerlo mucho mejor; pero no quieren entenderse. Se detestan hasta el punto de que se sentirían desesperados por haber hecho un movimiento que redundara en gloria de cualquier otro"; y añadía, encogiéndose de hombros: "han cometido, por otra parte, faltas de colegiales". Tales celos recíprocos, que llegaban hasta el "aborrecimiento", fueron siempre el flaco de aquellos Jefes, por otra parte tan bravos y de tan gran valía; casi ninguno de ellos ha escapado en el curso de las guerras del Imperio a ese sentimiento de envidia, bastante bajo de por sí, enfadoso en todo caso, y nefasto, si influye en la dirección de las operaciones. Desde hacía muchos años, a lo largo de todas las campañas, ha sido necesaria la mano dura de Napoleón para hacer concurrir a la victoria a estos soldados de la Revolución, convertidos en los grandes jefes del Consulado y del Imperio. Pero esta mano dura del Emperador necesitan sentirla muy de cerca a sus espaldas, para que a ella se sometan y consientan en colaborar con él cordialmente. En Rusia bastará que se aleje de ellos veinte leguas para que en seguida se sustraigan a sus directivas; pero en España se encuentran de él a más de veinte leguas: durante una gran parte del año 1809 estuvo, en efecto, a quinientas leguas, y aun al regreso de Austria se halla en París, todavía bien lejano.

Thiebault ha subrayado, con cruel complacencia, esas envidias, esos disencuentros, esas discordias que, frente al enemigo, resultaban criminales. Es cierto que el citado general es un memorialista recusable: soldado inteligente y buen observador, pero amargado constantemente y también envidioso por su parte, dejándose llevar, cuando escribe esas páginas crueles, por resentimientos que, a buen seguro, lo revelan como un enemigo declarado de nueve de cada diez grandes Jefes. Solamente los hechos, como vamos a comprobar, nos hablan más elocuentemente que un Thiebault, y Napoleón, al confiarse a Caulaincourt en 1812, no hará sino sacar las consecuencias de tales hechos, desgraciadamente bien patentes.

¡Si no se tratara más que de envidias! Tales envidias han existido siempre—ya lo he dicho—; pero en otro tiempo, los Jefes que las experimentaban se hacían perdonar tan grave defecto por sus grandes virtudes. Soldados de fortuna la mayor parte, que han ganado sus grados con la punta de la espada, pero que durante mucho tiempo no han gozado de otra recompensa que sus galones, permaneciendo sencillos en sus costumbres; a veces demasiado rudos, pero bonachones con sus subordinados, abordables al soldado y, por consecuencia, muy populares; si sus procedimientos no eran siempre bastante delicados, eran, por lo general, todavía honrados, y en todo caso sabían respetar las formas y salvar las apariencias.

Pero hemos llegado a la época en que estos soldados de la Revolución se desmoralizan al engrandecerse de-

masiado. Promovidos al mariscalato o a punto de serlo, colmados de títulos y de rentas; propietarios de palacios y de castillos; dueños de numerosos criados, carrozas y libreas; grandes señores del nuevo régimen, se sienten inclinados, en efecto, a adoptar las costumbres de los grandes señores de antaño; pero con la intemperancia consustancial a la naturaleza plebeya de que casi ninguno se ha sabido despojar a lo largo de su carrera. Tales se nos aparecerán, después de 1808, allí donde los encontremos. Pero Napoleón todavía vigila donde él está, obligando a estos hombres de guerra a olvidarse en campaña de su nuevo lujo, y a ser posible, de sus nuevos títulos, y a volverse a calzar—como le escribirá más adelante a Auge-reau—"sus botas de 1793"; en una palabra: a vivir dura y austeramente, condición primordial para que su propio valor militar no desmerezca. Pero lejos de él se emancipan y dan suelta a sus apetitos, sobreexcitados por los plenos poderes que ejercen. Ahora bien: en España, Napoleón se ha visto obligado a otorgarles poderes por completo extraordinarios. Ya se ha visto a Junot erigirse en 1808 dictador en Lisboa, actuando como un verdadero rey interior y aprovechándose de ello para llevar vida de sátrapa, y a los primeros Jefes enviados por la misma época a España, actuar de manera análoga. Al franquear Napoleón en octubre del mismo año los Pirineos, los redujo por algún tiempo a su papel de *lugartenientes*; pero al verse precisado a dejar el Mando para acudir a Austria, los tuvo que dejar de nuevo dueños absolutos del país.

Desconfiando de su hermano José y comprendiendo, como soldado conocedor de su oficio, que aquellos otros soldados no pueden ser sometidos a la dirección de ese pobre Rey, carente de valor y experiencia militar, no ha pensado un solo instante que fuera posible obligarlos a una sujeción que, en su lugar—el Directorio podría atestiguarlo—, él nunca hubiera aceptado. Les ha dado, por tanto, con el mando de sus Cuerpos de España, rango de Procónsul, de Príncipe. Cada uno ha recibido poderes discrecionales en una vasta provincia, con una capital, una administración, una jurisdicción y casi una corte. Pues, apenas tomada posesión de sus sinecuras, se han dispuesto a disfrutar de ellas, y a lo grande. La débil subordinación que los ligaba de mala manera al Rey José se apresuraron a romperla, enviando a paseo al desdichado Soberano de Madrid en cuanto éste intentó reprimir sus excesos o darles órdenes. Sin embargo, no han llegado todavía a la situación que a fines de 1810 y en 1811 acabaría de estatuirse, y que Masson califica de "nuevo feudalismo militar"; pero desde 1809 son ya verdaderos señores feudales los que gobiernan Barcelona, Burgos, Valladolid, Salamanca, Valencia, Toledo y Córdoba; los cuales, si el Rey José intentara pedirles cuentas, responderían como aquel otro señor feudal a Hugo Capeto: "¿Quién te hizo Rey?"

* * *

Grandes apetitos les he atribuído. Aficionados casi todos a las grandes francachelas, no son solamente comilones, en el verdadero sentido de la palabra; sus apetitos se dirigen a todo: han conocido la rudeza de la vida, la pobreza o, por lo menos, la estrechez, las miserias de las campañas difíciles, las botas rotas y los uniformes raídos, y pretenden ahora tomarse el desquite, llevar gran tren, poseer oro en abundancia, tener residencias palaciegas y una pequeña corte que, por supuesto, no es enteramente masculina, ya que suelen entretenir favoritas, y ya veremos a Massena llevar consigo a su amante hasta las líneas de Torres Vedras, con gran escándalo de otros Jefes, que generalmente han dejado, simplemente por una hora, las suyas a retaguardia.

La fortuna y su disfrute no son todavía bastante para tales advenedizos: ellos ambicionan el poder, porque el poder halaga, con ese apetito general de que ya he ha-

blado, el gusto natural del guerrero por la autoridad sin reservas. Algunos camaradas son ya Príncipes e incluso Reyes: Joaquín Murat, el antiguo Sargento de Caballería, ha logrado una corona; Juan Bernadotte, el ex Sargento de las piernas torneadas, va a recibir otra; Berthier rige el principado de Neufchatel; Davout desempeña en Alemania el oficio de Viceemperador; los demás esperan también llegar a ser Príncipes absolutos; se recordará que Junot ha pretendido que se le confiara el trono de los Braganza, y que Soult—"Nicolás"—lo ha tratado de escalar a su vez. Las ambiciones de un Massena, de un Ney, de un Marmont no llegan todavía hasta pretender erigirse en Soberanos; pero en las provincias que el Emperador les ha confiado pretenden ejercer un poder omnímodo y, al dejarse embriagar por él, exhiben la potencia como su lujo propio. Todo ello contribuye a que su alma de soldado se enajene también y se debilite. España es un campo de batalla; ellos son, en principio, combatientes que deberían conservar siempre el indumento de campaña y las costumbres del vivaque. Ahora bien: estos grandes señores, rodeados por Estados Mayores brillantes, no se ponen apenas en contacto con la tropa, y si sus mutuas envidias no los incitaran ya a faltas muy graves, este eclipse de sus virtudes militares bastaría a hacerse-las cometer.

Digamos también que todo este derroche de poder, de lucro y de placer es para ellos, de una manera más o menos consciente, un medio de resarcirse de una guerra que les es, en el fondo, odiosa. No hacía mucho tiempo, Marmont había escalado, lleno de entusiasmo, las alturas de Wagram, y Soult recuerda como uno de sus momentos de máxima exaltación la toma de la meseta de Pratzen y la marcha sobre Austerlitz, e idéntica significación tienen para Ney la carga de Elchingen y su llegada a la meseta del Landgrafenberg, que domina a Jena. Pero esta guerra de España los descorazona: esas bandas de forajidos que hay que dispersar, y que una vez dispersadas se rehacen después, cuando los Jefes las han barrido de una provincia; el encuentro con las "levitas rojas" de Inglaterra, que oponen a sus soldados ya fatigados una resistencia tenaz, viéndose aquéllas, en definitiva, forzadas a retirarse; el perpetuo recomenzar de todo ello; los nuevos Ejércitos enemigos que parecen brotar de la tierra; y mientras los invasores se lanzan sobre Andalucía y llegan casi al estrecho de Gibraltar, las insurrecciones que renacen a su espalda, enervantes, irritantes, obligándolos a interrumpir su vida de Príncipes. Además de ello, las querellas con José, las querellas con sus camaradas, las querellas con sus subordinados, y de cuando en cuando, los terribles rapapolvos de Napoleón, amenazándolos con la destitución y a veces cumpliendo la amenaza, aunque tales castigos—debido a la deficiente información del Emperador—recaigan precisamente sobre los menos culpables. Y todo esto contribuye a que sobre un Ejército desmoralizado sean también—con contadas y honrosas excepciones—Jefes desmoralizados los que mandan o más bien reinan.

* * *

El soldado francés ha vigilado siempre, más aún que cualquier otro, a sus Jefes, hasta los más altos; tan dispuesto al entusiasmo más desinteresado, si los juzga valerosos y rectos, como a una crítica acerba e indisciplinada, si los considera incapaces e injustos. El soldado de España no ha tardado en darse cuenta de que sus Jefes no eran ya, en su mayoría, como los había conocido, no solamente en el Ejército del Rin de 1800, sino, más recientemente todavía, en Austria, en Prusia o en Polonia. Esos pobres diablos que soportan todas las miserias y experimentan todos los sufrimientos, no cesan de repetirse, con la insistencia de los rumores populares, que los Jefes, "allá arriba", gozan y se divierten en francachelas, disfrutan de buena mesa y de buenas mujeres, dila-

pidan el oro y viven como verdaderos bajos. No los ven casi nunca, y después de haberse batido bien, he aquí que, por culpa del Jefe que ellos adivinan, se ven obligados a ceder el terreno en donde habían resultado victoriosos y a retirarse; siendo ésta tal vez la causa más grave de desmoralización. Entonces se irritan o se desesperan: "España—escribe el soldado veterano Rattier—será la tumba de todos; todos han olvidado allí lo que sabían." Los gruñones no tienen por qué perder un saber que no poseían, pero pierden allí su alma.

Los Jefes también se dan cuenta de ello, pero echan toda la culpa al Emperador. El ha sido quien ha abierto esa "tumba" en que todos caerán, y el que les hace remar en "esa maldita galera", de la cual ya en 1808 hablaba, irritado, Jourdan. Napoleón se ha equivocado al desencadenar aquella guerra imperdonable; se equivocó al no acabar por sí mismo con ella en 1808; se equivocó también al creer que podía acabarse sin su presencia, y continúa equivocándose al no comprender que, lejos de acercarse a su fin, se agrava y se encona.

Kellermann, desde Valladolid, escribió a Berthier a fines de 1809: "Permitidme, Príncipe, declararos francamente mi opinión. No es un asunto corriente este de la guerra de España; no son de temer, indudablemente, reverses graves o grandes desastres; pero esta terca nación debilita al Ejército con su resistencia difusa. Es en vano que por un lado se corten las cabezas de la hidra, si vuelven a crecer por el otro, y sin un cambio favorable de la opinión, no conseguiréis en mucho tiempo someter esta vasta península; ella absorberá la población y los tesoros de Francia. Se necesitan la cabeza y los brazos de Hércules. El solo, por la fuerza o por la astucia, podría resolver este gran problema, si es que puede ser resuelto."

Lo que escribe este soldado sincero, todos los Jefes lo piensan, y, conscientes de la incapacidad de que se sienten misteriosamente aquejados, esperan de aquél que tanto ha errado en esta empresa, que venga a rematarla personalmente, porque, en opinión de todos, sólo su presencia en España podría acabarla de una vez.

II

La cuestión española en 1810.

Desgraciadamente, Napoleón—como aquejado, también él, de incapacidad en todo lo referente a España—continuaba equivocándose, y ante este "endiablado asunto"—caso único en toda su carrera—comenzaba asimismo a desmoralizarse.

En el fondo, no había tardado en darse cuenta de la falta que cometiera en Bayona al inducir a los Borbones—a Carlos IV, de grado, y a Fernando, por la fuerza—a cederle su reino, y el error, todavía mayor, en que incurriera al entronizar en Madrid a su hermano José. Ya me he referido a todas las faltas que se habían derivado de este doble gesto, y Napoleón era demasiado inteligente para no haberlas percibido casi todas, con el tiempo, muy claramente. No hubo asunto sobre el cual, en el fondo, dudara más, y en el que, desde un principio, haya procedido con mayor tiento, para acabar errando aun más; pero los éxitos fulminantes que consiguiera desde octubre a diciembre de 1808, cuando al frente de su Ejército dispersó en pocas semanas los Ejércitos españoles y obligó al Ejército inglés a reembarcarse a toda prisa, reconquistando las tres cuartas partes de la Península, le habían inducido a pensar que podría terminar cuando quisiera con este "endiablado asunto". ¡Que le dejaran solo cuatro meses por delante, y ya se vería lo que duraba la resistencia española, ya fuera concentrada o difusa! Cuantas más faltas cometen sus lugartenientes—"faltas de colegiales"—, más se convence, de la necesidad de su presencia. No sólo una vez, sino más de diez, habrá dicho lo que Mathieu Dumas le oyera declarar en 1808: "¡Bien

se que tendré que ir yo mismo a recomponer la maquinaria!" Está tan seguro de poder "recomponerla", que no se fía a tal respecto más que de su propio genio; todo lo acabará "con otro gran golpe"—como *deus ex machina*.

Al punto en que han llegado las cosas, ello no parece tan seguro; pero aun convendría que el "dios" se mostrara, y, sin embargo, permanece en París obligado por las circunstancias. Juzga muy severamente a sus Mariscales, a sus Generales, al Rey José; ciertas torpezas le sublevan; pero no se advierte, sin embargo, que se esfuerce en prevenirlas, y apenas si impone sanciones, que ordinariamente no hubiera dudado en aplicar a los menores yerros.

Este asunto—precisamente porque sabe muy bien que él mismo ha cometido, al abordarlo, faltas imperdonables—le importuna, sin otro resultado que irritarle, y termina por desbordarle. Reconquistará España, sea; pero ¿para quién? ¿Para ese José que, apenas instalado en Madrid en la primavera de 1808, empezaba a tratar a los franceses como extranjeros y hablaba del "interés español", de arreglarse personalmente con Inglaterra? ¿Ese José que, expulsado en seguida de su capital y restablecido en ella en el otoño por la sola acción de las tropas francesas, volvía a las andadas? Este infeliz y, a la vez, fastidioso personaje se descorazona también constantemente—después de grandes accesos de orgullo—, y si recobra el valor, es para "echárselas de General", para arriesgar los Ejércitos cuando, por casualidad, se ha puesto de acuerdo con los Generales franceses o para comprometer las situaciones; y si por un momento ha logrado mejorar la suya, hele aquí de nuevo pretendiendo, reclamando, protestando, deseando que se le reconozca—en París—como el verdadero sucesor de Felipe II. Napoleón se encuentra completamente aburrido de ese desventurado hermano mayor.

* * *

¿Por qué, en tales condiciones, no lo releva de sus funciones reales? Ya ha pensado en ello frecuentemente desde hace casi un año, y lo piensa más que nunca a fines de 1809 y comienzos de 1810. Medita seriamente en restablecer a Fernando VII. Este, detenido en Valençay, no cesa de formular humildemente una sumisión que se advierte inspirada por el miedo. El 15 de abril de 1809 escribió el Conde de Arberg, Gobernador del castillo: "Ya os he manifestado que mis sentimientos y mis deseos, así como los de mi hermano y de mi tío, se inspiran siempre en la mayor conformidad con la voluntad y las órdenes de Su Majestad Imperial y Real, demostrando así mi obediencia y mi agradecimiento al ver cómo se ocupa de mi felicidad." Le gustaría verse "más cerca de la augusta presencia de Su Majestad Imperial y Real, al que consideramos—añade—como nuestro único apoyo y estimamos como a un padre." Al recibir la noticia del nuevo matrimonio del Emperador, se apresurará a felicitarle en términos todavía más humildes: "Mi principal deseo—escribe—sería convertirme en hijo adoptivo de Su Majestad"—clara invitación a esa alianza de familia que, todavía Príncipe de Asturias, solicitaba ya—. Tal alianza de familia, considerada en otro tiempo, vuelve a ser tenida en cuenta por el Emperador, y como entonces, es Carlota, la hija de Luciano, en quien piensa. Casado con "Lolotte", Fernando sería evidentemente un vasallo más acomodaticio que José, y así se colmaría la sima todavía abierta.

Una vez triunfante de la mala voluntad de Luciano y de la propia repugnancia de la joven Carlota, toda la familia, puesta en movimiento, había conseguido hacerla venir a París, a casa de su abuela; el Emperador, prudentemente, deseaba conocerla antes de tomar una decisión. Pero la joven había llegado imbuída todavía de las rencillas y de los rencores que animaban al matrimonio Luciano; su primera carta a sus padres fué para declarar

que no e dejaría casar, por imposición de un tío cuyo despotismo detestaba, con un Príncipe cualquiera, y especialmente con Fernando. Las siguientes cartas fueron todavía más agrias e incluso ofensivas: refiriéndose a sus tíos y tías, formulaba sobre ellos los juicios más acerbos, los más ultrajantes; se extendía en amargas quejas sobre la "avaricia" de la abuela y en sarcasmos respecto a los tíos y tías. Frédéric Masson, que no ha tenido de tales cartas más referencia que la de los informes del "gabinete negro", les concede entero crédito, y con razón: poseemos hoy una de esas famosas cartas, la del 16 de mayo de 1810, y ella basta a confirmar aquellos informes de la policía postal; la tía Carolina Murat es criticada duramente con motivo de sus intrigas de alcoba y el "despotismo" de Napoleón violentamente vilipendiado. Estas cartas eran puestas, abiertas, en conocimiento del Emperador. Asimismo la actitud cada vez más agria de Luciano parecía por sí sola constituir un importante obstáculo a los preconcebidos proyectos. "Si Luciano no se acomoda—había dicho en otro tiempo el Emperador a Campi—, no podré proporcionarle un Rey a Lolotte"; palabras elocuentes dentro de su simplicidad. La correspondencia de la "Princesa Lolotte"—como Luciano designaba a su hija—acabó de echarlo todo a rodar. Napoleón se dió cuenta de que había estado a punto, al casar aquella presumida con Fernando, de dar un nuevo paso en falso. No sería aquella Bonaparte refractaria la que asociaría estrechamente al Borbón destronado con el Emperador. Lolotte fué, consiguientemente, devuelta a sus padres el 4 de junio.

Mas Napoleón, de momento, no tenía otras sobrinas casaderas; pensó en tiempos en una joven prima de Josefina, una Tascher de la Pagerie, a quien hubiera adoptado antes de unirla a Fernando; pero ahora, que acababa de repudiar a Josefina, no podía pensar de nuevo en esa pequeña Tascher. Por otra parte, dudaba todavía lo que haría con José. Este era el único de la familia que no tenía derecho a enfadarse con Lolotte; las imprudencias de su sobrina le salvaban.

* * *

Acaso también el Emperador quedara contento de que la suerte favoreciera así a su hermano mayor. Ya me he referido a ese sentimiento singular que le inspiraba, respecto a este hermano, miramientos que no solía guardar con los demás y escrúpulos en él insólitos, fuente de tergiversaciones a las que no era, por lo regular, aficionado. Repentinamente vuelve a pensar que se ha impuesto una "misión": la de "regenerar" España, instaurando en ella el espíritu moderno. "El odio desaparecerá—dirá todavía en 1812 a Caulaincourt—en cuanto se vea que no pretendemos otra cosa que aplicar al país leyes más sabias, más liberales, mejor adaptadas al tiempo en que vivimos, que las viejas costumbres y la Inquisición que regían ese país." Error persistente que le ofusca de nuevo. Esas leyes, "más sabias, más liberales", sería incapaz de imponerlas Fernando VII, príncipe de criterio estrecho e imbuído del espíritu del pasado; para instaurar firmemente tales leyes se necesitaría un príncipe francés; y en este caso, ¿para qué eliminar a José?

Pero si ha de seguir José, convendría investirle de plenos poderes. En tanto que se le tenga por un simple representante de Napoleón sobre el trono; en tanto que se le vea despreciado, desobedecido e incluso burlado por los Jefes franceses, ese Rey no podrá ganarse la estima y el respeto, ya que no la simpatía de los españoles; será, aun para sus partidarios, ese "esclavo coronado" que denuncia la Junta insurreccional, ese "hombre impotente y nulo que se precia de filósofo, pero consiente que en su nombre y ante sus ojos se cometan atrocidades inauditas, y que a costa de la sangre de soldados que le desprecian, pretende dominar sobre pueblos que unánimemente le detestan". Es preciso que deje de ser un

"esclavo coronado" y se convierta en un Rey señor de su reino y de todos los que en él viven, ya sean franceses o españoles. Ahora bien: esto es precisamente lo que Napoleón no quiere, y, sin embargo, cuando en determinados momentos, cansado de no ser "señor de su reino", José parece dispuesto a abdicar, el Emperador no se apresura a complacerle. Y cuando, por el contrario, es Napoleón el que insinúa la idea de la abdicación, José se hace el sordo y Napoleón no insiste. Todo ello demuestra un estado de espíritu vacilante, verdaderamente extraordinario en este gran hombre.

Luego piensa en asegurarse prendas: si Fernando VII fuera restablecido, se anexionará las provincias al norte del Ebro, con el fin de tener mejor sujeto al Borbón restaurado; Fernando aceptaría—y acaso también España—, y una vez concebida la idea, ésta se impone incluso en el caso de conservar a José. ¿Por qué no conceder a éste plenos poderes, hacer de él verdaderamente un Rey; pero, para impedirle independizarse nunca de Francia e influir en España, aplicarle la misma medida concebida para el caso en que Fernando fuera restaurado: dejar a José desenvolverse en Madrid, pero después de haber anexionado al Imperio francés las provincias entre los Pirineos y el Ebro, la antigua marca de Carlomagno? Y he aquí todavía una solución que Napoleón, durante varios meses, examinará, rechazará y volverá a tomar en consideración.

* * *

Sin embargo, España continúa consumiendo el oro y los hombres. Ese país que, antes de ser invadido, constituía para el Emperador un aliado, no muy útil; pero que, de todos modos, le proporcionaba soldados, barcos y millones, le cuesta, desde hace dos años, 300 millones por año y le retiene 200.000 soldados, de los que cada mes mueren algunos millares. Además, agota y—según la frase de Kellermann—"arruina el Ejército", tanto moral como físicamente; consume los mejores soldados y los mejores Mariscales, sin que jamás una tregua, un armisticio permitan reponerse un poco; la guerra allí es sin cuartel, y son centenares de franceses los que en ella sucumben cada día. ¿Cómo acabar con ella? Napoleón vuelve a pensar en Fernando VII y después en José, acabando siempre por exclamar: "Acabaré con todo ello de una vez." En realidad, no hará nada, porque no habiendo podido trasladarse a España durante el invierno de 1809-1810, en lo sucesivo, no podrá o no querrá volver más allí.

Es que el asunto le disgusta cada vez más y hasta le repugna; él, que en todo tiempo y en todo lugar quería verlo todo, leerlo todo, comprenderlo todo, antes de tomar ninguna decisión hace una increíble excepción por lo que se refiere a los negocios de España; encomienda a Berthier el recibir los despachos, pero no quiere que se le comuniquen más que en extracto y, a veces, muy resumidos; deja sin contestación las cuestiones urgentes, y evita todo lo posible el oír hablar de una aventura que, sin embargo, le obsesiona, aunque importunándole. Y cuando no puede menos, sale del paso con palabras: "Después de todo, España, hasta que pueda ir allá, le es útil—como dirá a Caulaincourt—; es el Ejército inglés el que impide la pacificación; pero prefiere verlo en ese país, a sentirse amenazado a cada instante por él en Bretaña, en Italia o en cualquier otro sitio donde las costas sean accesibles. Así sabe, por lo menos, dónde puede encontrar a los ingleses, mientras que si no estuvieran ocupados allá, se vería obligado a tomar medidas en todas partes para defenderse de ellos, lo que le entretendría más tropas y le proporcionaría mayores preocupaciones." Y excitándose al considerar esta idea, que de momento le consuela, fanfarronea: "Los ingleses desarrollan el juego que me conviene. Si pagara a sus ministros, no obrarían mejor en pro de mis intereses." En resumidas cuentas, se complace en considerar a España como uno de esos abscesos

que los médicos denominan de *fijación*. Ante error tan manifiesto o, mejor dicho, ante tan evidente sofisma, destinado a disimular las más crueles decepciones, no puede uno menos de entristecerse. Y Wellington ve claro cuando, contra el parecer de algunos de sus compatriotas, se aferra a España y escribe: "¡Si la guerra en España se prolonga, Europa está salvada!"

* * *

Ahora bien: la guerra iba a durar y a eternizarse. Después de la batalla de Talavera del 28 de julio de 1809—que, como se recordará, habiendo comenzado favorablemente para los franceses fué interrumpida en pleno éxito por culpa de José—, los angloespañoles se habían atribuido la victoria; pero, muy quebrantados e incapaces de aprovecharse de su dudoso éxito, se habían replegado con bastante precipitación del Tajo sobre el Guadiana. La ventaja podía apuntarse, en definitiva, en favor de los franceses, que demostraban hallarse sólidamente instalados en derredor de Madrid, y de ello se vanagloriaba José. Este se enteraba, poco después, de que, gracias a la gran victoria de Wagram, la paz se negociaba en Viena, siendo de esperar que se concertara con la misma rapidez que la negociada en Presburgo. Napoleón quedaría, por tanto, en libertad de acción antes de finales de verano, y tal vez realizaría el proyecto que había concebido al dejar España en diciembre anterior: volver a tomar el mando del Ejército y la dirección de las operaciones en la Península.

En realidad, el Rey consideraba sin gran entusiasmo tal eventualidad: por su parte, hubiera preferido evitar la molestia al Emperador y poder reconquistar "por sí solo" su reino. Soñaba con una expedición a Andalucía, que, de ser llevada a feliz término, le permitiría proclamar—con una buena dosis de ilusión—la sumisión de España desde los Pirineos al Estrecho de Gibraltar.

Se trataba todavía en septiembre de 1809 de una empresa bastante audaz, pues el norte de la Península se hallaba lejos de ser pacificado, y Cataluña y Aragón quedaban aún por dominar. Gouvion Saint-Cyr y Verdier, de una parte, y Suchet, de otra, se hallaban encargados de tal misión. No logró, sin embargo, Gouvion Saint-Cyr hasta comienzos de diciembre, después de muy duras y costosas operaciones en torno de Gerona, hacer capitular esta plaza (día 11), siendo relevado hacia la misma época por Augereau, en vista de la lentitud con que había desempeñado su cometido (1). Suchet había cumplido más prontamente la misión que en Aragón le estaba encomendada. Después de la rendición de Zaragoza, Mortier se había trasladado con su V Cuerpo sobre el Tajo; pero Suchet, reducido a sus propias fuerzas, había pacificado casi por completo la provincia. Blake pretendió arrebársela; pero el *Mariscal* (2) le hizo frente en María, rechazándole y persiguiéndole hasta Belchite, en donde le derrotó por completo. Dueño nuevamente de Aragón, este excelente Jefe acabó de pacificar la provincia, estableciendo en ella una administración sólida, y durante cierto tiempo todo este rincón de España parecía tranquilo.

No ocurría lo mismo en el resto de la Península. La guerra de guerrillas extendía sus estragos, cada vez en mayor medida, a través de Vizcaya, Castilla la Vieja y

(1) Se equivoca el autor. No fué a comienzos de diciembre de 1809 (época de la capitulación de Gerona), sino en 12 de octubre anterior, cuando Augereau substituyó a Gouvion Saint-Cyr y, por lo tanto, fué aquél y no éste quien consiguió hacer capitular la citada plaza. (N. de la R.)

(2) Suchet era, por entonces, tan sólo General, y no recibió el bastón de Mariscal hasta la toma de Tarragona, en junio de 1811. (N. de la R.)

Asturias, y hasta la misma retaguardia de José; lucha de primate, por lo difusa, que suscitaba quejas análogas a las de Kellermann, que ya hemos mencionado anteriormente. Esas pequeñas partidas, casi impalpables, aparecían y desaparecían sobre todos los puntos de aquel vasto territorio; atacaban los convoyes destinados a los Ejércitos, dificultaban el avituallamiento y se abastecían de las municiones nuestras, de que se apoderaban; sorprendían a los correos, interceptaban las comunicaciones, caían sobre los pequeños destacamentos y los pasaban a cuchillo, creando en el alma de nuestros soldados ese constante y vago terror a cuyo efecto deprimente me he referido. El nombre de Mina—uno de los Jefes más temidos de tales *guerrilleros*—causaba mayor emoción entre nuestros hombres que el del propio Wellington, y cuando Suchet consiguió capturarlo, el joven Jefe fué reemplazado por su *padre* (1), el viejo Mina, tan temible como él.

En Castilla la Vieja, Ney, que había ido a París a explicar sus violentas querellas con Soult, había dejado a Marchand al frente del VI Cuerpo; este Cuerpo, reducido a 9.000 hombres, había tropezado en Tames (sobre el camino de Ciudad Rodrigo a Salamanca) con el Ejército español del Duque del Parque, fuerte de 30.000 hombres, y se había visto obligado a retroceder después de un combate desgraciado.

Este fracaso tuvo, sin embargo, la feliz consecuencia de exacerbar desmedidamente el orgullo de los españoles, y por ello, de inducirlos a la presunción. La Junta insurreccional necesitaba una gran victoria. Radicada en Sevilla, había tratado de erigirse en Gobierno Central y de organizar por sí sola la resistencia; pero en aquella caótica España había encontrado para ello las más vivas oposiciones. Tanto los Generales de Ejército como los jefes de banda se habían acostumbrado a campar por sus respetos, y no se sometían a un Gobierno que, después de todo, no derivaba sus poderes más que de sí mismo, reclamándose, por tanto, con insistencia la reunión de Cortes, que la Junta se había visto obligada a convocar para los primeros meses de 1810. Dicha Junta temía mucho las consecuencias que podrían derivarse de tal convocatoria de Cortes, y antes de reunidas deseaba conseguir un éxito militar susceptible de colmarla de prestigio: no pareciéndole, sin duda, bastante el conseguido en Tames por el Duque del Parque.

A despecho de los consejos del prudente Wellington, la Junta pensaba lanzar sobre Madrid, a través de la Mancha, una fuerza de 57.000 hombres, a las órdenes de don Juan Areizaga, nombrado Mayor General de los Ejércitos de España. Soult, bajo el mando teórico de José, había concentrado su Ejército entre Aranjuez y Ocaña, y se encontraba en condiciones de recibir al enemigo. Este vino a enfrentarse con los franceses en Ocaña, el 18 de noviembre por la tarde, y después de algunas horas de combate indeciso, los soldados de Dessolles, uno de los divisionarios de Soult, ponían en fuga a los atacantes, que al día siguiente eran por completo dispersados, merced al vigoroso empuje de todo el Cuerpo de Mortier, y particularmente de la Brigada Létang. Fué una gran derrota para los españoles. Un historiador español llega incluso a calificarla de "inmenso desastre". Más de 10.000 muertos quedaron abandonados sobre el campo, y el resto quedaba envuelto o se desbandaba en todas direcciones. Tres días después se pudo ver desfilar 26.000 prisioneros por las calles de Madrid. "Era una desolación", escribe un español. Los fugitivos comunicaron el pánico a la Junta, que,

(1) Aquí comete el autor otro *lapsus*. El primer Mina a que se refiere es Francisco Javier Mina, llamado el "Mozo"; el segundo es el célebre Espoz y Mina, tío y no *padre* del anterior. Este ha sido, con mucho, el más famoso de los dos. (N. de la R.)

abandonando Sevilla, se refugió en la isla de León y, viendo perdido su prestigio, se decidía a convocar las Cortes para el 1.º de marzo (1).

* * *

A su vez, José se envanecía de este doble éxito; él también tenía necesidad de un golpe de efecto, y, en su opinión, tal golpe de efecto podría resultar de una marcha hacia Sevilla y Cádiz, esa famosa expedición a Andalucía que proporcionaría la ilusión de poseer, al fin, toda España.

Soult—conforme con él, por esta vez—le animaba a realizar tal proyecto. El Mariscal deseaba lo mismo que el Rey: desarrollar una brillante campaña que pudiera borrar, antes de la llegada del Emperador, el enojoso recuerdo de los dolorosos incidentes de Oporto.

Napoleón, en efecto, no dejaba de anunciar su venida. El, por su parte, no habría comenzado por Andalucía. Entre tantas ideas falsas acerca de España, tenía, efectivamente, una muy justa, de la cual apenas se apartaba: por muy difícil que pareciera de vencer la insurrección española con sus cien cabezas, jamás hubiera tratado de aplastarlas una por una, aunque una de ellas fuese esa "cabeza capital"—valga la expresión—constituída en derredor de la Junta Central y del Ejército de Andalucía: la insurrección—decía—no se sostiene sino merced a la presencia de los ingleses en la Península; el día en que éstos hayan sido aplastados, o simplemente expulsados de ella, tal insurrección se debilitaría y no habrá más que destruir sus últimas raíces. Era, pues, el Ejército británico de Wellington el objetivo sobre el que habían de concentrarse todos los esfuerzos. Solamente contra él marcharía si pasaba los Pirineos, y si no podía hacerlo en persona, en cuanto llegara la primavera, lanzaría contra dicho objetivo todas sus fuerzas, bajo el mando de un gran jefe—Massena, por ejemplo—. "No hay otro verdadero peligro en España que los ingleses—escribía, en su nombre, a Soult el Mayor General Berthier—. Lo demás no son sino partidas que no podrán jamás sostener una campaña."

El Emperador rechazó, en un principio, el proyecto andaluz. Pero José insistía: Soult deseaba una victoria fácil, y, evidentemente, era más fácil conseguirla a costa de los españoles que de los ingleses. El propio Emperador se preguntaba si Soult, que no compartía sus proyectos, sería capaz de secundarlos. Más valía, tal vez, dejarle realizar los suyos propios: se entraría a saco en las riquezas de Granada y Sevilla, y si se conseguía, por añadidura, apoderarse de Cádiz, ello equivaldría a quitar a los ingleses la posibilidad y la esperanza de convertirla en un segundo Gibraltar. En definitiva, pues, acabó por aprobar el proyecto y envió todavía algunos refuerzos.

No todos ellos, sin embargo, se hallaban destinados a esta operación de Andalucía, que, en su opinión, no requeriría, ni un gran esfuerzo ni un gran contingente de hombres. Concediendo aún mayor importancia a la expedición contra las fuerzas de Wellington en Portugal, continuaba organizando los elementos para ella. Acababa de designar a Massena para dirigir la empresa, decidida para la primavera: mientras que el Príncipe de Essling marcharía sobre Lisboa por la orilla derecha del Tajo (con los 60.000 hombres de los Cuerpos de Ney y de Junot, el Cuerpo de Drouet d'Erlon, 15.000 hombres destacados de la Guardia Imperial y los 10.000 jinetes de Montbrun), Soult, una vez dueño de Andalucía, destacaría 30.000 de sus 70.000 soldados, que, marchando por el Alemtejo, ata-

caban la capital portuguesa por la orilla izquierda del indicado río. Ante este doble y formidable ataque, Wellington no podía menos de sucumbir, y era en tal proyecto, más que en las negociaciones de los agentes holandeses en Londres, donde en enero de 1810 se cifraban las esperanzas del Emperador de obligar al Gabinete inglés a la paz.

* * *

La expedición a Andalucía estaba preparada para los primeros días de 1810: José había decidido acompañar a Soult; pensaba aparecer a caballo, entrar en las ciudades conquistadas, recibir los homenajes, conceder gracias, atraerse los corazones; en una palabra: mostrarse como Rey. A tal efecto, partió de Madrid con gran aparato, mientras que el Mariscal se aprestaba a forzar los pasos de Sierra Morena. Pero para que, a todo evento, quedase asegurado el éxito de la operación, el Rey, con el propósito de impedir a los ingleses intervenir sobre el flanco derecho de Soult, daba órdenes a Ney (reservado, sin embargo, para la expedición de Portugal) de poner sitio a Ciudad Rodrigo y a Souchet de marchar desde Aragón sobre Valencia, y sin dejar de amenazar este reino, apoyar la izquierda del Ejército de Andalucía.

El 18 de enero, Víctor dispersaba fácilmente a las tropas españolas que intentaban defender la Sierra, y el 20, Mortier acababa de abrir el camino. El 23 se cruzaba Bailén—de funesta memoria—entre gritos de triunfo. Por esta fecha, todo el Ejército francés había alcanzado el Guadalquivir. Aprovechando la sorpresa, se hubiera debido marchar directamente sobre Cádiz, en donde todavía no se había organizado la resistencia, y aprisionar allí a la Junta, sumida en la mayor confusión. Pero Soult dejó escapar esta ocasión, acaso única, de acabar la guerra de una vez. Al menos, José le ha atribuido toda la responsabilidad de este golpe en vago. El avance se detuvo ante Sevilla, bajo el pretexto de que, tomada esta ciudad, Cádiz caería por sí sola. Sevilla acabó por rendirse; pero ya la Junta, bien instalada en Cádiz, había organizado allí la defensa a todo trance, y para subrayar su resolución de resistir, convocó las Cortes, mientras que el Duque de Alburquerque llegaba a la isla de León con 9.000 hombres y quitaba a los franceses toda esperanza de hacerse dueños de ella por un golpe de mano.

La situación geográfica de Cádiz es tal, que un asedio de dicha plaza resulta muy difícil, y más en el caso de ser defendida con la energía de la desesperación por gentes resueltas a resistir o morir; en tal caso, la plaza resultaba casi inexpugnable, convirtiéndose en "el tabernáculo de la independencia". A las primeras intimaciones hechas en nombre del Rey José, la ciudad respondió "que no reconocía otro Rey que el Señor Fernando VII". Era preciso, pues, emprender el sitio. Ni siquiera se pudieron emplear en él todas las tropas: parte de ellas habían quedado en Sevilla; otras hubieron de destacarse para ocupar Granada, y aun hubo que destacar otras para ocupar Badajoz e impedir por allí el acceso a Andalucía. El sitio de Cádiz, en tales condiciones, se iba a hacer interminable, y siendo dicha plaza, en la intención del Emperador, el objetivo principal de la expedición—que, por otra parte, no había aprobado sino a regañadientes—, la brillante conquista del valle del Guadalquivir no representaba, a su vez, gran cosa.

El Emperador parecía ahora desinteresarse de ello. ¿Se había dado cuenta, por el tono de las cartas de José, de que éste se mostraba demasiado orgulloso de su empresa y se aprestaba a levantar cabeza? Como quiera que ello fuese, lo cierto es que esta vez iba a ser Napoleón quien detuviera el impulso de José y de Soult hacia el sur de España. En el momento en que el Rey recogía el fruto de sus "conquistas", recibiendo en Sevilla los poco sinceros homenajes de los que él llamaba muy seriamente sus "leales súbditos", y en que se dejaba embriagar por

(1) La Junta no se refugió en Cádiz hasta fines de enero del año siguiente, con motivo de la invasión de Andalucía por los franceses. (N. de la R.)

el incienso que se suele prodigar a los Soberanos victoriosos, recibió de su hermano el golpe más duro para su orgullo y más fatal para su autoridad.

* * *

España costaba cara y el Emperador se preguntaba a menudo: "¿Para quién, en resumidas cuentas, trabajan los franceses que yo envío a luchar y a morir allí?" Y se había visto obligado a responderse que aquellos valientes sucumbían para consolidar un Rey que, aunque de origen francés, podría volverse un día contra él, como Felipe V se había vuelto en una ocasión contra sus parientes los Borbones de Francia. Si había de dejar a José en el trono —y dudaba todavía si lo haría o no—, pensaba, al menos, asegurarse garantías en nombre de Francia y defender sus intereses. Bruscamente, y en compensación del envío de nuevos refuerzos, dictaba el Decreto de 8 de febrero de 1810, en el que establecía cuatro Gobiernos Militares, independientes del Rey, sobre la orilla izquierda del Ebro: el de Cataluña, a las órdenes de Macdonald; el de Aragón, a las de Suchet; el de Navarra, a las de Dufour, y el de Vizcaya, a las de Thouvenot; estos cuatro Gobiernos dependerían directamente del Emperador, y no cabía duda de que fuera éste el primer paso para la anexión: "Carlo-magno" se aprestaba a restablecer su Marca Hispánica. Como si tan rudo golpe no bastara, Napoleón, con objeto de preparar la intervención de Massena, privaba a José de toda su autoridad nominal sobre los Ejércitos que operaban en el resto de la Península, con excepción de Castilla: Soult continuaría al frente del Ejército de Andalucía, no a título de Mayor General de José, sino como Comandante en jefe; mientras que Massena, enviado al lado de allá de los Pirineos, sólo ejercería el mando del Ejército de Portugal bajo las órdenes directas del Emperador. Únicamente quedaba a disposición del Rey el pequeño Ejército del Centro, integrado por algunos millares de hombres. El Emperador ordenó a Champagny advertir al Embajador en Madrid del significado de estos cambios: "Encargadle—dijo—que manifieste al Rey que tal es mi voluntad."

Este doble golpe hería gravemente a José en su prestigio de Rey. ¿Cómo explicarse tan súbita determinación? Frédéric Masson supone que el Emperador, deseando tener las manos libres en España, con vistas a una negociación con Inglaterra, pensaba exasperar a José para obligarle a abdicar. Miat de Melito, que había acompañado al Rey a Madrid, le aconsejó renunciar inmediatamente al trono. Pero José no pensó nunca seriamente en abdicar: cuando hablaba de ello, era siempre en son de amenaza, sin ningún propósito de cumplirla. Y por ello contestó a Miot que acababa de comprobar desde Sevilla a Granada el amor de "su pueblo" y que no podía, en tales condiciones, traicionar su confianza para entregarlo al arbitrio de Napoleón. En consecuencia, marchó a Granada a recoger nuevas aclamaciones, de cuya sinceridad se mostraba muy escéptico e el Embajador Laforest, y el 16 de marzo sancionaba los decretos de Sevilla, que, en realidad, se oponían a las decisiones imperiales de 8 de febrero. Ello equivalía a una rebelión, y Laforest tenía razón al escribir que "existían ahora en España dos insurrecciones contra los benéficos designios del Emperador": la de la Junta y la de la Corte de José, pretendiendo esta última—en opinión del Embajador—"impedir que España se integrara en el sistema federativo de Francia". José se exaltaba ante los consejos de rebelarse, en vez de abdicar, que le daban los españoles de su Corte y de su Gobierno, y hasta se le atribuye la frase, asombrosa en su soberbia, de que "los caminos de Francia eran familiares a los Ejércitos nacionales". Esto equivalía a evocar las invasiones de Francia por los soldados de Felipe II y de Felipe III. Y con ello pretendía aquél seguir la tradición de "sus predecesores". Pero, en el fondo, tenía poca confianza en el

porvenir: "Si se continúa con el sistema inaugurado en febrero—escribe a la Reina, que continuaba en París—, toda España será pronto una inmensa hoguera, de la que nadie podrá librarse con honor... Es necesario que se me otorgue confianza... De lo contrario, si se insiste en el establecimiento de Gobiernos Militares, yo no me prestaré a ello; no puedo ser un simple testigo de la mutua pelea de franceses y españoles. Me envolveré en mi toga y no me quedará otro remedio que retirarme. Este país, hace algunos meses, se hallaba tan pacificado como el departamento del Oise." Frases sorprendentes. José se hallaba, en realidad, desalentado; hablaba de irse a América o de retirarse "a una choza" en Turena. Pero nadie tomaba en serio tan admirables proyectos a lo Cincinnato.

Se había apresurado a enviar a París dos de los españoles de su séquito, Azanza y Hervás, para suplicar a Napoleón rectificase su decreto del 8 de febrero y las demás disposiciones tomadas en dicha fecha. Debían hacer ver que la autoridad conquistada por el Rey a consecuencia de la campaña de Andalucía se encontraba de nuevo gravemente comprometida, y de hecho, a la antipatía de los españoles hacia un Rey extranjero, se unía, como ya sabemos, el desprecio que les merecía un Príncipe esclavizado, al que el Emperador no cesaba de humillar. Aquél sería, aun más que antes de los citados decretos—si éstos no eran revocados—, el "esclavo coronado" de que hablaba la Junta, y que no sabía siquiera hacer respetar por su hermano la integridad del territorio nacional, ni su dignidad de Rey de España. Pero en la disposición en que se hallaba Napoleón respecto a los españoles y respecto a José, tal embajada no tenía la menor probabilidad de ser atendida. El Emperador recibió a los enviados de José de mal humor; en modo alguno pensaba revocar sus decisiones, y se limitó simplemente a ordenar a Soult que tratase al Rey con un poco más de miramiento.

Napoleón creía más que nunca poder terminar dentro de poco con el asunto de España y con otros muchos, mediante su famoso "gran golpe": el aniquilamiento del Ejército inglés. De no poder dar por sí mismo dicho golpe, encargaría de darlo a Massena. Pero ya tal proyecto se hallaba muy retrasado en su ejecución. El Emperador había pensado lanzar el Ejército de España sobre Portugal al mediar la primavera; pero la campaña de Andalucía, prolongada más de lo previsto por el sitio de Cádiz, complicaba la situación. El Emperador pretendía que el éxito fuera fulminante; pero a Massena le era necesaria la cooperación de Soult, cuyo Ejército se hallaba todavía en marzo y abril empeñado en Andalucía por ese inoportuno sitio de Cádiz, que entretenía, por otra parte, numerosas fuerzas. No se pudo, pues, ni aun en abril, lanzar a Massena contra los ingleses. El golpe se aplazó hasta el verano, estación mucho menos favorable, y durante ese tiempo, Wellington—que sospechaba lo que se estaba tramando—organizaba su defensa en condiciones que ni en París ni en Madrid podía nadie imaginarse.

Convenía, sin embargo, ocuparse durante la primavera y el verano en preparar de algún modo el terreno a la futura expedición. Mientras que Suchet y Augereau se fortificaban, respectivamente, en Aragón y Cataluña, lo que les permitiría tal vez relevar a Soult a Andalucía, este último, sin dejar de atender al sitio de Cádiz, trataría de tomar Badajoz, en el límite de España y Portugal, y Massena, por su parte, apoderándose de Ciudad Rodrigo y de Almeida, adelantaría la campaña al instalar su Ejército en la base de partida. El día en que Badajoz, Ciudad Rodrigo y Almeida estuvieran en poder de los franceses, el Príncipe de Essling, apoyado por Soult, podría marchar sin inquietud alguna por su retaguardia sobre Lisboa y contra Wellington.

Suchet, como siempre, fué el más diligente. La toma, en 14 de mayo, de Lérida, principal fortaleza de Cataluña, tuvo en toda la España del nordeste la más amplia repercusión. Augereau, que había secundado bastante

mal a su glorioso camarada, fué destituido y reemplazado por Macdonald, el cual, en colaboración con Suchet, acabaría de pacificar aquella región. Pero todo el interés del Emperador recaía sobre la expedición de Massena, quien en estos días de mayo había tomado posesión de su mando. De este ilustre soldado esperaba el Emperador "el gran golpe", que en agosto o, a más tardar, en septiembre, arrojaría a Wellington al mar y aseguraría, al mismo tiempo, la sumisión definitiva de España y tal vez, al fin, la capitulación de Inglaterra.

III

Ante las líneas.

El Emperador, sin embargo, no dejaba de meditar contra Inglaterra otros golpes que el que pensaba asestarle en España, e incluso los ponía en ejecución. El 9 de julio, habiendo abdicado, desesperado, el Rey Luis, un decreto imperial reunía Holanda a Francia, y Napoleón hacía saber a Londres que si el Gabinete de Saint-James se obstinaba en continuar la guerra, no dudaría en reunir igualmente a su Imperio todas las costas alemanas del norte, las ciudades hanseáticas y Oldemburgo. En realidad, de ejecutar tales amenazas, se arriesgaba a enemistarse con su propio aliado, el Zar Alejandro, protector de ese Ducado de Oldemburgo, que pertenecía a su cuñado, y al que un artículo del Tratado de Tilsit parecía poner fuera de cuestión.

Pero, desde hacía un año, el Zar había adoptado una actitud tal, que Napoleón no creía que valiera la pena de sacrificarle nada. Alejandro no prestaba ninguna ayuda a su aliado francés en su lucha contra Inglaterra; a pesar de los reproches de aquél, dejaba penetrar por Riga en su Imperio, con falsas etiquetas, las mercancías inglesas; abriendo así una amplia brecha al muro del bloqueo. Y por si fuera poco, parecía hallarse preparando una agresión contra el Imperio francés para un plazo más o menos próximo. Sus agentes recorrían ya Europa, esforzándose en tramar una nueva coalición, y a fines de 1810, Napoleón había llegado a tomar en serio la amenaza.

Ello constituía una nueva razón para apresurar la capitulación de Inglaterra, haciéndola entrar en tratos antes de que aquel singular aliado ruso pusiese, una vez más, al servicio de Londres los Ejércitos que se hallaba organizando.

Cabe pensar que en esta época no tenía ya el Emperador la misma fe de un año antes, en la eficacia del bloqueo para obligar a Inglaterra a la paz. El "sistema continental", por rigurosamente que fuera aplicado, no lograría imponer esa paz a Inglaterra más que dentro de un plazo más o menos próximo; pero que, en todo caso, no podía fijarse, sin un exceso de optimismo, antes de 1813, o tal vez, de 1814 ó 1815. Ahora bien: el Emperador deseaba la paz lo antes posible, y era a últimos de 1810 ó comienzos de 1811 cuando esperaba convencer de su necesidad a la opinión inglesa intimidada, y por la fuerza de esa opinión, al propio Gabinete británico, antes de que el Zar hubiera podido rearmarse e iniciar las hostilidades. Y lo lograría merced a ese famoso "gran golpe", del que esperaba una completa y decisiva victoria en España. Era allí donde, a fines de 1810, iba a jugarse, a su juicio, la gran partida, y de ello se daba cuenta la Europa entera con la mirada fija en la Península: "Si la campaña de Massena falla —escribe Roger de Damas desde Austria el 13 de julio de 1810—, será curioso ver qué conducta seguirá Napoleón respecto a España: es difícil creer que persista en su propósito de subyugar ese país al precio de sangrar el suyo."

Parecía, en efecto, que la operación confiada al tal Massena, el más prestigioso de los Jefes franceses después de Napoleón, puesto a la cabeza de fuerzas considerables

y lanzado contra el Ejército de Wellington, debiera decidir de la suerte de todos. Si los franceses arrojaban al mar al gran soldado inglés y a sus levitas rojas; podía darse por terminada la resistencia de España; pero también, posiblemente, la resistencia de Inglaterra y, en consecuencia, la independencia de Europa, que en ella veía, por el momento, su única esperanza. Pero si tal expedición fracasaba, el Emperador recaería, todavía más pesadamente, en el abismo de España, donde se disolvía su potencia, e Inglaterra, a falta de una victoria definitiva, se sentiría revigorizada, y podría resistir a los males de que sufría hasta el momento en que, de nuevo, hubiera arrastrado decididamente al Zar a la guerra y con él, acaso, a toda Europa.

* * *

En tales condiciones, resulta asombroso que Napoleón no se pusiese en persona al frente de sus Ejércitos de España, como lo había anunciado en el otoño de 1809 y aun meses después. Dado lo que se jugaba, valía la pena de que lo dejara todo para jugar la partida a fondo. Es cierto que desde el mes de octubre de 1809, en que se firmara la paz de Viena, se había visto sucesivamente entretenido por los retrasos ocasionados por la doble operación de su divorcio y de su matrimonio; lo cual, aunque sensible, resulta explicable. No había sido por entonces dueño por completo de sí mismo. Pero desde abril de 1810 sí lo era. El se disculpará más tarde con el pretexto de que desde la primavera de dicho año veía cómo el Zar se iba separando cada vez más de la alianza y preparaba poco a poco una ruptura. Pero no fué verdaderamente hasta diciembre de 1810 cuando la noticia de los preparativos rusos hizo pensar como posible, aunque poco probable todavía, una guerra a plazo más o menos próximo. Si el Emperador hubiera franqueado los Pirineos en mayo de aquel año y tomado el mando de los Ejércitos de España, convenientemente reforzados, marchando después contra Wellington, todo autoriza a pensar que hubiera terminado el asunto favorablemente y, tal vez, obtenido de su victoria todas las consecuencias que se prometía. Tres veces, entre abril y diciembre de 1810, pareció estar dispuesto a partir para esa España en donde todos le esperaban, le deseaban, le llamaban. Su partida fué aplazada: "Sus caballos, sus furgones, su acompañamiento le esperaban en Bayona—escribe Frédéric Masson—; por tres veces la suspende."

El historiador no duda en buscar, tras tantos pretextos, la verdad, que es muy otra y bien singular. Napoleón gozaba, en realidad, de una felicidad muy nueva para él, que, junto a un comienzo de dejadez, comenzaba a enajenarle. El mismo se daba cuenta de ello, y por el gesto de sus servidores, advertía cuánto se deploraba una indecisión, tan insólita en él, que asombraba y alarmaba a los que le rodeaban. "Tenía—dirá él—una mujer joven, bonita, agradable; ¿no podía permitirme el lujo de demostrar alguna alegría? ¿No podía, sin incurrir en censura, consagrarla algunos instantes? ¿No me era permitido también el entregarme por algunos instantes a la felicidad?" Kellermann escribía que "para aplastar las cabezas de la hidra se necesitaba al propio Hércules". Pero Hércules—se decía, no sin exageración—hilaba a los pies de Onfala.

* * *

Como quiera que ello fuese, el Príncipe de Essling fué el encargado de arrojar a los ingleses de la Península y de cicatrizar, al fin, aquella llaga de España por donde lentamente se derramaba la sangre de Francia.

La elección parecía acertada. Napoleón tenía por el gran soldado una especie de veneración admirativa. El nombre de Massena evocaba los más gloriosos recuerdos: la jornada de Rieuli, en donde, en gran parte, había decidido la victoria; los combates de Zurich, en donde, sola-

mente él, al batir a los subordinados de Suvarof, había logrado impedir la invasión inminente de Francia; el sitio de Génova, en donde, al resistir tan firmemente a los austríacos, se había hecho perdonar las faltas cometidas en su campaña de Liguria; la campaña de Italia de 1805, en la que cada encuentro había sido un éxito para el Comandante en jefe de un Ejército que no podía compararse, sin embargo, con el de Austerlitz; la campaña de Polonia de 1807, en donde había sido constantemente el que llevara el peso de los grandes combates; y más recientemente, Essling, en donde, por su valor sin desfallecimiento, se había elevado al heroísmo, y Wagram, en donde había contribuido tanto a la victoria con sus prodigios de energía. "¡El niño mimado de la victoria!", le había proclamado ya en 1796 el joven General en jefe del Ejército de Italia, y en el curso de estos once años había continuado mereciendo el título. Duque de Rívoli, Príncipe de Essling, parecía seguir siendo, a pesar de los bordados y los honores, el mismo guerrero impertérrito que en Zurich había rescatado la victoria, algún tiempo esquivo a las banderas francesas. Los soldados que habían servido a sus órdenes le ponían por las nubes: el terrible Thiebault, que más tarde no perdonará en sus críticas a ninguno de los Jefes, apenas hará otra excepción que la suya. Napoleón lo estimaba muy por encima de los demás Mariscales, pues si bien había querido más a Lannes, no había admirado nunca a nadie más que a Masséna. "Masséna posee talentos militares ante los cuales hay que inclinarse", escribió una vez a Eugenio. Era el único a quien Napoleón, desde el comienzo del Imperio, había confiado el mando en jefe de un Ejército, y este Ejército, en 1805, se había cubierto de gloria.

El Emperador apreciaba en este veterano de la Revolución un espíritu ágil y desenvuelto, gran perspicacia, una calma imperturbable y, a falta de genio, algo que podía suplirlo: la viveza en la resolución. No ignoraba sus defectos ni sus debilidades: sabía que era codicioso y mujeriego, y había tenido frecuentemente que llamarle al orden en el terreno de la delicadeza y aun en el de la probidad. Había podido comprobar, por otra parte, durante el Consulado, que un cierto espíritu de rebeldía atormentaba a aquél cuando no estaba en campaña. Todo, sin embargo, se lo había tolerado y perdonado. Lo estimaba a la altura de cualquier circunstancia: en la jornada de Wagram él había tenido más fe en Masséna que el propio Masséna; se recordará que, ante la sorprendente audacia de una orden del Emperador, el Duque de Rívoli había reclamado al pronto: "¡Masséna!—le replicó el Emperador—, pasaréis a pesar de todo!" ¡Y Masséna había pasado!; de ello hacía apenas diez meses.

Pero estos diez meses de reposo no habían pasado en vano para Masséna. No era todavía viejo, sin embargo; se necesitaba toda la increíble juventud de aquel brillante Estado Mayor para que el Duque de Rívoli y Príncipe de Essling pudiera pasar, dentro de él, por un "viejo soldado". En realidad, no tenía más que cincuenta y dos años. Pero todas aquellas gentes habían vivido con una intensidad doble o triple que la ordinaria; en la mayor parte de ellos, la fatiga no esperaba a la edad para manifestarse. Funcionaban, sin embargo, con tal de que, empeñados en la acción, tuvieran detrás al Emperador para animarlos: en Wagram había sido de todo punto necesario que Napoleón espolease al Duque de Rívoli. Algunos meses de inacción en un lujoso hotel del *faubourg Saint-Honoré*, gozando de buena mesa y en amable compañía, bastaban para aturdirlos a todos. Al Emperador no le parecían ya los mismos. El propio Masséna se daba cuenta de que, física y moralmente, se hallaba relajado.

Y además, conociendo a sus camaradas, esperaba que se subordinasen difícilmente a otro que no fuera Napoleón. Por ello declinó en un principio el honor que éste le hiciera. Pero el Emperador insistió y le prometió apoyar su autoridad, así como poner a sus órdenes un Ejército muy

fuerte; apeló, sobre todo, a su afán de gloria: el vencedor de Zurich se hallaba, tal vez, destinado a poner fin, con una suprema victoria en España, a las grandes guerras de Europa, y a inmortalizarse así entre todos. El Duque de Rívoli acabó por aceptar, pero agobiado de funestos presentimientos, de los que Thiebault pretende haber sido confidente—deplorable disposición de un Jefe en vísperas de tan gran esfuerzo.

* * *

El Emperador le había prometido 80.000 hombres; Ney y Junot le estarían subordinados. De lo que uno y otro se sintieron muy mortificados. Junot había mandado en jefe la primera expedición a Portugal, y aunque de talentos ordinarios, se creía por entonces un gran hombre. En un principio se había pensado en confiar a Ney la nueva expedición; pero el Emperador no le reconocía bastante experiencia, ya que no había mandado nunca en jefe. Al llegar Masséna a Salamanca, fué recibido por aquellos dos hombres con una deferencia muy fría. Le encontraban entorpecido por la edad, y esta apreciación se extendió entre el Ejército, en el que pronto constituyó un lugar común la frase: "¡Masséna está viejo!"; una de esas frases que anulan a un jefe antes de que tenga ocasión de obrar. Y lo peor era que, envejecido, en efecto, no se había despedido todavía de los desvarios de la juventud: le acompañaba una joven que llevaría consigo hasta las propias líneas de Torres Vedras. "Una mujer insignificante", escribía la Duquesa de Abrantes, haciendo eco a su marido. Ello no producía buen efecto en la tropa. Junot, ciertamente, no tenía derecho a escandalizarse; pero, como ya he dicho, los soldados que vivían sujetos a privaciones no les perdonaban nada a sus Jefes, aunque fuesen los más bravos y prestigiosos.

Masséna, por su parte, se afligía ante el espectáculo que le ofrecían los soldados que encontraba en España; ya sabemos cuál era su desmoralización; el Mariscal no reconocía en ellos los hombres de su antiguo Gran Ejército; dos años en España los habían enervado. Además, las fuerzas que encontraba reunidas, numerosas en el papel, eran de hecho muy inferiores a las que el Emperador le había prometido. El VI Cuerpo (Ney) debía constar de 30.000 hombres, pero le faltaban 5.000 ó 6.000 para completar dicha cifra; todavía era peor la situación del VIII (Junot), que en principio constaba de 40.000 hombres y no contaba, en realidad, más que con unos 17.000. La Caballería de Montbrun, excelente en verdad todavía, gracias a su magnífico Jefe, no contaba, sin embargo, más que con 4.000 caballos. Masséna dispondría así no de 80.000 hombres, como le había asegurado el Emperador, sino, todo lo más de 53.000. Es cierto que todavía debía venir a reforzarla el II Cuerpo (Reyner), fuerte de 15.000 hombres, mandados por un Jefe serio y seguro, y con ellos se alcanzaría un total de cerca de 68.000, que las circunstancias no tardarían en reducir de nuevo a 50.000, antes de llegar a enfrentarse con los ingleses. Napoleón se obstinará siempre en afirmar que Masséna contaba con 70.000 a 80.000 hombres, y en negar que Wellington dispusiera de más de 30.000. Esta era, en efecto, la cifra de soldados ingleses; pero Wellington disponía también de 50.000 portugueses, más disciplinados que los españoles. La partida se entablaba, por lo menos, entre fuerzas iguales. Lo que, en realidad, bastaba a asegurar la ventaja a los franceses en campo abierto; pero aun para ello era preciso que fuesen mandados por jefes resueltos y bien avenidos.

Ahora bien: Masséna, desde que tomó posesión, se mostraba entristecido, inquieto y descontento; se le confiaban unos Cuerpos de Ejército, pero no un Ejército completo; no encontraba organizado ni un Estado Mayor, ni una Intendencia, ni un parque general de Ejército, y para colmo, en las primeras conversaciones con sus lugarte-

nientes, los encontró mal dispuestos a secundarle. En fin, no había ningún servicio de información; se vivía, desde hacía tres años, en esta España caótica, en una especie de penumbra; pero, especialmente, un velo muy espeso parecía existir entre Portugal y el resto de la Península. Al amparo de esta cortina, Wellington había preparado, para el caso de ser arrojado de España, líneas de resistencia, a las que pensaba aferrarse, y ante las cuales confiaba en hacer fracasar los más violentos asaltos. ¡Y nadie lo sospechaba!

* * *

Este Arturo Wellesley, Lord Wellington, ya he dicho que era el mismo "Duque de Hierro" que el mundo aclamaría después de Waterloo. No era un gran estratega ni un gran conductor de hombres; no tenía la chispa del genio; pero en él la voluntad lo suplía todo; voluntad servida desde luego por un juicio seguro y una percepción muy clara de las necesidades y de las posibilidades. Hasta entonces sus victorias se debían, por lo general, a la extraña incapacidad de los jefes franceses, a sus disensiones, a sus dudas, a la ausencia de mando único en el adversario; y de todos modos, el inglés llevaba las de perder cuando se trataba de *batallas campales*, en las que había sido frecuentemente derrotado y había de seguir siéndolo en adelante. Pero, en su opinión, importaba más resistir a la larga, que triunfar esporádicamente sobre tal o cual punto. En tanto que en la Península quedarán algunos millares de ingleses, aunque no dispusieran más que de un espacio de diez leguas cuadradas, la cuestión de España no podría darse por terminada. Y conforme a tal opinión, había dispuesto su plan. Mientras que avanzaba con sus tropas en 1809 y 1810 sobre el territorio español, se había preparado cerca de Lisboa el reducto inexpugnable sobre el cual se batiría en retirada, en caso de necesidad, y contra el cual vendrían a estrellarse las mejores tropas de Francia.

Tal reducto lo constituían las líneas de Torres Vedras. Con ello se mostraba como un verdadero precursor. Ciertamente, la fortificación es tan antigua como el hombre, y los romanos supieron convertir a menudo sus campamentos en verdaderas fortalezas de tierra. Pero habría que llegar a la guerra de 1914-1918, y particularmente a las famosas obras de la línea Hindenburg, para darse cuenta del partido que puede sacar un Ejército de una posición bien escogida y concienzudamente organizada. En este respecto, eran ya las líneas de Torres Vedras un verdadero anticipo de la línea Hindenburg. Lisboa se resguarda tras una pequeña península de 6 a 7 leguas de anchura por 12 a 15 de longitud, cuyo acceso es fácil de cerrar; esta pequeña península, convenientemente fortificada, protegía la capital portuguesa y la rada donde en un caso desgraciado—siempre previsible—la Flota se encontraría dispuesta a recoger al Ejército. La organización de la posición había sido confiada a los ingenieros militares, y éstos habían cavado un verdadero laberinto de trincheras, flanqueadas por Baterías, cuyos fuegos cruzados defendían el acceso a las líneas. Esta fortaleza de tierra había sido secretamente guarnecida de un número de bocas de fuego considerable para la época: unas 600. Cuando los 30.000 ingleses—soldados resistentes y tenaces—vinieran a guarnecer estas formidables posiciones, apoyados por 50.000 portugueses, ágiles y entusiastas, que a fuerza de meses se había logrado someter a la disciplina, Wellington no dudaba de poder afrontar al enemigo sin temor a una derrota. Si los franceses eran lo suficientemente locos para pretender forzar las líneas, se estrellarían contra ellas, y si se empeñaban en reducirlas, se desgastarían a la larga, dejando al jefe inglés la última palabra. Únicamente una considerable artillería de sitio podría abrir brecha en tales posiciones; pero precisamente el Ejército de Masséna carecía, ante todo, de piezas de

grueso calibre. En la ignorancia más completa de los trabajos ejecutados durante meses ante Lisboa, se emprendía una campaña en la que, para lograr la victoria, se contaba con las bayonetas de la valiente infantería de Ney y de Junot, y con los sables de los intrépidos jinetes de Montbrun. No se imaginaba nadie el muro inexpugnable ante el cual Wellington atraería a Masséna. Y como el inglés se hallaba seguro de atraerlo allí, había pensado en complicar más todavía la situación de los futuros sitiadores de Torres Vedras, prescribiendo a los portugueses la destrucción ante el enemigo, que avanzaba, de todo lo que pudiera serle útil: incendiar las cosechas, devastar el terreno, demoler las casas, etc., para situar al Ejército francés en un desierto, y de esta manera, debilitarlo y desmoralizarlo, aún antes de haber alcanzado las primeras posiciones de la línea principal de resistencia.

* * *

Masséna comenzó la campaña a fines de junio; antes de ir en busca de Wellington, pretendía hacerse dueño de los plazas fronterizas entre España y Portugal. Ciudad Rodrigo fué asediada, y capituló el 9 de julio sin que Wellington hubiera dado un paso para socorrerla; después le tocó el turno a Almeida. Ney llegó el 24 delante de esta plaza, persiguiendo de cerca a la retaguardia inglesa, a la que puso en desorden. La ciudad no llegó a resistir un mes; abierta brecha en sus murallas, se rindió el 27 de agosto. Entre las dos plazas se habían hecho unos 9.000 prisioneros. De este modo, habiendo asegurado su retaguardia, Masséna se creyó autorizado, al fin, a penetrar en Portugal. Pero con ello se habían perdido dos meses y el otoño se aproximaba.

Napoleón apremiaba al Mariscal a lanzarse sin miedo en persecución de Wellington: en sus cartas espoleaba, excitaba y trataba de exaltar el orgullo del gran soldado. ¡Cómo 30.000 ingleses podrían resistir a 60.000 franceses mandados por un Masséna!

El Ejército cruzó la frontera entre el 10 y el 15 de septiembre. Su marcha fué lenta: conforme a las órdenes de Wellington, se hacía el vacío delante de los franceses, y, en la imposibilidad de poder vivir sobre un país enteramente devastado, había que arrastrar tras sí enormes convoyes de víveres que entorpecían la marcha. Era necesario, además, preparar el paso del Tajo, muy ancho entre Abrantes y Lisboa, y se carecía de material de puentes. Ya Masséna no vislumbraba más que dificultades; preveía un fracaso, una derrota, un desastre; actuaba sin fe; sus cartas al Emperador y las frases que se le escapaban revelaban sus aprensiones, y era únicamente impulsado por las respuestas estimulantes de Napoleón como seguía adelante, a pesar de todo, pero atormentado por las preocupaciones.

Sólo después de haber atravesado muy penosamente aquel país devastado se llegó el 19 de septiembre a Viseu, en donde se pensaba tropezar con los ingleses; pero no se los encontró hasta Bussaco, el día 25. Se habían instalado allí en excelentes posiciones fortificadas de un modo sumario, por lo cual, en menos de una hora hubieran podido ser expulsadas de ellas las levitas rojas, si se las hubiera atacado inmediatamente con resolución y con vigor. Tal era la opinión del impulsivo Ney, que, marchando en vanguardia, se comprometía a desalojar al enemigo y tal vez a aniquilarle, si se le permitía atacar bruscamente: "Si yo desempeñara el mando en jefe—exclamaba—, no dudaría en atacar." Regnier compartía esta opinión; los dos solicitaron de Masséna la orden de lanzar sus hombres sobre el enemigo. Pero tal orden se hizo esperar: el Mariscal deseaba informarse por sí mismo, y no llegó hasta el anochecer. Mientras tanto, los ingleses habían tenido tiempo de completar sus organizaciones defensivas. Wellington no intentaba, por otra parte, más

que resistir algunas horas para debilitar al atacante y permitir a su propio grueso retirarse sin prisa sobre las famosas líneas de Torres Vedras. Ney, que al principio había deseado arrollarlo todo por sorpresa, opinó después que no convenía librar batalla ahora que los ingleses se hallaban prevenidos, pues ello costaría caro y debilitaría al Ejército. Masséna, sin embargo, dió la orden de ataque para el 27. Regnier, lanzado el primero, fracasó ante la resistencia de las levitas rojas. Ney, a su vez, fué lanzado contra ellas: más afortunado, logró penetrar en la posición, pero sin lograr tomarla. En relación con tan mediocre resultado, las pérdidas eran relativamente considerables: 4.500 hombres fuera de combate; y Masséna, ante este semifracaso, suspendió el ataque. Pensaba ahora, como buen estratega—pero demasiado tarde, según Marbot—, en envolver la posición, que no era posible tomar de frente. Sin embargo, Ney—furioso de que, en contra de su parecer, se le hubiera expuesto a un fracaso—se mostraba tan desalentado, que hablaba nada menos que de retroceder para reorganizar el Ejército entre Almeida y Ciudad Rodrigo. Masséna se resistió a ello con altanería, y la cuestión comenzaba a agriarse cuando el valiente Montbrun salvó la situación. Un reconocimiento de Caballería, que él mismo dirigía, descubrió un paso que permitía envolver, como Masséna había pensado, la posición de Bussaco. El Duque de Rívoli encaminó por allí el grueso de sus fuerzas, y el 29 desembocaba en la llanura de Coimbra, casi a espaldas de las tropas de Wellington, amenazando a éste de un desastre. El General inglés se dió cuenta en el último momento del peligro en que le ponía la maniobra enemiga, y dió orden de evacuar rápidamente la posición y de batirse en retirada, destruyéndolo todo a su paso, antes de verse envuelto. Si el 25, en lugar de atacar de frente, Masséna hubiera hecho ejecutar el reconocimiento que el 27 le diera tan magnífico resultado, tal vez hubiera podido envolver a todo el Ejército británico y terminar así, de una vez, la campaña. Las indecisiones del Mando habían hecho fracasar una operación que hubiese podido resultar decisiva. Pero hubo que contentarse con la retirada precipitada de Wellington, obligado a abandonar todo el territorio portugués hasta las proximidades de Lisboa.

* * *

Tal abandono fué precedido de la devastación del territorio que se cedía, conforme al plan adoptado por los ingleses. Los portugueses, en realidad, sólo contribuían a esta devastación a regañadientes; pero se habían entregado a un amo despiadado e inflexible en el designio que se había propuesto; designio que ya comenzaba a dar sus frutos, pues los franceses penetraban en un país cuyos recursos habían sido destruídos y, faltos de ellos, comenzaban a sufrir toda clase de privaciones. Masséna, sin embargo, no cejó en la persecución. Wellington precipitaba la retirada, y el 8 de octubre, sin haber sido alcanzado, llegaba a las líneas de Torres Vedras y se instalaba en ellas con su Ejército. De este modo, cuando nuestras vanguardias, que seguían de cerca a la retaguardia inglesa, creían, al fin, haberla dado alcance, vieron a las últimas levitas rojas desaparecer tras las trincheras y fueron recibidas por un nutrido fuego de fusilería y después por un fuerte cañoneo que partía de las posiciones fortificadas.

Aquello fué una sorpresa para todo el Ejército francés; ya he dicho que, debido a la falta de todo servicio de información, sus Jefes se hallaban completamente ignorantes de los trabajos ejecutados desde hacía tantos meses

delante de Lisboa, y aun al llegar frente a las líneas, el propio Masséna estaba muy lejos de sospechar toda su importancia. Cuando, el día 11, todo el Ejército se hubo reagrupado entre Alhandra y Sobral, el Mariscal se hallaba resuelto a atacar. Wellington, por su parte, se hallaba pletórico de confianza: resistiría—según afirmaba—hasta el último hombre; sin embargo, para afianzar la moral de sus soldados, se gestionó de la flota de transporte que se mantuviera cerca de Lisboa; con un Masséna, secundado por aquellos dos leones, Junot y Ney, y a la cabeza de 50.000 hombres animados de la furia francesa, no estaba de menos esta precaución.

Masséna ordenó entonces reconocer las líneas, y se convenció bien pronto de que no se hallaba frente a una simple posición, sino que se trataba de una fortaleza de tierra que juzgó inatacable, al menos inmediatamente y con las fuerzas de que disponía. Estas habían perdido ya más de 7.000 hombres; la marcha a través de un país devastado y bajo un calor aplastante había costado más de 2.000 bajas, que habían sido evacuadas sobre Coimbra.

Mejor informado que Napoleón, el Mariscal no aceptaba en modo alguno la cifra de 30.000 soldados que el Emperador atribuía a Wellington; el General inglés, con los portugueses, disponía de 70.000 hombres, por lo menos, a los que prestaban una fuerza singular las posiciones tras las que esperaban el asalto. Se podría, tal vez, tomar la posición; pero al precio de tales sacrificios, que resultaría una victoria estéril, a lo Pirro. Masséna, con sólo sus 45.000 hombres, no podía afrontar tan terrible batalla: necesitaba, cuando menos, el doble. Y aun con ellos, le sería preciso maniobrar atacando por las dos orillas del río: amenazar las posiciones de la orilla izquierda con 20.000 hombres, y las de la orilla derecha, con 80.000; emprendiendo, en definitiva, un sitio en regla, que resultaría costoso de llevar a feliz término. Se trataba del mismo problema que, cien años después, se plantearía a nuestros Jefes militares, frente a las posiciones alemanas de la Champagne, del Aisne y del Artois: o tomar las obras una por una, o encontrar un punto por donde se pudieran abrir paso a través de las trincheras enemigas. Masséna no se hallaba preparado para resolver sin más ni más este problema nuevo. Ya era mucho que él hubiera percibido tan claramente el avispero en donde se metería, en el caso de lanzarse a un ataque inmediato. Sería seguramente rechazado con grandes pérdidas, y se vería forzado a retirarse con su destrozado Ejército; sin contar con que el Ejército enemigo saldría en seguida de sus trincheras y se lanzaría sobre nuestros soldados, fatigados y desmoralizados.

* * *

El Mariscal se resignó, pues, a no intentar ningún asalto. Detuvo a sus tropas frente a las famosas líneas y se limitó simplemente a bloquear éstas.

Mientras que las vigilaba de cerca, reavituallaría a su Ejército, desprovisto de todo, y en tanto que solicitaba del Emperador importantes refuerzos, confió al General Eblé—el más caracterizado ingeniero del Ejército—la misión de tender sobre el río sólidos puentes que permitieran ligar las operaciones de cerco por las dos orillas. Organizó, por su parte, posiciones sólidas desde Santarém a Thomar, para el caso en que los ingleses intentaran emprender una ofensiva, y el 14 de noviembre se instaló en ellas con su Ejército. Ya había enviado a París al General Foy, con objeto de exponer a Napoleón la situación y obtener los consabidos refuerzos. Hasta la respuesta del Emperador, todo quedaría en suspenso.

(El final de este relato no ha sido publicado aún por la Revista de donde lo hemos tomado.)

Crónica de guerra del mes de septiembre de 1944

General JOSÉ M. AYMAT

FRENTE DEL ESTE

Finlandia, cuyo cambio de Gobierno hacía presagiar un cese de hostilidades, solicitó el día 25 de agosto, de los Soviets, un armisticio, y dictadas por Moscú las condiciones, el 4 de septiembre cesaron las hostilidades por parte finesa, sin que hasta el día siguiente fuera seguido el ejemplo por los rusos. En las condiciones entraba la de

que los alemanes debían salir antes del día 15 de Finlandia, imposible de cumplir en la difícil región nórdica, donde al fin, al cerrar esta crónica el 22, parece haberse logrado, no sin ser seguidas las tropas de numerosos naturales que se refugian en Suecia, temerosos de las represalias que les esperan.

Incluso se ha producido un choque entre alemanes y fineses, al ocupar, por seguridad militar de la costa de Estonia, una isleta del golfo de Finlandia.

En el tratado de paz exige Rusia, amén de la frontera de 1940, que arrebatada la Carelia, Pétsamo en el Océano Glaciar, y la ocupación de la península de Porkala, unos 30 kilómetros al sudoeste de la propia capital, Helsinki, como ya lo fué en 1940 Hangoe, a la salida del golfo de Finlandia.

La indemnización, a pagar en seis años, 300 millones de dólares, aunque los comentarios angloamericanos la consideran moderada, es crecida para un pequeño país como el heroico vencido (un millar de pesetas por habitante).

Y lo peor, tal vez, de todo esto son las perspectivas políticas del próximo futuro.

En los países bálticos, las reservas acudidas, que ya habían contenido en agosto el avance ruso, recuperando Mittau, al sur de Riga, por donde se veían cortadas las comunicaciones alemanas con Letonia y Estonia, han seguido en septiembre con activa intervención de un grupo de Divisiones blindadas del Conde Strachwitz, han contenido y rechazado a los rusos en sus ataques de Sur a Norte por entre los lagos Peipus y Wirz, entre los que va el ferrocarril oriental de los dos que van a Reval, en lucha muy cruenta en su cruce con el río Embach, donde está Dorpat o Jurjew, tan repetido en los partes.

Otra región de dura lucha es el sur de Riga, por donde tratan de nuevo los rusos de cortar el frente alemán, habiendo contenido con éxito los germanos los ataques moscovitas a Mittau, y que el día 14 se repiten con grandes contingentes y empeño a lo largo del río Memel desde Bausk, hasta el punto de cifrar los comunicados alemanes la fuerza atacante en 20 Divisiones.

El pasillo polaco entre Prusia Oriental y Varsovia, por el Bug al Narev, ha sido teatro de muy duras luchas, contenidos los rusos al principio de mes sobre el Narew, la ofensiva parte de Byalystok; a mediados se han perdido, por los alemanes, Lomza y Ostrolenka, teatro de cruenta batalla en 1812, sobre el camino que por Smolensko a Moscou siguiera Napoleón.

Tanto en esta sección del frente como en Letonia, la Luftwafe ha dado pruebas de su existencia, combatiendo no sólo con la energía acostumbrada, sino con éxito, sobre la numerosa aviación enemiga y contra los carros de combate moscovitas.

Vencida al fin o casi vencida, porque después de haberlo sido, con el auxilio aéreo de los aliados, resurgió, la sublevación polaca del General Bor en el interior de Varsovia, los rusos, en septiembre, han continuado presionando sobre el eje Byalystok-Varsovia, venciendo, al fin, muy tenaz resistencia en Radzimin, a unos 20 kilómetros de la capital, y luego en el barrio de Praga, a la derecha del Vístula, cuyos puentes, batidos por los guerrilleros de Bor, comprometían la defensa. El río, no obstante, está ofreciendo un obstáculo que, al cerrar estas líneas, no se da aún por vencido.

Las cabezas de puente del Vístula no han conseguido, en cambio, progresar, y aunque subsisten, amenazadoras las de Galitzia, las de más agua abajo de Sandomierz han logrado, en parte, ser reducidas, con graves pérdidas de los rusos.

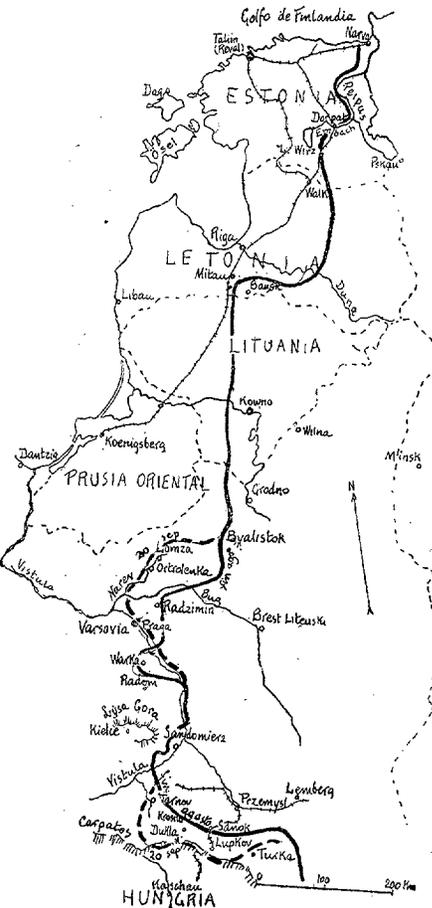
En esta región sur del frente, es en los Cárpatos sobre los que ejercen los rusos más presión, pues han reunido una decena de Divisiones, a las órdenes del prestigioso Koniev, y han vencido la dura resistencia opuesta por las fuerzas germanohúngaras, arrastrándolas de Sanok y Krosno a los collados de Jablumka, por donde pasan carretera doblada por el ferrocarril al Tisza, y de Dukla, por donde más rápidamente se llega a las llanuras húngaras. Noticias del día 20 dan por alcanzada la frontera de Eslovaquia, que sigue la divisoria.

La defensa se pega cada vez más al terreno; pero su suerte está relacionada con la de los Balcanes, de que vamos a ocuparnos.

Rumania ha repetido el juego de Italia, y se ha rendido al que juzgó próximo vencedor, y sin más que esporádica resistencia alemana o incluso de algún contingente rumano, que se creyó obligado por sus ideas políticas o por su honor, los Soviets han ocupado todo el país.

Bulgaria rompió alianza con Alemania y pactó con los angloamericanos, ya que con los Soviets no estaban en guerra. El deseo de conservarse neutral le costó la declaración de guerra de Moscú, el 5 de septiembre, y el inicio de invasión, incruenta, y que ha sido seguida a los pocos días de rendición y de paso de los soldados rusos hasta las fronteras de Yugoslavia, donde han enlazado con las fuerzas de Tito y de Grecia y Turquía, con la grave y justificada alarma de estas naciones, temerosas de ver a los rusos en el Egeo, por Salónica, y en los propios estrechos del Mármara, a las puertas de Constantinopla.

El avance ruso sólo ha encontrado resistencia a lo largo de la gran S de los Cárpatos, donde las Divisiones germanas han rechazado el avance; pero no han podido evitar la ocupación de la mitad oriental de Transilvania, in-

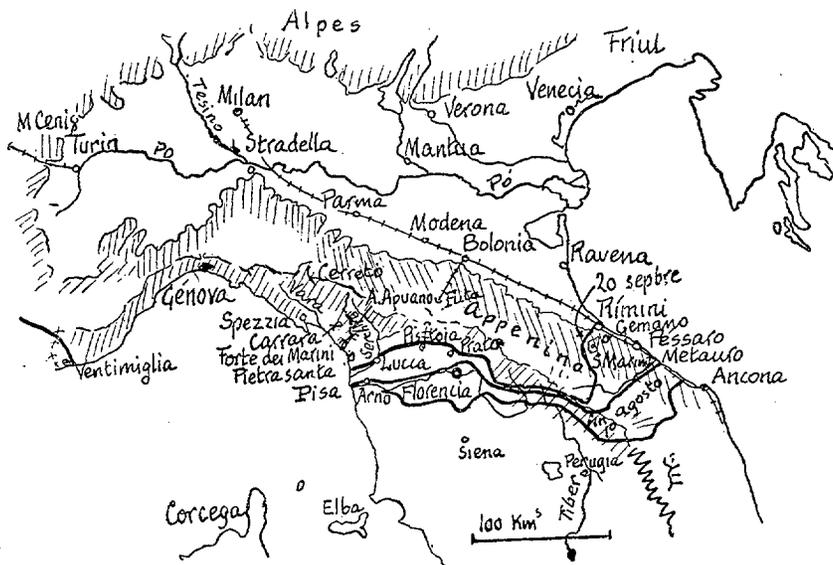


cluso de su trozo septentrional, que había pasado a poder húngaro, en reconquista rumana, que se da como causa del cambio de alianza, y que con ello refuerza la de los húngaros con Alemania.

En resumen: en el frente oriental, los alemanes han logrado contener el avance ruso; han constituido un sólido frente, que va desde el golfo de Finlandia a los Cárpatos; pero ni han podido dar una batalla decisiva que permita por algún tiempo despreocuparse de los rusos, ni dejan de ver desmoronarse sus alianzas del Sudeste, con peligro creciente tanto para Austria como para las fronteras meridionales de la propia Alemania.

ITALIA

No obstante la necesidad de reservas y la amenaza que la ocupación del sur de Francia representa para el valle del Po, las fuerzas de Keselring siguen manteniéndose en las faldas del Apenino. Sin graves luchas en el conjunto de la línea, pero sí muy cruentas en el extremo Adriático, donde hay empeño en desembarcar en las llanuras de Emilia, ya por Ravena, ya por la misma vía de Bolonia, en-



volviendo así el Apenino y avanzando por donde desarrollar toda la superioridad de material aliado. No obstante la tenaz resistencia alemana, ha impedido avances mayores, en lo que va de mes, que la cincuentena de kilómetros que hay del Metauro a Rimini, en la que no han entrado hasta el día 21. Los combates más duros han sido una batalla de tanques junto a Pessaro y el repetido asalto a la aldea de Gemmano.

A lo largo del bajo Arno se pasó el río, y ocuparon los aliados las comunicaciones que de Pisa por Lucca Pistoja, muy próxima al paso de la divisoria por el ferrocarril, y Prato a Florencia. La que llaman línea Gótica, en las faldas apeninas, ofrece resistencia muy seria, y su extremo tirreno debe terminar en el llamado Apenino Apuano, que entre el Serchio, río de Lucca y el valle de Vara, paralelo a la costa, junto a la Spezia, arrancando de la divisoria por el Pico Cerreto, de 1.259 metros, crece en altura al Sur, por los 1.900, hasta cerca de la costa, entre Pietra Santa y Carrara, a pico casi sobre Forte dei Marini, nombres todos sugeridores de lo agreste del terreno.

La ofensiva por el Nordeste, llevada a cabo por los

británicos, que iban a ser núcleo de las fuerzas de Tito, comprometiendo por el Friul la defensa del valle del Po, no ha parecido hasta ahora, quizá atraídos por el enlace con los rusos que vienen por Bulgaria y el interés de crear una nueva gran Yugoslavia dependiente de los Soviets.

CHINA

Después de la conquista nipona de Heng-Yang en agosto, ha decaído la actividad hasta bien entrado septiembre, en que se insiste de nuevo en tratar de completar la ocupación del ferrocarril Hankeu-Cantón, para aislar la China oriental de la de Chun-King, completando, por otra parte, la ocupación de la costa, que se procede a fortificarla y guarnecerla para ponerse a cubierto de desembarco, que se teme, en vista de la audaz actividad de los norteamericanos.

BIRMANIA

A pesar de las intensas lluvias monzónicas, los ingleses han atacado y ocupado, con escasa resistencia, altura de la cordillera Mayu, al sudoeste de Buthingdaung, teatro que fueron de la lucha de fin del invierno.

En el valle de Manipur ha continuado lentamente el avance anglo-indio hacia Tiddin.

La ruta de China por Bhamo, la llamada de Ledo, es apretada por sus dos extremos desde la tan discutida Myitkyina y por el Saluen, donde los chinos han logrado algún avance.

PACIFICO

Han continuado los bombardeos americanos de Rabaul, islas Bonin, Formosa, los aeródromos de Mindanao, especialmente los de Davao, al Sur, en Filipinas, incluso el día 22 Manila, en cuyo puerto y aeródromos se ha causado muy serio daño. También lo fueron los aeródromos de la isla Halmahera, entre Nueva Guinea y Mindanao, precursores que han resultado del desembarco, el día 14, de las fuerzas de MacArthur, en la isla de Morotai, en su extremo norte. Su extensión (dos Menorcas) permite la defensa, que, como viene siendo norma, es fuerte; tanto, que ha obligado a los pocos días a un segundo desembarco, a 9 kilómetros del primero.

Simultáneamente, la isla Peliu, de las Palaos, ha sido objeto de otro desembarco de las tropas del Almirante Nimitz, con auxilio aéreo desde portaaviones, con la obligada resistencia.

La zona industrial del Japón ha vuelto a ser bombardeada por las superfortalezas volantes, basadas en China, a mediados de septiembre, en pleno día, primero de los ataques efectuados a esas horas.

Acaba de publicarse el *Anuario Naval Jane's*, y de ella se dan las noticias de la potencia de la Armada norteamericana. Por su acreditada seriedad, merecen sus datos toda solvencia. En cuanto se boten próximamente dos acorazados de 45.000 toneladas, cuyas características da, serán 24 los acorazados, cifra hasta ahora inédita, más de 100 los portaaviones y 80.000 las embarcaciones de desembarco. Dura se presenta para el Japón la lucha.

FRENTE DEL OESTE

Dejamos nuestra crónica anterior cuando la fracasada maniobra alemana de rotura del enlace anglo-americano por Avranches se había transformado en intento aliado de copo del VII Ejército alemán, embolsado en Mortain, sin más salida que la estrecha zona entre Falaise y Argentan. Conquistado el primero por los canadienses, pero firme el segundo ante los yanquis, por allí salían las Divisiones germanas, que infligían duro castigo a la presión enemiga en todo el perímetro de la bolsa. Sin embargo, los ingleses ocuparon, al este de Falaise, Trur el 19, y Chambois el 20, lugar donde los americanos, envolviendo por el Este Argentan, lograron cerrar la bolsa. Aunque este enlace fué roto momentáneamente por los germanos, al fin numerosas fuerzas quedaron aisladas, y en días sucesivos de continua lucha hasta el 24 fueron hechos prisioneros contingentes pertenecientes a 14 Divisiones, que los aliados llegan a cifrar en 40.000 hombres.

Vimos ya que simultáneamente el tercer Ejército norteamericano de Patton llegaba a las puertas de París, del que se apoderaron las fuerzas francesas de interior, no sin lucha en las calles, que duró varios días, hasta la entrada de los americanos.

Aparte de asegurar el paso del Sena por Mantes, con ayuda de paracaidistas, lanzados al otro lado, y en Melun, la maniobra aliada, despreocupándose de París, se encaminó a cortar la retirada de los restos del VII Ejército alemán y de las Divisiones que en la costa mantenían tenaz y victoriosa resistencia frente a Caen; pero el lento repliegue escalonado del Dives al Vire, de éste al Touques y por fin al Sena, combinado con la opuesta al ala derecha americana, a lo largo de la izquierda del Sena, especialmente en Gaillon y Elbeuf, conservó una cabeza de puente al sur del río, entre el mar y Ruán, que salvó a la quebrantada fuerza alemana de nuevo envolvimiento. Era fin de agosto; la cabeza de puente de Mantes se extendía de Gaillon a Meulan, y más al Sur se había llegado, casi sin resistencia, a Troyes, que enlazaba con Orleans, ocupado desde el día 18.

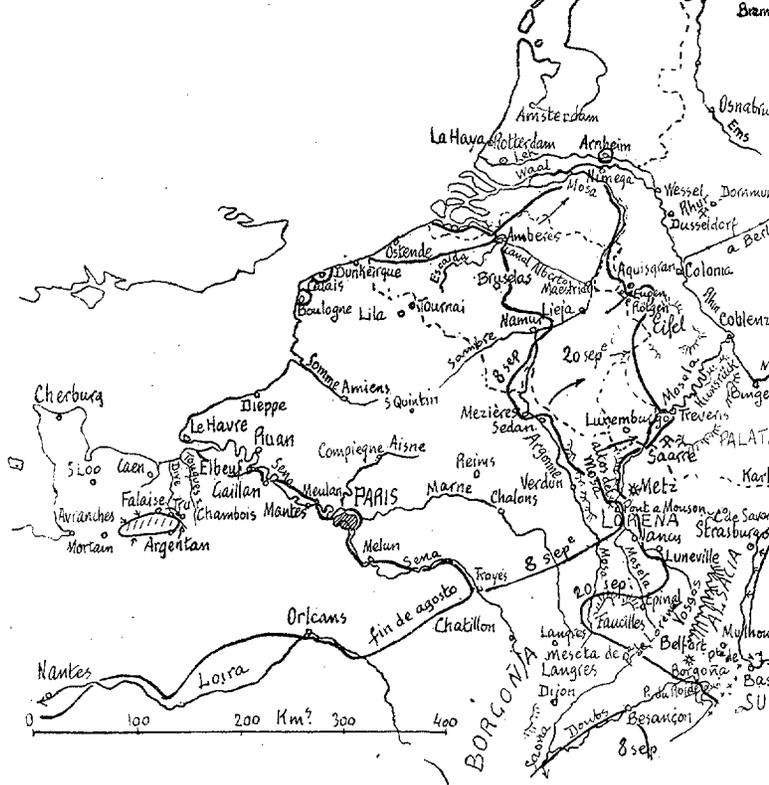
Las operaciones de septiembre se caracterizan por el empeño de llegar al mar, lo más al Norte posible, tanto para envolver las fuerzas del norte de Francia como por ocupar las tierras desde las que los V-1 ofendían, con grave daño, Londres y todo el sur de Inglaterra.

No ha sido grande la resistencia germana, tal vez debida a que las órdenes del nuevo Jefe, General Model, fueran de repliegue rápido sobre la frontera y línea Sigfrido, para con tiempo poder reorganizar las fuerzas replegadas. El hecho es que ni la línea del Somme, ni la del Aisne, ni los propios altos del Argonne (¡aquel heroico Verdun!) se aprovecharon, y la marcha aliada ha sido rapidísima, alcanzando Amberes, Namur, Sedán, Nancy. Bélgica se cruzó por los británicos de Turnai a Amberes por Bruselas en dos días, 3 y 4. Esporádicamente se defendió Compiègne y San Quintín. Incluso la captura de algún General, sentado descuidadamente a la mesa, hizo pensar en pérdida de enlaces y mando, o en un derrumbamiento moral.

Sólo se ha contenido ese ímpetu al aproximarse a las fronteras alemanas y al Rin, aparte de que la zona del Estrecho, Boulogne, Calais, Dunkerque, resistió; el día 20 caían V-1 sobre Londres; aisladas al fin, primero la zona, sitiadas luego las plazas, cayó Dunkerque, siguen defendiéndose las demás.

Las fuerzas de Maitland Wilson, que en la segunda quincena de agosto conquistaron Provenza, envolvieron y rindieron, al fin, Tolón, y casi sin resistencia, después, Marsella, con ayuda creciente del "maquis", que a su aproximación se desarrollaba exuberante, pasaron fácilmente del Durance al Ródano.

Salvo para César en su conquista de las Galias, no había tenido ocasión de ser camino militar, a pesar de su importancia geográfica, al unir, por la Puerta de Borgoña y la



meseta de Langres, la renana Alsacia y las llanuras del norte de Francia por el Saona y Ródano con el Mediterráneo.

No muy cómodo, sin embargo, porque el del Ródano, desde Lyon, es valle estrecho entre el macizo central prolongado por Cevennes, de un lado, y las descendencias de los Alpes hasta el Durance por el otro, con angosturas de muy pocos kilómetros, principalmente por Montelimar y Valence, donde escalonaron los alemanes de Blaskowitz una eficaz resistencia, en que se ha distinguido la División blindada de von Wietersheim, que permitía retirar el material y difícil de envolver por los flancos, interrumpidos por frecuentes y profundas cortaduras de los valles afluentes. El caso es que, no obstante la ayuda de las F. F. I. (fuerzas francesas del interior), o "maquis", que por los Alpes, menos guarnecidos de alemanes, se corrieron por Grenoble hasta la Alta Saboya, llegando al lago Lemán, y más tarde se infiltraron entre el Doubs y la frontera suiza, las Divisiones del XIX Ejército han podido reunirse con sus compatriotas.

De este repliegue han participado las fuerzas alemanas del resto de Francia hasta nuestra frontera. En espera de todas ellas, el Mando alemán organizó la defensa de la meseta de Langres, en posición central sobre el Saona, por donde venía Blaskowitz sobre el Sena y sus afluentes de la izquierda, y en inmediata relación con el Loire, bajo y alto. Ante sus posiciones se detuvieron los avances de Patton, en verdad, más atento al Norte y a envolver y ocupar las plataformas de las V-1. Por esa defensa, Wilson, en seguimiento de Blaskowitz, contenido en duro combate en Besançon, no pudo enlazar con Patton ni en la entrada de Alsacia, ni tan siquiera por la puerta de Lorena que conduce al Mosa, sino en operación excéntrica por Dijon, en Châtillon, sobre el Sena.

En este momento aseguraban los aliados que quedaban al Oeste 40.000 alemanes. Acosados por el "maquis" unas veces, otras replegándose realmente sin ofensa de la población francesa que atravesaban, algunos destacamentos han podido verse envueltos y dominados, otros habrán pasado sin que ni lo sepan los aliados; varios miles de hombres, con su General, dicen, parece haberse rendido a una pequeña fuerza en las orillas del Loire. Otros siguen en su puesto. Tal, uno en las bocas de la Gironde, desde donde impide el libre uso del puerto de Burdeos, dispuestos a

emular las gestas de Saint-Malo; de Brest, que aguantó desde el 6 de agosto hasta el 19 de septiembre; de Saint-Nazaire, que aun resiste; de Boulogne y Calais; a luchar mientras tengan dónde y con qué, preocupados sólo de atraer sobre sí el mayor esfuerzo enemigo y a causar a sus intereses militares el mayor daño posible.

En el sur de Francia se trató de avanzar hacia Italia; pero en vista de la resistencia que el enemigo, apoyado en el áspero terreno por un lado, y por otro por el mayor interés que ofrecía la unión con los desembarcados en Normandía para el asalto más directo de Alemania, se han contentado con conquistar Niza, Menton y, pasada ya la frontera italiana, Ventimiglia, asomarse a Italia por la carretera Niza-Turín, y en lo fuerte de los Alpes ocupar Módena, boca francesa del túnel de Mont-Cenis. Por otra parte, los alemanes, tratando de asegurar las cumbres, han reaccionado y conseguido avances en los pasos de la Maddalena y en la carretera que baja de Monte-Genève a Briançon.

La posición alemana ante la que se detiene el fulminante avance aliado, aparte de novedades que hayan podido mantener ocultas y del refuerzo indudable, son las constituídas por la antigua línea Sigfrido, con sus 22.000 obras en sus 600 kilómetros de desarrollo, doblada por el Rin, que estaba delante de ella desde Suiza a Karlsruhe, ya que Alsacia era francesa, muy detrás en la Renania hasta Wesel, no lejos de la frontera holandesa. De allí la línea Sigfrido pasaba en dirección Noroeste al Ems, cuyo curso seguía hasta el mar.

Los esfuerzos por pasar el Mosa, Waal y Leek, en tierras holandesas, si cruzan el Rin, del que son brazos los dos últimos, no envuelven la línea Sigfrido, como leemos en comentarios, que ésta viene luego.

Para facilitar esta operación, fuerzas aerotransportadas inglesas han sido arrojadas en paracaídas (bajo una no ya "sombrija", sino "túnel" (?) de protección aérea) y luego reforzadas con planeadores al norte de Nimega y Arnheim, según parece, con propósito de ocupar dos puentes importantísimos en Nimega (Waal). Los alemanes se defienden encarnizadamente en Nimega y aseguran, incluso, que el único de los dos puentes ocupado por los aliados está cortado; quedan además los del Leek. Alertados y en fuerza los alemanes, lanzan sus reservas sobre los desembarcados.

Más al Sur, sobre la línea tradicional de invasión Oise, Sambre, Mosa (de Namur a Lieja), Aquisgran-Colonia, se ha atravesado la frontera, siendo Roetgen el nombre de la primera población alemana conquistada el día 11, próxima al sur de Eupen, más sonada y donde la población hizo a los victoriosos un recibimiento hosco, que contrastó con el triunfal que encontraron hasta ahora los aliados al llegar como libertadores. Norma que hace pensar sobre la sinceridad y la consecuencia, o inconsecuencia, con que se vitorea a veces al poderoso vencedor. De allí se siguió fácilmente a la Aachen alemana, de tan exuberante toponimia (Aix-la-Chapelle en francés; Aquisgran, nombre de la capital de Carlomagno que se conservó en los tiempos de la España imperial). También aquí la resistencia es dura, y aun envuelta, no se ha progresado más que unos pocos kilómetros. Ni la punta desde Sedan-Mezières, por el norte del Luxemburgo, pasa del Mosa frente a lo intransitable del Eifel, ni por el Sur, camino del Sarre, tampoco. La región de Metz resiste a algunos kilómetros de la capital. La cabeza de puente sobre el Mosela, alcanzada en Pont-à-Mousson a principio de mes, no progresa.

Luneville, ya en el Meurthe, alcanzada entonces, ha sido recuperada en brioso contraataque, que para el acceso por el collado de Saverne (paso del canal Marne-Rin) a Estrasburgo (ciudad de las calles o travesía) y al Danubio.

Finalmente, la meseta de Langres, aun conquistado hace días el propio Langres, en las Faucilles (lomas de su borde nordeste), ofrece con Epinal una posición que defiende por el Noroeste el boquete de Belfort, que rodea

las fuertes posiciones de los Vosgos, o puerta de Borgoña (región de Dijon), que así se llama también a esa comunicación Rin-Doubs, a cuyas proximidades llegó antes Maitland Wilson por Besançon; pero en medio mes apenas ha avanzado hasta Pont-de-Roide, donde el Doubs sale de las montañas del borde sur del paso.

Todo hace prever que, reagrupadas las Divisiones batidas en Francia, reforzados los contingentes por entrada en línea de nuevas Unidades veteranas que la reducción de frente haya permitido, y tal vez por otras nuevas que la movilización extrema de última hora haya producido, hasta compensar las considerables pérdidas sufridas, puedan los germanos dar la batalla, al amparo que la fortificación presta, elevada aun más la moral de resistencia al defender su propio suelo.

Cuanto ganan en concentración, brevedad y abundancia de comunicaciones, lo alargan y complican los aliados. El verano pasó, y con los malos tiempos otoñales, la superioridad aérea aliada se verá reducida en su desproporcionado e incontrastable poder, a lo que no puede menos de contribuir las bajas sufridas por los aliados, principalmente en las Unidades más selectas.

Tal vez la guerra se prolongue más de lo que el optimismo aliado presagia o presagiaba hace unas semanas, cuando el prudente y cauto, para el optimismo, Premier británico, pudo decir: "No nos podemos quejar: cuanto tocamos se nos convierte en oro." Ese "oro" de la victoria ha sido siempre muy caro en sangre del soldado que se bate, hoy hasta de la anciana o el niño de la retaguardia, y aun para el que por la distancia se ve libre de ello, en trastornos económicos y morales muy difíciles de remediar. Recordamos siempre con qué tristeza tenían que agarrarse los franceses de 1920 para sus desdichas al consuelo de "mais nous... avons gagné la guerre".

Finlandia, el día 21, cambiaba de Gobierno; las primeras órdenes del nuevo tenían que amenazar con "no tolerar desórdenes". De Gaulle tiene más preocupaciones por la situación interior, que le proporciona la victoria, que por los alemanes. En Roma, en pleno control aliado, se producen linchamientos (cosa no vista, dicen, desde hace ciento cincuenta años). La U. N. R. R. A. tiene un programa ante el hambre, la miseria y la tuberculosis, que espanta. Son las consecuencias de toda guerra, crecidas inmensamente en esta tan intensa, integral y duradera.

Por eso, al ver que con el resurgir de la resistencia alemana puede prolongarse la guerra, encaminada a la rendición incondicional de Alemania, nos queda la sospecha (que hemos de confesar gratamente esperanzada) de que, por el contrario, aproxime el fin, por renuncia a aquella inhumana condición.

Síntoma alentador son dos fotografías: una que vimos de un pequeño pelotón de soldados norteamericanos, en atuendo claramente de campaña, rindiendo honores al cadáver del General Yoghitsu Saito, el defensor de Saipán. Otra la conocemos por el comentario inglés: un soldado americano comparte su comida con un anciano matrimonio alemán, que sonríe. Un periódico inglés comentaba: "Fuera sentimentalismos suicidas para la causa de la paz, que el pueblo alemán, con sus sacrificios, se identificó con sus gobernantes." Afortunadamente, mientras el hombre normal tenga corazón, prisionero y guardián, en su mutuo trato, llegarán a conocerse, a comprenderse y a sentirse hermanos, hijos de Dios. En las largas guerras, los soldados, cuanto más sufren fatigas en una común lucha, cuanto más frecuentemente ven de cerca a la Muerte y conocen el valor con que también la desafia el adversario, más le admira. Por eso, a pesar de la protesta, los soldados acariciarán a los chiquillos del enemigo y compartirán el pan con el viejo hambriento. Sólo así son posibles las paces.

Puede llegar a ser tan cara la fase de guerra que se acerca, que si se preguntan: "Y esto ¿para qué?, ¿por qué?", surja el deseo de acabar.

Consideraciones sobre el curso de la guerra

(Por el Mayor F. WANNER. De la Revista *Schweizerische Monatschrift für Offiziere aller Waffen*. Revista suiza mensual para Oficiales de todas las Armas, de febrero de 1944, número 2. — Traducido por el Coronel *Fernández Ferrer*.)

Hasta que estalló la presente guerra mundial, se creía generalmente que la defensa era superior al ataque. La guerra de posiciones y trincheras, sostenida durante algunos años en la guerra del 14-18, dió origen a la idea de construir poderosos sistemas de fortificación, como los de la línea Maginot y Sigfrido (Westwall), que representaban la expresión más radical en este concepto militar.

En la literatura bélica se dedicó gran atención al estudio del problema de si una línea fortificada moderna, construida con profusión de hierro y cemento y poderosamente artillada, podría ser forzada con los medios de ataque conocidos antes de la guerra actual. Antes de estallar ésta, eran numerosos los escritores militares de prestigio que sostenían la tesis de la invulnerabilidad de las fortalezas modernas, y tanto la opinión pública de todos los países como los políticos y centros directores militares, acomodaron las medidas defensivas de sus pueblos a los principios de dicha tesis y a la esencia de que el armamento defensivo es superior al ofensivo.

El proceso de la presente guerra parecía confirmar, al principio, la solidez de esta doctrina, expuesta poco antes de comenzar la lucha actual en el libro titulado *The defence of Britain*, del reputado crítico militar inglés Liddell Hart.

Parecía que no había motivo para poner en duda estas ideas, porque el teatro principal de la guerra en el Oeste permaneció estabilizado y en completa tranquilidad hasta mayo de 1940, aun cuando durante muchos meses millones de soldados, bien armados, se hallaban frente a frente entre los dos cinturones fortificados enemigos. En esa fase extremadamente anómala de la guerra, se recordará que eran incasantes las informaciones militares sobre las operaciones de patrullas, pero de ahí no se pasaba.

Cierto es que en Polonia y Noruega la guerra de movimiento recobrava sus fueros, con la exaltación de sus primeros triunfos, poniéndose entonces de manifiesto, de un modo notorio, un método de lucha completamente nuevo, en el que, con la cooperación de la aviación, los carros y la infantería, y mediante una técnica de mando y del servicio de información y transmisiones, desconocida hasta entonces, se obtuvieron resultados apenas concebibles.

No fueron bien interpretadas las enseñanzas de los acontecimientos en Noruega y Polonia, y por eso el nuevo procedimiento de combate pudo seguir aplicándose con un efecto sorprendente.

Hasta qué punto puede atribuirse a este factor de sorpresa el desastre de Francia, aparte de su inferioridad de material y de preparación para la guerra, es un punto que no podrá ser analizado por los especialistas militares hasta que pase cierto tiempo. Pero es indudable que el curso completamente imprevisto de los sucesos hay que atribuirlo, en parte, al desconocimiento de la fuerza impulsiva de un Ejército atacante provisto de los órganos más modernos de mando, y que dichos sucesos demostraron que las ideas subsistentes hasta entonces sobre el poder relativo de la defensa y el ataque era ncompletamente erróneas.

El moderno método de lucha, sancionado con éxito por primera vez en Polonia y en Noruega, se mostraba triunfante. Todos los informes de la guerra indicaban que el defensor carecía de la capacidad indispensable de maniobra y que la iniciativa se hallaba por completo en manos de los Ejércitos atacantes, instruidos para la guerra de movimiento. Se advirtió también que el factor de la sorpresa desempeñó un papel inesperado y reiteradamente decisivo durante toda la campaña de Francia.

Todavía es prematuro analizar en detalle el desarrollo del derrumbamiento de Francia, que constituye un he-

cho singular y único en la historia militar, y por esa razón se impone la máxima cautela al tratar de utilizar las enseñanzas de ese dramático proceso de la guerra, aplicándolas a un pequeño Ejército como el suizo, sin experiencia bélica. Esto no obstante, se pueden y deben sacar legítimamente algunas conclusiones y enseñanzas.

En la organización y composición del Ejército, en la mayoría de los países se está desarrollando ya un proceso de adaptación a lo que se deduce de la guerra, y en ese proceso se manifiesta la moderna concepción de la defensiva móvil y activa, o sea de la defensiva que no puede renunciar al ataque como modalidad táctica de la lucha.

Este proceso de adaptación es aplicable también a un pequeño Ejército en un país particularmente apropiado para la defensiva. Se confirma esto por los repetidos éxitos logrados con el nuevo método de ataque en Yugoslavia, Grecia, Creta, Rusia y Africa, así como por el hecho de que, en países marcadamente montañosos y con caminos mucho peores que los de Suiza, se han obtenido también éxitos asombrosos con la guerra de movimiento.

Después de desechar, como consecuencia, todos los conceptos formados a base de la guerra de posiciones de años anteriores, hay que contar con que se impone una profunda reforma en la organización del Ejército y una nueva constitución de las armas defensivas.

* * *

No se puede hablar, sin embargo, más que con ciertas limitaciones, de que exista un nuevo método de ataque. El avión, el tanque y el lanzallamas eran ya conocidos en la guerra mundial anterior, y la motorización había ya comenzado a influir en la composición de las Unidades; pero las posibilidades latentes en estas armas para el incremento de la eficacia del ataque han sido desarrolladas de un modo sorprendente.

Así, se advierte que ha surgido un arma de ataque inesdrada, mediante una nueva composición de las Unidades que, hasta la presente guerra, no había sido sancionada en la práctica. Al mismo tiempo, y gracias a una técnica de transmisiones altamente perfeccionada, se alcanzó en la cooperación de todas las armas, terrestres, marítimas y aéreas, un grado de perfección que permitió eliminar todas las *fricciones profetizadas* a la motorización y que hizo posible, en particular, la intervención de los carros y de la aviación como Unidades técnicas de mando.

El ataque adquirió entonces una energía potencial que *aventó todos los prejuicios e ideas preexistentes respecto a la potencia de los fuegos, la movilidad y la capacidad de maniobra*. Un tema de estudio para la historia militar será el de analizar y mostrar hasta qué punto pueden haber facilitado el éxito sorprendente del ataque la defectuosa acomodación de la defensiva al nuevo método de lucha y las influencias psicológicas sobre la opinión pública (debidas, por ejemplo, a las informaciones exageradas respecto a la inutilidad de las fortificaciones, en la lucha contra los Stukas, la artillería y los paracaidistas).

Si para nuestro pequeño país (Suiza) pueden sacarse algunas enseñanzas de los hechos, aun poco conocidos, aquéllas serán las que se refieran a la instrucción, a la composición de las agrupaciones de combate y al perfeccionamiento de las nuevas armas defensivas.

* * *

Analizando en detalle las nuevas armas ofensivas, se ve cómo la motorización y la mecanización intensiva de las Unidades del Ejército representan una característica

especial. Sorprende el gran número de Divisiones acorazadas existentes y su agrupación en verdaderos Cuerpos de Ejército blindados.

Asimismo el considerable potencial de motorización y los planes estatales de paz, referentes a la intensificación de la industria automóvil, permiten la organización de las llamadas agrupaciones rápidas que están en condiciones de seguir a las tropas acorazadas, a su misma velocidad, creándose así una infantería y artillería motorizadas de acompañamiento para la consolidación y explotación de las brechas abiertas por los carros.

Los éxitos de las tropas acorazadas y de las Unidades rápidas, a las que hay que añadir frecuentemente Divisiones completas de infantería autotransportadas, se explican por la habilísima cooperación con el arma aérea, que ha prestado inapreciables servicios como artillería de acompañamiento, y en los avances del Ejército, ha limpiado rápidamente de obstáculos, con los Stukas, los caminos de las tropas.

Un papel decisivo también, en casos especiales, han desempeñado los paracaidistas y las tropas transportadas por aire, que, lanzándose o aterrizando a retaguardia del adversario, constituyeron puntos de apoyo y bases que han obligado al enemigo a distraer fuerzas apreciables para oponerse, dejando en el frente zonas importantes mal guarnecidas.

La idea del *envolvimiento aéreo*, que en las maniobras rusas de hace unos años era acogida con burla por los militares agregados extranjeros, se manifestó con extraordinario éxito al ser aplicada por tropas escogidas alemanas.

Por último, debe mencionarse también la actividad de la quinta columna, que, con o sin la cooperación de los paracaidistas enemigos, representa un arma peligrosa. Por eso es preciso un control y vigilancia de todos los extranjeros y nacionales conocidos como extremistas. Requiere esto, como es natural, un *aparato policiaco* bien organizado, así como la colaboración de formaciones auxiliares del Ejército y la participación inteligente de la población civil; porque sólo paralizando la acción de los extranjeros sospechosos, antes de que tenga lugar una sorpresa, puede dificultarse o impedirse la intervención proyectada de la quinta columna.

De las consideraciones anteriores, sumariamente expuestas, se deduce que, para la organización de una defensa adecuada a la época presente, hay que tener en cuenta lo siguiente:

1.º *Es preciso variar la composición del Ejército* de modo que quede asegurada la defensa de grandes zonas, profundas, con un mínimo de tropas, y de que se disponga siempre de los medios de ataque necesarios contra un objetivo limitado. Esto quiere decir que también un Ejército puramente defensivo necesita poseer Unidades rápidas de gran potencia de fuego, que puedan actuar vigorosamente en el ataque y no se empeñen en la lucha desde el principio. Sólo de este modo es posible la defensa en profundidad, sin que, para contrarrestar las acciones de los paracaidistas y tropas aéreas, sea preciso emplear de antemano tropas de choque relativamente muy numerosas y de organización anticuada e inadecuada.

El que dispone de agrupaciones rápidas, aunque esto exija dotar a una parte de la infantería de camiones, puede dominar grandes zonas de terreno con tropas relativamente escasas.

Esto supone, por lo que se refiere a la observación, al servicio de transmisiones y a la regulación del tráfico, una cooperación bien coordinada, con las defensas locales y la defensa antiaérea, pudiéndose plantear a este respecto la cuestión de si la defensa de las localidades y las tropas deben hallarse bajo un Mando único o simplemente coordinar sus acciones.

Arrestar el envolvimiento por el aire, debe tener el principio fundamental de que no deben

emplearse las fuerzas hasta saber con precisión cuál es el lugar de aterrizaje de las tropas aéreas enemigas y la situación de los puntos de apoyo que tratan de constituir.

Valiéndose de destacamentos móviles, con gran potencia de fuegos, se puede conseguir en este momento la concentración de fuerzas y la superioridad en un lugar determinado, lo cual permite actuar contra los paracaidistas enemigos, con muchas más probabilidades de éxito que con un gasto prematuro de fuerzas, como el que exige el empleo de tropas ligadas a los sectores defensivos o del itinerario de marcha de la infantería.

Toda tropa debe ser capaz de realizar ataques con objetivo limitado. Para ello necesita artillería y cañones antiaéreos y antitanques de mucha movilidad.

Sólo cuando la infantería cuenta con el apoyo de estas armas de acompañamiento de fuego potente, es capaz de realizar ataques locales. Si se trata de batir a un enemigo que dispone de tanques, sería de desear para los contraataques el empleo de una gran cantidad de tanques propios, excepto en el caso de que el terreno sea intransitable. La infantería recibe así un apoyo moral y material considerable. Cuanto mayor es la dotación de armas antitanques y cuanto más móviles y protegidas con blindajes sean éstas, más fácil será renunciar a los tanques propios.

Si se trata solamente de una lucha defensiva en montaña, la acción de los carros y de la aviación enemiga será neutralizada con más facilidad—como lo demuestran todas las enseñanzas de la guerra—, hasta el punto de que el ataque y la defensa adquieren la forma tradicional de la lucha con infantería y artillería solamente.

Los ataques con objetivo limitado, realizados por Batallones, Regimientos o Divisiones, exigen el apoyo de una defensa antitanque blindada, sobre todo cuando las circunstancias no permiten el empleo de la artillería de Stukas propios.

Cuando en la zona de la defensa existen pocos aeródromos y escasas facilidades de despegue para los aviones, puede decirse que el apoyo que puedan prestar a la infantería en el ataque los aviadores propios es problemático, en una fase ya avanzada de la lucha defensiva. En este caso, la defensa antitanque blindada se encarga, tratándose de ataques limitados, de la misión de los Stukas (artillería aérea) y de la artillería de acompañamiento, en su concepto antiguo, y constituye un factor auxiliar de extraordinario valor contra un enemigo que disponga de tanques, para atacarle en un pequeño sector, para abrir una brecha en su frente y para defenderse contra las irrupciones de los carros.

Un arma antitanque blindada es también de gran valor defensivo. Se dispone con ella, en caso necesario, de bunkers móviles. Se puede hablar en este caso, sin exageración, de la defensa antitanque como de un arma de múltiples aplicaciones.

La defensa móvil en un territorio con muchos desfiladeros que canalicen los ataques, ofrece a una defensa antitanque móvil las más variadas posibilidades de empleo. El que disponga de esta arma antitanque en la defensa, tiene posibilidad de reforzar el terreno en breve tiempo y de realizar con una línea de bunkers móviles cualquier variación repentina del frente, impuesta por las circunstancias.

La modalidad de la lucha en la defensa móvil adquiere así un extenso campo de acción. La constitución de formaciones de bunkers móviles, como una nueva arma de la defensa, se impondrá, más pronto o más tarde, a todos los Ejércitos, porque también con esta arma adquirirá la lucha defensiva las ventajas de la motorización y mecanización.

Queda pendiente la cuestión de decidir cuál es la disposición orgánica de los bunkers móviles y de las tropas de defensa antitanque, que se adapta mejor a las necesidades de la dirección técnica de la lucha defensiva, o sea: si conviene más la incorporación de dichos elementos al

Regimiento de Infantería o si es preferible la creación de formaciones especiales del tipo de las Compañías motorizadas de cañones de infantería, existentes ya en las Divisiones.

También queda por resolver la cuestión de si la misión de la defensa antitanque y de la defensa antiaérea puede ser realizada por la misma arma. Pero lo que es indiscutible es que es preciso apoyar a la infantería en el combate con un arma antitanque móvil y suficientemente potente para hacer frente al carro del atacante.

En resumen: puede afirmarse, por lo tanto, que también en la guerra de campo reducido sólo una defensa extraordinariamente móvil puede hacer valer nuestra fuerza (la de Suiza) y ofrecer perspectivas de éxito, suponiendo que cualquier atacante consiguiese obtener previamente un conocimiento exacto de nuestro país.

Nosotros, los suizos, no debemos nunca recurrir exclusivamente a un sistema de lucha basado sólo en la preparación especial de una zona de terreno y en el curso o proceso de acontecimientos previstos en un plan de operaciones *practicado repetidamente*. *Teniendo en cuenta los progresos del arma aérea, el empleo de paracaidistas habituados a la guerra de montaña y la mecanización creciente de la lucha de infantería, hay que reconocer que, en la defensa, va perdiendo cada vez más su valor el concepto de los frentes consolidados.*

La lucha defensiva debe desarrollarse, por lo tanto, en una zona de combate cada vez más profunda, *en la cual el ataque y la defensa se mezclen y conjuguen incesantemente, como formas tácticas del combate, sin que sea posible apenas distinguirlas entre sí.*

La defensa será, pues, realizada mediante reacciones y contraataques, como una acción combinada de todas las armas pesadas de infantería con la artillería y la aviación. Esto exige que el Mando tenga a su disposición las reservas necesarias y los medios indispensables para su rápida traslación en toda la profundidad de la zona defensiva. Resulta, por lo tanto, que uno de los puntos más importantes de la reforma del Ejército es el que se refiere al medio de facilitar las marchas de la infantería, a la creación de formaciones de transporte especiales y a una nueva concepción del mando.

Una motorización del Ejército que responda a estas finalidades no puede alcanzarse simple y sencillamente con un desarrollo del automovilismo civil. Es preciso, sobre todo, que el Ejército adquiera un gran número de automóviles especiales *y que se imponga la normalización de los coches y camiones que hayan de ser objeto de la requisita, llegado el caso.*

El coste de una autorización del Ejército puede llegar, si no se adoptan las medidas indicadas, a cifras incalculables, porque hay que contar también con que los automotores ferroviarios absorberán gran número de coches. Ciertamente es que las vías férreas en el reducido teatro de operaciones suizo no serán de importancia decisiva para la dirección de la guerra, una vez rotas las hostilidades; pero, no obstante, *es preciso disponer de una red ferroviaria de gran rendimiento, destinada a las necesidades del Ejército y de la economía de guerra, en el caso de un largo período de protección de la neutralidad armada.* Por eso, la constitución de la red de ferrocarriles pertenece al sector de la defensa nacional.

2.º En la *instrucción militar* figura, ante todo, en lugar preferente, lo que se refiere a la cooperación con las Unidades rápidas, gracias a lo cual puede efectuarse hoy eventualmente el transporte de Regimientos completos de Infantería. Para hacer efectiva esta cooperación debe practicarse por el Mando la facultad de una rápida concepción de las resoluciones, y por parte de la tropa hay que procurar que se ejercite en adquirir el hábito de obrar por reflejos en la moderna lucha contra los paracaidistas y en la reacción contra la *quinta columna* actuante a retaguardia del frente defensivo.

Nada es más peligroso para el Mando y la tropa que el formar una opinión preconcebida sobre la lucha defensiva y el creer que el proceso de las distintas fases del combate se puede fijar de antemano, en lugar de adaptarlo a las situaciones imprevistas. Es indispensable la adquisición y conservación de la máxima agilidad de espíritu para empeñarse en sectores de combate extraños y aun alejados a retaguardia del frente defensivo.

Hay que combatir también especialmente la tendencia que pueda existir a figurarse que la lucha tiene lugar en un solo frente.

Para dar movilidad a las tropas, pueden montarse también, por excepción, batallones enteros de Infantería en bicicletas o utilizar los taxis de una gran capital o los camiones del parque de una empresa importante industrial, con objeto de ejercitar así a la tropa en su inmediata intervención en el combate, a continuación de una marcha rápida. Todo esto debe realizarse con objeto de adquirir práctica, mientras no se disponga de las formaciones especiales de tropas rápidas.

3.º Aun cuando las consideraciones anteriores se refieren principalmente a la esfera del mando militar y a la instrucción de las tropas, hay que advertir que los acontecimientos de la guerra actual demuestran, de un modo cada vez más palpable, la importancia que tiene *la decisión de defenderse de la población civil.*

La guerra aérea ha fusionado ya, desde hace largo tiempo, al frente y a la retaguardia en un bloque único de lucha; de modo que hoy la voluntad de resistencia del pueblo, y en especial de los obreros de armamento y del personal del servicio de comunicaciones, no cede en importancia a la moral del soldado.

La decisión de defenderse, formulada por Suiza mediante el principio de la neutralidad armada, debe abarcar, pues, sin excepción ni remisión alguna, no sólo al Ejército, sino a todas las manifestaciones de la vida del país. Al frente de la patria pertenecen, por consiguiente, tanto los asilos de ancianos, las escuelas, los templos, los centros oficiales, los de la prensa y los partidos, como las organizaciones obreras.

Aunque en Suiza la propaganda estatal no es simpática y encuentra siempre numerosos obstáculos en la mentalidad de los funcionarios, es preciso llegar, en todos los asuntos que afecten a la voluntad de afirmación de la existencia nacional, a una concepción única, mediante la aplicación de una disciplina voluntaria.

Sobre la prensa y los partidos, así como sobre los patronos y obreros, pesa en este asunto una grave responsabilidad social, porque el derrotismo, los rumores desmoralizadores y el descontento social encuentran cerradas las puertas cuando en las cuestiones fundamentales de orden político, económico y social reina una opinión pública unánime y vigorosa. Debe advertirse que la voluntad de defensa puede ser afectada por el uso que un pueblo haga de sus libertades políticas y económicas y por las modalidades de su estado social.

La voluntad civil de resistencia es tanto más enérgica cuanto más vivo es el sentimiento de solidaridad nacional y cuanto más atenuadas son las diferencias sociales. En un país de estas condiciones no halla suelo abonado el intento de discordia de la propaganda extranjera.

Pero en el caso de que algunas partes del país fueran invadidas, habría llegado el caso de apelar a la resistencia pasiva del pueblo, como arma impalpable, invisible y secreta contra el enemigo.

Una voluntad civil decidida de defensa que esté preparada también para dicha posibilidad nefasta de la invasión y haga uso, con arreglo al modelo ofrecido por la guerra moderna, de la astucia y el engaño, representaría un fuerte incremento del potencial bélico suizo.

Sólo una concepción defensiva del país, ingeniosa y que abarque las fuerzas del Ejército, el pueblo y la economía, puede mirar con tranquilidad y seguridad al porvenir.

BIBLIOGRAFICA

Artículos de EJERCITO reproducidos literalmente en publicaciones extranjeras.

La defensa del litoral.—Teniente Coronel de Ingenieros Baltasar Montaner ("Revue Militaire Suisse". Abril, año 1944.)

Infantería. Nieblas.—Comandante de Infantería Domingo Alvarado ("Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica". Venezuela, septiembre, año 1943).

Defensiva. Criterios actuales.—Coronel Enrique González Pons. ("Infantería". Portugal. Abril, 1944).

Experiencias de la guerra de minas.—Capitán Urmeneta ("Alerta", revista de las clases y soldados. Uruguay. Noviembre, 1943).

El Estado Mayor.—Teniente Coronel López Muñiz ("Revista de Marina". Chile. Abril, 1944).

Accidentes en las municiones.—Teniente Coronel Mariñas ("Ejército". Cuba. Abril, 1944).

Lo que la Infantería debe saber de la Artillería.—Comandante Alaguero ("Ejército". Cuba. Abril, 1944).

Carros de combate. Tres ejercicios de pequeña Unidad.—Teniente Coronel Enrique Gallego Velasco ("Ejército". Cuba. Febrero, 1944).

Dirección de tiro de costa.—Comandante Vicente Martínez Lorenzo ("Ejército". Cuba. Febrero, 1944).

La derivación.—Capitán Daniel Montana Jou ("Ejército". Cuba. Febrero, 1944).

Subfusiles o pistolas ametralladoras.—Traducción del Comandante Salvador ("Ejército". Cuba. Febrero, año 1944).

Divisiones acorazadas en la explotación del éxito.—Teniente Coronel Valero Valderrábano ("Infantería". Portugal. Agosto, 1944).

El Sansón extremeño, Coronel de Infantería.—General Bermúdez de Castro ("Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica". Venezuela. Marzo, 1944).

La División acorazada en la defensiva.—Teniente Coronel Angosto ("Revista da Cavalaria". Portugal. Mayo, año 1944).

Divisiones acorazadas. Los Ingenieros.—Teniente Coronel Angosto ("Revista da Cavalaria". Portugal. Julio, año 1944).

Defensiva con medios reducidos.—Teniente Coronel de Caballería Gonzalo Fernández de Córdoba y Parrilla ("Revista da Cavalaria". Portugal. Julio, 1944).

La primera Academia Militar y su director.—General Bermúdez de Castro ("Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica". Venezuela. Enero, 1944).

Toledo sin el Alcázar.—General Bermúdez de Castro ("Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica". Venezuela. Abril, 1944).

El tiro curvo a pequeñas distancias.—Teniente Coronel Navas San Juan ("Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica". Venezuela. Abril, 1944).

Defensiva. Criterios actuales.—Coronel González Pons ("Revista del Ejército, Marina y Aeronáutica". Venezuela. Abril, 1944).

del Coronel General Guderian. Editorial Bibliográfica Española. Precio: 15 pesetas.

Se inicia esta obra con un capítulo, en el que se estudian las condiciones de preparación y desarrollo del ataque de carros en unión de las demás Armas, con referencias a las situaciones históricas que ponen de manifiesto el interés del empleo de estas armas.

A continuación, y a través de una serie de capítulos, se analiza la actuación de los carros de diferentes modelos en todas las situaciones de la guerra—marchas y estacionamientos, aproximación, preparación del ataque y en el ataque—; el estudio se hace a base de esquemas, gráficos, fotografías, en las que se comparan el bien y el mal proceder.

El trabajo termina con el desarrollo de cinco temas de sección de carros y con el análisis del empleo de los carros en el combate contra obras de fortificación permanente.

Por su claridad de exposición, por la facilidad que prestan los cuadros comparativos "mal" y "bien", esta obra constituye una poderosa, casi pudiéramos decir indispensable, ayuda para la instrucción de las tripulaciones y jefes de las pequeñas unidades de carros.

Reparación de automóviles, por Manuel Lucena Tena, Comandante de Ingenieros (C. y E.), Profesor de la Escuela de Automovilismo del Ejército. Un tomo en 4.º, de 1030 páginas, con 770 figuras. Librería General de Victoriano Suárez. Madrid, año 1944. 80 pesetas.

La bibliografía técnica española acaba de enriquecerse con esta magnífica obra que el Comandante Lucena ha escrito, ante la necesidad de proporcionar a los Oficiales especialistas en Automovilismo un conocimiento lo más detallado posible de las numerosas y complejas operaciones que entrañan la conservación y reparación de los automóviles modernos, factores ambos esencialísimos en la duración y rendimiento de los vehículos.

LIBROS PUBLICADOS

Panzerkampfügenbuch (El libro de los carros de combate).—Traducción de los Tenientes Coronel y Mantilla. Prólogo

Aspira el autor, además, a que los maestros de taller, obreros y garajistas de la industria automóvil puedan abarcar de una ojeada el conjunto de cuantas tareas contribuyen a mantener en servicio eficiente un automóvil, presentando la obra como el complemento en el taller del conocido *Manual de Automóviles* de Arias Paz.

Creemos que los propósitos del autor han sido ampliamente superados con su excelente trabajo. Desde la descripción de las estaciones de abastecimiento y servicio hasta la detallada de los varios talleres de reparaciones grandes y medianas, con el estudio de todas las operaciones técnicas y de contabilidad que en ellos pueden realizarse, abarca este libro todo cuanto puede interesar a los profesionales del automovilismo. En cuanto ha sido posible, ha huído el autor de cálculos y fórmulas complicados; pero el hecho de hacer accesible la obra a los escalones técnicos inferiores no le quita interés e importancia para los propios ingenieros, que encontrarán en ella la más completa y moderna documentación.

La ingente tarea realizada por el Comandante Lucena le acredita como brillante y estudioso Jefe, que ha sabido rendir un inapreciable servicio a sus compañeros, al Ejército y a la técnica española, consiguiendo un libro de extraordinaria utilidad que compite y aventaja a las mejores y más modernas obras del Extranjero.

¡PARA TI... SOLDADO! (Manual del soldado).—Adaptado y compuesto por Aresio González de Vega, Capitán de Artillería. (Cruzada 1936-39, 12 División.) (Obra declarada de utilidad por el Ministerio del Ejército.) Ediciones Acción Católica Española. Precio: 2 pesetas.

En un librito de bolsillo, por su reducidísimo volumen, ha sabido exponer su autor en forma metódica, clara y concisa, un resumen enciclopédico de normas, consejos y disposiciones legislativas, en las que el soldado puede encontrar la orientación que necesita desde que se alista en su Ayuntamiento hasta su licenciamiento en el Ejército. No se trata de un manual de técnica profesional militar, sino de una verdadera *guía espiritual y práctica* que ilustra al soldado en todas las cuestiones que, sin excepción, le afectan trascendentalmente, y en las que, por error, inexperiencia, respetos humanos o cualquier otra causa, puede verse expuesto a perder su alma y a degradar su cuerpo.

El autor, al exponer en distintos capítulos los temas de religión, moral, sociología, patriotismo, disciplina, higiene, medicina, etc., pone de manifiesto no sólo las relevantes condicio-

nes pedagógicas de que está dotado, y que le permiten poner al alcance de sus lectores, por incultos que sean, los conceptos doctrinales de su *enciclopedia militar*, sino que, aun sin proponérselo —porque no se vislumbra el menor síntoma de pedantería—, demuestra el Capitán González de Vega que posee una cultura profunda en todas las materias que expone.

Pero lo que resalta, sobre todo en la obra, es el elevado y valiente tono de fe y moral católica *integral*, sin eufemismos ni concesiones de ninguna clase al espíritu del mundo y el fervoroso aliento que palpita en todas sus líneas. Se ve y se siente que el autor es un verdadero apóstol, que con celo ardoroso y con la sagacidad de la experiencia adquirida en su vida militar, se preocupa con cariño entrañable, y como si fueran sus verdaderos hijos, de todos los admirables soldados de España. El autor sabe lo que significa implícitamente el lema de *servir y morir por Dios y por España*, y ha consagrado una parte preferente de su incesante labor social a salvar el tesoro de nuestras juventudes, de los gravísimos peligros que las acechan en la época actual.

Aunque el librito de que nos ocupamos está dedicado especialmente al soldado, sus reflexiones son aplicables también a todas las profesiones y estados de la vida civil, y en ellas encontrará también sugerencias y advertencias utilísimas, aunque indirectas y prudentes, no sólo el que obedece, sino todo el que ejerce las funciones del mando.

El motor en la guerra.—Conferencias del segundo curso de Especialistas en la Escuela de Automovilismo del Ejército.—Madrid, 1944.—Un tomo en 4.º de 430 páginas, 30 pesetas.

La mejor reseña que podemos ofrecer a nuestros lectores es resumir el índice de las diecisiete conferencias que componen este volumen. Temas de viva e importantísima actualidad, muchas de ellas comprendiendo conceptos fundamentales para el Ejército, son tratados por un brillante plantel de Generales y Jefes que, con sus conferencias, abordan temas de trascendental interés en una aportación de esfuerzo constructivo digno de ser conocido y meditado por todos los militares.

He aquí un resumen del índice:

Organización del Servicio de Automovilismo y de Parques y Talleres, por el Coronel de Ingenieros, Jefe del Servicio, D. Antonio Fontán.

Funcionamiento interno de Parques y Talleres, por el Teniente Coronel de Artillería, Jefe de su Detall, D. José Longoria.

Talleres de Automóviles: categorías, cometidos y organización interna, por el Coronel de Ingenieros (C. y E.) D. Juan A. Hernández Núñez.

El obrero de automovilismo: aspectos social, técnico y jerárquico, por el Comandante de Ingenieros, Director de la Base de Carabanchel, don Ricardo Piqueras.

Del músculo al motor, por el General de Estado Mayor D. Nicolás Benavides.

El motor y la táctica: las armas automóbiles, por el Comandante de Caballería, profesor de la Escuela de Estado Mayor, D. Francisco Serrano Ariz.

El motor y los cometidos y evolución de la Caballería, por el Comandante del S. E. M., D. Ramón de Meer y Pardo.

Motorización en Artillería, por el General D. Nicasio de Aspe.

Motorización en Ingenieros, por el General D. Joaquín de la Llave.

Motorización de las transmisiones, por el Coronel de Ingenieros, de la Jefatura de Transmisiones, D. Antonio Sánchez Rodríguez.

Transporte y Enlace, por el Coronel de Estado Mayor, de la E. S. E., don Rafael Alvarez Serrano.

El motor y la estrategia, por el General, Subdirector de la E. S. E., D. Eduardo de Fuentes.

La industria nacional y la motorización, por el Coronel de Ingenieros, Gestor en el Instituto Nacional de Industria, D. Jaime Nadal.

La energía autórgica, por el Teniente Coronel de Artillería, Presidente de la Empresa Nacional "Calvo Sotelo", D. Joaquín Planell.

El caucho y la motorización, por el Comandante de Artillería, de la Empresa Nacional "Calvo Sotelo", don Eduardo Angulo.

La preparación del personal para la motorización, por el Coronel de Ingenieros del E. M. C. D. Jesús Aguirre.

Automóviles de la guerra: principales características mecánicas y de servicio, por el Teniente Coronel de Ingenieros, Director de la Escuela de Automovilismo, D. Manuel Arias Paz.

Al felicitarnos por la aparición de este volumen, lo hacemos también a la Escuela de Automovilismo, que con él ha completado la consecución del propósito que inició al publicar su primer volumen de conferencias *Automovilismo y Motorización*, ahora superada, si cabe, con este de *El motor y la guerra*.